biblioteca de patrística

gregorio magno

LIBROS MORALES/1

editorial ciudad nueva

Gregorio Magno
LIBROS MORALES

Libros morales («Moralia in Iob») es la obra más importante y extensa de san Gregorio Magno. Fue iniciada en Constantinopla hacia el año 583, a petición de Leandro, obispo de Sevilla, y de un grupo de monjes que deseaban escuchar del entonces diácono Gregorio una explicación sobre el Libro de Job. La obra fue terminada siendo ya obispo de Roma, hacia el 597.

La exposición de Gregorio sobre Job supera los límites de lo que hoy entendemos por comentario bíblico hasta formar una verdadera «enciclopedia de la vida cristiana» organizada en torno a este justo del Antiguo Testamento. Por eso, lo que inicialmente iba a ser un comentario para uso de monjes y pastores, pronto se convirtió en lectura formativa para todos los creyentes. Debido a la amplitud de los temas abordados y a la interpretación predominantemente moral de la Escritura, la exposición del pontífice pasó a la historia con el título de *Moralia in Iob*.

La obra consta de 35 libros, agrupados por el mismo Gregorio en seis Partes de desigual extensión. Dada la amplitud de la obra, se ha proyectado la publicación completa de los *Libros morales* en seis volúmenes. El lector tiene en sus manos el primero, que comprende la Primera Parte (libros I-V).

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

42

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Gregorio Magno

LIBROS MORALES/1
(I-V)

Introducción, traducción y notas de
José Rico Pavés

Editorial Ciudad Nueva
Madrid-Buenos Aires-Santafé de Bogotá
Montevideo-Santiago

ISBN: 84-89651-46-9
Depósito Legal: M-18306-1998

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Omnia Industrias Gráficas

A la Parroquia «Corpus Cristi» de Granada,
¡¡gracias!!: por todo, por siempre.

PRESENTACIÓN

Libros morales («Moralia in Iob») es la obra más importante y extensa de san Gregorio Magno. Fue iniciada en Constantinopla hacia el año 583, a petición de Leandro, obispo de Sevilla, y de un grupo de monjes que deseaban escuchar del entonces diácono Gregorio una explicación sobre el Libro de Job. La obra fue terminada siendo ya obispo de Roma, hacia el 597.

Por su estilo y modo de interpretar la Sagrada Escritura, inaugura una forma de exégesis que será ampliamente cultivada durante toda la Edad Media: escrutando el sentido oculto de las páginas sagradas por medio del sentido literal y alegórico, se llega a una enseñanza donde la vida del lector queda implicada gracias al sentido moral. La rica tradición exegética de los Padres de la Iglesia entregaba, de manos de Gregorio, el testigo de la interpretación bíblica al naciente medievo.

Job, el justo probado con el sufrimiento, representa a la humanidad sometida al dolor. Sus palabras y sus gestos son además figura de Cristo: el Verbo encarnado, *Dios humillado*, manso y humilde, que carga con los pecados y sufrimientos de los hombres. Unida a Cristo, hasta formar una sola persona con Él, está la Iglesia; de modo que lo dicho sobre Cristo se dice también sobre su Iglesia. El Libro de Job, así leído, es un libro profético: anuncia lo ya acontecido a Jesús de Nazaret, revela lo que aún debe pasar la Iglesia. Job, en fin, es modelo del justo que está en camino de perfección: en él vemos el combate que las virtudes han de soportar a diario contra los vicios y las asechanzas del antiguo adversario.

La exposición de Gregorio sobre Job supera los límites de lo que hoy entendemos por comentario bíblico hasta formar una verdadera *enciclopedia de la vida cristiana* organizada en torno a este justo del Antiguo Testamento. Por eso, lo que inicialmente iba a ser un comentario para uso de monjes y pastores, pronto se convirtió en lectura formativa para todos los creyentes. Debido a

la amplitud de los temas abordados y a la interpretación predominantemente moral de la Escritura, la exposición del pontífice pasó a la historia con el título de *Moralia in Iob*.

La obra consta de 35 libros, agrupados por el mismo Gregorio en seis partes de desigual extensión. Dada la amplitud de la obra, se ha proyectado la publicación completa de los *Libros morales* en seis volúmenes. El lector tiene en sus manos el primero, que comprende los libros I-V.

En el siglo XVI se publicó por primera vez una versión íntegra al castellano del comentario gregoriano; desde entonces no tenemos noticias de nuevas traducciones. La presente traducción se ha realizado a partir del texto latino críticamente establecido. Esperamos que la empresa iniciada con este primer tomo pueda llegar a feliz término y que la lectura de esta obra, de sabor añejo, siga dando frutos siempre nuevos.

José Rico Pavés
Roma, 12 de marzo de 1997
Aniversario de la muerte de Gregorio Magno

SIGLAS Y ABREVIATURAS*

Obras de Gregorio Magno

Dial	*Diálogos.*
Ep	*Registro epistolar.*
Ex Cant	*Exposición sobre el Cantar de los Cantares.*
Hm Ev	*Homilías sobre los Evangelios.*
Hm Ez	*Homilías sobre Ezequiel.*
In I Reg	*Exposición sobre el Libro I de los Reyes.*
Mor	*Libros morales.*
Reg Past	*Regla pastoral.*

Fuentes generales

BPa	Biblioteca de Patrística, Ed. Ciudad Nueva (Madrid).
CCL	Corpus Christianorum series Latina, Ed. Brepols (Turnhout).
CSEL	Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum (Wien).
FuP	Fuentes Patrísticas, Ed. Ciudad Nueva (Madrid).
Madoz	J. MADOZ, *Liciniano de Cartagena y sus cartas. Edición crítica y estudio histórico*, Estudios Onienses, Madrid 1948.
MGH	Monumenta Germaniae Historiae (Hannover-Berlín).
PG	Patrologia Latina, J. P. MIGNE (Paris).
PL	Patrologia Graeca, J. P. MIGNE (Paris).
PLS	Patrologiae Latinae Supplementum, ed. A. Hamman (Paris).
SC	Sources Chrétiennes, Les Éditions du Cerf (Paris).

* La Sagrada Escritura se cita según las abreviaturas de la Biblia de Jerusalén.

INTRODUCCIÓN

1. La mejor Introducción a los *Libros morales* ha sido escrita por el mismo Gregorio. En julio del año 595 el Pontífice envió como regalo a su amigo Leandro, obispo de Sevilla, una copia de su comentario al Libro de Job; el comentario venía acompañado de una carta dedicatoria en la que presentaba a grandes trazos el origen, método y contenido de su trabajo. La carta, escrita con el sabor entrañable de la amistad, introduce al lector en la lectura y meditación, no menos entrañables, de una Palabra amiga, la Palabra divina, con la que Dios habla al hombre como a un amigo[1]. Basta, pues, glosar algunas de las afirmaciones contenidas en esta carta para introducir y presentar este libro[2].

I. LA OBRA *MORALIA IN JOB*

a) Origen: Gregorio en Constantinopla

2. Desde el año 579 al 585 Gregorio desempeñó el ministerio de legado papal en Constantinopla[3]. Seis años antes, aproximadamente, había abandonado el cargo de *praefectus urbis* en su Roma natal y había transformado la casa paterna en el Monasterio de San Andrés, abrazando en él la vida monástica. Tocado interiormente por el amor del Creador, gozaba en el convento de la quietud y si-

1. En carta dirigida al médico Teodoro, Gregorio afirma: *¿Qué es la Sagrada Escritura sino una carta de Dios omnipotente a su criatura?*: Ep V, 46 (CCL 140, 339).

2. Cf. infra *Carta dedicatoria*.

3. Para una presentación general de la vida y escritos de Gregorio Magno, remitimos a A. HOLGADO-J. RICO, *Introducción*, en GREGORIO MAGNO, *Regla Pastoral*, Ciudad Nueva, BPa 22, Madrid 1993, 12-131.

lencio exterior que le permitían entregarse a la meditación atenta de la Palabra de Dios con la que alimentaba su hambre interior de contemplación. Siguiendo la llamada del Señor, había dejado atrás los afanes seculares con sus impetuosas mareas, y había entrado –según él creía– en el sosegado puerto del claustro. Ahí podría seguir un camino de purificación y mortificación de las pasiones, y podría elevarse, ya sin obstáculos, a la visión de Dios[4]. Su buen hacer al frente de la magistratura civil le habían acarreado, sin embargo, una fama de la que no pudo desprenderse ni siquiera al ingresar en San Andrés. Tras la muerte de Benito I en julio del 579, fue elegido papa Pelagio II, conocedor de las cualidades del monje Gregorio[5]. No tardó en consagrarlo diácono, obligándole a abandonar la tranquilidad monástica para formar parte del colegio encargado de la administración de la iglesia romana[6]. Poco tiempo después, hacia finales del año 579, lo envió a Constantinopla como apocrisario, esto es, legado papal. La nave que se creía segura en el puerto del monasterio se encontraba de nuevo luchando con las olas de la vida exterior.

3. La residencia del apocrisario era la domus Placidiae, un palacio espléndido mandado construir por Galla Placidia, situado

4. Hablando de sus primeros años en el monasterio, Gregorio dirá: «Me esforzaba por ver espiritualmente los supremos gozos y, anhelando la visión de Dios, decía no sólo con mis palabras, sino con todo mi corazón: *Te ha dicho mi corazón: "He buscado tu rostro"; tu rostro buscaré, Señor* (Sal 27, 8)»: Ep I, 5 (CCL 140, 5).

5. En el año 573, poco antes de entrar en el monasterio, Gregorio suscribió junto a otros representantes de la nobleza romana, el acta con la que Lorenzo, el arzobispo de Milán, reconocía los *deliberata* del Concilio de Constantinopla del 553 y la condena de los llamados *Tres Capítulos*, reconciliándose con la Sede Apostólica. Las gestiones de Gregorio fueron decisivas para esta reconciliación. Cf. Ep IV, 2 (CCL 140, 218); J. RICHARDS, *Il console di Dio*, Sansoni Editore, Firenze 1984 (or. inglés 1980), 48-50.

6. Juan Diácono, en el siglo IX, es el primer biógrafo que habla de la consagración diaconal de Gregorio, y la atribuye al papa Benito I, diciendo que «lo apartó violentamente de la quietud de su monasterio» (violenter eum a quiete monasterii sui abstrahens): *Vita Gregorii*, I, 25 (PL 75, 72 C). J. Richards ha observado que el papa, en la carta enviada a Leandro presentando los *Libros morales*, reconoce haber sido consagrado diácono con la intención –desconocida entonces por él– de ser luego enviado a Constantinopla como apocrisario; lo cual invita a pensar que fue agregado al número de los diáconos por Pelagio II y no por Benito I; cf. infra *Carta dedicatoria* 1 (CCL 143, 1-2); y J. RICHARDS, o.c. 57-58.

junto al Palacio imperial y a la monumental iglesia de Santa Sofía, terminada hacía apenas unos años. De la austeridad del monasterio sobre la colina del Celio, Gregorio había pasado al fausto de la corte bizantina. Pelagio II le había enviado con la misión diplomática de obtener del emperador Tiberio Constantino protección para la ciudad de Roma[7]. Las gestiones de Gregorio fueron eficaces: la ayuda llegó, pero no en la medida que se esperaba[8]; el avance longobardo era ya imparable y Bizancio no estaba ya en condiciones de defender Italia[9]. Durante su estancia en Constantinopla tuvo que hacer frente también a los errores doctrinales que el patriarca de aquella sede, Eutiquio, había sembrado a propósito de la resurrección[10]. A pesar de la prioridad de los encargos diplomáti-

7. El papa había pedido a Gregorio que presentara al emperador las necesidades y peligros de Italia, acechada por la progresiva ocupación longobarda; pedía que, al menos, enviaran un *magister militum*, un comandante, porque Roma estaba desprotegida y el exarca (gobernador de la corte bizantina para las tierras de Italia) apenas podía contener la invasión en Rávena. Cf. JUAN DIACONO, *Vita Gregorii*, 1, 32 (PL 75, 76 A-C); V. PARONETTO, *Gregorio Magno. Un maestro alle origini cristiane d'Europa*, Edizioni Studium, Roma 1985, 30-31.

8. Aunque el interés por Italia no había decaído en Bizancio, el emperador no contaba con las tropas necesarias para asegurar la defensa frente a los longobardos. Mauricio, sobrino de Tiberio, al que sucedió en el trono en el 582, todo lo que pudo hacer consistió en enviar al general Esmeragdo como exarca con la esperanza de que pudiese organizar las pocas defensas que se encontraban en Italia; cf. A. FLICHE-V. MARTIN (dir.), *Histoire de l'Église*, 5, Bloud & Gay, Paris 1947, 48-50. El emperador pagó, además, importantes sumas de dinero a los francos para inducirlos a atacar a los longobardos y así aligerar la presión que ejercía sobre la zona septentrional de Italia; cf. J. RICHARDS, o.c. 61.

9. Para la situación de Roma, e Italia en general, respecto a los longobardos durante los años siguientes al ejercicio diplomático de Gregorio en Constantinopla, cf. A. HOLGADO-J. RICO, o.c. 54-60.

10. Eutiquio había escrito un tratado sobre la resurrección en el que afirmaba, partiendo de los presupuestos aristotélicos hilemorfistas, que después del Juicio final nuestros cuerpos resucitarían perdiendo toda su consistencia, «siendo más sutiles que el viento y el aire, con una gloria impalpable» (gloria impalpabile, ventis aereque subtilius esse); tendríamos, por tanto, unos cuerpos más aparentes que reales. Gregorio intervino afirmando que la resurrección de Cristo demostraba justamente lo contrario: también nuestros cuerpos, cuando resuciten, serán visibles y palpables como el de Cristo. La disputa fue tan áspera que tuvo que intervenir Tiberio, apoyando las razones de Gregorio y mandando a la hoguera el libro de Eutiquio. Meses después enfermó el patriarca y murió, muriendo con él sus ideas;

cos que debía desempeñar, Gregorio no se limitó a frecuentar la corte dentro de las formalidades propias de su misión. Pronto se ganó la amistad del emperador Mauricio y de la emperatriz Constantina –de quienes bautizó un hijo[11]–, de Teoctista, hermana del emperador, de los generales Narsés y Prisco, de la noble Rusticiana, de Teodoro, médico del emperador... con todos ellos mantendrá en el futuro, siendo ya papa, una entrañable relación epistolar, espejo diáfano de la hondura interior de Gregorio.

4. Como suele ocurrir a las grandes personas de alma dilatada, las tareas exteriores no ahogaron en Gregorio su solicitud por lo interior. Llegó a Constantinopla siendo monje y salió de ella monje[12]. No estaba solo: lo habían seguido algunos hermanos para dedicarse con él a la meditación de la Palabra de Dios y a la vida contemplativa; entre los que le acompañaron estaba Maximiano, futuro obispo de Siracusa[13]. En ellos encontró compañía y consuelo, hasta el punto de mantener que la decisión de seguirle había sido inspirada por Dios. El Palacio Placidia se había convertido en una prolongación del Monasterio romano de San Andrés. A él se acercaron hombres de Iglesia que dejarán su huella en la vida de Gregorio: el Patriarca de Constantinopla Juan IV, el Ayunador –que había sucedido a Eutiquio, al morir éste–; el nuncio de Milán Constancio; el ex-patriarca de Antioquía, Anastasio; y, sobre todo, Leandro, obispo de Sevilla, que llegaría a ser su amigo y confidente predilecto.

5. Leandro había llegado a la capital imperial el mismo año que Gregorio. Había sido exiliado por Leovigildo, rey de los visigodos, por haber favorecido la conversión y la revuelta de su hijo Herme-

antes de morir, tocándose la piel, exclamó: «Confieso que todos resucitaremos con esta misma carne» (confiteor quia omnes in hac carne resurgemus); cf. JUAN DIACONO, *Vita Gregorii*, I, 27-30 (PL 75, 73-75); Mor 14, 72-74 (CCL 143A, 743-745).

11. Cf. GREGORIO DE TOURS, *Historia Francorum*, X, 1 (PL 71, 527 C); JUAN DIACONO, *Vita Gregorii*, I, 40 (PL 75, 79 B).

12. Cf. E. GANDOLFO, *Gregorio Magno. Servo dei servi di Dio*, Istituto Propaganda Libraria, Milano 1980, 12. Para la vida «monacal» de Gregorio siendo apocrisario, cf. O. M. PORCEL, *La doctrina monástica de San Gregorio Magno y la «Regula monachorum»*, CSIC, Madrid 1950, 35-36.

13. Cf. JUAN DIACONO, *Vita Gregorii*, I, 33 (PL 75, 76 C).

negildo, al que luego mató. Se refugió en Constantinopla entre los años 579 y 584, ganándose la simpatía de la corte y suscitando en el emperador el interés por los católicos de la lejana tierra de España. Leandro encontró a Gregorio en la corte bizantina; pronto brotó entre ellos una gran amistad. Entre uno y otro había muchos elementos en común: eran casi de la misma edad, los dos habían sido monjes, descendían de familias aristocráticas muy religiosas, destacaban ambos por su saber teológico y por su amor común a la Sagrada Escritura. Después de la permanencia en Constantinopla no se volvieron a ver nunca más, pero entre ellos se mantuvo la amistad alimentada por un confidente trato epistolar[14].

6. Fue Leandro el que pidió a Gregorio que comentara el Libro de Job. A esta petición se unió la de los demás monjes. En atención a esta petición nacieron los *Libros morales*. Durante los años pasados en San Andrés Gregorio había aprendido a saborear los secretos escondidos de la Palabra de Dios, no buscando en ella la ciencia profana, sino el llanto y la compunción[15]. El aprecio por el estudio y meditación de la Biblia era extraordinario. Además de la lectura privada, entre los monjes eran frecuentes los coloquios en torno a pasajes bíblicos bajo la guía de un predicador. El oficio de distribuir el alimento de la Palabra Sagrada correspondía en el monasterio principalmente al abad[16]. En el Palacio Placidia, a instancias de los monjes, esta misión recayó sobre el diácono Gregorio. No era un encargo fuera de lo común. Probablemente duran-

14. En el 591, Gregorio, ya papa, escribía al obispo sevillano expresando su alegría por los éxitos del Concilio Toledano (589), que había supuesto el fin del arrianismo y la conversión del rey Recaredo, y le decía: «Aunque estás corporalmente ausente, te tengo siempre presente, porque llevo grabada en lo íntimo de mi corazón la imagen de tu rostro»: Ep I, 41 (CCL 140, 49). La carta enviada en el 595, con la que le dedicaba los *Libros morales*, expresa la misma amistad mantenida en el tiempo (cf. infra *Carta dedicatoria*).

15. Sobre estos años en San Andrés, Gregorio cuenta: «Juntamente conmigo en el monasterio, vivía un monje llamado Antonio, el cual, meditando y estudiando con diligencia y fervor espiritual el texto sagrado, no buscaba en él la ciencia profana, sino el llanto y la compunción del corazón, de modo que, inflamada su alma con la lectura, pudiese abandonar las cosas inferiores y elevarse por la contemplación a las celestiales»: Dial IV, 49 (SC 265, 168).

16. Cf. O. M. PORCEL, *La doctrina monástica de San Gregorio Magno y la «Regula monachorum»*, CSIC, Madrid 1950, 149-154.

te los años de vida monástica en Roma ya había dirigido coloquios a los monjes sobre las Escrituras[17]. La petición capitaneada por Leandro no hubiera tenido mayor trascendencia a no ser por las circunstancias en que se produjo y por el libro escogido para la meditación. Gregorio, que andaba azotado por las olas de los afanes exteriores, debía desvelar los secretos interiores de la Palabra divina a los que vivían en la tranquila y segura orilla del claustro. Debía, además, exponer un libro oscuro, nunca antes comentado; no limitándose al sentido literal sino descubriendo los misterios de la alegoría para luego sacar una enseñanza moral. La tarea no era fácil: por un lado, el cargo de apocrisario no le ofrecía la quietud necesaria, por otro, el Libro de Job encerraba dificultades sin número. Pero ¿cómo negarse a cumplir el deseo de sus hermanos? En medio de su confusión, Gregorio elevó los ojos a Dios y comprendió que no podía ser imposible lo que le pedía la caridad nacida de corazones fraternos[18]. Los *Libros morales* habían nacido.

7. La experiencia de Constantinopla es fundamental para entender, no sólo el origen, sino también el estilo y el alcance de esta obra. Gregorio, que se había dedicado antes a la lectura personal de la Biblia –empeño que nunca abandonaría–, prefirió entonces la lectura comunitaria, junto con sus hermanos; poniéndose de frente a ellos (*coram positis fratribus*)[19], con ellos y para ellos, se le concedió comprender lo que a solas no le había sido concedido[20]. La comunidad monástica y el amor hacia los monjes fue el estímulo para comentar el Libro de Job. En un contexto marcado por la amistad –recuérdese el amor de los monjes, que deciden acompañarle hasta Constantinopla, el aprecio de Leandro y de las demás personas que componían su entorno, incluidos los miembros de la corte–, Gregorio inicia sus *Moralia in Job*. Quizás por-

17. Cf. Ep XII, 6 (CCL 140A, 975); J. RICHARDS, o.c. 56.

18. Cf. infra *Carta dedicatoria* 2 (CCL 143, 3).

19. Ibidem.

20. «Sé por experiencia que la mayoría de las veces en presencia de mis hermanos he comprendido muchas cosas de la Palabra de Dios que a solas no había conseguido comprender; sois vosotros los que me hacéis aprender lo que enseño. Es la verdad: muy a menudo os digo a vosotros lo que escucho con vosotros»: Hm Ez II, 2, 1 (CCL 142, 225).

que sólo se puede llamar *amigo* aquel con el que se ha compartido, como el bien más preciado, la Palabra de Dios previamente acogida, tal como revela el mismo Jesús en el evangelio: *Ya no os llamo siervos, sino amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer*[21].

b) ¿Por qué el Libro de Job?

8. Durante la estancia en Constantinopla, Gregorio no sólo comentó con sus hermanos monjes el Libro de Job, sino que tuvo que hacer frente a otras peticiones. Los coloquios diarios sobre la Sagrada Escritura ocupaban un lugar privilegiado, junto a la oración y la penitencia, en la vida diaria del monasterio. Se trataba de conversaciones en las que se saboreaban en común los tesoros de la palabra divina. La lectura personal precedía estos encuentros. En ellos, los monjes tenían ante sus ojos el texto bíblico, y, bajo la guía de Gregorio, se escrutaban los sentidos del mismo: se aclaraba el sentido literal, se buscaba el sentido místico o alegórico que facilitara el ascenso a la contemplación, y se procuraba confrontar la propia vida con la Palabra meditada para mejorarla mediante el sentido moral.

9. De todos los comentarios que Gregorio dirigió en ese tiempo, sólo el que versaba sobre el Libro de Job acabó por convertirse en un libro. Entre las obras que han llegado hasta nosotros existen, sí, otros comentarios y homilías sobre diversos libros bíblicos, iniciados siendo aún monje a su regreso de Constantinopla, o pronunciados ya en el ejercicio de su ministerio como obispo de Roma. Todas ellas, sin embargo, son transcripciones de los mismos que han conservado su estilo oral y apenas han sufrido correcciones ulteriores por parte del autor. A diferencia de estos escritos, el comentario sobre el Libro de Job es la obra más elaborada de cuantas compuso. Lo que empezó siendo un coloquio entre monjes y hombres de Iglesia, no dejó nunca de interesar a Gregorio. A lo largo de toda su vida volverá una y otra vez sobre

21. Jn 15, 15.

él, ampliando unas veces, recortando otras, y puliendo la expresión para dar un estilo unitario a todas sus partes.

10. Resulta inevitable preguntarse por qué el libro de Job ha merecido esta singular atención por parte de Gregorio. Cuando el papa envió a su amigo Leandro una copia, aún incompleta, de los *Libros morales*, habían pasado más de diez años desde que iniciara su comentario en Constantinopla. No parece correcto pensar que la petición inicial de los monjes fuera la única causa que empujó a Gregorio a componer este libro. El Pontífice, en su carta al obispo de Sevilla, deja entrever cuatro razones. Veámoslas.

11. Hay una *primera razón* que podríamos llamar «histórica»: el Libro de Job, según Gregorio, no había sido comentado nunca antes de él (*ante nos hactenus indiscusso*). Parecía, en consecuencia, lógico consagrar largos esfuerzos a desvelar su contenido en atención a los que se acercaran a él, para que así dispusieran de una guía. La puntualización gregoriana nos ayuda a determinar el ámbito teológico en que se movía nuestro autor, aunque no deja de causar sorpresa. Hoy sabemos, en efecto, que el comentario de Gregorio no es el único, ni el más antiguo, que nos ha legado la tradición patrística[22]. ¿Cómo es posible que no conociera Gregorio ninguno de los comentarios anteriores a él? Refiriéndose al Libro de Job, su afirmación no deja lugar a dudas: *nunca fue comentado*. Quizás haya que entenderla en un sentido más restrictivo. Leandro y los monjes le pidieron un comentario que no se limitara al sentido literal ni al alegórico, sino que llegara incluso al sentido moral. Una obra que cumpliera esos requisitos, ciertamente, antes de Gregorio no existía. Podría, por tanto, conocer esos comentarios, sobre todo los de Ambrosio y Agustín, pero no serían suficientes para satisfacer la petición de sus oyentes. La *novedad* de la exégesis gregoriana reside justamente en su decidida voluntad por buscar la edificación de los que le es-

22. Cf. infra «Fuentes de los *Libros morales*»; cf. también CH. KANNENGIESSER, *Job chez les Pères*, en «Dictionnaire de Spiritualité», VII, París 1974, 1218-1225; M. L. GUILLAUMIN, *Recherches sur l'exégèse patristique de Job*, en «Studia Patristica» XII, Berlín 1975, 304-308; *Le Livre de Job chez les Pères*, Cahiers de Biblia Patristica 5, Centre d'analyse et de documentation patristiques, Strasbourg 1996.

cuchan mediante el sentido moral. Los *Libros morales* vendrán a cubrir esa laguna en la época patrística abriendo el camino a la exégesis medieval[23].

12. Gregorio presenta una *segunda razón* para ocuparse del Libro de Job, una que podemos definir «formativa»: deseo de *edificar la Iglesia*, por medio de la predicación o comentario de la Escritura. Es esta una preocupación presente en todas las obras gregorianas. Job, que es figura de Cristo y de la Iglesia, ofrece un cauce muy apropiado para cumplir este deseo. En el libro de Job están, además, dibujadas las actitudes que debe hacer suyas todo cristiano[24]. Se lee a Job, para contemplar en él a Cristo, mejorar la propia vida y, así, edificar la Iglesia[25]. La invitación de los monjes no hizo más que avivar en Gregorio un deseo ya presente cuando comentaba con ellos otros libros de la Escritura. Job, el justo probado con el sufrimiento, ofrecía un modelo precioso de aceptación del designio de Dios en momentos difíciles en que la amenaza longobarda no cesaba. No en vano estaban en Constantinopla para solicitar ayuda frente a los invasores crueles. No se olvide, además –como hace notar en repetidas ocasiones el mismo Gregorio–, que Job era un gentil: un hombre que, sin pertenecer al pueblo de la Ley, vive ya según la ley; su ejemplo es una llamada de atención a los que están dentro de la Iglesia y no viven conforme a su fe[26]. La mirada de Gregorio hacia los longobardos era también una mirada evangelizadora[27].

13. Hay una *tercera razón*, de tipo personal: identificación con el sufrimiento de Job. Gregorio ha visto reflejada en la figura del

23. Cf. H. DE LUBAC, *Éxégèse Médiévale*, I, 2, Ed. DDB-Cerf, Paris 1993 (or. 1959-1964), 537-548.

24. Tal es el testimonio del primer biógrafo de Gregorio, un monje anónimo inglés del siglo VII: «...a partir de la exposición del comportamiento admirable del santo Job en la tribulación, [Gregorio] ofreció los medicamentos necesarios a las almas contra los vicios humanos»: MONK OF THE MONASTERY OF WHITBY, *A Life of Pope St. Gregory the Great*, Edited by F. Aidan Gasquet, Westminster 1904, 35-36.

25. Cf. infra *Carta dedicatoria* 2 (CCL 143, 4).

26. Cf. Mor Praef. 5 (CCL 143, 11).

27. Cf. C. DAGENS, *Introduzione* a *Commento morale a Giobbe /1*, Città Nuova Editrice, Roma 1992, 16-18; E. GANDOLFO, o.c. 110-111.

hombre doliente, como en un espejo, su propia vida[28]. Una enfermedad intestinal le aquejó desde sus primeros años en San Andrés, convirtiéndose en compañera fiel durante el resto de su vida, recordándole la fragilidad de su condición corruptible con frecuentes dolores[29]. A ellos se unió el sufrimiento espiritual provocado por la tensión entre su deseo de quietud interior y las crecientes cargas pastorales que le obligaban a vivir volcado en lo exterior. El justo Job, figura del Redentor, cargado de sufrimientos, tenía mucho que decir a Gregorio. La enfermedad se abraza como un designio de la Providencia para comentar la historia de un hombre abatido por el dolor; él estaba en mejor condición para entender y exponer el sentido de su libro, pues *sólo el que comparte el sufrimiento, puede comprender la mente del que sufre*[30].

14. Gregorio habla, finalmente, de una *cuarta razón*: un compromiso adquirido con su amigo Leandro[31]. El obispo de Sevilla no sólo habría empujado a los monjes a pedir un comentario coloquial sobre el Libro de Job, sino que además, como se deduce de las cartas del pontífice, habría también insistido en que completara esa primera exposición oral, la pusiera por escrito de forma ordenada, y cuando estuviera lista, se la enviara. Así, la amistad no sólo estuvo en el inicio de los *Libros morales*, sino que fue también el aguijón diario que le espoleaba a cumplir un compromiso que, por razones de salud y obligaciones pastorales, bien podía haber abandonado. Gregorio conocía bien la difícil situación que

28. «La Sagrada Escritura se presenta ante los ojos del alma como un espejo en el que podemos ver reflejado nuestro rostro interior»: Mor 2, 1 (CCL 143, 59).

29. «Desde hace ya muchos años me veo atormentado por frecuentes dolores intestinales. A todas horas y en todo momento vivo afligido a causa de mi endeble estómago, y una fiebre tenue, pero continua, me tiene debilitado»: *Carta dedicatoria* 5 (CCL 143, 6). Sus primeros biógrafos hablan de *síncope*, «cortes de digestión», cf. PABLO DIACONO, *Vita Gregorii*, 5 (PL 75, 43 C); JUAN DIACONO, *Vita Gregorii*, 1, 7 (PL 75, 65 B). Sobre las enfermedades de Gregorio, cf. J. RICHARDS, o.c. 70-73; E. GANDOLFO, o.c. 17-23.

30. Mor Praef 7 (CCL 143, 13).

31. «...esta obra la he puesto por escrito para ti, de modo que aquel a quien amo más que a nadie, vea con qué desvelos me he esforzado en mi trabajo»: Ep I, 41 (CCL 140, 49). «Te he enviado este comentario para que lo revises. No es que lo juzgue digno de ti, pero, ante tu petición, recuerdo habértelo prometido»: *Carta dedicatoria* 5 (CCL 143, 6).

atravesaba la España de Leandro: los años previos a la conversión de Recaredo (589) habían sido de abierta persecución para los fieles católicos. Job es modelo del justo que persevera en medio de las desgracias; por su perseverancia recibe la alabanza y la recompensa de Dios. En Leandro también podía ver Gregorio cumplida la verdad de las Escrituras. Para Leandro, el Libro de Job, era, primero, una palabra profética; luego, una palabra de cumplimiento. La amistad invita siempre a palabras de aliento y de consuelo. Sobre el horizonte de una amistad que no se cansa de alentar, Gregorio cumplió su compromiso, y cuando la obra estaba prácticamente acabada, la envió a su amigo, el obispo hispalense.

15. Las cuatro razones señaladas concurrieron en la redacción de los *Libros morales*. Cada una, en su medida, parece haber estado presente en la mente de su autor. La petición de los monjes fue el empuje inicial de un movimiento sostenido luego por esos cuatro motivos. Lo que empezó en Constantinopla no alcanzó una forma casi definitiva hasta el año 595, en que Gregorio envió su escrito a Leandro. Se trata, por tanto, de una obra que ha conocido una larga elaboración. Siguiendo al mismo Gregorio podemos establecer sus fases, aunque sea de modo genérico.

c) «Un libro, una vida»: diversas redacciones de los Libros morales

16. Gracias al epistolario gregoriano es fácil determinar las etapas que conoció la redacción de los *Libros morales*. Trazar el curso de su elaboración nos ayudará a reconocer las razones antes aducidas y nos permitirá descubrir algunas de sus características, como las relativas a los estilos y géneros literarios que convergen en ella, o las que se refieren al tipo de lector que Gregorio tenía en mente cuando pronunció o puso por escrito su comentario. Desde las primeras notas escritas – transcripción de una exposición oral–, hasta la redacción y estructuración definitivas, se pueden establecer cuatro fases en la composición del comentario al Libro de Job[32].

32. Cf. Madoz 58-61.

17. Primera fase (c. 579-584): coloquios orales (*homiliae*) con los monjes en el Palacio de Galla Placidia. El diácono Gregorio accede a la petición de sus hermanos y de Leandro, y comenta con ellos el Libro de Job. Los monjes tienen ante sus ojos (*sub oculis*) el texto bíblico. Inicialmente, se trata de una charla en la que el comentador va respondiendo a las preguntas e intereses de los oyentes. Luego, cuando disponen de más tiempo, Gregorio va *dictando* una explicación (*tractando dictavi*) más detallada en la que se alternan los tres sentidos de la Escritura –literal, alegórico y moral–, haciendo especial hincapié en la *edificación de la fe* mediante el sentido moral. No se comenta todo el libro, sino sólo los inicios (*priora libri*)[33]. Como en otras ocasiones, un copista va transcribiendo el comentario. Gregorio revisa y corrige esas primeras notas dándole una primera estructuración; conservan todavía el estilo oral; en todo momento siguen siendo unas *Homilías sobre Job*. Así lo indica el mismo Gregorio siendo ya papa en mayo del año 591 en carta dirigida a Leandro: *per homilias dixeram*[34].

18. Cuando Leandro abandonó Constantinopla para volver a España, en el año 584, llevaba ya una copia de estas *Homilías*[35]. Seguramente el obispo hispalense pidió con insistencia a su amigo poder llevarlas consigo. Gregorio accedió a esa petición, pero se comprometió a transformar ese conjunto de homilías en una exposición más completa ordenada en libros; al terminar esa tarea le enviaría el nuevo comentario como expresión de su imborrable amistad. A esta nueva elaboración se refieren Gregorio, en la carta citada, y el obispo de Cartagena, Liciniano, en una carta dirigida al papa Gregorio I, escrita hacia el 595; textos ambos de los que nos ocuparemos en seguida.

33. Cf. *Carta dedicatoria* 2 (CCL 143, 3).

34. Cf. Ep I, 41 (CCL 140, 49). Cf. infra.

35. Recientemente se han descubierto fragmentos de un primitivo manuscrito de los *Moralia in Iob* en cierto códice Becense –ahora Parisino (B.N. lat. 2342) del siglo XII–, y en las *Sentencias* de Isidoro de Sevilla, inspiradas en el comentario gregoriano, que podrían corresponder a ese primer conjunto de homilías; cf. P. MEYVAERT, *Uncovering a lost Work of Gregory the Great: Fragments of the Early Commentary in Iob*, en «Traditio» 1 (1996).

19. Así pues, en esta primera fase, advertimos ya algunos elementos importantes. Primero, estamos ante unas *homilías*, es decir, unas *conversaciones coloquiales* sobre Job. Segundo, se dirigen a fieles que ya han sido iniciados en el conocimiento de la Palabra de Dios; personas que han consagrado su vida a la meditación o predicación de la misma, o sea, monjes y pastores. Tercero, la primera recopilación escrita se realiza para satisfacer una petición nacida de la amistad. Cuarto, esta primera colección de homilías, ya desde su origen, tienen carácter transitorio: Gregorio se ha comprometido a darle forma de libro.

20. Segunda fase (c. 585-591): elaboración de los *Libros morales*. Gregorio ha vuelto de Constantinopla y ha ingresado de nuevo en el monasterio de san Andrés. Aunque sus tareas como diácono le impiden romper por completo con los asuntos seculares, puede gozar de la paz monástica durante períodos mayores de tiempo (*spatia largiora*). Encuentra entonces la ocasión para trabajar sobre la obra que ha prometido enviar a su amigo Leandro. Vuelve a tomar en sus manos las homilías sobre Job: no está satisfecho con su exposición. Quiere enmendar su comentario en algunos puntos, pues encuentra que no siempre ha encontrado palabras y explicaciones muy afinadas (*verbis sensibusque tepentibus*). En esta época se gesta la estructuración definitiva del comentario a Job. La elección como obispo de Roma le impide completar su tarea dentro de los plazos deseados. En mayo del año 591 escribe a Leandro, respondiendo a una carta de éste en la que le consultaba un asunto relativo a una práctica litúrgica[36]. Gregorio desea enviar junto con su respuesta el regalo prometido. No lo hace porque no ha tenido

36. Leandro le había preguntado qué rito debía adoptar para el bautismo: ¿una o tres inmersiones? En Roma –responde Gregorio–, se practica la triple inmersión como símbolo de los tres días que estuvo Jesús en el sepulcro. En España, los católicos practican una sola inmersión, simbolizando la unidad de substancia en la Trinidad; los arrianos, sin embargo, en sus bautizos practicaban la triple inmersión, simbolizando con ello tres substancias distintas en la Trinidad. Leandro pregunta si puede distanciarse de la práctica romana, ya que en España, la triple inmersión se podría interpretar como signo de pertenencia a la herejía arriana. La respuesta de Gregorio es de gran clarividencia: «Una costumbre diversa no es obstáculo para la única fe de la Santa Iglesia» (in una fide nil officit sanctae Ecclesiae consuetudo diversa): Ep I, 41 (CCL 140, 48).

tiempo para ultimarlo; los copistas están trabajando en ello, pero el correo debe ya salir; aun así le adelanta algunas partes.

> He estructurado para ti, queridísimo hermano, los códices sobre los que te doy alguna noticia. Tenía que enviarte el *Comentario al santo Job*, pero como lo expuse en homilías con palabras y explicaciones no siempre afinadas, he estado transformándolo para darle forma de libros, que aún están transcribiendo los copistas. Si las prisas del correo no me hubieran angustiado, te lo habría enviado todo de una vez sin ningún recorte, máxime porque esta obra la he puesto por escrito para ti, de modo que aquel a quien amo más que a nadie, vea con qué desvelos me he esforzado en mi trabajo. Ten, además, en cuenta que las ocupaciones eclesiásticas exigen ser indulgente con el tiempo; cosa que ya sabes. Aunque estás corporalmente ausente, te tengo siempre presente, porque llevo grabada en lo íntimo de mi corazón la imagen de tu rostro[37].

21. La transformación de las homilías en libros implica cambios que afectan tanto a la forma como al contenido de la exposición. Respecto a la forma, Gregorio procura igualar el estilo ajustando lo que inicialmente era una locución oral a las partes escritas, y dando a éstas una redacción que no distara del lenguaje coloquial. Respecto al contenido, la tarea es al mismo tiempo de ampliación y de reducción: adición de notas y explicaciones a los pasajes que lo requerían y eliminación de repeticiones innecesarias. Hecho esto, se distribuye toda la obra en treinta y cinco libros, organizados en seis partes. El objetivo ahora es comentar todo el Libro de Job, recorriendo cada uno de sus versículos, y escrutando en ellos el triple sentido[38].

22. En esta segunda fase, por tanto, los *Libros morales* adquieren la estructura definitiva. Se confirma la intención de componer un comentario completo. Los destinatarios siguen siendo los mismos. La obra quiere seguir siendo, ante todo, un regalo para Leandro.

23. Tercera fase (591-595): conclusión de los *Libros morales.* Desde mayo del 591 los copistas han estado trabajando a las órde-

37. Ep I, 41 (CCL 140, 49).
38. Cf. *Carta dedicatoria* 2 (CCL 143, 3).

nes de Gregorio. Las ocupaciones pastorales se multiplican: el año 592 edita la *Regla pastoral*, verdadero manual de santidad sacerdotal, la obra mejor acabada de todas las que compuso. En esta obra Gregorio se refiere a sus *Libros morales*[39], como a una obra ya terminada; la denominación empleada denota ya el carácter predominantemente *moral* de su comentario a Job. La predicación constituye una de las dedicaciones principales durante sus primeros años de pontificado: el año 593 pone por escrito, de forma ordenada, cuarenta *Homilías sobre los evangelios*, destinadas a los fieles; ese mismo año habría escrito los *Diálogos*, recopilación de la vida de numerosos santos italianos, destinada a ofrecer al pueblo sencillo modelos de virtud; un año después, lo vemos pronunciando las *Homilías sobre Ezequiel*, con las que atiende a la instrucción de sus colaboradores los presbíteros. La carga pastoral le lleva a dirigir su palabra, escrita u oral, a todo tipo de fieles. Los *Libros morales* tendrán que esperar hasta el año 595, para que vean su forma definitiva.

24. En abril de ese año Gregorio envía, finalmente, una copia de su obra magna al obispo de Sevilla. Para «compensar» el retraso en la entrega de un regalo anunciado hacía más de diez años, el papa le envía además un ejemplar de su *Regla pastoral*. Los *Libros morales* van precedidos de una larga *Carta dedicatoria*. A su vez, el envío completo (los dos libros) va acompañado de otra carta, esta vez breve, importante para conocer los cambios operados en esta tercera fase. Dada su importancia, y brevedad, ofrecemos la traducción completa[40]:

> Gregorio a Leandro, obispo de Sevilla.
> En las tablas de tu corazón puedes leer con cuánto ardor siento sed de verte, pues es mucho lo que me amas. Pero como no puedo verte debido a la gran distancia que nos separa, he hecho lo que la caridad me ha dictado sobre ti y he enviado a tu santidad, por medio del presbítero Probino, hijo común, el libro de la *Regla pastoral*, que es-

39. Reg Past II, 6 (SC 381, 202.216; BPa 22, 206.213). Sobre los *Libros morales* como fuente de la *Regla Pastoral*, cf. B. JUDIC, *Introduction*, en GRÉGOIRE LE GRAND, *Régle Pastoral*, I, Les Éditions du Cerf, Paris 1992 (SC 381), 17-21.

40. Ep V, 53 (CCL 140, 348).

cribí al inicio de mi episcopado, y los libros que desde hace tiempo sabes que he redactado como *Comentario al santo Job*. No he enviado a tu caridad los códices correspondientes a la tercera y cuarta parte de esta obra, porque de esas partes sólo disponía de los códices que ya he entregado a los monasterios. Espero que tu santidad los lea con atención y con mayor atención aún llore mis pecados, no sea que lo que yo aparento saber deje de llevarlo a la práctica convirtiéndose para mí en motivo de culpa más grave. Tal como revela a tu caridad la misma brevedad de mi carta, en esta Iglesia ando atrapado en tal cantidad de asuntos que hablo poco a quien más amo.

25. Estas palabras confirman una vez más la trascendencia que tuvo la amistad con Leandro para la elaboración de los *Libros morales*. No obstante, Gregorio afirma no haber podido enviar toda la obra, pues no dispone de más copias de las partes tercera y cuarta[41]. La advertencia es interesante, porque demuestra la apertura de intención por parte de Gregorio respecto a los destinatarios de su escrito. Hasta ese año, no tenemos noticias de que el Papa haya difundido su comentario sobre Job a otros monasterios o personas. Más aún, se ha mostrado siempre muy celoso de que el primer destinatario fuera Leandro. Por los datos que tenemos, las *Homilías sobre Job* recopiladas en Constantinopla sólo se en-

41. Esta afirmación presenta una aparente contradicción con otra que encontramos en la *Carta dedicatoria*. Aquí, en efecto, leemos: «La tercera parte de la obra la dejé casi como había salido en nuestro coloquio, porque mis hermanos me encomendaron otros asuntos y no pude corregirla más profundamente» (CCL 143, 3). ¿Por qué dice primero que no le ha enviado la tercera parte y en la carta siguiente le da indicaciones sobre ella? Este detalle nos ayuda a comprender el alcance de la *Carta dedicatoria*: ésta, en la intención de Gregorio, no es una mera presentación de los códices que le ha enviado a Leandro, sino de toda la obra, inclusive las partes que faltan. Se dice, además, que la parte tercera apenas ha sufrido modificaciones. Pudiera ser que Leandro ya dispusiera de una copia de la misma en el envío parcial que le realizó en el 591 o que fuera, sin más, alguna de las homilías que ya tenía; para esa fecha ya tendría la forma que luego conservaría; por eso Gregorio no da excesiva importancia al hecho de no enviarle esas partes (cosa que sorprende si se tiene en cuenta que había esperado más de diez años para realizar ese envío). Es significativo que en la correspondencia posterior entre Gregorio y Leandro, no se vuelva a hablar de los *Libros morales* ni de las partes que aún faltan por mandar. Los datos que existen (carta de Liciniano de Cartagena, cf. infra) apuntan más bien a que Leandro tuvo en su haber la obra completa.

tregaron al obispo de Sevilla y éste no las difundió, quizás por petición expresa de Gregorio[42].

26. Meses después de que el papa enviara sus libros a Leandro (finales del año 595), el obispo de Cartagena, Liciniano se dirige al pontífice manifestándole su reconocimiento por la *Regla pastoral* que acaba de leer. Liciniano conoce además la respuesta de Gregorio a la cuestión de la triple inmersión, y tiene noticia de los comentarios que ha compuesto sobre Job. Se confiesa lector insaciable y bibliófilo entusiasta; pide, en fin, al papa que le envíe una copia de sus comentarios. La carta es un testimonio precioso para conocer el progreso de los *Libros morales.*

> Hace algunos años, Leandro, obispo de Sevilla, a su vuelta de la capital imperial, vino a verme y me dijo que de su santidad tenía publicadas unas Homilías sobre el *Libro del santo Job.* Como iba de paso y con prisa, apenas me las mostró cuando se las pedí. Luego le escribiste sobre la triple inmersión y en esa carta recordabas que no estabas contento con esa obra y que habías determinado, para que fuera de mayor provecho, transformar las homilías para darles forma de libros. Tengo seis libritos del santo obispo de Poitiers, Hilario, que tradujo del griego al latín el Libro del santo Job de Orígenes, pero sin exponerlo siguiendo su orden. Es cosa muy sorprendente que hombre tan docto y santo secunde las tonterías de Orígenes sobre las estrellas. A mí, santísimo Padre, no hay nadie que me pueda convencer para que me crea que los astros del cielo tienen espíritu racional, pues la Santa Escritura no dice que hayan sido creados junto a los ángeles o junto a los hombres. Ruego, pues, a su santidad que se digne enviar a este pobre hombre esa obra sobre el Libro de Job así como los otros *libros morales* a los cuales te refieres en el libro de las Reglas[43].

27. La transformación en libros de las iniciales homilías sobre Job es tal, que Liciniano piensa que se trata de dos obras diferentes. A ninguna de ellas ha tenido acceso. Leandro no ha tenido inconveniente en hacerle llegar una copia de la *Regla pastoral,* sin embargo, los comentarios sobre Job se los ha reservado, por eso Liciniano tiene que dirigirse directamente al pontífice.

42. Cf. infra Carta de Liciniano de Cartagena a Gregorio Magno.

43. LICINIANO DE CARTAGENA, *Carta a Gregorio Magno* 6 (Madoz 92-95; PL 77, 602).

28. En esta tercera fase, advertimos, pues cómo la obra ha hallado cumplimiento, aun cuando el mismo Gregorio dice a Leandro que se la ha enviado para que la revise (*recensendam transmisi*)[44]. Hasta entonces el hispalense conservaba el privilegio de ser el primero en disfrutar del comentario cuando estuviera acabado; ahora, el mismo Gregorio se encarga de distribuir copias de los *Libros morales* a los monasterios; su nueva misión como papa le ha hecho comprender el nuevo alcance que debe dar a su palabra: la solicitud por todos los fieles –en este caso, por los monjes– debe convivir con el mantenimiento de sus amistades. Los destinatarios siguen siendo siempre los monjes o los pastores, como en Constantinopla. En las fases anteriores Gregorio se refiere a su comentario con los nombres de *homiliae* o *expositiones in Iob*; ahora, también habla de su conjunto como *libri morales*. La transformación de las primeras locuciones orales en libros se ha decantado decididamente por el sentido moral. Lo que iba a ser un comentario detallado sobre el Libro de Job según el triple sentido, se convierte finalmente en un comentario prevalentemente moral, hasta el punto de que el mismo autor se siente obligado a justificar el abandono del sentido literal a medida que progresa la exposición[45].

29. Cuarta fase (595-604): pequeños añadidos y leves correcciones. El año 596 Gregorio enviaba una expedición de monjes a Inglaterra con el fin de llevar el evangelio a aquellas tierras. Al frente iba el monje Agustín. Tras vencer ciertos temores iniciales, la misión resultó un éxito. Desde Inglaterra llegaban noticias a Roma que invitaban a proclamar la grandeza de Dios, que en su misericordia había llamado a la fe a gentes de tierras lejanas. Al final de la quinta parte de los *Libros morales* el papa eleva una acción de gracias a Dios porque *ha guiado las tierras de los confines del mundo a la fe verdadera*[46]. Desde Beda el venerable se ha asociado esta afirmación a la misión evangelizadora en Inglaterra[47],

44. *Carta dedicatoria* 5 (CCL 143, 6).

45. «Puede parecer que he descuidado el sentido literal por dedicarme más ampliamente al comentario del sentido místico y moral»: *Carta dedicatoria* 2 (CCL 143, 3).

46. Mor 27, 21 (CCL 143B, 1346).

47. Cf. BEDA EL VENERABLE, *Historia ecclesiastica gentis anglorum*, II, 1 (PL 95, 79-80).

despejando dudas sobre una posible interpolación posterior. Lo cual obliga a pensar que la redacción definitiva de nuestro escrito no pudo ser anterior al año 597[48]. En cualquier caso estaríamos ante un añadido circunstancial, que no afecta a la estructura y al contenido ya fijos en el 595.

30. La segunda mitad del pontificado de Gregorio estuvo marcada por la enfermedad. A los dolores intestinales se une ahora la gota que le llevará a la muerte el año 604. Desde el 598 debe pasar largas temporadas en cama y apenas logra estar de pie tres horas los días de fiesta para celebrar la Misa[49]. Su solicitud pastoral, sin embargo, no disminuye. En medio de los dolores aún tiene tiempo de dictar y enviar cartas a un sitio y otro, dando instrucciones, corrigiendo o exhortando a sus destinatarios. En julio del año 600, Gregorio escribe a Inocencio, prefecto de Africa, que le había escrito con anterioridad para pedirle una copia de los *Libros morales*. Lo interesante de la petición es que la realiza un seglar que anda ocupado en los asuntos del mundo. No sabemos si el papa satisfizo el deseo de Inocencio. Su respuesta, sin embargo, es muy significativa:

> Me llena de gozo el interés mostrado al querer que le envíe el códice con el *Comentario sobre el santo Job*, porque veo que su eminencia se interesa por esa realidad que no permite que nos volquemos completamente por fuera haciéndonos volver de nuevo al corazón después de andar dispersos en las ocupaciones seculares. Pero si desea nutrirse con un pasto delicioso, lea las obras de su compatriota san Agustín y, comparado con el sabor de su trigo, no querrá más probar mi salvado[50].

31. El papa se sorprende de que uno que está volcado en tareas seculares pueda encontrar tiempo para la meditación. Su co-

48. Contrario a esta opinión es Brechter, para el cual el texto en cuestión es una cita de Tertuliano introducida por Gregorio antes de la misión a Inglaterra; cf. S. BRECHTER, *Die Quellen zur Angelsachsenmission Gregors des Grossen*, Münster 1941 (obra citada en J. RICHARDS, o.c. 361).

49. En junio del año 600 escribe a Eulogio, patriarca de Alejandría: «Desde hace ya casi dos años estoy confinado a mi lecho, afligido por tales tormentos a causa de la gota que apenas logro levantarme los días de fiesta tres horas para celebrar la Misa»: Ep X, 14 (CCL 140A, 840).

50. Ep X, 16 (CCL 140A, 845).

mentario a Job –parece decir– sólo será de provecho para los que se han consagrado a la contemplación y pueden recogerse interiormente. Si ya es uno de éstos, lo mejor es que lea las obras de san Agustín. En la intención de Gregorio, el «lector tipo» de su comentario sigue siendo el monje o el pastor, no el fiel laico.

32. Dos años antes de su muerte, en enero del 602, el papa se dirige a su apocrisario en Rávena, el subdiácono Juan, dándole instrucciones bien precisas sobre determinados asuntos. Entre ellos, ordena que manifieste su disconformidad al obispo Mariniano –con el cual Gregorio tenía una gran amistad desde que era monje con él en san Andrés–, por haber leído en público pasajes de sus *Libros morales*[51], le pide además que informe al obispo de un error que ha detectado en algunas copias de su obra:

> En la parte tercera del comentario a Job, en el verso en que está escrito: «Sé que mi Redentor está vivo», me temo que el hermano mencionado y compañero obispo Mariniano, tenga un códice defectuoso. Pues he comprobado en mi archivo que ese mismo pasaje es diferente al correspondiente de otros códices. Por eso, he hecho cambiar ese párrafo para que este hermano mío, a menudo despistado, lo tenga tal como yo lo tengo en mi archivo. Se trata de cuatro palabras que, sacadas de su sitio, pueden crear al lector no poca confusión[52].

33. A pesar de la enfermedad, el celo de Gregorio por conservar la pureza de su escrito no ha disminuido. La carta a Juan de Rávena revela la divulgación que habían adquirido ya en vida del autor los *Libros morales*. Confirman, una vez más, el tipo de destinatario para el que concibió su obra. La fase final de composición está, por tanto, marcada por la adición de mínimos detalles y por la divulgación del comentario. La preocupación de Gregorio recae ahora sobre la fidelidad de las copias que se están distribuyendo. Aunque haya fieles seglares interesados por su comentario a Job, el papa entiende que harían mejor leyendo otros escritos. Sabe que no todos deben ser exhortados de la misma manera y con las mismas palabras: lo que para uno puede ser provechoso,

51. Para este párrafo, cf. infra el apartado siguiente: «4. Destinatarios».
52. Ep XII, 6 (CCL 140A, 976).

para otros puede ser perjudicial. El deseo de «hacerse todo a todos» y dar a cada cual lo que más le puede beneficiar, es una constante pastoral también presente en los *Libros morales*.

34. Se completa así el itinerario que nos ha llevado desde las primeras notas escritas sobre unos coloquios en torno a Job hasta la forma definitiva de los *Moralia in Iob*. Recorrer las diferentes fases de su elaboración ha sido, en el fondo, recorrer la misma vida de Gregorio desde su estancia en Constantinopla. Bien se puede decir de esta obra «un libro, una vida». En las *Homilías sobre Ezequiel*, el papa había enunciado un principio para el lector de las Escrituras: *divina eloquia cum legente crescunt* (la Palabra de Dios crece con quien la lee)[53], es decir, hay progreso en la comprensión de la Sagrada Escritura proporcionado al crecimiento espiritual del lector. A mayor santidad, mayor penetración y comprensión de las palabras divinas. Mirando el comentario al Libro de Job descubrimos cómo la Palabra de Dios contenida en el relato de Job *ha crecido* con el mismo Gregorio. Los *Libros morales* no quieren ser otra cosa que una ayuda para favorecer ese crecimiento.

d) Destinatarios

35. Es indiscutible que para Gregorio el destinatario de su obra moral es el creyente que se ha consagrado al Señor en la tranquilidad del monasterio o el pastor que debe acudir constantemente a las fuentes de la Escritura para luego exponerla a sus fieles[54]. La razón de esta elección la ha expresado el mismo autor en la carta ya citada a Juan de Rávena:

> Me ha llegado cierta información: mi reverendísimo hermano y compañero en el episcopado, Mariniano, hacer leer en público pasajes del *Comentario al santo Job* durante las vigilias; cosa que no he recibido con agrado, porque no es una obra popular y para los oyentes no

53. Hm Ez I, 7, 8 (CCL 142, 87).

54. Tal es el parecer de R. Gillet: *les Morales son avant tout des conférences monastiques*: *Introduction* a GRÉGOIRE LE GRAND, *Morales sur Job* (I-II), SC 32bis, 10.

instruidos genera más confusión que provecho. Dile que durante las vigilias haga leer comentarios a los salmos, pues con ellos principalmente podrá instruir las mentes de los que viven en el siglo moviéndolos a buenas costumbres. No quiero que, mientras vivo en esta carne, mis palabras se den a conocer indiscriminadamente a los hombres. Con desagrado acogí el que el diácono Anatolio, de feliz memoria, entregara el libro de la *Regla pastoral* al emperador cuando se lo pidió. Mi santísimo hermano y compañero en el episcopado Anastasio de Antioquía lo había traducido al griego. Según me dijo, le gustó mucho, pero a mí me disgustó que teniendo obras mejores se entretuviera en menudencias[55].

36. La afirmación no deja lugar a dudas, los *Libros morales* no son una obra popular (*non est illud opus populare*). Los creyentes que no tengan una formación adecuada, encontrarán en ellos más confusión que provecho. Ya lo había dicho antes en la *Regla pastoral* muy claramente, recordando un principio enunciado por Gregorio Nacianceno: «No es conveniente una misma exhortación para todos, puesto que no todos están sujetos al mismo estado de vida»[56]. El deseo del pontífice es dar cada uno lo que más le pueda ayudar para su crecimiento espiritual. De poco sirve tener fieles eruditos si no están en camino de perfección. Lo importante es el progreso espiritual de los creyentes; para favorecer dicho progreso cada uno de ellos merece recibir la palabra de instrucción que más le favorezca. La finura interior de Gregorio le lleva a reconocer el primado de la persona en la obra de evangelización. Su acción pastoral no es de masas, sino de trato y acomodación personal. Todos sus escritos están tocados por esta sensibilidad espiritual. Por eso, Gregorio no quiere que sus escritos se den indiscriminadamente a conocer a los fieles, al menos mientras él esté vivo. La fidelidad a la Palabra de Dios predicada o comentada no debe nunca enfrentarse a la fidelidad debida al oyente. A última hora se trata de aprender en las mismas palabras divinas cómo Dios trata a cada persona. El que se consagra a exponerlas, ya sea

55. Ep XII, 6 (CCL 140A, 975-976).

56. Reg Past III, Prol (SC 382, 258; BPa 22, 237); cf. GREGORIO NACIANCENO, *Discurso* 2, 15 (SC 247, 108-110).

de forma oral, ya sea por escrito, debe siempre aprender de la *condescendencia* de Dios manifestada en las páginas sagradas[57].

37. ¿No hay acaso en Gregorio una visión clasista de la Iglesia? El lector no atento, o malintencionado, podría deducir del reproche a Mariniano una actitud de cierto desprecio a los fieles laicos por parte de Gregorio, como si ellos no estuvieran llamados a la misma perfección que los consagrados y, por tanto, merecieran un trato discriminatorio. Nada hay más lejos del pensamiento gregoriano que una opinión tal. El papa, recogiendo la tradición unánime anterior a él, distingue tres tipos de creyentes según los estados de vida, afirmando para todos ellos la misma vocación a la santidad. A una sola vocación universal a la santidad corresponden diferentes caminos de perfección, según el diferente estado de vida. En Ez 14,20 se afirma que sólo Noé, Daniel y Job se salvarán por su recto modo de proceder. En estos tres hombres Gregorio ve simbolizados los tres tipos de fieles: los pastores, los continentes y los esposos. Noé, que guía el arca en medio del diluvio, es figura de los pastores, que deben conducir la nave de la Iglesia en medio del mar de este mundo. Daniel, notable por su abstinencia, es figura de los continentes que, abandonando el mundo, dominan a la Babilonia que desprecian. Job, padre y esposo fiel, es figura de los santos esposos, que administrando correctamente los bienes que poseen, caminan hacia la patria celeste por el camino de este mundo[58].

38. La reprensión a Mariniano nace, por tanto, del celo pastoral. En las celebraciones litúrgicas también participan fieles con poca formación. Para un mayor provecho es preferible que escuchen y lean otros textos, como algún comentario a los salmos. Lo mismo había dicho años antes al prefecto de Africa Inocencio:

57. *...sicut pater cum parvulo filio loquitur:* Mor 19, 14 (CCL 143A, 96). En la Palabra de Dios aprendemos a conocer el corazón de Dios: cf. Ep V, 46 (CCL 140, 340).

58. Cf. Mor 1, 20 (CCL 143, 34). La misma interpretación alegórica de Ez 14, 20 se encuentra en AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los salmos* 132, 4-5 (CCL 40, 1929-1930); *Sermón sobre la caída de Roma* I, 1 (PL 40, 717); *Sobre el perdón y méritos de los pecadores* II, 10, 12 (PL 44, 158-159). También ORÍGENES había visto en ese texto tres tipos de fieles: cf. *Homilías sobre Ezequiel* 4 (PG 13, 695-704). En el siglo V, CESAREO DE ARLÉS, habla también de tres tipos de fieles, dentro de los cuales Job es figura y modelo de los esposos: cf. *Sermón* 6, 7 (SC 175, 332-335).

para los que andan comprometidos en las tareas del mundo hay lecturas mejores que los *Libros morales*[59].

39. A la muerte de Gregorio, pastores y monjes no tuvieron ningún reparo en dar a conocer a todos los fieles su comentario al Libro de Job. Se trataba, no obstante, de una obra larga y exhaustiva que ponía a prueba las capacidades del lector, se pensó entonces en hacer una selección de ciertos pasajes con la intención de hacerla accesible al mayor número de fieles. Dicha tarea correspondió, según el testimonio de Juan Diácono, al notario papal Paterio que había estado a las órdenes del mismo Gregorio[60]. En pocos años se multiplicaron las compilaciones de ese tipo[61], y un siglo después de su muerte, un anónimo monje inglés del Monasterio de Whitby, su primer biógrafo, hablará del comentario a Job como un escrito en el que ofrece *los medicamentos necesarios a las almas contra los vicios humanos*[62]. La amplitud de enseñanzas contenidas en los *Libros morales* y la descripción detallada de las diversas facetas de la vida humana que en ellos se contiene, hicieron que una obra destinada inicialmente a un grupo reducido de fieles, pronto se convirtiera en una lectura de provecho para todo el pueblo cristiano.

II. LOS *LIBROS MORALES* Y LA INTERPRETACIÓN DE LAS ESCRITURAS

40. La *Carta dedicatoria* que Gregorio antepuso a los *Libros morales* constituye la «carta magna de la exégesis gregoriana»[63]. En ella se describe el método exegético adoptado para comentar el Libro de Job. Ese método condiciona el estilo literario de la obra y permite delimitar las fuentes que ha empleado el autor en su composición.

59. Cf. supra Ep X, 16 (CCL 140A, 845).

60. Cf. *Vita Gregorii*, II, 11 (PL 77, 92 A).

61. Cf. infra apartado «Difusión e influencia de los *Libros morales*».

62. MONK OF THE MONASTERY OF WHITBY, *A Life of Pope St. Gregory the Great*, Edited by F. Aidan Gasquet, Westminster 1904, 35-36.

63. «...lettre qui est une sorte de manifeste méthodologique»: H. DE LUBAC, *Éxégèse Médiévale*, I, 1, Ed. DDB-Cerf, Paris 1993 (or. 1959-1964), 188.

a) El Libro de Job y los sentidos de la Sagrada Escritura[64]

41. Los monjes pidieron a Gregorio un comentario que no se limitara al sentido literal y al alegórico, sino que llegara a ofrecer palabras de exhortación para mejorar la propia vida. Al describir la tarea realizada, el papa compara su labor exegética a la construcción de un edificio y reconoce haber cumplido el deseo de sus hermanos según un orden muy preciso:

> Ponemos primero el fundamento de la historia; luego, por el sentido típico, construimos a partir del edificio de nuestra alma, el baluarte de nuestra fe; y, por último, con el toque de la moralidad, vestimos la construcción dándole colorido[65].

42. En el texto bíblico se reconocen diversos sentidos cuando nos acercamos a él con los ojos de la fe, es decir, cuando confesamos que la realidad no se agota en lo que captan los sentidos[66]. La Biblia no se agota en la materialidad de su escritura, sino que ha sido escrita por la acción del Espíritu Santo[67]. En ella, por tanto, se deben reconocer dos estratos: el interior y el exterior[68]. Entregarse a la tarea de interpretar la Palabra de Dios es saberse invitado al Banquete del Señor y estar dispuesto a saciar el alma con la variedad de alimentos que Él mismo nos sirve[69].

64. Cf. A. HOLGADO-J. RICO, o.c. 120-124; C.DAGENS, *Introduzione* a *Commento morale a Giobbe /1*, Città Nuova Editrice, Roma 1992, 27-30.

65. *Carta dedicatoria* 3 (CCL 143, 4).

66. La exégesis gregoriana refleja la «hondura» de la realidad en toda su riqueza metafísica: *The «Moralia» shows that exegesis follows metaphysics:* S.E.SCHREINER, «*Where shall wisdom be found?*»*: Gregory's interpretation of Job*, en «The American Benedictine Review» 39 (1988) 341.

67. «... se cree por la fe que el autor de este libro es el Espíritu Santo»: Mor Praef 2 (CCL 143, 8).

68. «El libro de la Sagrada Escritura está escrito por dentro alegóricamente y por fuera históricamente; por dentro, en sentido espiritual, y por fuera, en el sentido corriente y llano de la letra»: Hm Ez I, 9, 30 (CCL 142, 139).

69. «Abundar de delicias junto al Omnipotente significa saciarse de su amor en el banquete de la Sagrada Escritura. En él encontramos tantas alegrías como interpretaciones se ofrecen para nuestro progreso espiritual. Para alimentarnos, unas veces es suficiente sólo el sentido literal, otras veces nos recrea interiormente con

43. Con frecuencia, la exégesis gregoriana ha sido tachada de artificiosa y alegorista, ajena al sentido literal; se ha llegado incluso a decir, que los *Libros morales*, queriendo ser un comentario bíblico al Libro de Job, hablan de todo menos de Job[70]. Ciertamente, no encontraremos en Gregorio el análisis exegético propio de la hermenéutica bíblica contemporánea ni la «arqueología de los textos» a la que tantas páginas se dedican, pero la necesidad de mantener el sentido de la historia es una constante en su aproximación a la Escritura. La historia constituye el *fundamentum* sobre el cual luego se edifica la interpretación[71]; sin él es imposible elevarse a la inteligencia espiritual[72]; la historia es la raíz desde la que brotan los frutos de la alegoría[73].

44. El interés de Gregorio por la *veritas historiae* queda evidenciado también por el empleo de diferentes versiones bíblicas, como a él mismo le gusta advertir[74]. Durante su pontificado, en Roma se empleaban dos versiones latinas: la *vetus translatio* (*Vetus latina*: traducción latina realizada inicialmente con fines litúrgicos), y la *nova translatio* (*Vulgata*: traducción de San Jerónimo realizada sobre el texto hebreo). Gregorio se sirve de ambas, aunque da preferencia a la nueva versión, consciente de que ésta es

el sentido moral y alegórico que está escondido en el texto»: Mor 16, 24 (CCL 143A, 812-813); cf. también *Carta dedicatoria* 3 (CCL 143, 4).

70. Cf. los autores citados por P. CATRY, *Éprueves du juste et mystère de Dieu. Le commentaire littéral du «Livre de Job» par saint Grégoire le Grand*, en «Revue des Études Augustiniennes» 18 (1972) 124; publicado también en ID., *Parole de Dieu, amour et Esprit-Saint chez Saint Grégoire le Grand*, Éditions Monastiques, Abbaye de Bellefontaine (Bégrolles-en-Mauges) 1984, 38. En este artículo, el benedictino P. Catry muestra la importancia insoslayable del sentido literal para Gregorio Magno, tomando como punto de referencia el análisis del sufrimiento de Job. Para la importancia del sentido literal en el método exegético inaugurado por Gregorio en la Edad Media, cf. H. DE LUBAC, *Éxégèse Médiévale*, I, 2, Ed. DDB-Cerf, Paris 1993 (or. 1959-1964), 425-439.

71. Cf. supra *Carta dedicatoria* 3 (CCL 143, 5); Mor Praef 21 (CCL 143, 24).

72. Cf. Mor 1, 57 (CCL 143, 58); *ab historia in mysterium surgit*: Hm Ez I, 6, 3 (CCL 142, 68).

73. Cf. Mor 6, 2 (CCL 143, 285).

74. Cf. *Carta dedicatoria* 5 (CCL 143, 7); Mor 4, 14; 5, 40 (CCL 143, 172.246); 12, 53; 20, 62 (CCL 143A, 660.1048); 26, 72 (CCL 143B, 1319); Hm Ez I, 7, 23 (CCL 142, 99).

más fiel a la *hebraea veritas*[75]; conoce también la traducción de los Setenta y las otras traducciones griegas del Antiguo Testamento[76]. La fijación del texto, sin embargo, para él es algo secundario: adopta una traducción base sobre la que comenta el Libro de Job y luego señala otras variantes cuando encuentra en ellas una confirmación para la interpretación que está desarrollando. No se puede decir, por tanto, que la fijación del texto bíblico preceda a su comentario. Es más bien éste el que determina la mención y ulterior aclaración de una variante. Así, podemos encontrar que dos redacciones diferentes ayudan a matizar un único sentido; o, lo que es lo mismo, lo que a la luz del sentido literal aparece dispar, converge en unidad de sentido gracias a la alegoría[77].

45. Ahora bien, no siempre es necesario pasar a la alegoría: la Palabra de Dios se abaja en ocasiones hasta las mentes menos instruidas para desvelar los misterios divinos sin necesidad de escrutar un sentido oculto. En esas ocasiones, el relato es tan claro que si quisiéramos leerlo alegóricamente torceríamos su sentido. ¿Cómo saber, ante un pasaje bíblico, que no debemos quedarnos en la letra? Unas veces, el paso a la alegoría vendrá exigido por el mismo texto: cuando no se puedan conciliar entre sí expresiones literales –afirma Gregorio–, se debe buscar en ellas otro sentido[78]. Otras, aunque la lectura literal sea de suyo coherente, deberemos pasar a la alegoría para encontrar provecho espiritual, porque si nos quedamos sólo en la letra nos enfriaremos interiormente[79]. Nuestros corazones, como si de grandes vasijas se trataran, han de llenarse por el sentido histórico del agua del texto sagrado; pero el agua debe transformarse en vino mediante

75. Cf. Mor 20, 62 (CCL 143A, 1048); cf. P. SINISCALCO, *Nota sul testo biblico del libro di Giobbe nei Moralia*, en GREGORIO MAGNO, *Commento morale a Giobbe /1*, Città Nuova Editrice, Roma 1992, 74-76; J. GRIBOMONT, *Le texte biblique de Grégoire*, en *Grégoire le Grand*, Colloques internationaux du CNRS, Éditions du CNRS, Paris 1986, 467-475; P. SALMON, *Le texte de Job utilisé par S. Grégoire dans les «Moralia»*, en *Studia Anselmiana*, 27-28, Miscellanea Biblica et Orientalia R. P. Athanasio Miller O.S.B. oblata, Roma 1951, 187-194.

76. Cf. Mor 5, 40 (CCL 143, 246); Hm Ez I, 7, 23 (CCL 142, 99).

77. Cf. Mor 5, 43 (CCL 143, 248).

78. Cf. *Carta dedicatoria* 3-4 (CCL 143, 4-6).

79. Cf. Hm Ez II, 10, 8-11 (CCL 142, 385-387).

la alegoría, de modo que del sentido histórico pasemos a la inteligencia espiritual[80].

46. La alegoría pone al alma como en una plataforma, por medio de la cual se eleva hasta Dios. El hombre que había sido creado por Dios para gozar de la misma vida divina, se vio alejado del conocimiento del Creador por culpa del pecado. Sin embargo, Dios, en su condescendencia, no ha abandonado al hombre a su propia suerte sino que le ha hablado con expresiones que le son conocidas para que se eleve al amor de lo que desconoce. El sentido alegórico descansa en esa certeza: las palabras divinas se ha revestido de imágenes y símbolos accesibles al hombre para que éste pueda llegar a la inteligencia interior[81]. Así, todo el Nuevo Testamento está encerrado por la alegoría en las letras del Antiguo[82]; la llave que permite «abrir» la alegoría es Cristo[83]. La Sagrada Escritura, en efecto, en todas sus afirmaciones promete al Redentor del mundo y le señala por medio de los justos[84]. Ahora bien, como el Redentor es una sola persona con la Iglesia, todo lo dicho sobre Él debe referirse también a Ella[85]. Por tanto, interpretar alegóricamente un pasaje bíblico no significa otra cosa que descubrir en él la presencia anunciada del Redentor y el designio actual sobre la Iglesia.

47. El edificio de la lectura interior de la Biblia queda completado cuando llevamos la palabra divina a la propia vida, es decir, cuando alcanzamos el sentido moral. De poco serviría una meditación de la Escritura que no produjera frutos de virtud. Quien ha conocido el misterio de Cristo velado en el Antiguo Testamento por la alegoría, ha encontrado ya el ejemplo necesario para su

80. Cf. Hm Ez I, 6, 7 (CCL 142, 70).

81. Cf. Ex Cant 2 (CCL 144, 3-4).

82. Cf. Hm Ez I, 6, 12 (CCL 142, 73).

83. Cf. P. CATRY, *Lire l'Écriture selon saint Grégoire le Grand*, en «Collectanea Cisterciensia» 34 (1972) 186-187; publicado también en ID., *Parole de Dieu, amour et Esprit-Saint chez Saint Grégoire le Grand*, Éditions Monastiques, Abbaye de Bellefontaine (Bégrolles-en-Mauges) 1984, 22-23.

84. Cf. Mor 6, 1 (CCL 143, 284); *No hubo un solo justo que no anunciara en figura al Redentor*: Mor Praef 14 (CCL 143, 19).

85. Mor Praef 14 (CCL 143, 19-20).

vida: Cristo se propone como modelo de vida, al tiempo que se comunica para que podamos imitarlo[86]. Así, por el sentido moral, encontramos en la Escritura una norma de conducta que tiene su fundamento y su referencia en Cristo.

48. Pablo Diácono, refiriéndose a los *Libros morales*, ha formulado concisamente el fin preciso de cada uno de los sentidos bíblicos en Gregorio: el sentido histórico o literal nos dice cómo debemos entender las palabras (*quomodo iuxta litteram intelligendus*); el sentido alegórico nos indica cómo debemos referirlas a los misterios de Cristo y de la Iglesia (*qualiter ad Christi Ecclesiastique sacramenta referendus*); el sentido moral nos revela en qué sentido se han de aplicar a cada uno de los fieles (*quo sensu unicuique fidelium sit aptandus*)[87]. En la historia vemos lo que debemos admirar, en la alegoría lo que debemos creer, en la moralidad lo que hemos de practicar[88].

49. La novedad de la exégesis gregoriana reside en haber mostrado el vínculo estrecho que existe entre el conocimiento de Dios por la Escritura y la práctica de la virtud. Unicamente quien avanza en el camino del amor al prójimo puede crecer en el conocimiento de Dios[89]. Por eso, para comprender la Palabra de Dios se debe poner en práctica[90]. No se trata de conocer primero para luego actuar, sino de llegar a la convicción de que sólo adquirimos verdadera ciencia bíblica cuando llevamos a la propia vida las palabras que leemos o escuchamos. En sentido estricto, el mejor exégeta es el santo. Entre la Sagrada Escritura y el oyente se crea tal vínculo que el progreso espiritual de éste –como hemos visto– condiciona la comprensión de aquélla. Se puede, por tanto, con

86. Cf. Mor 2, 43; cf. C. DAGENS, *Introduzione* a o.c. 31.

87. PABLO DIACONO, *Vida de Gregorio* 8 (PL 75, 45 A-B).

88. Cf. Mor 1, 33 (CCL 143, 43). Encontramos en Gregorio ya casi formulado el verso escolástico de Nicolás de Leyra: *littera gesta docet, quid credas allegoria, moralis quid agas, quo tendas anagogia*: *In Gal.* IV, 3 (citado por H. DE LUBAC, *Éxégèse Médiévale*, I, 1, Ed. DDB-Cerf, Paris 1993 (or. 1959-1964), 23).

89. Cf. Hm Ez II, 2, 15 (CCL 142, 236). Tal es el «lema» gregoriano: *per amorem agnoscimus*: Mor 10, 13 (CCL 143, 546).

90. Cf. Hm Ev II, 23, 2 (PL 76, 1183 A).

razón decir que *por medio de las palabras sagradas, recobramos la vida*[91], y, al mismo tiempo, que *la vida de los santos es una lección viva*[92]. A partir de este vínculo se comprende la insistencia de Gregorio en el *sentido moral.* No es que haya que buscar en la Biblia un «recetario» para cada situación de la existencia humana; si es fuente constante de inspiración y regla constante para la vida es, justamente, por su carácter vivo. La Palabra de Dios es *palabra de vida*: palabra que comunica la verdadera Vida, palabra que ilumina la vida de los hombres, palabra que se comprende haciéndola vida. Se entiende así por qué la Escritura es la fuente mayor de la moral y de la espiritualidad gregorianas[93]. Nada más lejos del pensamiento de Gregorio que hacer de las Palabras sagradas un pretexto para una lectura «moralizante». Porque la Palabra escuchada es una palabra viva, el lector puede entablar desde su propia vida una relación con Ella que se convierte en norma interior de conducta. No es algo que me viene dado desde fuera para recortar mi libertad; es don interior que la posibilita, resonando *silenciosa en el oído del corazón*[94]. Aprendemos a escuchar interiormente esta Palabra, en la que resuena la voz del Espíritu, mirando a la Virgen María, pues Ella *conservaba todo, guardándolo en su corazón*[95]; también nosotros guardamos las palabras divinas en el corazón cuando las escuchamos no como algo pasajero, sino cuando las llevamos a cumplimiento[96]. Guardar la palabra es sacarla afuera por la acción. El comentador de las Escrituras debe, pues, por todos los medios procurar que sus oyentes la *acojan*, es decir, que la pongan por obra. De ahí que, siempre que encuentre ocasión, debe desviar el hilo de su discurso, aun apartándose del texto bíblico que comentaba, para procurar la edificación de sus oyentes. Quien así se «aparta» del texto, no hace otra cosa que posibilitar su comprensión.

91. Hm Ez I, 7, 11 (CCL 142, 90).

92. Mor 24, 16 (CCL 143B, 1199).

93. Cf. C. DAGENS, *Saint Grégoire le Grand. Culture et expérience chrétiennes*, Études Augustiniennes, Paris 1977, 69.

94. Mor 5, 50 (CCL 143, 253).

95. Lc 2, 19.

96. Cf. Mor 16, 44 (CCL 143A, 825).

50. Como C. Dagens ha notado[97], son numerosos los pasajes de los *Libros morales* en donde aparecen los binomios *scire-facere*, *loqui-vivere*, *scientia-operatio*, evocando los dos aspectos de la vida cristiana. Para subrayar la interdependencia que existe entre conocimiento y acción, Gregorio recurre al simbolismo bíblico y, así, ve en la mano del hombre que sostiene el arco para la batalla la Escritura llevada a la práctica:

> Tiene el arco en la mano quien pone por obra la palabra de Dios que conoce con el entendimiento. El arco se robustece en la mano, cuando en la vida se cumple todo lo que se descubre en la Sagrada Escritura mediante el estudio... Tiene la espada, pero no la maneja, quien conoce la Palabra de Dios, pero no procura vivirla[98].

51. El estrecho vínculo que existe para Gregorio entre Biblia y moral ha hecho que su Comentario al Libro de Job haya pasado a la posteridad como *Moralia*. En toda la Edad Media, la obra gregoriana se ha leído como un gran compendio de la moral cristiana. Sin él pretenderlo, dio un impulso determinante a un nuevo género literario que condicionará el posterior desarrollo de toda la cultura cristiana medieval: el comentario bíblico, concebido no como una exposición sistemática y ordenada de la Palabra de Dios, sino como una reflexión que, apoyándose en la Sagrada Escritura, está destinada a procurar normas de vida y de acción[99].

b) Estilo y género literario: la retórica al servicio de las Escrituras

52. En la *Carta dedicatoria* enviada a Leandro junto con los *Libros morales*, Gregorio pide a su amigo que sea indulgente ante todo lo que en ellos encuentre de «mediocre y vulgar» (*tepidum*

97. Cf. C. DAGENS, *Saint Grégoire le Grand. Culture et expérience chrétiennes*, Études Augustiniennes, Paris 1977, 76; ID., *Introduzione* a *Commento morale a Giobbe /1*, Città Nuova Editrice, Roma 1992, 24.
98. Mor 19, 56 (CCL 143A, 1001).
99. Cf. C. DAGENS, *Introduzione* a o.c. 27.

incultumque). El *estilo* de su obra se ha visto condicionado –dice el papa– por su débil estado de salud; aunque hay una razón más poderosa para no esperar de ella «ampulosos discursos» (*verborum folia*: «la hojarasca de las palabras»): es indigno someter las Palabras sagradas a las reglas de Donato[100].

53. Esas palabras del pontífice, junto a otras en que reprende al obispo Desiderio de Viena por dedicarse a la enseñanza de la gramática[101], han llevado a condenar a Gregorio como detractor de la cultura clásica y exponente de un estilo pobre, oscuro y bárbaro[102]. Hoy se tiende a reivindicar su figura, su conocimiento de los recursos de la retórica y su destacada formación literaria en un contexto de creciente barbarismo. Como ya observara en su día H. de Lubac[103], en Gregorio no hay una condena de la tradición clásica sino una jerarquización: «La Sagrada Escritura supera a todas las ciencias y doctrinas también en el mismo modo de ser expuesta»[104], por eso, es ella la que debe servirse de las ciencias profanas[105], y no ser su sierva.

54. ¿Podemos seguir las huellas de esta formación clásica en los *Libros morales*?[106]. Al recorrer las diferentes fases de su redacción hemos notado ya algunos elementos importantes relativos a su estilo y género. En su forma originaria surgieron como unas *homilías*, es decir, como fruto de una *collatio* o charla espiritual con monjes en torno al Libro de Job[107]. Los oyentes o el mismo Gregorio planteaban *quaestiones* destinadas a confrontar opiniones o comparar textos. La conjunción de *collatio* y *quaestiones*, otorgaba a la obra, desde su mismo género, un carácter

100. Cf. *Carta dedicatoria* 5 (CCL 143, 7).

101. Ep XI, 34 (CCL 140A, 922).

102. Cf. A. HOLGADO-J. RICO, o.c. 126-131.

103. Cf. H. DE LUBAC, *Saint Grégoire et la grammaire*, en «Recherches de Science Religieuse» 48 (1960) 193-194.

104. Mor 20, 1 (CCL 143A, 1003).

105. Cf. In I Reg 5, 84 (CCL 144, 471).

106. Para este apartado, seguimos principalmente el cuidado estudio de J. P.CAVALLERO, *La técnica didáctica de san Gregorio Magno en los «Moralia in Iob»*, en «Helmántica» 41 (1990) 129-188.

107 Huellas de este carácter originario se pueden ver en Mor 31, 29; 35, 48 (CCL 143B, 1571.1808).

primordialmente instructivo y educador que mantuvo en su forma ulterior de comentario[108]. Para hacer atractiva su exposición, Gregorio recurrió a medios que denotan su familiaridad con los recursos de la retórica. Siguiendo a J. P. Cavallero, señalamos los principales.

55. Ante todo, el *diálogo con el lector* mediante el recurso al empleo de un «tú», destinado a captar su atención. En algunos casos, Gregorio hace partícipe al lector de sus procedimientos y razones; en otros, le ofrece exhortaciones o llamadas a la reflexión[109]. En otras ocasiones, recurre a un *diálogo* figurado *con el texto sagrado*; se dirige a Job, a san Pablo, al mismo Dios, interrogándolos acerca del significado de la Palabra. De esta manera, a la vez que se evita la sobriedad de una exposición lineal, se invoca la autoridad de los santos o del Señor pidiendo su asistencia a la hora de escrutar un pasaje difícil[110]. En su afán de hacer concretos y palpables ciertos conceptos abstractos, Gregorio acude a imágenes, metáforas y comparaciones, que acompaña con paralelismos y descripciones[111]. La frase gregoriana ubica normalmente el verbo al final de la oración; sin embargo, hay ocasiones en los que el verbo pasa a ocupar el primer lugar, rasgo estilístico propio de la Biblia, que deja notar su influjo. Tal ubicación constituye una llamada de atención que destaca el contenido de la frase. Esto ocurre generalmente en aclaraciones

108. Como J. P. Cavallero advierte, los términos *collatio* y *quaestio* no tienen aquí el sentido técnico de la retórica, sino que corresponden más bien a «concretas formas de comunicación en una reunión específicamente monacal»: art.c. 132 n. 12. En este sentido, S. Isidoro de Sevilla, hermano de Leandro, prefiere la *collatio* a la sola lectura, de ella dice: «Supuesto que la lectura es útil para instruir, proporciona mayor inteligencia haciendo uso del coloquio, pues es mejor conversar que leer. El coloquio facilita el aprender. En efecto, una vez propuestas las preguntas, se excluye la vacilación, y muchas veces con las objeciones se muestra la verdad latente. Pues lo que resulta oscuro o dudoso, se aclara al punto con la confrontación de ideas»: *Sentencias*, III, 14, 1-2: en *Santos Padres españoles*, II, B.A.C., Madrid 1971, 438.

109. Cf. Mor 11, 1; 16, 15; 20, 33 (CCL 143A, 585; 807; 1027); 25, 39; 27, 10; 31, 20 (CCL 143B, 1264;1337;1565).

110. Cf. Mor 14, 71; 15, 48; 16, 44.48 (CCL 143A, 743; 778; 825; 827); 24, 41; 27, 37; 35, 2.8 (CCL 143B, 1219; 1358; 1774; 1778).

111. Para las referencias abundantes, cf. J. P. CAVALLERO, art.c. 150-159.

de metáforas o descripciones[112]. Una estructura sintáctica muy común en los *Libros morales* es la construcción «infinitivo + *est* + infinitivo», que Gregorio usa normalmente en las sentencias y definiciones. Esta construcción da carácter categórico a la frase, y su estructura simple y concisa otorga la claridad didáctica necesaria para la fijación del mensaje[113]. Aunque prefiere la coordinación, sabe utilizar la subordinación sin dar impresión de barroquismo o complicación[114]. Para enfatizar un argumento suele servirse de la repetición de ciertos vocablos, como *sic...sic*, *sic itaque sic*, *sic nimirum sic*, *sic enim sic*; recurso, por lo demás, común en el latín vulgar[115]. Para vencer el riesgo de monotonía inherente a una obra tan extensa, Gregorio incorpora en su exposición momentos de efusión lírica: la admiración, la compasión, el temor, el lamento y la indignación son algunos sentimientos que hace surgir del texto bíblico y su interpretación; con ellos conmueve al lector y le hace compartir los resultados de su meditación[116]. Si bien es verdad que todas estas técnicas buscan primordialmente interesar al lector y mantener su atención, todo ello no tiene en el fondo otra finalidad que lograr un mayor conocimiento de la Sagrada Escritura. El verdadero hilo que permite tejer el estilo del tejido gregoriano no es otro que el recurso frecuentísimo a pasajes bíblicos. Gregorio se detiene en el análisis de las características literarias de la Biblia, salta continuamente de unas citas a otras, reitera vocablos e imágenes bíblicas, busca etimologías. Ciertamente se puede hablar de *colorido bíblico* como un rasgo característico del estilo gregoriano[117].

56. Basta la rápida enumeración hecha de los principales rasgos estilísticos de los *Libros morales* para darse cuenta que estamos ante un autor que tiene poco que ver con la acusación de bár-

112. Cf. Mor 16, 22.45; 19, 50 (CCL 143A, 811; 826; 997). Para la descripción, cf. especialmente F. GASTALDELLI, *Teologia e retorica in san Gregorio Magno. Il ritrato nei «Moralia in Iob»*, en «Salesianum» 29 (1967) 269-299.

113. Cf. p.ej. Mor 3, 51.58; 4, 17.27; 5, 35 (CCL 143, 146-147; 151; 175; 181; 242).

114. Cf. F. GASTALDELLI, art.c. 297.

115. Cf. J. P. CAVALLERO, art.c. 161-162.

116. Cf. p. ej. Mor 1, 34; 8, 82 (CCL 143, 43; 447); 14, 36; 15, 21 (CCL 143A, 719; 762).

117. Cf. F. GASTALDELLI, art.c. 298.

baro que algunos le imputaron. Su estilo no es inculto. Su lengua es culta, combina variedad de tonos que sabe modular según la necesidad del argumento, conoce los recursos retóricos de su tiempo, pero todo ello lo pone al servicio de un arte mayor: la predicación o comentario de la Palabra de Dios.

57. Su vocabulario es variado, denota la influencia de Agustín y no desdeña servirse de etimologías comunes a su época de términos griegos o hebreos para completar su exposición. En tiempos de Gregorio, el lenguaje cristiano se había desarrollado suficientemente para cubrir las necesidades teológicas y culturales de la predicación evangélica. Apenas, pues, encontramos en él neologismos; la terminología ya estaba fijada. Las innovaciones son mínimas[118].

c) Fuentes de los Libros morales

58. Al intentar reconstruir las motivaciones que estuvieron presentes en la mente de Gregorio a la hora de componer su comentario sobre Job, hemos recordado las palabras que dirige a Leandro en las que afirma que dicho libro de la Escritura no había sido comentado antes de él. Así, según su testimonio, Gregorio no ha contado con más fuente que la Sagrada Escritura[119]. Un dato parece confirmar esta conclusión: a lo largo de toda la obra no hay una sola cita explícita de ningún autor cristiano, a excepción de los autores bíblicos. Sólo en el Prefacio se alude de pasada a opiniones genéricas sobre la autoría del Libro de Job, pero sin mencionar ningún nombre[120]. Lo mismo se puede decir de los autores paganos: sólo se menciona a Hesíodo, Aratos y Calímaco, pero no

118. Cf. R. M. HAUBER, *The Late Latin Vocabulary of the Moralia of Saint Gregory the Great*, The Catholic University of America, Washington D.C. 1938, 123.

119. El 56% de las citas corresponden al AT (9% pentateuco; 16% salmos, 14% profetas, 10% literatura sapiencial), y el 44% restante al NT (19% evangelios, 17% cartas paulinas, especialmente 1 Co, 3% apocalipsis, 2% Hechos de los apóstoles, 3% cartas apostólicas). Hemos completado la estadística de R.GILLET, *Introduction* a o.c. (SC 32bis) 82.

120. Cf. Mor Praef 1 (CCL 143, 8).

con la intención de comentar alguno de sus textos, sino para indicar que son culpables de haberse dejado engañar por fantasías astrológicas[121]. No debe extrañar, sin embargo, esta ausencia de citas explícitas; se trata de un rasgo característico de toda la literatura antigua. Lo que sí causa extrañeza inevitable es la observación de Gregorio sobre la no existencia de comentarios anteriores a él sobre Job. No es, sin duda, el libro bíblico más comentado en la época de los padres, pero ciertamente no son pocas las exposiciones de ese período de las que tenemos noticia.

59. En Oriente, ya Orígenes en el siglo III, según el testimonio de san Jerónimo, habría pronunciado veintidós homilías sobre el Libro de Job, que no nos han llegado[122]. Otro alejandrino, sucesor del anterior, Dídimo el Ciego, escribió un siglo después un *Comentario a Job*[123], en el cual no es difícil encontrar paralelos con los *Libros morales*[124]. Por parte antioquena, ha llegado hasta nosotros un *Comentario a Job* de Juan Crisóstomo, recientemente recuperado, en el que Job se presenta como modelo de virtud

121. Cf. Mor 9, 12 (CCL 143, 464).

122. Cf. JERÓNIMO, *Cartas* 33: PLS II, 22; S. JERÓNIMO, *Epistolario*, I, Intr. trad. y notas de J. B. VALERO, B.A.C., Madrid 1993, 302.

123. Este comentario fue descubierto en 1941, en Tura, cerca del Cairo, formando parte de unos papiros junto a un *Comentario al Génesis* y un *Comentario a Zacarías*, todos del mismo autor. La parte del comentario que ha llegado hasta nosotros pertenece a Jb 1, 1-6, 29; 7, 20-8, 21; 9, 10-15, 22; 15, 26-16, 8a. Se ha publicado, hasta la fecha, en cuatro volúmenes: DIDYMUS DER BLINDE, *Kommentar zu Hiob*, I (Kap. 1-4), nach A. HENRICHS, Papyrologische Texte und Abhandlungen, 1, Bonn 1968; DIDYMUS DER BLINDE, *Kommentar zu Hiob*, II (Kap. 5, 1-6, 29), nach A. HENRICHS, Papyrologische Texte und Abhandlungen, 2, Bonn 1968; DIDYMUS DER BLINDE, *Kommentar zu Hiob*, III (Kap. 7, 20c-11), nach U. D. HAGEDORN-L. KOENEN, Papyrologische Texte und Abhandlungen, 3, Bonn 1968; DIDYMUS DER BLINDE, *Kommentar zu Hiob*, IV (Kap. 12-16, 8a), nach U. D. HAGEDORN-L. KOENEN, Papyrologische Texte und Abhandlungen, 33.1, Bonn 1985; existen además fragmentos *in catenis* publicados en PG 39, 1120-1153.

124. Para Dídimo, Job es símbolo del justo sometido a la tentación, modelo de perseverancia y sumisión a la voluntad divina. La interpretación de todo el libro se hace en sentido moral y parenético; dado el escaso recurso a la alegoría, el comentario ha sido considerado «il meno "alessandrino" fra quelli di lui che conosciamo»: cf. M. SIMONETTI, *Lettera e/o allegoria. Un contributo alla storia dell'esegesi patristica*, Institutum Patristicum «Augustinianum», Roma 1985, 211-212.

evangélica antes de la venida de Cristo[125]; por su modo de afrontar el sufrimiento merecerá el título de *atleta de la paciencia*[126].

60. En Occidente, el misterioso Ambrosiaster –conocido sobre todo por su comentario a los escritos paulinos– (final del s. IV) había dedicado la *quaestio 118* de sus *Quaestiones Veteris et Novi Testamenti* a la figura de Job (*De Iob*)[127]. Hilario de Poitiers reelaboró el comentario a Job de Orígenes en su *Tractatus in Iob*, del que apenas nos han llegado unos fragmentos[128]. Ambrosio, el obispo de Milán, había escrito *De interpellatione Iob et David*, comentario no exhaustivo en el que se alternaban las figuras de Job y de David para presentar el sentido del sufrimiento humano[129]. A Julián de Eclano, discípulo de Pelagio y gran adversario de Agustín, se debe también una *Expositio libri Iob*, obra conden-

125. Cf. JEAN CHRYSOSTOME, *Commentaire sur Job*, I (Chapitres I-XIV), Introduction, Texte critique, Traduction et notes par H. Sorlin, collaboration de L. Neyrand, París 1988 (SC 346); JEAN CHRYSOSTOME, *Commentaire sur Job*, II (Chapitres XV-XLII), Introduction, Texte critique, Traduction et notes par H. Sorlin, collaboration de L. Neyrand, París 1988 (SC 348). Para el libro de Job como anuncio del evangelio, cf. Prol. 4 (SC 346, 83). A la figura de Job también dedicó una *Homilía ...sobre las luchas y combates del santo y justo Job*, cf. PG 63, 477-486.

126. Cf. JEAN CHRYSOSTOME, *Lettres à Olympias*, X (III), 6; XVII (IV), 2 (SC 13 bis, 262; 372).

127. Cf. PL 35, 2361-63. Se trata de una presentación general muy breve de la problemática del Libro de Job, en la que encontramos un tema muy querido y desarrollado por Gregorio: «Job, antes de que la ley fuera dada, manifiesta vivirla en sus obras» (Iob, qui ante legem litteras editam, in operibus sui exemplar legis ostendit: PL 35, 2361); «cumpliendo la ley, antes de la ley, anunciaba la ley futura, no con palabras sino con hechos» (qui ante legem, legem servavit, ut Lex quae futura est, demonstraret, non in verbis, sed auctor in factis: PL 35, 2362).

128. No parece una obra de propia elaboración, sino más bien una traducción que Hilario hizo del tratado de Orígenes sobre Job; cf. PL 10, 723-724. A esta obra se refiere Liciniano de Cartagena en carta que envió a Gregorio siendo ya papa: «Tengo seis libritos (libellos) del santo obispo de Poitiers, Hilario, que tradujo del griego al latín [la obra] el Libro del santo Job de Orígenes, pero sin exponerlo siguiendo su orden»: Madoz 94-95; PL 77, 602; cf. también *El comentario sobre Job de Orígenes traducido por S. Hilario de Poitiers*, en Madoz 61-63.

129. Cf. PL 14, 835-890. Comentando Jb 9, 5 (*Él traslada los montes*) Ambrosio afirma la necesidad de la inteligencia espiritual de la Escritura, tras la venida de Cristo: «Vino el Señor Jesús: trajo el Nuevo Testamento, y lo que era viejo lo hizo nuevo... Trasladó los montes y los convirtió: transformó y apartó la inteli-

sada que viene a ser una traducción latina del Libro de Job a la que se añaden en margen comentarios muy esquemáticos[130]; la interpretación que Julián ofrece, de tono claramente antioqueno, defiende ante todo el sentido literal, viendo en Job a un hombre justo capaz de cumplir la voluntad de Dios con las propias fuerzas: Job sería así un exponente claro de la doctrina pelagiana[131]. También Agustín de Hipona dedicó un comentario apresurado al Libro de Job: *Adnotationes in Iob*: Job es personificación del hombre del Nuevo Testamento, y de la Iglesia misma, que comienza reconociendo su situación de pecador[132]. Entre los discípulos de Jerónimo, el presbítero Felipe (principios del siglo V), escribió un *Commentarius in Iob* en clave cristológica; los problemas de autenticidad que ofrece este escrito son tales que no permiten establecer líneas de influencia con Gregorio[133].

gencia según la letra y estableció la inteligencia espiritual»: *De interpelatione Iob et David* I, 5, 12 (PL 14, 840). Ecos ambrosianos en Gregorio podemos también encontrar a propósito de Jb 7, 1 (*tentación es la vida del hombre sobre la tierra*), cf. *De interpelatione Iob et David* I, 2, 5 (PL 14, 837).

130. Cf. PLS I, 1573-1679. También a Pelagio se atribuye, sin muchas garantías de autenticidad, una *Expositio interlinearis libri Iob*, cf. PL 23, 1475-153

131. «La vida del santo Job es alabada, para que en él pueda ser reconocida la bondad de la naturaleza humana (ut in eo bonum humanae naturae possit agnosci), mostrando que, sin el magisterio de la ley escrita, ha sido creada por Dios de tal manera que puede tanto rechazar los pecados como seguir todas las virtudes» (quae tam ad repulsam peccatorum quam ad sectationem virtutum omnium, quippe ita a deo condita, etiam sine legis scriptae magisterio ostendit se sibi posse sufficere): PLS I, 1573.

132. Cf. CSEL 28; PL 34, 825; S. AGUSTÍN, *Obras completas*, XXIX, B.A.C., Madrid 1992, 12-167. Para Gregorio, como para Agustín, Job no es sólo figura de la Iglesia, sino miembro de la misma: «Job, en cuanto justificado es parte de la Iglesia en sentido literal, a la vez que es figura de la Iglesia universal» (ecclesia cuius et particula est Iob secundum historiam quia iustificatus et figura universae): *Adnotationes in Iob* 38, 4 (CSEL 28, 601).

133. PLS III, 322-328. «El santo Job, varón de suma paciencia y virtud, aprobado por el testimonio de Dios, profetizó muchas cosas sobre Cristo el Señor (multa de Christo domino prophetavit). Del cual, además, era figura (cuius etiam in se personam figuraliter gessit). Así lo indica su mismo nombre, pues, en latín, Job significa "doliente"»: PLS III, 327. Nótese el claro paralelismo con Mor I, 15 (CCL 143, 31-32). Parece tratarse de una interpolación posterior del comentario de Gregorio sobre el del presbítero Felipe; cf. R. GILLET, *Introduction* a o.c. (SC 32bis) 85-86.

61. Pues bien, ninguna de esas obras ha influido de forma explícitamente reconocida en los *Libros morales*. Bien porque Gregorio no tuvo conocimiento de ellas, bien porque ninguna satisfacía las pretensiones del comentario que proyectó, el caso es que no encontraremos en su exposición más que referencias genéricas a líneas de interpretación comunes en la tradición anterior, pero que no están conectadas con los escritos apuntados.

62. Como bien ha señalado C. Dagens[134], podemos aplicar a los *Libros morales* el método de paralelos textuales y reconocer implícitamente la dependencia de Agustín y de Casiano[135], pero tendremos que reconocer que la investigación de las fuentes particulares, en un escritor u otro, será siempre limitada y su resultado insatisfactorio. La doctrina gregoriana se presenta de forma demasiado difusa como para establecer contactos explícitos con influencias precedentes o con expresiones teológicas netamente delimitadas. Y no es que Gregorio haya compuesto una obra del todo original, sino que su método poco sistemático gusta poco de las dependencias teóricas y mucho de las referencias a las Escrituras o a la propia experiencia.

63. ¿Qué decir, pues, de los autores citados implícitamente? La impronta agustiniana se percibe sobre todo en el vocabulario místico de Gregorio. De forma siempre genérica alude a las *Confesiones* y a la *Ciudad de Dios*, para afirmar el primado de la interioridad en la vida espiritual y en el conocimiento religioso, para dar una interpretación escatológica de la historia, o para mostrar las profundas tensiones que el alma humana lleva consigo. La misma concepción de Gregorio sobre la doctrina cristiana deriva de Agustín: la teología debe apoyarse sobre todo en la Escritura, de modo que dogma y moral sean inseparables de la exégesis[136]. No obstante, no encontramos en el pontífice los desarrollos especulativos de la teología agustiniana, aunque quizás sí participe de sus riesgos: el hombre pecador, interiormente dividido, tiende a aparecer como punto de partida casi exclusivo de la reflexión teo-

134. Cf. C. DAGENS, *Introduzione* a o.c. 51-52.
135. Para esos paralelos, cf. R. GILLET, *Introduction* a o.c. (SC 32bis) 86-102.
136. Cf. C. DAGENS, *Introduzione* a o.c. 54.

lógica, desplazando de su centro, en algunas ocasiones, la comunión del hombre con Dios.

64. Aunque la interpretación que da Gregorio del nombre de los tres amigos de Job reproduce las indicaciones del *Libro sobre los nombres hebreos* de san Jerónimo, no se puede concluir de ello que exista una dependencia real. El pontífice sólo refleja el eco de una tradición general.

Las referencias a Casiano son aún más difusas que en el caso de Agustín. De él parece haber tomado la doctrina de la compunción, de la vida activa y contemplativa, y numerosos aspectos relativos a la ascésis y la psicología. La clasificación de Gregorio de los pecados capitales se aproxima a la de Casiano, pero la corrige a partir del obispo de Hipona.

A modo de conclusión, podemos decir que aun cuando ciertas expresiones o doctrinas evoquen sentencias de Agustín, Casiano o Jerónimo, no podemos afirmar que Gregorio las tuviera inmediatamente presentes cuando compuso su comentario a Job; reflejan más bien el resultado de lecturas anteriores[137].

III. ESTRUCTURA Y CONTENIDO

a) Organización

65. La copia de los *Libros morales* que envió Gregorio a Leandro en el 595 tenía ya la misma estructura y división que conocemos hoy: treinta y cinco libros o capítulos, agrupados en seis partes. La agrupación en partes es arbitraria: no responde a bloques temáticos, ni siquiera a versículos bíblicos que correspondan a un mismo parágrafo. No se trata, pues, de una organización homogénea en la que se sigan capítulos con similar esquema. El mismo pontífice advierte al obispo de Sevilla de que no ha podido terminar la revisión completa de todo su comentario, de modo que ha tenido que dejar algunas de sus partes tal como salieron en la primera presentación oral. Las cargas pastorales, la implicación

137. Cf. M. ADRIAEN, *Prolegomena* en CCL 143, xiv.

en otras empresas literarias, la ininterrumpida enfermedad, impidieron a Gregorio culminar la organización de su exposición como a él le hubiera gustado.

66. Podemos, sin embargo, reconocer en los tres primeros libros lo que hubiera podido ser la estructura proyectada por Gregorio para toda su obra. En ellos se comentan, casi palabra por palabra, los primeros versículos del Libro de Job, dividiendo la exposición en párrafos de sentido (perícopas) que se analizan según la interpretación literal, alegórica y moral. A partir del libro cuarto, la interpretación según los diferentes sentidos se alternan en perjuicio del sentido literal y beneficio del sentido moral. El autor se ve forzado a ir abandonando la aclaración del relato en su valor histórico, a pesar de su insistencia en no pasar a la alegoría o a la moralidad sin haber fijado antes la historia. La finalidad de su comentario es, ante todo, edificar la fe de sus lectores. Este objetivo ha ido ganando terreno a medida que las dificultades han ido impidiendo una exégesis más ordenada. Gregorio no es sistemático: los sentidos bíblicos que desarrolla no se adecuan a un plan fijo e invariable, sino que se alternan irregularmente entre sí e incluso se combinan de modo intrincado.

67. El resultado ha sido un comentario muy extenso sobre el Libro de Job en el que el texto bíblico sirve, en muchas ocasiones, de pretexto para explicar las vicisitudes del creyente en Cristo. Más que un comentario bíblico sobre Job, tenemos una verdadera *enciclopedia de la vida cristiana*, no sistemática, escrita en torno a este justo del Antiguo Testamento.

El contenido está condicionado por esa irregular estructuración. No obstante, en el Prefacio que abre la obra encontramos sintetizadas las principales líneas directrices en torno a las cuales se dibujarán las diferentes doctrinas.

68. Ante todo, Job, que significa *doliente*, es figura del Redentor. Sus palabras, su comportamiento, los reproches que se dirigen contra él deberán ser leídos, por tanto, en clave cristológica. A partir de este principio rector serán numerosas las enseñanzas que se ofrezcan sobre el Hijo de Dios hecho hombre: su encarnación, sus tentaciones, su impecabilidad, su conocimiento humano de los designios del Padre, su pasión y muerte, su resurrección. La vida de Job no es sino el relato tipológico de los misterios de la vida Cristo.

69. Unida a Cristo hasta formar una sola persona con Él, se encuentra la Iglesia. La figura de Job –gentil que vive según la ley sin haber recibido la ley–, anuncia los designios de Dios sobre su Iglesia: las persecuciones, la tarea evangelizadora realizada por los predicadores, los estados de vida del cristiano, los tipos de vida (activa y contemplativa) de sus miembros.

Job representa también en su dolor los sufrimientos de todo el género humano que se encuentra sometido a los trabajos de su condición corruptible por haber abandonado con su pecado los gozos del paraíso. En sus palabras, pues, y en su comportamiento podemos reconocer el designio de Dios sobre el hombre: su condición primera, la debilidad de su condición actual, el combate de las tentaciones, las ansias de salvación, el juicio final que le espera. El hombre ha sido creado para contemplar y alabar en todo a su Creador, pero su condición corruptible actual, fruto del pecado, se lo impide. Este es el drama que toda persona humana porta en sí, el motivo de su continuo ir de lo interior a lo exterior y viceversa. La tensión interioridad-exterioridad recorre toda la obra gregoriana.

70. Enfrentado a Job está Satanás. Al igual que se presentan las cualidades del «atleta de Dios», se desenmascaran las argucias del antiguo enemigo: su condición de ángel caído, su tristeza eterna, sus insidias, sus engaños y seducciones. En la condición actual del hombre y en el momento presente de la historia, sus acechanzas son ineludibles. No será así al final de los tiempos; pero, de momento, el creyente debe estar en continuo estado de vigilancia. Se explican, así, las frecuentísimas referencias de Gregorio al demonio; referencias, no obstante, sobre el horizonte de una esperanza cierta: la victoria sobre él es segura para los que confían en el Señor.

71. Junto a Job, se describen también todos sus bienes: los personales y los materiales. Los hijos e hijas son figura de los miembros diferentes que tiene la Iglesia; simbolizan también por su número los siete dones del Espíritu Santo y las virtudes teologales. La mujer de Job, que busca con sus palabras que su marido maldiga a Dios, es figura de los hombres carnales: están dentro de la Iglesia, como miembros de la familia de Dios, porque tienen fe, pero provocan al pecado porque no viven conforme a la fe que profesan.

72. Los amigos de Job son figura de los herejes: con sus palabras dicen buscar la verdad, pero sólo se buscan a sí mismos. En sus discursos se mezclan la verdad y la mentira, como en todas las herejías; por eso, habrá que discernir en ellos cuándo hablan con veracidad y cuándo engañan. Las intervenciones de los herejes ocupan la parte más extensa del Libro de Job. Gregorio se detendrá en ellas distinguiendo lo que es ataque a la Iglesia y ofenda a Dios de lo que puede edificar la fe de los creyentes. A partir de los amigos de Job se presentan las virtudes y sus vicios, de los cuales, con sus palabras son figura.

El desenlace final del Libro de Job (Dios bendice a Job y recrimina a los amigos) está presente a lo largo de toda la obra. Aclarando en algunas ocasiones los pasajes de difícil interpretación; reclamando, siempre, una Palabra definitiva sobre la vida de los réprobos en el Juicio final. Es, por ello, abundantísima la referencia al Juez severo que escruta el interior de los corazones y no se deja engañar por las apariencias.

b) Contenido de la Primera Parte (Libros I al V)

73. La falta de sistematización impide presentar someramente el contenido de cada libro sin caer en la repetición de temas tratados. A pesar de ello, es posible indicar al menos los versículos del Libro de Job que Gregorio analiza y señalar algunas de las enseñanzas más significativas[138].

Además de la *Carta dedicatoria* a Leandro, que bien podría formar parte de la obra[139], los *Libros morales*, se abren con un *Pre-*

138. Se limita la presentación a los cinco primeros libros, porque son los que forman parte de este primer volumen de los *Libros morales*. En los próximos volúmenes la Introducción se limitará a la presentación de los libros que comprenda. Para ubicar otros temas aquí no señalados, remitimos al índice temático.

139. Se trata además de una carta cuya fecha de redacción se desconoce. Ningún códice del *Registro epistolar* de Gregorio la incluye; la tradición manuscrita la recoge siempre encabezando los *Libros morales*. Sólo la edición de P. Ewald-L. Hartmann (cf. *Registrum Epistolarum*, MGH *Epist.* I-II, Berlín 1891-1899) la coloca junto a las demás cartas (nº V, 53a). La edición crítica del *Epistolario* (cf. CCL 140-140A), respeta la tradición manuscrita y no la incluye.

facio en el que se aborda el problema del autor y fecha de composición del Libro de Job. Se subraya el origen gentil de Job, y se anuncia el tema del sufrimiento entendido como prueba para el justo. Otras cuestiones tratadas son: Job es figura de Cristo y de la Iglesia; su mujer simboliza a los carnales; los amigos representan a los herejes.

74. El *Libro I*, comenta Jb 1,1-5, según el triple sentido. A la luz del sentido literal se describe la rectitud de Job que, siendo gentil, vive según la Ley; es el atleta de Dios que lleno de los dones del Espíritu Santo espera ya la venida y resurrección de Cristo. Por el sentido alegórico, Job se presenta como figura de Cristo, manso y humilde; sus hijos e hijas son diferentes tipos de cristianos; la Iglesia está formada por tres tipos de fieles, llamados todos a la perfección de vida: pastores, continentes y esposos; los rebaños son figura de los gentiles. Desde el sentido moral, Job es modelo de los elegidos que anhelan las realidades celestes; los hijos simbolizan los dones del Espíritu Santo; las hijas, las virtudes teologales; los rebaños, tanto vicios como virtudes; los ataques a los rebaños indican cómo el tentador procura torcer la rectitud de intención al actuar.

75. El *Libro II*, interpreta Jb 1,6-22. Inicia con una reflexión sobre la Sagrada Escritura como espejo del rostro interior del hombre. Al presentar el sentido literal, Gregorio da unos principios de hermenéutica para poder entender expresiones con connotación espacio-temporal en la Biblia; se describe la tarea y estado de los ángeles; se aclara que Satanás es visto por Dios, pero no ve a Dios, por eso se presenta con los demás ángeles; el diálogo de Dios con el diablo es, en realidad, el reproche y condena de Aquel a éste; se analizan los momentos de las tentaciones y se explica la primera victoria de Job. Por el sentido alegórico, reconocemos cómo la Escritura se acomoda a nuestro modo de entender; el misterio de la encarnación es ya condenación de Satanás; los hijos, siervos y ganados de Job representan la situación de diferentes tipos de creyentes ante las tentaciones; se recrimina la incredulidad del pueblo judío y se reconoce cómo la salvación ha pasado de ellos a los gentiles. El sentido moral nos permite descubrir las artimañas del demonio que ataca los buenos pensamientos; Dios protege el interior de los que son tentados y no

permite que la prueba supere nuestras fuerzas; los rebaños también pueden representar las virtudes.

76. El *Libro III* comenta Jb 2,1-13. El sentido literal nos presenta a Job creciendo en mérito y al demonio siendo derrotado; se pregunta por qué Dios «trata» con tanta crueldad a sus elegidos, y se responde afirmando el gozo inmenso que les está reservado en el cielo; el demonio se sirve de nuestros cercanos para hacernos caer, pero vencemos la tribulación recordando que todo en nuestra vida es don de Dios. Por la alegoría se afirma desde Job que la encarnación se realizó en vistas a nuestra redención; se presenta a Cristo afrontando las tentaciones; asumió una carne como la nuestra para purificarla; la mujer representa a los carnales que se declaran miembros de la Iglesia pero no viven conforme a su fe; los amigos de Job son, en fin, figura de los herejes: bajo apariencia de bien obran el mal. Desde el sentido moral se afirma la necesidad del discernimiento interior para purificar los pensamientos; sólo quien se humilla crece en santidad; los amigos de Job son como los vicios: se disfrazan de virtud para entrar en el alma.

77. El *Libro IV* comenta Jb 3,1-19. Se abandona el diferenciado orden según niveles de interpretación y se entremezclan explicaciones según un sentido u otro. Inicia con un Prefacio en que se establece un principio exegético: cuando el sentido literal presente contradicciones se debe abandonar la letra y elevarse a la alegoría. Se presenta luego qué significa en la Biblia bendecir y maldecir; Job llora en su dolor la condición corruptible de todo el género humano; el Hijo de Dios asume lo que va a redimir; el sufrimiento de Job es símbolo de la situación actual de la Iglesia que sufre en sus miembros pecadores; Job anhela, en nombre de la humanidad, la condición primera, por eso maldice el día de su nacimiento, refiriéndose al pecado de Adán; en la condición actual, no podemos conocer a Dios tal cual es; en todo pecado se distinguen cuatro fases: sugestión, delectación, consentimiento y autojustificación; al principio, en el paraíso, el hombre estaba llamado a la condición angélica: de no haber pecado, hubiera llegado a ella sin sufrir la corrupción. Job, lleno de espíritu profético, ve lo pasado y lo futuro, y anuncia el destino de justos y pecadores.

78. El *Libro V* interpreta Jb 3,20-5,2. Constituye el último libro de la Primera Parte. Predomina el sentido moral con tímidas referencias al alegórico. No es fácil discernir el sentido de las adversidades y prosperidades en buenos y malos; los justos vigilan en todo momento para no caer en tentación; quien desempeñe tareas de gobierno debe continuamente humillarse. Los amigos de Job se equivocan con sus reproches a Job porque no han considerado a quién están hablando: mezclan en sus discursos lo bueno y lo malo, como los herejes. Frente a la presunción de éstos, se presenta la humildad de los justos. La contemplación en este mundo no puede ser perfecta; alcanzamos sólo un conocimiento velado de Dios. La naturaleza angélica, que sí contempla al Creador, es estable aunque mutable. Se debe distinguir entre la ira que nace del celo y la que nace de la soberbia; la envidia destroza las virtudes.

IV. DIFUSIÓN E INFLUENCIA DE LOS *LIBROS MORALES*

79. En vida aún de Gregorio, los *Libros morales* gozaron de grandísima estima[140]. Ya hemos recordado que incluso antes de adquirir su forma actual, cuando eran un compendio de *Homilías*, suscitaron el interés de Liciniano de Cartagena. El mismo Gregorio, siendo papa, se encargó de distribuir copias de su libro a diferentes monasterios. Y pocos años antes de morir, descubrimos ecos de su difusión en el norte de Africa y en Rávena.

Uno de sus notarios, Paterio, se encargó pronto de hacer una compilación de las principales enseñanzas contenidas en una obra tan extensa, facilitando aún más su difusión. En su *Liber testimoniorum* ordenó las citas de Gregorio según el orden de los libros

140. Para un inventario de los principales florilegios construidos a partir de los *Libros morales*, cf. M. MANITIUS, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, I, München 1911, 98-100; un resumen de este inventario se puede ver en M. ANDRÉS, *Introducción a Obras de san Gregorio Magno*, B.A.C., Madrid 1958, 51-53; cf. también R.WASSELYNCK, *Les compilations des Moralia in Job du VIIe au XIIe siècle*, en «Recherches de théologie ancienne et médiévale» 29 (1962) 5-32; C.BRAGA, *Moralia in Job: Epitomi dei secoli VII-X e loro evoluzione*, en *Grégoire le Grand*, Colloques internationaux du CNRS, Éditions du CNRS, Paris 1986, 561-568.

bíblicos y las transcribió con sus comentarios exegéticos y morales tomados del escrito del pontífice[141].

80. Todavía en el siglo VII encontramos obras que pretenden recoger de forma abreviada las enseñanzas principales de Gregorio para facilitar el acceso a su doctrina. En España, la difusión de las obras gregorianas, y en especial de los *Libros morales*, fue extraordinaria. A través de Leandro, a quien fue dedicada, alcanzó pronto reconocimiento. Su hermano Isidoro (+ 636), sucesor en la sede sevillana, se inspiró en el comentario gregoriano para la composición de sus *Sentencias*[142]; de esta obra isidoriana, Braulio (+ 651) comentó que *había sido adornada con flores escogidas de los «Libros morales» del papa Gregorio*[143]. Tajón (683), obispo sucesor de Braulio en Zaragoza, antes de su elección episcopal, había sido enviado a Roma por los padres del Concilio VII de Toledo (646) con el fin de conseguir una copia completa de la obra de Gregorio. Él mismo se encargó de copiar las partes que no se encontraban en España[144], y siendo ya obispo escribió un compendio de los *Libros morales* con el nombre de *Sententiarum libri quinque*[145]. La obra de Tajón no tuvo la difusión del florilegio de Paterio, pero procuró a los pastores y monjes un repertorio gregoriano fácil de consultar. Mayor éxito tuvo la compilación del monje irlandés Lathcen (+ c.660), en la que respetaba el orden de la obra de Gregorio y se ceñía casi exclusivamente a las interpretaciones alegóricas[146].

81. Desde el siglo VIII, los *Libros morales* seguirán difundiéndose en forma de colecciones que asumen básicamente el mismo

141. Cf. PATERIO, *Liber de expositione Veteris ac Novi Testamenti de diversis libris Sancti Gregorii concinnatus* (PL 79, 683-916); se conoce también con el título *Liber testimoniorum*.

142. Para el texto latino y traducción española, cf. *Santos Padres españoles*, II, B.A.C., Madrid 1971, 226-525; también PL 83, 537-738.

143. BRAULIO DE ZARAGOZA, *Praenotatio librorum D. Isidori*, 1 (PL 81, 16 C); cf. también PL 82, 67 B).

144. Sobre la leyenda de la pérdida de los *Moralia* en España a la muerte de Leandro, cf. PL 75, 507-510; existe traducción española de Alonso Alvarez de Toledo recogida en M. ANDRÉS, *Introducción*, en o.c. 94-95.

145. Cf. PL 80, 727-792.

146. Cf. LATHCEN, *Egloga* (CCL 145).

método empleado en el siglo anterior. A partir, sobre todo, de estas *presentaciones abreviadas*, la obra de Gregorio entrará a formar parte del patrimonio común de toda la Edad Media. No es exagerado afirmar que durante ese período se convirtió en una de las máximas guías intelectuales de Occidente en materia de exégesis, de espiritualidad, y sobre todo de moral[147]. Beda el Venerable (+735), Ambrosio Autperto (+ 784), Alcuino (+804), Rábano Mauro (+804), Benito de Anián (+821), Jonás de Orleans (+843), el abad Odón de Cluny (+942)... inician una larga lista de monjes y pastores, teólogos prestigiosos, que citarán en abundancia sus *Libros morales*[148].

82. El prestigio de Gregorio va más allá de la Edad Media. Los *Libros morales* siguieron siendo leídos como una guía para la experiencia espiritual y la vida contemplativa. Teresa de Jesús[149], Juan de la Cruz[150] o el mismo Ignacio de Loyola[151] encontrarán en ellos inspiración para sus enseñanzas. Gregorio fue también meditado en el ambiente jansenista de Port-Royal, donde se apreciaba,

147. Cf. C. DAGENS, *Introduzione* a o.c. 59.

148. Cf. R. WASSELYNCK, *Les Moralia in Job dans les ouvrages de morale du haut moyen âge latin*, en «Recherches de théologie ancienne et médiévale» 31 (1964) 5-31; ID., *La présence des Moralia de S. Grégoire le Grand dans les ouvrages de morale du XIIe siècle*, en «Recherches de théologie ancienne et médiévale» 35 (1968) 197-240; 36 (1969) 31-45; R. GRÉGOIRE, *I Padri nel Medio Evo*, en A. QUACQUARELLI (cur.), *Complementi interdisciplinari di patrologia*, Città Nuova, Roma 1989, 782-786; A. QUACQUARELLI, *Esegesi biblica fra tardo-antico ed alto medioevo*, en «Vetera Christianorum» 28 (1991) 244.

149. «Ahora me esbanto y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dio, que se veía claro venir de El. Mucho me aprovechó para tenerla haver leido la historia de Job en los *Morales* de san Gregorio -que parece previno el Señor con esto, y con haver comenzado a tener oración- para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad»: S. TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 5, 8, en *Obras completas*, B.A.C. Madrid 1962, 27.

150. Cf. L. SULLIVAN, *The «Moralia» of Pope St Gregory the Great and Its Influence on St John of the Cross: A General Approach*, en «Ephemerides Carmelitanae» 27 (1976) 453-488.

151. Cf. J. DUTILLEUL, *Un passage des «Moralia» de saint Grégoire et les deux Étendards*, en *Mélanges Watrigant. Études historiques et ascétiques dédiées au P. Henri Watrigant, S. J.*, Études et Documents de la Collection de la Bibliothèque des Exercices de saint Ignace, 61-62, s.l. 1920, 15-16.

sin duda, su agustinismo; no debe extrañar que la única traducción completa al francés de los *Moralia* naciera en ese entorno[152].

La abundante bibliografía aparecida durante este siglo sobre la obra más extensa de Gregorio, revela que nos encontramos ante un escrito que sigue suscitando el interés de los estudiosos. Los *Libros morales*, sin embargo, no atraen sólo a los amigos de la erudición; en ellos, los creyentes y todas las personas de buena voluntad siguen encontrando una guía sapiencial para orientar la propia vida y abrazar, desde la contemplación de la figura de Job, el misterio siempre dramático del sufrimiento humano en el designio amoroso de Dios. Llevados de la mano de Gregorio, también hoy podemos *aprender a conocer en las palabras de Dios el corazón de Dios*[153].

V. LA PRESENTE EDICIÓN

a) Traducciones castellanas de Moralia in Iob

83. Son muy pocas las traducciones completas al castellano que se han llevado a cabo de los *Moralia in Iob*[154]. De época medieval, conocemos dos versiones: una anónima, un tanto libre, de la cual sólo nos han llegado algunos fragmentos; y otra de Pedro López de Ayala, muy parecida a la anterior, que tampoco se ha conservado completa[155].

En 1514, el licenciado Alonso Alvarez de Toledo realizó una traducción más literal, en castellano cuidado, de todos los *Libros morales*. Fue impresa en dos tomos en Sevilla en 1527. La misma traducción fue reeditada en 1534 y 1549. Esa es la traducción que

152. Cf. C. DAGENS, *Introduzione* a o.c. 59-60.

153. Ep V, 46 (CCL 140, 340).

154. Cf. L. SERRANO, *Traducciones castellanas de los «Morales» de san Gregorio*, en «Revista de archivos, bibliotecas y museos» 25 (1911) 389-405; J. MADOZ, *Traducciones españolas de los Santos Padres*, en «Revista española de Teología» 11 (1951) 458-459.

155. Para los manuscritos, cf. J. MADOZ, art.c. 458; M. ANDRÉS, *Introducción*, en o.c. 99-101.

manejó Santa Teresa de Jesús, según cuenta ella misma en el capítulo quinto de su vida. Un ejemplar de esa edición se conserva aún hoy en el Monasterio carmelita de San José, en Avila[156].

84. Desde el siglo XVI hasta el nuestro no tenemos noticia de nuevas traducciones. En 1945, se reeditó de nuevo en cuatro tomos la traducción de Alonso Alvarez de Toledo en Argentina[157], y hace unos años, en 1993, el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valencia, ha vuelto a publicarla en dos tomos, recuperando su disposición original[158]. Así pues, desde la tarea emprendida por este ilustre humanista no se ha emprendido la traducción y edición completas de los *Moralia in Iob*. Quizás la necesidad de contar con un texto latino fiable ha retardado este proyecto.

b) La presente traducción: texto latino adoptado y división

85. La presente traducción se ha realizado a partir del texto latino de la edición crítica: S. GREGORII MAGNI, *Moralia in Iob*, cura et studio M. ADRIAEN, Brepols, Turnhout 1979-1985 (CCL 143, 143A, 143B). Se trata por tanto de la primera traducción castellana que se realiza sobre un texto latino de los *Moralia* críticamente fijado[159].

Dada la extensión de los *Libros morales* se ha dividido la publicación en seis volúmenes. Como se ha dicho, Gregorio agrupó

156. Al principio del segundo volumen está escrita la siguiente nota: «Estos *Morales* son los de nuestra Santa Madre, y en las horas de dormir arrimaba a ellos su santa cabeza; y algunas señales que tienen hizo con sus santas manos, apuntando cosas que le hacían devoción»: citado en M. ANDRÉS, *Introducción*, en o.c. 99.

157. Cf. *Los Morales del Papa San Gregorio Magno*, Trad. de A. ÁLVAREZ DE TOLEDO. Introducción y adaptación de B. Avila, 4 vols., Buenos Aires 1945.

158. Cf. *Libro de los Morales de san Gregorio papa*, Obras del siglo XVI, Universitat de València - Servei de Publicaciones, Valencia 1993.

159. Se han tenido a la vista las traducciones más recientes a lenguas modernas de los *Libros morales*: cf. GRÉGOIRE LE GRAND, *Morales sur Job* (I-II), Introduction et notes de R. Gillet, Traduction de A. Gaudemaris, Les Éditions du Cerf, Paris 1975 (SC 32bis); GREGORIO MAGNO, *Commento morale a Giobbe /1*, A cura di P. Siniscalco, Introduzione di C. Dagens, Traduzione di E. Gandolfo, Città Nuova Editrice, Roma 1992.

los treinta y cinco libros de su obra en seis Partes de desigual amplitud. Los cuatro primeros volúmenes corresponden a las cuatro primeras partes; el quinto reunirá la parte quinta –más breve– y los tres primeros libros de la parte sexta. De esa forma, los volúmenes editados guardarán equivalente proporción. Para respetar el discurso gregoriano bastaba no dividir ninguno de los treinta y cinco libros. Las seis partes que los agrupan no responden a criterios internos al texto o a la exposición. Se pretende simplemente distribuir los libros (o capítulos) en tomos de homogénea extensión. La distribución queda, pues, así: volumen 1 = libros I al V; volumen 2 = libros VI-X; volumen 3 = libros XI-XVI; volumen 4 = libros XVII-XXII; volumen 5 = XXIII-XXX; volumen 6 = XXXI-XXXV.

c) El título

86. Ya hemos visto las diversas fases que siguió el comentario de Gregorio al Libro de Job desde su primera compilación como *Homiliae* hasta la definitiva *Expositio in librum Iob*. El mismo Gregorio se refiere a su comentario empleando diversas denominaciones: *Expositio beati Iob*[160], *Libri morales*[161], y *Commenta beati Iob*[162]. La tradición manuscrita posterior valoró sobre todo el carácter moral de la obra y la transmitió con el título de *Moralia in Iob*, con el que pasaría a la posteridad[163]. A la hora de adoptar uno de los títulos posibles, se ha tenido en cuenta tanto la paternidad

160. Cf. Ep I, 41 (CCL 140, 49); Ep V, 53 (CCL 140, 348); Ep X, 16 (CCL 140A, 845).

161. Cf. Reg Past II, 6 (SC 381, 202.216; BPa 22, 206.213).

162. Cf. Ep XII, 6 (CCL 140A, 975).

163. Tal es el testimonio de los principales manuscritos: *qui dicitur moralia* (*incipit* XI del ms. K, Caroliruhensis: CCL 143B, 585); *explicit... in Iob moralia liber tertius decimus* (ms. M, Manchestrensis 83: CCL 143B, 698); *in expositione beati Iob moralia Gregorii per contemplationem sunt libri* (ms. *L*, Londinensis: CCL 143, 8); *incipit in expositione beati Iob moralia Gregorii* (ms. *V*, Vaticanus: CCL 143, 8); *incipit in expositione beati Iob moralia Gregorii* (ms. *P*, Parisinus, libro VI: CCL 143, 284; este es el códice más importante en este punto por su antigüedad, ss. VII-VIII).

gregoriana como la *Wirkunsgeschichte*, es decir, el efecto que ha producido a lo largo de la historia. Así pues, dado el carácter prevalentemente moral del comentario gregoriano y la amplitud de los temas abordados, que superan con mucho lo que corresponde en sentido estricto a un comentario bíblico sobre el Libro de Job, se ha adoptado el título *Libros morales*, por respetar a un tiempo una de las denominaciones empleadas por el mismo Gregorio y acomodarse bien a la amplia temática tratada en esta obra.

d) Peculiaridades de la presente edición

87. Al inicio de cada libro (capítulo) se ofrece el *texto bíblico de Job* que Gregorio se dispone a comentar. De esta forma el lector puede advertir hasta dónde se va a extender el comentario y se evita estar citando continuamente a pie de página el versículo, o las palabras del mismo, al que Gregorio acude una y otra vez a lo largo del capítulo.

Cuando los capítulos están bien estructurados se ha intercalado un *subtítulo* que hace referencia al tipo de interpretación que Gregorio va a ofrecer: sentido literal, alegórico o moral. A partir del libro tercero, se abandona el orden inicialmente adoptado y se alternan indiscriminadamente interpretaciones en un sentido u otro; aun así, se ofrecen unos subtítulos que aluden al sentido predominante bajo el cual Gregorio realiza su interpretación.

88. La doble *numeración*, romana y arábiga, que aparece al inicio de los párrafos corresponde a la numeración de la edición crítica latina adoptada. Los *Libros morales* se citan indicando primero el libro correspondiente y señalando luego el párrafo de la numeración arábiga. Por eso, ésta última aparece con caracteres en letra negrita.

Las *citas bíblicas* se han traducido directamente del texto latino que recoge Gregorio. Sin embargo, para la numeración, denominación de los libros bíblicos y sus siglas correspondientes se han adoptado los criterios de la Biblia de Jerusalén. Es un dato a tener en cuenta sobre todo para la numeración de los salmos (no es la misma la numeración de la *Vulgata* y de la Biblia de Jerusalén), la equivalencia de los libros de Samuel y Reyes con los cua-

tro libros de los Reyes de la *Vulgata*, etc. Se pretende con ello ofrecer al lector la posibilidad de contrastar las diferencias entre la versión latina que sirve para una interpretación determinada de Gregorio y una versión actual. Adoptando los criterios de numeración de la Biblia de Jerusalén se permite a un público más amplio ubicar las citas de Gregorio en su perícopa bíblica correspondiente, sin necesidad de acudir, al menos en un primer momento, a una edición latina de la *Vulgata*.

89. Las *notas*, dada la extensión de la obra, son escasas. Con ellas se pretende aclarar el texto subrayando la importancia de alguna doctrina, notando su dependencia con algún padre anterior, o señalando alguna peculiaridad de tipo filológico.

Por último, dado el carácter asistemático de la obra gregoriana, se ha considerado necesario incluir, además de un *índice bíblico* y *nominal*, otro *temático* que, sin pretender ser exhaustivo, ayude a localizar las abundantes enseñanzas que contiene[164].

164. Para **Bibliografía** remitimos a B. GODDING, *Bibliografia di Gregorio Magno (1890-1989)*, Città Nuova, Roma 1990. Desde 1990 hasta nuestros días, sobre los *Libros morales*, se han publicado de interés los siguientes estudios: J. P. CAVALLERO, *La técnica didáctica de san Gregorio Magno en los «Moralia in Iob»*, en «Helmántica» 41 (1990) 129-188; I. OPELT, *Etimologie ebraiche nei «Moralia» di Gregorio Magno*, en *Gregorio Magno e il suo tempo*, II, Institutum Patristicum Augustinianum, Roma 1991, 149-159; B. CALATI, *Die Juden in Denken Gregors des Grossen: Bemerkungen zu Moralia in Iob 35, 26*, en «Judaica» 47 (1991) 31-37; CH. BROUWER, *Égalitè et pouvoir dans les «Morales» de Grégoire le Grand*, en «Recherches Augustiniennes» 27 (1994) 97-129; P. MEYVAERT, *Uncovering a lost Work of Gregory the Great: Fragments of the Early Commentary in Job*, en «Traditio» 1 (1996).

Gregorio Magno

LIBROS MORALES

(I-V)

CARTA DEDICATORIA DEL PAPA GREGORIO MAGNO A LEANDRO, OBISPO DE SEVILLA[1]

GREGORIO, SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS,
AL REVERENDÍSIMO Y SANTÍSIMO HERMANO LEANDRO,
COMPAÑERO EN EL EPISCOPADO

1. Hace ya tiempo, queridísimo hermano, que, tras conocernos en la ciudad de Constantinopla, en la que me retenían responsabilidades de la Sede Apostólica y a la que te había llevado la delegación en favor de la fe de los visigodos, expuse a tus oídos todo lo que no me agradaba de mi vida pasada: cómo durante largo tiempo había retrasado la gracia de la conversión y cómo, después incluso de haber sido inflamado en el deseo de las realidades celestiales, consideré mejor conservar el hábito secular. Ya entonces se me hacía manifiesto el amor de la eternidad que yo buscaba, pero una arraigada rutina me sometía para no cambiar mi exterior forma de vida. Y aunque mi espíritu se esforzaba ya en servir al mundo presente sólo exteriormente, los numerosos cuidados de este mismo mundo empezaron a crecer en mi contra, hasta el punto de que ya no sólo me retenían en lo exterior, sino que, lo que es aún más grave, también ocupaban mi mente. Huyendo con cuidado de todo eso, me dirigí finalmente al puerto del monasterio y abandonadas las cosas de este mundo –como en vano creí entonces–, desnudo, escapé del naufragio de esta vida.

Suele ocurrir, sin embargo, que al arreciar la tempestad, las olas también agitan a la nave amarrada con descuido en el seguro dique de una bahía. También yo, de repente, bajo el pretexto de la orden eclesiástica, me encontré en la alta mar de los asuntos seculares. Perdí la quietud del monasterio porque no la retuve con for-

1. Sobre el carácter *no epistolar* de esta carta, cf. Introducción, notas 41, 63 y 139.

taleza cuando debía haberme asido estrechamente a ella; fue entonces cuando aprendí a valorarla. Y así, recibí el ministerio del sagrado altar en virtud de la obediencia. Acepté con la convicción de que de este modo serviría mejor a la Iglesia; pues si no hubiera sido algo condenable, me hubiera apartado de él huyendo de nuevo. Después de esto, cuando ya ejercía el grave Ministerio del Altar, sin yo querer y a pesar de mis resistencias, cayó sobre mí la carga del cuidado pastoral. Carga ésta que soporto con gran dificultad porque me siento incapaz de sobrellevarla y no hallo sosiego en la consolación que nace de la confianza. Y ya ves, en tiempos azotados por males crecientes que anuncian estar próximo el fin del mundo, nosotros, considerados servidores de los misterios de la vida interior, andamos envueltos en preocupaciones exteriores.

En el tiempo en que accedí al ministerio del altar con el fin –que yo ignoraba–, de que luego aceptara el peso del orden sagrado, pude mantener más libremente la vigilancia en un palacio terrenal, lugar al que me siguieron muchos hermanos del monasterio unidos a mí por una fraterna caridad[2]. Ahora veo que esto sucedió gracias a una disposición divina para que por medio del continuo ejemplo de los monjes permaneciera amarrado, como la soga de un ancla, a la tranquila orilla de la oración en momentos en que los vaivenes incesantes de los asuntos seculares me podía hacer fluctuar. Como en la segura bahía de un puerto, me refugiaba en su compañía del torrente de tareas y agitaciones terrenas, y, aunque aquel ministerio que me había apartado del monasterio había puesto fin a la tranquila vida de antaño con la espada de sus afanes, sentí que estando con ellos el espíritu de compunción me animaba, gracias también al comentario diario que hacíamos a partir de una atenta lectura de la Palabra de Dios.

Fue entonces cuando aquellos hermanos, forzados por ti –como tú mismo recordaste–, me pidieron con insistencia que les expusiera el Libro del santo Job y les descubriera sus profundos

2. Después de recibir el diaconado (*ministerio del Altar*), fue nombrado apocrisario del Papa en Constantinopla. A la capital del imperio le acompañaron algunos de los monjes que habían sido sus compañeros, convirtiendo el Palacio de Galla Placidia, sede de la representación pontificia (*palacio terreno*) en «otro monasterio».

misterios, en la medida que la Verdad me infundiera fuerzas. Añadieron, además, a su gravosa petición el que no me limitara a examinar el sentido alegórico del relato, sino que fuera más allá de la alegoría mostrándoles sus aplicaciones morales; querían también lo que es aún más difícil, que apoyara cada afirmación con otros textos y que si éstos no eran suficientemente claros, añadiera ulteriores explicaciones.

2. Cuando me puse ante este libro oscuro, nunca comentado antes de mí, me encontré con tantas y tales dificultades que, vencido por el peso de la petición –lo confieso–, creí sucumbir por el abatimiento. De repente, confundido entre el temor y el compromiso, alcé los ojos al Dador de bienes, dejé a un lado mi apatía, y comprendí al momento con certeza que no podía ser imposible lo que me pedía la caridad nacida de corazones fraternos. No es que me sintiera ya capaz de hacerlo, sino que mi misma desconfianza hizo que levantara con más fuerza mi esperanza hacia Aquel que soltó la lengua de los mudos, que hizo expresiva la lengua de los niños, y que en los repetidos y toscos rebuznos de un asno hizo percibir las articulaciones inteligentes de la conversación humana. ¿Qué hay, pues, de admirable en que conceda inteligencia a un hombre necio, Él que, cuando quiso, expuso su verdad por boca de animales?

Armado con la fuerza de este pensamiento, espoleé mi propia avidez y me puse a indagar en fuente de tanta profundidad. Y aunque la vida de los que me empujaban a tal exposición superaba en mucho la mía, no consideré nocivo el que una cañería de plomo suministrara el agua necesaria a esos hombres.

En seguida, pues, expuse en presencia de aquellos hermanos los comienzos del libro que tenían ante sus ojos y, como encontrara un poco de tiempo que dedicar a esa tarea, les fui dictando los capítulos siguientes. Cuando dispuse de mayores espacios de tiempo amplié numerosas notas, quité algunas, otras las dejé como estaban; corregí algunos de los párrafos tomados directamente de mi locución y ordené todo distribuyéndolo en libros, procurando con cuidado acomodar el estilo de los capítulos que escribí al final con las exposiciones iniciales. A partir de una atenta revisión, procuré que lo que había pronunciado oralmente adquiriese la forma de un comentario escrito y lo que había puesto por escrito no se distanciara mucho de una exposición coloquial. Así, amplié una

parte y otra la reduje, de modo que lo que originariamente era heterogéneo formara un todo homogéneo, aunque la tercera parte de la obra la dejé casi como había salido en nuestro coloquio porque mis hermanos me encomendaron otros asuntos y no me dejaron corregirla más profundamente.

Quise atender las muchas peticiones de los que me preguntaban ora por el sentido literal, ora por el sentido que nace de elevarse en contemplación[3], ora por la aplicación moral. Estructuré, entonces, la obra en treinta y cinco capítulos agrupados en seis partes. Puede parecer que he descuidado el sentido literal por dedicarme más ampliamente al comentario del sentido místico y moral. Todo el que habla de Dios debe, sin embargo, escudriñar lo que mejora el comportamiento de sus oyentes y debe considerar que ha hablado rectamente si, cuando hay oportunidad para la edificación, se ha apartado, con provecho, del tema que empezó a tratar.

El que comenta la palabra sagrada debe comportarse como un río. Cuando un río, en efecto, a lo largo de su curso se encuentra con valles profundos se precipita en ellos con ímpetu y sólo cuando los llena suficientemente reemprende entonces su carrera. Así debe actuar también el comentador de la Palabra de Dios: cuando hable sobre un tema cualquiera, si encuentra ocasión para una adecuada edificación, debe desviar las aguas de su palabra al valle más cercano y volver al cauce del tema propuesto sólo cuando haya regado suficientemente el campo de esa enseñanza añadida.

3. Además, se ha de tener en cuenta que pasamos por ciertos pasajes mediante el sentido histórico; de otros, analizamos el sentido típico por medio de la alegoría; otros los abordamos únicamente con el auxilio de la alegoría moral; existiendo, finalmente, algunos pasajes que son tratados simultáneamente por ese triple modo. De esta forma, ponemos primero el fundamento de la historia; luego, por el sentido típico, construimos a partir del edificio de nuestra alma el baluarte de nuestra fe; y, por último, con el toque de la moralidad, vestimos la construcción dándole colorido.

¿Qué son las Palabras de la Verdad sino alimentos para restaurar el alma? Variando con frecuencia el modo de nuestra exposición ofrecemos al paladar un plato tal que el lector, invitado como

3. Sentido místico o alegórico.

nuestro comensal, no siente hastío, ya que al considerar la variedad de alimentos que se le ofrece, escoge aquello que juzga mejor.

En nuestra exposición hemos descuidado unas veces exponer las palabras del relato que ya son claras para evitar encontrarnos luego en situaciones oscuras; otras veces, sin embargo, esas palabras no se pueden entender a la letra, pues una lectura superficial de las mismas, en lugar de instruir al lector, le lleva al error. De ahí que se diga por medio de Job: *Bajo Él se inclinan los que llevan el mundo*[4]. ¿Quién ignora que tan ilustre varón no hace caso a las burdas fábulas de los poetas y no cree que la masa del mundo la sostenga el sudor de un gigante?[5] Oprimido por las desgracias, dice Job en otro lugar: *Mi alma prefiere la horca y mis huesos la muerte*[6]. ¿Quién creerá, siendo sensato, que varón tan insigne –del cual consta claramente que recibió del Juez interior el premio por la virtud de la paciencia–, decidiera en medio de su desgracia ahorcarse dando fin a su vida?

En otras ocasiones, puesto que ciertos pasajes no se deben entender a la letra, se impugnan las palabras mismas del sentido literal. Por eso se dijo: *Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: «Se ha concebido un hombre»*[7]; añadiendo en seguida: *Una gran niebla lo cubra y lo envuelva la amargura*; para continuar poco después maldiciendo aquella noche: *Sea aquella noche solitaria*[8]. El día de su nacimiento, perdido por el mismo correr del tiempo, no podía subsistir. ¿Cómo, pues, podía desear que fuera envuelto en tinieblas? Una vez pasado, ya no existía; y si acaso subsistía en la naturaleza de las cosas, ni siquiera entonces hubiera podido sentir la amargura. Está claro, por tanto, que no se habla ni mucho menos del día físico, insensible, al que Job hubiera querido ver afligido por la amargura. Si la noche de la concepción había ya pasado junto con las demás noches, ¿cómo es que

4. Jb 9, 13.

5. Según la mitología grecorromana, Atlas, hijo de Japeto, fue condenado a sostener sobre sus hombros la bóveda celeste (cf. CICERÓN, *Tuscul.*, 5, 8). Si se leyera literalmente ese pasaje podría darse a entender –dice Gregorio– que Job creía que el mundo, como dice el mito, estaba sostenido por los hombros de un gigante.

6. Jb 7, 15.

7. Jb 3, 2.

8. Jb 3, 5.7.

quiere que sea solitaria? Del mismo modo que no pudo sustraerse al correr del tiempo, así tampoco podía aislarse de las demás noches a las que estaba unida.

En otro lugar dice Job: *¿Hasta cuándo no me dejaréis, ni me permitiréis tragar mi saliva?*[9]. Antes, sin embargo, había dicho: *Lo que antes mi alma no quería tocar, por la necesidad se ha convertido ahora en mi alimento*[10]. ¿Quién ignora que la saliva se puede tragar con más facilidad que el alimento? El que declara poder comer alimentos, niega –cosa muy increíble–, poder tragar la propia saliva. Se dice además: *He pecado, ¿qué haré por ti, guardián de los hombres?*[11], y también: *¿Quieres que me consuman los pecados de mi juventud?*[12]. Para añadir, sin embargo, más adelante la siguiente respuesta: *Nada me reprocha mi corazón en toda mi vida*[13]. ¿Cómo puede su corazón no reprocharle nada en toda su vida, a quien declara públicamente haber pecado? No se pueden conciliar al mismo tiempo el obrar culpable y la irreprensibilidad de corazón.

Por tanto, como no se pueden conciliar entre sí expresiones literales, es evidente que se ha de buscar en ellas otro sentido. Es como si esas mismas expresiones nos dijeran: «si veis que en nosotras lo superficial carece de significado, buscad en nuestro interior lo que es lógico y coherente».

4. También ocurre a veces lo contrario: quien no acepta las expresiones del relato a la letra, oculta la luz de la Verdad que se le ofrece, y cuando se empeña en encontrar en ellas un sentido más interior deja escapar lo que podía haber sido hallado por fuera sin ninguna dificultad. Por eso dice este santo varón: *Si negué a los pobres lo que querían e hice languidecer los ojos de la viuda; si comí solo mi pan y no comió el huérfano de él; si desprecié al transeúnte que no tenía vestido y al pobre que no tenía con que cubrirse; si sus costados no me bendijeron y no lo calenté con la lana de mis ovejas...*[14]. Si nos empeñamos tozudamente en ver en este

9. Jb 7, 19.
10. Jb 6, 7.
11. Jb 7, 20.
12. Jb 13, 26.
13. Jb 27, 6.
14. Jb 31, 16-20.

pasaje un sentido alegórico, vaciamos por completo de contenido las obras de misericordia. Y es que, la Palabra divina, al igual que interroga a los doctos con sus misterios, también muchas veces reconforta a los sencillos con sus claros relatos. Con su claridad alimenta a los pequeños, con su profundidad deja perplejas las mentes de los más elevados. Es, en verdad, como un río, como ya he dicho, ancho y profundo, en el que tanto el cordero puede caminar, como el elefante nadar.

Por tanto, según pida la oportunidad de cada pasaje, se debe cambiar cuidadosamente la forma de la exposición, de modo que se alcance el verdadero sentido de la Palabra divina alterando el modo de interpretación según lo exija cada pasaje.

5. Te he enviado este comentario para que lo revises. No es que lo juzgue digno de ti, pero, ante tu petición, recuerdo habértelo prometido. Pido a tu santidad que todo lo que encuentres en él mediocre y vulgar me lo perdones con prontitud, pues no ignoras que esas faltas delatan mi condición de enfermo. Y es que, cuando el cuerpo se consume en el dolor, la mente se ve afectada y la expresión cuidada se resiente. Desde hace ya muchos años me veo atormentado por frecuentes dolores intestinales. A todas horas y en todo momento vivo afligido a causa de mi endeble estómago, y una fiebre tenue, pero continua, me tiene debilitado.

En este estado, medito solícito lo que afirma la Escritura: *Dios azota a quien acoge como hijo*[15], y cuanto más duramente me oprimen los males presentes, más firme sosiego encuentro en la esperanza de los bienes eternos. Quizás fue un designio de la divina Providencia el que yo, abatido por el dolor, comentara la historia del también abatido Job, y comprendiera mejor, por mi padecimiento, la mente de uno que padece.

Resulta, sin embargo, claro a quien rectamente lo considere que el dolor corporal conlleva no pocas dificultades de cara a la realización de mi trabajo, pues cuando la fuerza física apenas permite desempeñar el ministerio de la palabra, la mente no puede expresar convenientemente lo que siente. ¿Cuál es, en efecto, la función del cuerpo, sino ser un instrumento al servicio de la interioridad humana? Así, por ejemplo, un músico virtuoso no puede

15. Hb 12, 6.

manifestar sus dotes artísticas si no dispone de instrumentos externos que a ellas convengan, pues es evidente que una melodía, aún ejecutada por una mano diestra, no puede sonar bien con instrumentos desafinados, ni un soplo se convierte en melodía si la flauta está rota y chirría. ¡Cuán en entredicho queda la calidad de mi comentario! Con tan destrozado instrumento se desdibuja el encanto de un texto que ningún artista con su pericia puede igualar.

Te pido, por tanto, que al recorrer las líneas de esta obra no pretendas encontrar en ellas ampulosos discursos, ya que la Sagrada Escritura reprocha severamente la vana y estéril verborrea de sus comentadores, al prohibir que se planten bosques en el templo de Dios. Todos sabemos bien que cuando la mata de la mies está repleta de hojas frondosas, la espiga lleva menos grano. De ahí que no haya prestado atención a ese arte del bien hablar[16] que se enseña sólo con reglas externas. Pues tal como refleja el mismo estilo de esta carta, no rehuyo el martilleo del metacismo[17], ni evito la confusión de los barbarismos; desdeño observar el orden de las palabras, el modo de los verbos y el caso de las preposiciones porque sostengo decididamente que es indigno someter las palabras del oráculo celeste a las reglas de Donato. Jamás se han servido de ellas los comentadores que se apoyan en la autoridad de la Sagrada Escritura. Es en ella donde nuestro comentario tiene su origen, por eso, es justo que la descendencia así nacida procure parecerse a su madre[18].

Comento el texto de la nueva versión[19], pero cuando es necesario ofrecer una prueba, me valgo unas veces del testimonio de la versión antigua y otras del testimonio de la nueva. Como la Sede Apostólica –que presido por gracia de Dios–, utiliza ambas, mi investigación se apoya tanto en una como en otra.

16. Retórica.

17. Agrupación de palabras en la que se repite la letra «M», como en la frase: *mammam ipsam amo quasi meam animam.* R.Gillet observa a este propósito: «J'avoue n'avoir jamais été frappé d'un défaut de ce genre à la lectura de saint Grégoire»: GRÉGOIRE LE GRAND, *Morales sur Job* (I-II), SC 32bis, 132-133 (nota 3).

18. Cf. Introducción, «Estilo y género literario: la retórica al servicio de las Escrituras».

19. La *nova translatio* es la Vulgata de san Jerónimo; la *vetus translatio* es la Vetus latina.

PREFACIO

I 1. Muchos se preguntan con frecuencia quién es el autor del libro del santo Job. Unos piensan que el autor de esta obra fue Moisés, otros que fue alguno de los profetas. Como en el libro del Génesis se habla de un tal Jobab, descendiente de la estirpe de Esaú, sucesor del rey Bela, hijo de Beor[1], algunos han creído que el santo Job vivió mucho tiempo antes que Moisés, ignorando el modo en que la Sagrada Escritura suele expresarse, pues, al principio señala de forma anticipada y resumida lo que luego ha de suceder, para aplicarse con prontitud a los hechos que desea describir con mayor precisión. Por eso se habla de ese tal Jobab incluso antes de que hubiera reyes en Israel. Se sabe, sin embargo, que Job no vivió antes de la Ley, y se suele situar su existencia en el tiempo de los Jueces de Israel. Los que reflexionan con menor atención piensan que Moisés escribió la historia de Job como si se tratara de un hombre que vivió mucho antes que él; creen que el mismo que pudo sacar a la luz los mandamientos de la Ley para edificación nuestra, pudo proponernos también el relato de un gentil como ejemplo de virtud. Otros, en fin, como ya he dicho, sostienen que el autor de esta obra fue uno de los profetas; afirman, en efecto, que nadie puede conocer palabras tan misteriosas si el espíritu de profecía no eleva su mente hasta las alturas.

2. Es, sin embargo, completamente inútil preguntarse por estos asuntos toda vez que se cree por la fe que el autor de este libro es el Espíritu Santo. El autor es el que dictó lo que se había de escribir; autor es también el que inspiró esta obra y el que por medio de la palabra del escriba nos transmitió unos hechos a imitar. Sería ridículo si, al recibir cartas de un hombre ilustre, leyésemos las palabras y nos preguntásemos con qué pluma las escribió;

1. Cf. Gn 36, 33.

sería ciertamente ridículo saber quién es el autor de la cartas, conocer su significado e interrogarnos sólo sobre la pluma con que las escribió. Por tanto, si conocemos la obra y mantenemos que el Espíritu Santo es su autor, al preguntarnos quién la escribió ¿qué hacemos sino preocuparnos de la pluma, leyendo sólo las letras?

3. De forma más veraz, podemos pensar que el mismo Job, que sostuvo los combates de la lucha espiritual, narró también los hechos de la victoria que logró. No se debe prescindir de lo que se dice en el mismo libro: *Dijo Job*, y también: «Job soportó esto y aquello». Y es que, en la Sagrada Escritura es frecuente que los mismos que escriben hablen de sí en tercera persona. Por eso Moisés dijo: *Moisés era el más manso de todos los hombres que habitaban en la tierra*[2]. Juan dice: *El discípulo a quien Jesús amaba*[3]. Lucas dijo: E*ntonces, dos de los discípulos andaban por el camino, Cleofás y el otro*[4], mostrando claramente con su cuidado silencio que «el otro», como se ha dicho, no era sino él mismo. Los escritores de la Palabra Sagrada, como actúan bajo la acción del Espíritu Santo, dan testimonio de sí como si de otros se tratase. El Espíritu Santo habló, pues, de Moisés por medio de Moisés; siendo el mismo Espíritu Santo el que habló de Juan por medio de Juan. También Pablo insinúa no hablar por sí mismo cuando dice: *¿Buscáis acaso una prueba de que Cristo habla en mí?*[5]. Y el ángel que se apareció a Moisés, según se cuenta, unas veces es llamado «ángel» y otras «señor»: ángel porque, hablando exteriormente, realiza un servicio; señor porque con su presencia interior su hablar es eficaz. Como su hablar se debe a una moción interior, se le llama ángel en virtud de su docilidad y señor por recibir la inspiración. David dijo: *Escuchad, pueblo mío, mi ley; prestad vuestros oídos a las palabras de mi boca*[6]. No es que la ley o el pueblo sean de David, sino que él asume el papel de Aquel en cuyo nombre hablaba, hablando con la misma autoridad de quien lo llenaba con su inspiración.

2. Nm 12, 3.
3. Jn 19, 26; 21, 20.
4. Lc 24, 13-18.
5. 2 Co 13, 3.
6. Sal 78, 1.

Si nos fijamos atentamente, veremos que esto mismo se hace a diario en la Iglesia. El lector, de pie en medio del pueblo, proclama: *Yo soy el Dios de Abrahán, del Dios de Isaac, el Dios de Jacob*[7]. No dice, ni mucho menos, que sea él el mismo Dios, como tampoco falta a la verdad por aquello que pronuncia, ya que con el ministerio de lector manifiesta a Aquel cuyo señorío proclama con su voz. Pues bien, los escritores de la Palabra sagrada, llenos del Espíritu Santo, son arrebatados por encima de sí, y, como si estuvieran fuera de ellos mismos, hablan de sí como si de otros se tratase.

También el santo Job, inflamado del Espíritu Santo, ha podido escribir sus gestas –verdaderos dones inspirados desde lo alto–, como si no fueran suyas: las acciones que narraba eran de otro, pues, siendo hombre, contaba las obras de Dios. Al mismo tiempo, Otro era el que le relataba sus propias acciones, pues era el Espíritu Santo el que hablaba de los hechos de un hombre.

II 4. Dejemos ya esta cuestión y pasemos a examinar los hechos de esta historia sagrada. Todo hombre, por el hecho de ser hombre, debe intentar conocer a su Creador, al cual debe rendir su voluntad tanto más, cuanto más cae en la cuenta de no ser nada por sí mismo. Por desgracia, nosotros que somos criaturas nos hemos despreocupado de la atención debida a Dios. Se nos han dado los mandamientos, pero no hemos querido cumplir sus preceptos. Se nos han propuesto ejemplos de vidas tomados de quienes vivían en obediencia a la Ley, pero no hemos querido imitarlos. Como Dios había hablado abiertamente a los que vivían bajo la Ley, nos hemos creído al margen de los preceptos que no se han dirigido explícitamente a nosotros. Por todo ello, para confundir nuestra desvergüenza, se nos propone el ejemplo de un gentil. De esta forma, el hombre que vive bajo la Ley sin obedecerla, podrá aceptar al menos el testimonio de uno que sin tener Ley, vivió conforme a ella. La Ley, en efecto, se dió al hombre caído. Al hombre caído y sometido a la Ley se le ofrece también el testimonio de quienes no están sujetos a ella; así, como no quisimos respetar las exigencias de nuestra condición, se nos amonesta con sus preceptos. Y como hemos despreciado obedecer esos preceptos, se

7. Ex 3, 6.

nos confunde con ejemplos que, como se ha dicho, no provienen de quienes están sometidos a la Ley sino de aquellos a los que ninguna Ley les impedía pecar.

5. La divina Providencia nos cerca, ahoga nuestras excusas y cierra la salida a la vacilación humana. Se nos presenta ante nosotros a un gentil, a un hombre sin Ley, para confundir la maldad de quienes viven bajo la Ley. Lo cual se dice correcta y concisamente por el profeta: *Avergüénzate, Sidón, dijo el mar*[8]. Sidón es figura de la estabilidad de los sometidos a la Ley; el mar, figura de los gentiles. *Avergüénzate Sidón, dijo el mar*, porque la vida de los gentiles refuta la vida de los sometidos a la Ley y el comportamiento de los paganos confunde la conducta de hombres religiosos cuando éstos no observan los preceptos que escuchan, incluso habiéndolo prometido, y aquéllos los cumplen con su vida sin estar obligados por ningún mandato legal.

De qué gran autoridad goza este libro lo testifica la solidez de las páginas sagradas cuando se dice por el profeta Ezequiel que únicamente tres varones se salvarán: Noé, Daniel y Job[9]. No es casualidad que la vida de un gentil justo se proponga como autoridad junto a la vida de unos hebreos, pues también nuestro Redentor, viniendo a redimir a judíos y gentiles, quiso ser profetizado por la voz de los judíos y de los gentiles, de modo que fuera anunciado por uno y otro pueblo, pueblos ambos por los que un día habría de sufrir.

6. A este varón, dotado de tan elevadas virtudes, sólo lo conocía Dios y él mismo. Si no hubiese sido flagelado por el sufrimiento nunca hubiéramos sabido nada de él. Cuando vivía en calma se ejercitaba en la virtud, pero la fama de su vida virtuosa sólo se extendió al verse probada con el sufrimiento. Mientras vivía en paz mantenía en su interior lo que él mismo era; al ser probado propagó para conocimiento de todos el buen olor de su fortaleza. Pues así como un perfume no puede ser percibido desde lejos si no es agitado, y así como hay sustancias que no difunden su fragancia si no son quemadas, así también el perfume que ex-

8. Is 23, 4.
9. Cf. Ez 14, 14. Sobre el simbolismo de estas figuras bíblicas, cf. infra Mor 1, 20.

halan las virtudes de los santos se da a conocer en medio de las tribulaciones. Por eso se dice rectamente en el evangelio: *Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a aquel monte «trasládate allí» y se trasladaría*[10]. Si un grano de mostaza no es triturado no se conoce la fuerza de sus propiedades. Mientras no se aplasta es dulce, pero si se tritura, arde, y manifiesta la agrura que estaba escondida en él. De igual modo, todo hombre santo, mientras no es probado, parece despreciable y mediocre, pero cuando es triturado con la trilla de la persecución manifiesta en seguida su ardiente sabor. Todo lo que en él parecía despreciable y enfermo se convierte en fervorosa virtud. Todo lo que escondía voluntariamente dentro de sí durante la tranquilidad, lo da a conocer al verse forzado y atormentado por la tribulación. De ahí que se diga por el profeta: *El Señor envía de día su misericordia y de noche la hace aparecer*[11]. La misericordia del Señor se envía de día porque durante tiempos de calma puede ser percibida por el conocimiento; la hace aparecer de noche porque es un don que se recibe en la tranquilidad y se manifiesta en la tribulación.

III 7. Se ha de indagar con mayor precisión por qué tantos sufrimientos cayeron sobre un hombre que había procurado custodiar sin falta el cumplimiento de las virtudes. Practicó la humildad, porque él mismo declara: *Si desdeñé dar la razón a mi siervo y a mi sierva cuando litigaron contra mí*[12]. Procuró la hospitalidad, como él mismo afirma al decir: *Mi puerta se abrió al transeúnte*[13]. Conservó el vigor de la disciplina, como él mismo indica cuando dice: *Los príncipes dejaban de hablar y tapaban sus bocas con los dedos*[14]. En el rigor mantuvo la mansedumbre, como él mismo reconoce al decir: *Y cuando me sentaba como un rey, en medio del ejército, era, sin embargo, el consolador de los afligidos*[15]. Daba limosnas con generosidad, cómo él mismo insinúa cuando afirma: *Si comí solo mi pan y el huérfano no comió de él*[16].

10. Mt 17, 20.
11. Sal 42, 9.
12. Jb 31, 13.
13. Jb 31, 32.
14. Jb 29, 9.
15. Jb 29, 25.
16. Jb 31, 17.

Y así, habiendo cumplido todos los mandatos que nacen de la virtud, sólo una cosa le faltaba: saber dar gracias en medio del sufrimiento. Era conocido que sabía servir a Dios en medio de sus dones, pero convenía que fuera severamente probado para ver si permanecía fiel a Dios en medio de la tribulación. El dolor, en efecto, verifica la autenticidad del amor del que ama en la tranquilidad.

El enemigo pidió someterlo a prueba para perderlo, pero se le concedió probarlo para su crecimiento. El Señor, en efecto, permitió benignamente hacer lo que el diablo malvadamente pedía. Pero cuando el enemigo lo eligió para llevarlo a la perdición, logró con sus pruebas que sus méritos crecieran. Está escrito: *En todo esto, Job no pecó con sus labios*[17]. Si algunas de sus palabras parecen duras a inexpertos lectores, es porque no saben interpretar los dichos de los santos con la misma piedad con que son pronunciados. Quien no es capaz de asumir en sí mismo los sentimientos de dolor del justo, no podrá nunca interpretar correctamente las palabras con que ese dolor se expresa. Y es que, sólo el que comparte el sufrimiento, puede comprender la mente del que sufre.

8. Piensan con poco acierto quienes creen que el bienaventurado Job se equivocó al hablar, ya que si rebaten las respuestas de Job, están también declarando falsa la palabra del mismo Dios. Por eso dice el Señor al diablo: *¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay ninguno semejante a él en la tierra: hombre sencillo y recto, teme a Dios y rechaza el mal*[18]. A lo cual responde en seguida el diablo: *¿Acaso Job teme a Dios en vano? ¿no has colocado tú un cerco en torno a él, a su casa y a todos sus bienes? Extiende tu mano y toca cuanto posee, y verás si no te maldice en tu cara*[19]. De esta forma el enemigo lanzó sus fuerzas contra el santo Job, aunque, en realidad, emprendía contra Dios el combate. Job se encontró en medio de un combate que se libraba entre Dios y el demonio. Por eso, quien afirma que este santo varón pecó con sus palabras, estando en medio del sufrimiento, reprocha a Dios, que se había puesto de su parte, haber fracasado.

17. Jb 1, 22.
18. Jb 1, 8.
19. Jb 1, 9-11.

El mismo Dios, en efecto, quiso hacer suya la causa de este hombre probado: Dios, sí, que exaltó a Job antes del sufrimiento y, fiándose de él, permitió que fuera probado con la tribulación. Por eso, si se dice que Job fracasó, se afirma también que su defensor sucumbió. Los dones con que fue enriquecido manifiestan más bien no haber fracasado en nada. ¿Quién no sabe que a las culpas corresponden castigos y no premios? Por eso, cuando un hombre recibe el doble de lo perdido, enseña con tal remuneración que todo lo que había dicho no era fruto del vicio, sino de la virtud. Añádase también en su favor el hecho de haber intercedido por sus amigos, que habían sido declarados culpables. Quien vive en medio de graves pecados, oprimido por los propios, no puede limpiar los ajenos. Por tanto, prueba estar limpio quien puede obtener la pureza para otros.

Si a alguien disgusta el que Job cuente sus propias buenas acciones, sepa que entre tantos daños materiales, entre tantas heridas corporales, entre tanta muerte de hijos, cargado con los reproches de sus amigos que habían acudido a consolarlo, se vió arrastrado a la desesperación, pues además de tantos tormentos como le afligían, fue herido con injuriosas palabras de recriminación. Los que habían acudido a consolarlo, al recriminarle como si fuera culpable, lo empujaban a desesperar de sí mismo. Trayendo, por tanto, a la mente sus buenas acciones, no se llena de vanidad, sino que permite que su ánimo, abatido por las heridas y por los insultos, recupere la esperanza. Y es que, la mente es alcanzada por el agudo dardo de la desesperación cuando los castigos de la ira divina la golpean y los oprobios de la lengua la laceran externamente. El santo Job, acribillado de llagas tan dolorosas, temiendo caer desplomado ante tanto mal, recuperó el estado de confianza gracias a su vida pasada. No cayó en el vicio de la arrogancia porque luchó contra la inclinación interior a la desesperación, proclamando exteriormente sus buenas obras; así, con la declaración del bien que había hecho no desesperó ante el bien que buscaba.

IV 9. Sigamos, ahora, el mismo orden de su tentación. El enemigo, enfureciéndose y esforzándose en doblegar el valentísimo pecho de este santo varón, apuntó contra él todas las armas de la tentación. Le despojó de sus bienes, hizo morir a sus hijos, golpeó su cuerpo, instigó a su mujer, hizo que sus amigos acudieran a

consolarlo, induciéndoles luego a una áspera reprensión, reservando en el último y más cruel ataque al amigo que más duramente le reprendió; con heridas tan crueles deseaba obtener un corazón sobre el que cayeran cada vez más desgracias. Viendo en él a un potentado de este mundo creyó poder derribarlo dañando sus bienes. Al no lograrlo dió muerte al número de sus hijos. Viendo, sin embargo, que tales pérdidas le llevaban a mayores alabanzas divinas, pidió herir su salud corporal. Comprobando entonces que por el dolor corporal no lograba el sufrimiento de su espíritu, instigó a su mujer. Vió, en efecto, que la ciudad que deseaba conquistar estaba bien fortificada, por eso, tras haberla atacado exteriormente con toda clase de plagas, como si de ejércitos al asedio se tratase, encendiendo el ánimo de su mujer que intentaba persuadirlo con perversas palabras, actuó como quien corrompe desde dentro el corazón de los ciudadanos. De las batallas exteriores aprendemos qué se siente en las interiores. El enemigo, al enfurecerse y sitiar la ciudad rodeándola con sus ejércitos, si encuentra en ella una fortaleza inexpugnable, busca por otros medios conquistarla: corrompe, entonces, desde dentro el corazón de algunos de sus ciudadanos, de modo que, cuando envíe a los que luchan en el exterior, encuentre también quien le ayude en el interior. De esta forma, cuando se recrudece el combate en el exterior, confía en el apoyo de los que están dentro y, por la traición de éstos, la ciudad cae abatida.

10. Alzado en el exterior como si fuera un soldado, golpeó el muro de esta ciudad con tantos golpes como desgracias anunciaba. Por dentro actuaba como el que corrompe el corazón de los ciudadanos, procurando destruir las fortificaciones de la ciudadela con las insinuaciones de su cónyuge. Así, intensificó el ardor de la batalla por fuera y los envenenados consejos por dentro, esperando conquistar la plaza más deprisa al procurar trastornos exteriores e interiores.

Como a veces duelen más las palabras que los golpes, se armó, como se ha dicho, con las lenguas de sus amigos. Como eran ancianos sus palabras podían resultar menos hirientes, recurrió entonces al joven Elihú para golpear su santo pecho con heridas más crueles, pues el golpe que contra él aplicaba procedía de un brazo menos venerable.

¡Ved cuántas fueron las armas de la tentación que el enemigo enfurecido empleó para herir tan invencible fortaleza! ¡Ved cuánta maquinaria de asalto empleó! ¡Ved con cuántas lanzas le atacó! Mas en medio de tantos ataques su mente permaneció imperturbable, intacta la ciudad.

V 11. El enemigo, cuando ataca de frente, procura enviar ocultamente algunas tropas que ataquen el flanco de su adversario con mayor libertad, ya que aquellos contra los que lucha esperan que su enemigo venga de cara. Así Job, engarzado en este bélico combate, sufrió las pérdidas como si fueran los ataques frontales del enemigo, y padeció las palabras de consuelo como si un embate lateral se tratara. Entre tanto ataque, cubierto con el escudo de su entereza, supo protegerse por todos lados y se defendió con diligencia de las espadas que le asediaban por doquier. Calladamente desdeñó los bienes que había perdido; serenamente sufrió la muerte corporal de sus hijos; soportó con paciencia las embestidas contra su propia carne; supo dar lecciones a su mujer que equivocada y carnalmente le aconsejaba. Aparecieron además los amigos con sus ásperas correcciones: llegados para calmar su dolor, lo acrecentaron. Por eso, todas las maquinaciones de las tentaciones se convirtieron para este santo varón en aumento de virtudes. Con las heridas se probó su paciencia; con las palabras de reproche se ejercitó su sabiduría. En todos los frentes mostró su fortaleza, pues venció los ataques con su vigor y las palabras con su razón. Los amigos que acudieron para consolarlo pero que se excedieron con sus palabras de increpación, merecen ser juzgados culpables más por su ignorancia que por su maldad. No se puede creer, en efecto, que un hombre tal tuviera amigos malvados. A pesar de todo, son culpables porque no supieron distinguir la causa de sus sufrimientos.

12. Existen diferentes tipos de aflicciones. Una es la aflicción que padece el pecador como castigo sin remisión; otra es la que padece para que se arrepienta; otra distinta es la que uno puede sufrir, no para que se arrepienta de alguna falta pasada, sino para que no la cometa en el futuro; otra, en fin, es la que padecen muchos no para que se arrepientan de un pecado pasado ni para impedir que lo cometan en el futuro, sino para que cuando uno es salvado inesperadamente de la aflicción, ame con mayor ardor la

esperada potencia del que le salva. De esta forma, cuando el sufrimiento alcanza al inocente, permite que por su paciencia obtenga un cúmulo de méritos.

Como hemos dicho, a veces el pecador es afligido para recibir un castigo sin remisión, tal como se le dice a Judea al ser condenada: *Te golpeé con la desgracia del enemigo, con un castigo cruel*[20]. Y añade: *¿Por qué me invocas en tu aflicción? Tu dolor es incurable*[21].

Otras veces, el pecador padece aflicción para que se arrepienta, tal como se le dice a uno en el evangelio: *Mira que estás curado; no peques más no sea que te suceda algo peor*[22]. Las palabras del Salvador indican que los pecados pasados exigían un dolor aún más fuerte.

Otras veces, hay quien sufre una aflicción no para purificarse de un pecado cometido, sino para evitar que caiga en uno en el futuro. Claramente lo atestigua Pablo, hablando de sí mismo, al decir: *Para que no me engreyera por la magnitud de las revelaciones, se me ha otorgado llevar un aguijón en la carne, un enviado de Satanás que me atormenta*[23]. No dijo «para que no me engría», sino «para que no me engreyera», con lo cual indica manifiestamente que aquella aflicción no la sufría para purificar un pecado pasado, sino para evitar uno futuro.

Hay, en fin, quien padece una aflicción sin que se deba a una falta pasada ni futura, sino para manifestar únicamente la potencia de la fuerza divina que libera del sufrimiento. De ahí que en el evangelio pregunten al Señor sobre el ciego de nacimiento: *¿Pecó éste o sus padres para nacer ciego? A lo cual respondió el Señor diciendo: No pecó éste ni sus padres, sino para manifestar las obras de Dios*[24]. Tal manifestación no consiste más que en el aumento que experimenta el valor de los méritos al sufrir la prueba. Cuando no hay ninguna maldad pasada que purificar se obtiene una gran fortaleza gracias a la paciencia ejercitada. Por eso Job es en-

20. Jr 30, 14.
21. Jr 30, 15.
22. Jn 5, 14.
23. 2 Co 12, 7.
24. Jn 9, 2-3.

salzado primero por la voz de su Juez y luego es entregado a las manos del tentador. De esa forma, tras el sufrimiento, Dios le recompensa hablándole con gran familiaridad, lo cual indica claramente cuánto le había hecho crecer la prueba.

Los amigos del santo Job no supieron distinguir los tipos de aflicción. Creyeron que sufría a causa de sus pecados y, así, mientras se esforzaban en demostrar que Dios había sido justo al afligirle, atormentaron al santo reprobando su injusticia, sin saber que los sufrimientos que padecía tenían como fin aumentar la alabanza de la gloria divina y no castigar pecados que nunca cometió. De ahí que alcanzaran tan pronto el perdón, porque pecaron más por ignorancia que por malicia. Para humillar severamente su soberbia, la justicia divina no los trajo de nuevo a su perdón más que por medio de aquel a quien habían despreciado. Nada, en efecto, abate mejor la mente soberbia que someterse al mismo sobre quien se erigía.

VI **13.** Entre todas las obras admirables de la divina Providencia es hermoso observar cómo las estrellas con sus giros sobre la faz del cielo se disponen para iluminar la noche de la vida presente, hasta que al terminar la noche surja, como verdadero lucero, el Redentor del género humano[25]. Las estrellas que en su recorrido aparecen y desaparecen iluminan la noche vistiendo de belleza sin par a los cielos. Así, para que la luz de las estrellas, sucediéndose y viniendo cada cual a su tiempo, disipara las tinieblas de nuestra noche, vino Abel a fin de mostrarnos la inocencia. Para instruirnos en obras de pureza vino Henoch. Para sugerirnos la perseverancia en la fe y en las obras, vino Noé. Para manifestar la obediencia surgió Abrahán. Para mostrar la castidad en la vida conyugal vino Isaac. Para sugerir la constancia en el trabajo vino Jacob. Para responder al mal haciendo el bien vino José. Para mostrar la mansedumbre vino Moisés. Para infundir confianza en la adversidad vino Josué. Para manifestar la paciencia en medio del sufrimiento vino Job. ¡Cuántas son las estrellas que vemos brillar! Se encuentran ahí para que andemos con el firme pie de las buenas obras en el camino de nuestra noche. La divina Providencia ha

25. Cf. ORÍGENES, *Homilías sobre el Génesis*, 1, 7 (SC 7, 71-72).

dado a conocer a los hombres la vida de tantos justos, enviados como estrellas en el cielo por encima de las tinieblas de los pecadores hasta que anunciándonos la aurora eterna surja el verdadero lucero y brille por su divinidad con un resplandor mayor que el de las demás estrellas.

14. Viviendo santamente, todos los elegidos que precedieron al Redentor, prometieron su venida profetizándola con sus palabras y acciones. No hubo, en efecto, un solo justo que no anunciara en figura al Redentor. Convenía que todos ellos manifestaran en sus mismas personas la bondad de Aquel que les hacía a ellos buenos y gracias a la cual podían hacer el bien a los demás. Debía también ser prometida sin interrupción la venida de Aquel que se daba para ser recibido sin medida y para ser poseído sin fin, de modo que todos los siglos dijeran en su conjunto lo que la plenitud de los tiempos ha manifestado sobre la redención universal. Por eso fue necesario que también el santo Job, que anunció la Encarnación –el más grande de todos los misterios–, representara con su comportamiento a Aquel que proclamaba con su voz, manifestando los sufrimientos que había de padecer, y predijera así los misterios de su Pasión con tanta más exactitud cuanto no los profetizaba únicamente de palabra sino padeciéndolos.

Ahora bien, como nuestro Redentor es una sola persona con la Iglesia que asumió para sí –de Él, en efecto, se dice: *Es cabeza de todos nosotros*[26], y sobre la Iglesia está escrito: *El cuerpo de Cristo que es la Iglesia*[27]–, todo aquel que lleva en sí la imagen de Cristo la reproduce como cabeza y como cuerpo, de modo que no reproduce sólo la voz de la cabeza, sino también la del cuerpo. De ahí que el profeta Isaías, pronunciando las palabras del mismo Señor, dijo: *Me puso la diadema como al esposo, me adornó con joyas como a la esposa*[28]. Pues bien, dado que como cabeza Él es el esposo y como cuerpo es la esposa, es necesario que cada vez que se diga algo referido a la cabeza se aplique también al cuerpo; y viceversa, cuando se diga algo del cuerpo, se entienda también como dicho de la cabeza.

26. Ef 4, 15.
27. Col 1, 24.
28. Is 61, 10.

Así, el santo Job es tipo, con su cuerpo, del Redentor que había de venir. Su mujer, que le provocaba para que maldijese, representa la vida de los carnales, esos que estando dentro de la Santa Iglesia siguen una conducta perdida, incordiando duramente con su vida a los buenos, a los que están unidos por la fe. Al ser cristianos, los demás fieles no pueden evitar su trato y los soportan tanto más penosamente cuanto se encuentran en medio de ellos.

15. Sus amigos, que sólo con su forma de deliberar ya atacan, son figura de los herejes, quienes aparentando deliberar no hacen más que ejercitar el arte del engaño. Por eso hablan al santo Job como si lo hicieran en nombre del Señor, no recibiendo sin embargo su aprobación, porque los herejes pretenden defender a Dios y no hacen más que ofenderle. Por medio de este mismo santo varón se les dice: *Deseo discutir con Dios, mostrándoos antes que sois constructores de mentiras y partidarios de doctrinas perversas*[29]. Los que el justo Job acusó de estar al servicio de perversas doctrinas simbolizan por sus errores a los herejes. Todo hereje, en efecto, en el momento en que pretende defender a Dios, se convierte en adversario de su Verdad, lo cual queda atestiguado por el salmista cuando dice: *Para que destruyas al enemigo y al defensor*[30]. Enemigo y defensor es, en verdad, quien combate al mismo Dios que predica.

VII **16.** Que el santo Job sea figura del Redentor que había de venir, lo demuestra también su propio nombre. Job significa «doliente»[31]. Su dolor representa tanto la pasión del Mediador como los trabajos de la Santa Iglesia, atormentada por las múltiples tribulaciones de la vida presente. También sus amigos se comportan conforme a sus nombres. Elifaz, en latín, significa «desprecio de Dios»[32]. ¿Qué hacen los herejes sino despreciar en su orgullo a Dios por medio de sus falsedades? Bildad significa «solo vejez»[33], pues los herejes, en las cosas que dicen de Dios, movidos no por una recta intención sino por el deseo de gloria temporal, anhelan

29. Jb 13, 3-4.
30. Sal 8, 3.
31. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 883).
32. Ibid.
33. Ibid.

ser tenidos por predicadores, recibiendo el nombre de «solo vejez». Se ponen a hablar empujados no por el celo del hombre nuevo, sino por la perversidad de la vida vieja. Sofar significa en latín «destrucción de la atalaya» o bien «el que destruye al vigía»[34]. La mente de los fieles se eleva a la contemplación de los misterios celestes, pero los herejes, como desean pervertir a los que contemplan las palabras verdaderas, se esfuerzan en destruir la atalaya desde la que se contempla.

En los tres nombres de los amigos de Job vemos, por tanto, tres motivos de perdición para las mentes heréticas. Si no despreciaran a Dios no dirían de Él cosas absurdas; si no tuvieran un corazón envejecido no se equivocarían al entender la vida nueva; si no destruyeran la atalaya de los buenos no recibirían del juicio celeste un reproche tan severo a sus palabras culpables. Despreciando a Dios se mantienen en la vejez y, manteniéndose en la vejez, siguen dañando con sus despreciables palabras la contemplación de los hombres rectos.

VIII 17. En algunas ocasiones, gracias a la abundancia de divina gracia derramada, los herejes vuelven a la Santa Iglesia. Ese retorno se simboliza con la reconciliación de los amigos de Job. Se pide al santo varón que interceda en su favor porque los sacrificios de los herejes no pueden agradar a Dios, a no ser que los ofrezcan en su favor las manos de la Iglesia universal. De este modo, alcanzan el remedio de salvación gracias a los méritos de aquel a quien herían atacándole con los dardos de sus palabras. Por eso se dice que se ofrecieron por ellos siete sacrificios, ya que al confesar al Espíritu reciben sus siete dones como si se tratara de la expiación hecha con siete ofrendas. He aquí por qué en el Apocalipsis de Juan se designa a la Iglesia universal con el número de siete iglesias[35]. También por eso se dice de la Sabiduría a través de Salomón: *La sabiduría se edificó una casa, ha erigido siete columnas*[36]. El mismo número de los sacrificios que reconcilia a los herejes expresa la antigua condición de estos varones que no alcanzaron la perfección de la gracia septiforme más que con su retorno.

34. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 884).
35. Cf. Ap 1, 11.
36. Pr 9, 1.

18. Con razón se cuenta que se ofrecieron por ellos toros y carneros. El toro representa la cerviz soberbia; el carnero, al guía del rebaño que le sigue. ¿Qué significa, pues, inmolar toros y carneros en su favor sino destruir su dominante soberbia a fin de que tengan sobre sí sentimientos de humildad y no seduzcan para su seguimiento los corazones de los inocentes? Con su endurecimiento de cerviz se habían apartado de la unidad de la Iglesia y habían atraído tras de sí a pueblos débiles como si fueran dóciles rebaños. Acudan, pues, al santo Job, esto es, regresen a la Iglesia y ofrezcan inmolaciones de toros y carneros en septenario número quienes, para reconciliarse con la Iglesia universal, deben destruir con oportuna humildad todo lo que antes había en ellos de dureza y dominación soberbia.

IX **19.** Elihú, que habla con sentido común pero que acaba pronunciando necias palabras de orgullo, representa a cualquier persona arrogante. Hay muchos dentro de la Santa Iglesia que desdeñan expresar correctamente las verdades que saben. Por eso recibe el reproche divino y no se ofrece por él ningún sacrificio, ya que, aunque su fe es correcta, él es arrogante: por la rectitud de su fe está dentro de la Iglesia; por la hinchazón de su vanidad es inaceptable. De ahí que reciba el reproche y no ofrezca ningún sacrificio, ya que la fe que profesa es la que debe tener, mas la justicia celeste le reprocha con su increpación tantas palabras superficiales. Elihú significa en latín «este es mi Dios» o bien «Señor Dios»[37]. Dentro de la Iglesia los hombres arrogantes, aunque viven por su orgullo alejados de Dios, profesan la fe verdadera en Él. ¿Qué significa, pues, llevar el nombre «este es mi Dios» sino confesar públicamente a Aquel en quien se cree? y ¿qué significa llevar el nombre «Señor Dios» sino confesar que Él es Dios por su divinidad y declarar que es Señor por su Encarnación?

X **20.** Rectamente Job, tras la pérdida de sus bienes, tras la muerte de sus hijos, tras el tormento de las heridas, tras los enfrentamientos verbales, recibe el doble como recompensa, porque la Santa Iglesia, ya incluso en esta vida, en virtud de los trabajos que soporta, recibirá como premio el doble, una vez que los gen-

37. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 883).

tiles sean acogidos en su totalidad y que los corazones de los judíos se conviertan, al final del mundo, hacia ella. De ahí que esté escrito: *Cuando entre la plenitud de los gentiles, entonces también todo Israel se salvará*[38]. Recibirá el doble también en lo sucesivo, porque acabado el trabajo del tiempo presente, alcanzará no sólo la alegría del alma sino también la bienaventuranza del cuerpo. Se dice, en efecto, por el profeta: *En su tierra poseerán el doble*[39]. Los santos poseen el doble en la tierra de los vivos porque gozan a la vez de la bienaventuranza del alma y del cuerpo. Por eso Juan, en el Apocalipsis, al ver las almas de los santos gritando antes de la resurrección de los cuerpos, percibió que cada una había recibido dos vestidos, y dijo: *Se les entregó a cada uno una vestidura blanca y se les dijo que aguardaran aún un poco hasta que se completase el número de sus compañeros de servicio y de sus hermanos*[40]. Se dice que habían recibido un solo vestido antes de la resurrección porque todavía disfrutaban únicamente de la bienaventuranza del alma. Recibirán dos cuando, para lograr la alegría perfecta de las almas, también sus cuerpos se vistan de incorruptibilidad.

21. Rectamente se narra la aflicción del santo Job, aunque no se dice cuánto duró su dolor, ya que la tribulación de la Iglesia se puede percibir en esta vida pero se ignora cuánto tiempo debe ser triturada y desgarrada. De ahí que se diga por boca de la Verdad: *No os corresponde a vosotros conocer los tiempos o los momentos que el Padre ha reservado en su poder*[41]. De la narración de la pasión del santo Job aprendemos que conocemos aquello que experimentamos. Del silencio sobre la duración de su pasión aprendemos que hay cosas que debemos seguir ignorando.

Nos hemos extendido en un prolongado Prefacio, de modo que casi hemos expuesto ya casi toda la obra en un apretado resumen. Hablando con amplitud hemos llegado al inicio de nuestro comentario. Ahora debemos poner primero el fundamento de la historia para luego saciar el alma con el fruto de la alegoría.

38. Rm 11, 25-26.
39. Is 61, 7.
40. Ap 6, 11.
41. Hch 1, 7.

PRIMERA PARTE

COMPRENDE CINCO LIBROS

LIBRO PRIMERO

1 [1]*Había en la tierra de Hus un hombre de nombre Job. Era sencillo y recto. Temía a Dios y rechazaba el mal.* [2]*Le habían nacido siete hijos y tres hijas.* [3]*Su posesión consistía en siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientos asnos y una gran multitud de siervos. Este hombre era el más grande entre todos los orientales.* [4]*Sus hijos salían y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día, y mandaban a invitar a sus tres hermanas para que comieran y bebieran con ellos.* [5]*Cuando completaban los turnos de los días de convite, Job los llamaba y los purificaba, se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos por cada uno; pues decía: quizás mis hijos pecaron y no bendijeron a Dios en su corazón. Así hacía Job todos los días.*

Sentido literal

I 1. *Había en la tierra de Hus un hombre de nombre Job*. Se dice dónde habitaba este santo varón para destacar el mérito de su virtud. Pues, ¿quién ignora que Hus es tierra de gentiles? Los gentiles vivían ligados al vicio porque ignoraban la existencia de su Creador. Se indica dónde habitaba para reconocer en su favor que fue un hombre bueno viviendo entre malos. No tiene ningún mérito ser bueno cuando se vive entre buenos, pero sí serlo viviendo entre malvados. Del mismo modo que es culpa más grave no ser bueno entre los buenos, así también es digno de grandísimo elogio haber vivido como un justo en medio de pecadores. El mismo Job lo atestigua en su favor al decir: *Hermano fui de dragones y compañero de avestruces*[1]. También

1. Jb 30, 29.

Pedro hace una gran alabanza de Lot al juzgarlo justo en medio de malvados y decir: *Sacó al justo Lot, oprimido por la injuriosa conducta de los impíos. Era justo de vista y de oído, viviendo junto a los que de día en día torturaban con sus perversas obras el alma del justo*[2]. No hubiera recibido tales tormentos si no hubiese visto y oído las maldades de sus vecinos. A pesar de ello, se dice de él que era justo de vista y de oído, ya que la vida de los malvados afectaba a los oídos y a los ojos del justo no provocándole agrado sino daño. De ahí que Pablo diga a sus discípulos: *En medio de una nación depravada y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo*[3]. También se dice al ángel de la iglesia de Pérgamo: *Sé donde moras, donde satanás tiene su sede; todavía conservas mi nombre y no has negado mi fe*[4]. Por eso la Santa Iglesia recibe la alabanza por la voz del Esposo cuando se le dice en el cántico de amor: *Como el lirio entre las zarzas, así mi amada entre las jóvenes*[5]. Rectamente, por tanto, se narra que el santo Job, recordada la tierra de los gentiles, había vivido entre malvados, para demostrar, como en el elogio del Esposo, que creció como lirio entre las zarzas. Se añade en seguida:

II **2.** *Era sencillo y recto.* Hay algunos tan sencillos que ignoran qué significa ser recto. Abandonan la inocencia de la verdadera sencillez cuando no crecen en la virtud de la rectitud, ya que si no saben ser cautos por su rectitud tampoco podrán mantenerse inocentes por su sencillez. Pablo amonesta a sus discípulos diciéndoles: *Quiero que seáis sabios en el bien; sencillos, sin embargo, en el mal*[6]. Y en otro lugar: *No os comportéis como niños al juzgar, sino sed como infantes en lo relativo al mal*[7]. De ahí también que la misma Verdad prevenga a sus discípulos diciendo: *Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas*[8]. Ambas cosas van

2. 2 P 2, 7-8.
3. Flp 2, 15.
4. Ap 2, 13.
5. Ct 2, 2.
6. Rm 16, 19.
7. 1 Co 14, 20.
8. Mt 10, 16.

unidas como necesarias en este precepto: la astucia de la serpiente debe adiestrar la sencillez de la paloma y, a su vez, la sencillez de la paloma debe moderar la astucia de la serpiente[9]. Por eso, el Espíritu Santo reveló su presencia a los hombres no sólo en forma de paloma, sino también como fuego. La paloma simboliza la sencillez; el fuego, el celo. Se manifiesta como paloma y como fuego porque todo el que está lleno de Él practica la mansedumbre de la sencillez al tiempo que arde en celo de rectitud contra las culpas de los pecadores. Sigue:

III **3.** *Temía a Dios y rechazaba el mal.* Temer a Dios significa no dejar pasar ninguna de las buenas obras que se han de hacer. Por eso se dice por Salomón: *Quien teme a Dios nada descuida*[10]. Ahora bien, como hay algunos que hacen ciertas obras buenas sin dejar de realizar otras malas, después de decir que Job temía a Dios, afirma también que rechazaba el mal. Está escrito: *Abandona el mal y haz el bien*[11]. Dios no acepta las buenas obras que ante sus ojos están manchadas con una amalgama de males. De ahí que se diga por medio de Salomón: *Quien falta a un solo precepto, pierde muchos bienes*[12]. Lo mismo atestigua Santiago cuando dice: *Quien observa toda la ley, pero falta a un solo precepto, se convierte en culpable de todos*[13]. Y Pablo dijo: *Un poco de fermento corrompe toda la masa*[14]. Así, para manifestar con cuánta pureza vivía el santo Job en la prosperidad, se indica hábilmente cuán alejado estuvo del mal.

4. Los que comentan las competiciones deportivas, de ordinario, suelen describir primero las características de los luchadores: complexión y vigor pectoral, buena salud, músculos desarrollados y firmes, abdomen sin la pesadez de la gordura ni la debilidad de la delgadez. Sólo después de haber mostrado primero cuán capaces son para la competición, narran luego los fuertes golpes que asestan. Pues bien, como nuestro atleta iba a sostener un combate

9. Cf. Reg Past III, 11 (BPa 22, 269).
10. Qo 7, 18.
11. Sal 37, 27.
12. Qo 9, 18.
13. St 2, 10.
14. 1 Co 5, 6.

contra el diablo[15], el escritor sagrado de la historia –como si estuviera ante el espectáculo de la arena– enumera las virtudes espirituales de este atleta, y describiendo los miembros de su alma, dijo: *Era un varón sencillo y recto que temía a Dios y rechazaba el mal.* De esta manera, conociendo la gran forma física de sus miembros, podemos conocer también, con antelación, la victoria que se seguirá de tal condición. Continúa:

IV **5.** *Le habían nacido siete hijos y tres hijas.* A menudo la fecundidad de la prole empuja el corazón de los padres a la avaricia. Al dar a luz a muchos herederos, desean acumular una mayor herencia. Por eso, para mostrar cuán santa fue la mente del santo Job, se dice que fue justo y se señala que fue padre de una numerosa descendencia. Al comienzo de su libro se dice que era devoto de ofrecer sacrificios y, a continuación, él mismo recuerda estar pronto a la generosidad. Pensemos, pues, de qué gran fortaleza estaba dotado este hombre que ni siquiera la inclinación en favor de tantos herederos le llevó a sentir avaricia por la herencia. Sigue:

V **6.** *Su posesión consistía en siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientos asnos, y una gran multitud de siervos.* Sabemos que pérdidas mayores producen mayor dolor en la mente. Por eso, para mostrar cuán grande fue su virtud, se dice lo mucho que, con paciencia, perdió. Sólo se pierde sin dolor aquello que se ha tenido sin apego. De ahí que, al enumerar sus grandes riquezas y añadir poco después que soportó la pérdida con paciencia, se está diciendo que no tenía apego por sus bienes, pues los perdió sin dolor.

Se debe, además, advertir que primero se describen las riquezas del corazón y luego las del cuerpo. La abundancia de bienes materiales suele apartar la mente del temor divino tanto más cuanto más acaparan el pensamiento. Y es que no es posible mantenerse estable en las realidades interiores si se anda distraído en muchas exteriores. La misma Verdad, al presentar la parábola del sembrador, lo indicó diciendo: *La semilla que cae entre las zarzas es aquel que escucha la palabra pero la solicitud de este mundo y el*

15. Cf. infra Mor 3, 12; antes de Gregorio, Juan Crisóstomo había hablado de Job como «atleta» o «atleta de Dios», cf. *Cartas a Olympias* X, III, 6; XVII, IV, 2 (SC 13bis, 262-263; 372-373).

engaño de las riquezas sofocan la palabra y no produce fruto[16]. Se dice, pues, que el santo Job poseía muchos bienes y poco después se señala que ofrecía sacrificios con frecuencia.

7. Consideremos la santidad de este hombre que se entregaba con tanto celo a presentar ofrendas a Dios, estando tan ocupado. La fuerza del precepto que ordenaba dejar todo aún no estaba en vigor y, sin embargo, el santo Job ya observaba en su corazón el cumplimiento de tal precepto, pues en su apaciguada mente ya había abandonado los bienes que poseía sin apego.

VI 8. *Este hombre era el más grande entre todos los orientales.* ¿Quién ignora que los orientales son riquísimos? Afirmar que era el más grande entre los orientales es decir claramente que era el más rico de los ricos.

VII 9. *Sus hijos salían y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día, y mandaban a invitar a sus tres hermanas para que comieran y bebieran con ellos.* La mayor riqueza suele ser motivo de mayor discordia entre hermanos. Se hace, por tanto, un elogio de la institución paterna, y, a pesar de las riquezas del padre, se declara que los hijos vivían en concordia. Había una gran riqueza a repartir entre ellos; los corazones de todos estaban, sin embargo, rebosantes de una indivisible caridad.

VIII 10. *Cuando completaban los turnos de los días de convite, Job los llamaba y los purificaba, se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos por cada uno.* Al decir: *los llamaba y los purificaba* se afirma claramente que velaba sobre ellos con gran exactitud cuando estaba presente y que al estar ausente su solicitud no los abandonaba. Notemos, además, que cumplidos los días de banquete se ofrecía un holocausto para la purificación de cada uno de ellos. Este santo varón sabía que difícilmente se pueden celebrar banquetes sin cometer pecados. Sabía también que el desenfreno de los comensales debe ser limpiado con la purificación de los sacrificios. Todas las iniquidades que los hijos habían acumulado en sus banquetes, su padre las eliminaba inmolando sacrificios. Hay algunos vicios que difícilmente se pueden evitar en un banquete o que ciertamente no se pueden evitar. Pues casi siempre

16. Mt 13, 22.

la sensualidad acompaña al desenfreno de los festines: cuando el cuerpo se abandona al deleite de la comida, el corazón se deja llevar de una alegría facilona. Por eso está escrito: *Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó para divertirse*[17].

11. Casi siempre al festín sigue el mucho hablar, y mientras el vientre se repone la lengua se desenfrena. Por eso se cuenta rectamente que el rico que estaba en el infierno pidió agua, diciendo: *Padre Abrahán, ten misericordia de mí y envía a Lázaro que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estas llamas me torturan*[18]. Primero se dice que todos los días banqueteaba espléndidamente; luego se recuerda que pedía agua. Y es que, como en los festines –como hemos dicho–, la locuacidad suele prodigarse, se indica el castigo que corresponde a esa culpa. La Verdad decía que el rico banqueteaba todos los días para señalar después el ardor de su lengua. Los que desean afinar armónicamente las cuerdas de un instrumento lo hacen con tal arte que cuando tocan una, otra cuerda, distante y separada de esa, también vibra, y cuando la primera emite un sonido, la segunda, que había sido armonizada con ella, se pone también a vibrar sin que suenen las demás. Lo mismo ocurre cuando en la Sagrada Escritura se habla de virtudes y de vicios: con lo que afirma se insinúa una cosa, con lo que calla da a entender otra. Aquí nada se dice sobre la locuacidad del rico, pero al afirmar el castigo de la lengua se indica cuál fue la culpa más grave cometida en el banquete.

12. Cuando se narra que los siete hermanos celebraban banquetes cada día y que Job ofrecía siete sacrificios, por cada uno de los días del banquete, claramente está indicando el relato que el santo Job, ofreciendo un sacrificio el octavo día, honraba el misterio de la Resurrección. El día que ahora llamamos domingo corresponde al tercero tras la muerte del Redentor, pero en el orden de la creación es el octavo, al ser también el primero de la semana, ya que se puede contar correctamente como octavo una vez completado el ciclo de siete días. Al decir, pues, que ofrecía siete sacrificios en el día octavo, se está afirmando que lleno de los siete

17. Ex 32, 6; 1 Co 10, 7.
18. Lc 16, 24.

dones del Espíritu Santo, honraba al Señor en espera de la Resurrección. Por eso también un salmo tiene la prescripción «en favor de la octava», pues en él se anuncia el gozo de la Resurrección[19]. Los hijos, sin embargo, del santo Job, sujetos a la buena disciplina de la institución paterna, no pecaban en los banquetes ni con sus acciones ni con sus palabras, lo cual claramente se indica cuando se añade:

IX **13.** *Pues decía: quizás mis hijos pecaron y no bendijeron a Dios en su corazón.* Integros debían ser en obras y palabras cuando su padre sólo se preocupaba de sus pensamientos. De las palabras de este santo varón aprendemos a no juzgar temerariamente el corazón de los demás, pues no dijo que no bendijeran a Dios en su corazón, sino «quizás» no bendijeron a Dios en su corazón. Por eso también se dice por medio de Pablo: *No juzguéis antes del tiempo en que venga el Señor, Él iluminará lo escondido de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones*[20]. Peca en las tinieblas todo aquel que se aleja con su pensamiento de la rectitud. Cuanto más caigamos en la cuenta de que no podemos iluminar las tinieblas del pensamiento ajeno con nuestra mirada, tanto menos reprenderemos con insolencia los corazones ajenos. Se debe también notar en este punto con cuánta severidad corregía este padre las obras de sus hijos, él que se esforzaba con tanta solicitud en purificar sus corazones. ¿Qué dirán a este respecto los que guían a los fieles e ignoran las obras que abiertamente realizan sus discípulos? ¿Cómo se excusarán los que ni siquiera sanan las heridas que se hacen los confiados a ellos? Para demostrar la perseverancia en esta santa obra, rectamente se añade:

X **14.** *Así hacía Job todos los días.* Está escrito: *Quien persevere hasta el fin, se salvará*[21]. El sacrificio muestra la obra santa; el sacrificio de todos los días, la constancia de la obra santa.

Hasta ahora, nuestro relato ha expuesto el sentido histórico. El orden de la exposición exige ahora que repitamos todo desde el principio para sacar a la luz los misterios de las alegorías.

19. Cf. Sal 6, 1; 12, 1.
20. 1 Co 4, 5.
21. Mt 10, 22; 24, 13.

Sentido alegórico

XI **15.** *Había en la tierra de Hus un hombre de nombre Job.* Creemos en los hechos que relata la historia, pero debemos ver ahora su sentido pleno gracias a la alegoría. Job, como hemos dicho, significa «doliente»[22], Hus «consejero»[23]. ¿Qué expresa el nombre del santo Job sino aquel de quien habla el profeta al decir: *Él mismo cargó con nuestros dolores*[24]? Habita en la tierra de Hus porque reina sobre los corazones del pueblo «del Consejero». Ya lo dijo Pablo: *Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios*[25]. La misma Sabiduría también lo dice por medio de Salomón: *Yo, la Sabiduría, habito en el consejo y estoy presente en los pensamientos sabios*[26]. Por eso Job habitaba en la tierra de Hus, porque la Sabiduría que soportó por nosotros el dolor de la pasión, ha puesto su morada en los corazones dedicados a dar consejos para la vida.

XII **16.** *Era aquel varón sencillo y recto.* Con la rectitud se designa la justicia, con la sencillez la mansedumbre. Muchas veces, nosotros, al seguir la rectitud de la justicia abandonamos la mansedumbre, y cuando procuramos mantener la mansedumbre nos apartamos de la rectitud de la justicia. El Señor encarnado, sin embargo, conservó la sencillez con la rectitud, ya que no abandonó en la mansedumbre el vigor de la justicia ni, viceversa, la virtud de la mansedumbre en el ejercicio riguroso de la justicia. Por eso, cuando algunos quisieron ponerlo a prueba, llevándole la mujer adúltera, para que faltara contra la mansedumbre o la justicia, respondió a ambas cosas diciendo: *El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojarle una piedra*[27]. Al decir *el que de vosotros esté sin pecado*, ofrece la sencillez de la mansedumbre; al añadir *sea el primero en arrojarle una piedra* demuestra el celo de la justicia. De ahí que también se diga por el profeta: *Lánzate, avanza con entusiasmo y reina en favor de la verdad, la mansedumbre y*

22. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 883).
23. Cf. JERÓNIMO, *o. c.*, (PL 23, 829).
24. Is 53, 4.
25. 1 Co 1, 24.
26. Pr 8, 12.
27. Jn 8, 7.

la justicia[28]. Y es que, cumpliendo la verdad, se ha conservado la mansedumbre junto a la justicia, de modo que, ni se pierde el celo de la rectitud en el ejercicio ponderado de la mansedumbre, ni la ponderación de la mansedumbre se ve alterada por el celo de la rectitud. Sigue:

XIII **17.** *Temía a Dios y rechazaba el mal.* Está escrito sobre él: *lo llenará el espíritu de temor del Señor*[29]. El Señor encarnado nos mostró en sí mismo todo lo que había inspirado para nosotros, a fin de convencernos, con su ejemplo, del precepto que nos había enseñado. Por eso, nuestro Redentor, en su naturaleza humana, temió a Dios, ya que para redimir al hombre soberbio, asumió en su favor un alma humilde. Se habla de esta obra del Redentor cuando se dice que Job rechazaba el mal. El Señor rechazó el mal no porque lo hubiera cometido antes, sino porque lo condenaba al encontrarse con él. Se despojó de la vida del hombre viejo en que encontró atrapada a la humanidad cuando nació, e imprimió en las costumbres de los que le siguen la vida nueva que trajo consigo.

XIV **18.** *Le habían nacido siete hijos y tres hijas.* ¿Qué significa el número siete sino la perfección suma? Omitiendo las consideraciones de la razón humana sobre el número siete, según las cuales es número de perfección porque consta del primer número divisible[30] y del primer número impar indivisible[31], sabemos con absoluta certeza que la Sagrada Escritura lo utiliza para expresar la perfección. Por eso se afirma que el Señor descansó de la creación al séptimo día. También por eso se concedió a los hombres para su descanso el séptimo día, o sea, el sábado. Por eso, además, el año jubilar, expresión de descanso pleno, se celebra tras siete hebdómadas de años, a los que se suma el año en que nos reunimos[32].

19. *Le habían nacido siete hijos.* Son los apóstoles que virilmente se lanzan a predicar. Cumpliendo los preceptos de la perfección, es como si mantuvieran en su estilo de vida la fortaleza de

28. Sal 45, 5.
29. Is 11, 3.
30. Es decir, el 4.
31. Es decir, el 3.
32. O sea, 50 años; cf. Lv 25, 8-17.

la condición masculina. De ahí que fueran doce los elegidos para ser colmados con la perfección de la gracia septiforme. Del número siete se llega al doce: si se multiplican, en efecto, las partes del siete, se obtiene el doce: tres por cuatro o cuatro por tres dan doce. Los santos apóstoles, enviados a predicar la Trinidad en las cuatro partes del mundo, son elegidos en número de doce, para manifestar también con el número la perfección que ya predicaban con su vida y su palabra.

20. *Le habían nacido tres hijas*. ¿Qué debemos ver en las hijas sino el conjunto de los fieles más débiles que, aunque no perseveran con recia virtud para alcanzar la perfección del obrar, mantienen, sin embargo, constantemente la fe en la Trinidad que han conocido? Así, los siete hijos simbolizan el orden de los predicadores, y las tres hijas la multitud de los oyentes. Las tres hijas pueden también designar tres categorías de fieles. Las hijas se nombran después de los hijos porque tras la ya considerada fortaleza de los apóstoles, han seguido en la Iglesia tres tipos de fieles según su forma de vida: pastores, célibes y esposos. De ahí que el profeta Ezequiel afirme haber escuchado que eran tres los hombres salvados: Noé, Daniel y Job[33]. ¿Qué representa Noé, que guió el arca sobre las olas, sino el orden de los pastores, que, puestos como modelos de vida para el pueblo, guían la Santa Iglesia entre los vaivenes de las pruebas? ¿Qué simboliza Daniel, notable por su admirable abstinencia, sino la vida de los célibes, que habiendo abandonado las cosas del mundo, dominan por la elevación de sus almas a la Babilonia que desprecian? ¿Qué simboliza Job sino la vida de los esposos santos, los cuales realizando obras buenas con los bienes que poseen de este mundo, caminan hacia la patria ce-

33. Cf. Ez 14, 20. Idéntica interpretación alegórica de este texto se encuentra en AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los salmos* 132, 5 (CCL 40, 1928-1930: *Obras*, XXII, B.A.C., Madrid 1967, 468-469); *La devastación de Roma* I, 1 (PL 40, 717: *Obras completas*, XL, B.A.C., Madrid 1995, 515-516); *Sobre los méritos y perdón de los pecadores* II, X, 12 (PL 44, 158-159: *Obras*, IX, B.A.C., Madrid 1952, 328-329). Orígenes ya había visto en Noé, Daniel y Job tres tipos de fieles, cf. *Homilías sobre Ezequiel* IV, 4-8 (PG 10, 472-477). Cesáreo de Arlés, en el s. V, también habla de tres categorías de fieles, dentro de éstos Job es modelo y símbolo de los esposos; cf. *Sermón* 6, 7 (SC 175, 332-335).

leste por el camino de este mundo? Por tanto, como después de los santos apóstoles, hubo estos tres tipos de fieles, rectamente se nombran las hijas nacidas después de los hijos. Sigue:

XV **21.** *Su posesión consistía en siete mil ovejas y tres mil camellos.* Como los fieles oyentes proceden de distinta condición, lo que antes se decía de modo general al recordar a las hijas, luego se indica separadamente con el nombre de los animales. ¿Qué se expresa con las siete mil ovejas sino la inocencia perfecta de algunos que pasaron de los pastos de la Ley a la perfección de la Gracia? ¿Qué se designa con los tres mil camellos sino la torcida pravedad de los gentiles que vinieron a la plenitud de la fe?

En la Sagrada Escritura el nombre de camello se emplea unas veces para designar al mismo Señor y otras al pueblo gentil. El nombre de camello designa al Señor cuando, por ejemplo, Él mismo habla a los judíos que se le enfrentan, diciendo: *Filtran el mosquito y se tragan el camello*[34]. El mosquito pica mientras zumba, el camello, sin embargo, voluntariamente se inclina para cargar peso. Los judíos filtran el mosquito porque pidieron la liberación de un ladrón sedicioso. Se tragaron el camello porque pidieron con gritos la muerte de quien voluntariamente se había inclinado para cargar con el peso de nuestra condición mortal.

Con el nombre de camello se designa también al pueblo gentil. Por eso Rebeca va hacia Isaac montada sobre el lomo de un camello[35], ya que la Iglesia que marcha hacia Cristo desde la gentilidad se encuentra en las torcidas y viciosas costumbres de su antigua vida. Rebeca, en cuanto ve a Isaac, baja del camello, porque una vez conocido el Señor los gentiles abandonan sus vicios, y bajando desde su orgullosa altura, pone pie en el suelo de la humildad. Rebeca, avergonzada, se cubrió con un velo: ante él quedó turbada por su antigua vida. De ahí que se diga por medio del apóstol de los gentiles: *¿Qué fruto obtuvisteis entonces de aquellas cosas que ahora os avergüenzan?*[36].

Ahora bien, como hemos dicho que las ovejas representan a los hebreos que pasan de los pastos de la Ley a la fe, nada impide

34. Mt 23, 24.
35. Cf. Gn 24, 61.
36. Rm 6, 21.

que veamos simbolizados en los camellos a los pueblos gentiles con sus torcidas costumbres y con el fardo del culto a los ídolos. Ellos mismos sacaron de su imaginación unos dioses que adorar, por eso tuvieron que soportar su peso como si les hubiera crecido en su mismo lomo.

22. Los camellos, al ser animales vulgares[37], pueden también representar la vida de los samaritanos. Los camellos rumian, pero su pezuña no está rajada. También los samaritanos actúan como si rumiasen porque aceptan sólo una parte de la Ley, y es como si su pezuña no estuviera rajada porque rechazan la otra parte. Los samaritanos soportan pesadamente esa carga en el lomo de sus almas porque en todo lo que hacen se esfuerzan sin la esperanza de la vida eterna. Ignoran, en efecto, la fe en la resurrección. ¿Qué puede ser más pesado y penoso que soportar la aflicción de este transitorio mundo y no esperar, para consuelo del alma, en la alegría de la recompensa? El Señor, apareciendo en carne, colmó a los pueblos hebreos con la gracia de la perfección y condujo a algunos samaritanos al conocimiento de la fe realizando ante ellos signos admirables[38], de ahí que se pueda decir rectamente de la sombra, que es figura de la Verdad, que poseía siete mil ovejas y tres mil camellos. Sigue:

XVI **23.** *Quinientas yuntas de bueyes y quinientos asnos.* Ya se ha dicho antes que el número cincuenta –formado de siete hebdómadas más uno– es símbolo del descanso, y que el diez representa la perfección suma. Pues bien, como se promete a los fieles la perfección del reposo, cincuenta por diez dan quinientos. En la Sagrada Escritura el nombre buey designa unas veces la estupidez de los necios, otras la vida de los que hacen el bien. Que el nombre buey simbolice la insensatez de los necios, rectamente se dice por Salomón: *La sigue al momento como buey llevado al matadero*[39]. Por otro lado, que el nombre buey exprese la vida de cada

37. Variante de la Vulgata: *inmunda* por *communia*. Lv 11, 3-4 y Dt 14, 6-7 declaran el camello animal impuro por rumiar y tener la pezuña de una pieza, sin hendidura. Dicha prescripción es el fundamento de la interpretación alegórica que Gregorio hace de los pasajes en los que, como éste, se habla de camellos.

38. Cf. Jn 4, 40-42.

39. Pr 7, 22.

uno de los que hacen el bien, queda atestiguado por los preceptos de la Ley que se dieron por medio de Moisés, al decir: *No pongáis bozal al buey que trilla*[40], ya que claramente se dice: *el obrero merece su salario*[41].

El nombre asno designa unas veces la pereza de los necios, otras la inmoderada lujuria de los descarados, otras la sencillez de los gentiles. La denominación de asno simboliza la pereza de los necios como cuando se dice por Moisés: *No ararás a la vez con el buey y con el asno*[42]. Como si dijera: «No juntes en la predicación a los sabios con los necios no sea que el que no puede captar ciertas verdades obstaculice al que sí puede». Con la denominación de asno se designa también la inmoderada lujuria de los descarados, tal como atestigua el profeta que dijo: *Sus carnes son como las carnes de los asnos*[43]. Por último, con el nombre de asno se da también a conocer la sencillez de los gentiles. Por eso se dice que Jesús, al entrar en Jerusalén, iba sentado en un pollino[44]. ¿Qué significa entrar en Jerusalén a lomos de un asno sino poseer los corazones sencillos de los gentiles, reinar sobre ellos y conducirlos a la visión de la paz? Con un testimonio claro se descubre que también los bueyes designan a los trabajadores de Judea y el asno al pueblo gentil, al decirse por el profeta: *El buey reconoció a su dueño y el asno el pesebre de su señor*[45]. ¿Quién era el buey sino el pueblo judío cuya cerviz estuvo oprimida por el yugo de la Ley? y ¿quién fue el asno sino la gentilidad sometida al capricho del primer seductor de turno que la trató como a un animal salvaje desprovisto de razón, subyugándola con el error que quiso? El buey reconoció a su dueño y el asno el pesebre de su señor, porque el pueblo hebreo encontró al Dios que adoraba sin conocerlo y la gentilidad acogió el forraje de la Ley que no poseía. Así, lo que más arriba se dice de las ovejas y camellos, más abajo se repite de los bueyes y asnos.

40. Dt 25, 4.
41. Lc 10, 7.
42. Dt 22, 10.
43. Ez 23, 20.
44. Cf. Mt 21, 7-10; Mc 11, 7-11; Lc 19, 35; Jn 12, 14-15.
45. Is 1, 3.

24. Antes de la venida del Redentor hubo bueyes en Judea, ya que se enviaron operarios a predicar. A éstos se les dice por voz de la Verdad: *¡Ay de vosotros, hipócritas, que recorréis mar y tierra para ganar un prosélito; y cuando lo lográis, hacéis de él un hijo de la gehenna, el doble que vosotros*[46]. El pesado yugo de la Ley les oprimía porque querían cumplir los mandatos exteriores de la letra. A ellos se dice por voz de la Verdad: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré; cargad con mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*[47]. En el evangelio se promete el descanso a los que hacen el bien, y esto es justamente lo que aquí significan las quinientas yuntas de bueyes, porque los que someten su cuello al dominio del Redentor, ¿qué hacen sino dirigirse hacia el descanso? Por eso también se habla de quinientos asnos, porque los pueblos gentiles, convocados, al tiempo que desean caminar hacia el descanso, llevan voluntariamente todas las cargas de los mandamientos.

El anhelo de descanso del pueblo gentil es lo que Jacob procuró indicar con voz profética al hablar a sus hijos y decir: *Isacar es un asno fuerte que se recuesta en su recinto; ha visto que el descanso era bueno y la tierra inmejorable; y ha inclinado el lomo para llevar la carga*[48]. Recostarse en su recinto es reposar a la espera del fin del mundo y no buscar nada de lo que ahora, entre tanto, sucede, sino desear sólo las realidades últimas. El asno fuerte ve el descanso y la tierra inmejorables cuando el gentil sencillo se entrega con ardor a las buenas obras y se encamina a la patria de la vida eterna. Inclina su lomo para llevar la carga porque, considerando el descanso celeste, somete su obrar a los más pesados preceptos y todo lo que la cobardía considera intolerable, él lo considera ligero y fácil gracias a la esperanza en la recompensa. Por tanto, como los llamados al descanso eterno proceden de Judea y de la gentilidad, rectamente se cuenta que había quinientas yuntas de bueyes y quinientos asnos. Sigue:

46. Mt 23, 15.
47. Mt 11, 28-29.
48. Gn 49, 14-15.

XVII 25. *Y una gran multitud de siervos.* ¿Qué significa que se describa primero la multitud de animales y luego se recuerden los siervos, sino que al conocimiento de la fe primero fueron convocados los que el mundo considera necios, y después de estos fueron también llamados los sabios? Pablo da testimonio de ello, diciendo: *No hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, sino que los que son necios para el mundo los eligió Dios para confundir a los sabios*[49]. Se dice, pues, que los primeros en formar parte de la Iglesia fueron gentes sin letras; de esa forma el Redentor daba a entender que era Él mismo quien hacía que los pueblos creyesen en la Vida y no las palabras de los que le predicaban. Sigue:

XVIII 26. *Este hombre era el más grande entre todos los orientales.* Que a nuestro Redentor se le llame «Oriente» es algo que atestigua el profeta cuando dice: *Mirad un hombre, cuyo nombre es Oriente*[50]. Todos los que ponen su fe en este Oriente, pueden bien llamarse «orientales». Ahora bien, como todos los hombres son únicamente hombres, mientras que este Oriente es Dios y hombre, rectamente se dice: *Era el más grande entre todos los orientales.* Como si dijera claramente: «Supera a todos los que, por la fe, nacen a Dios, porque lo que exalta no es, como en el caso de los otros, una adopción, sino su naturaleza divina, pues aunque se hizo semejante a los demás por su humanidad, conservó su singularidad sobre todas las cosas gracias a su divinidad».

XIX 27. *Sus hijos salían y hacían banquetes en sus casas.* Los hijos iban a celebrar banquetes en sus casas cuando los apóstoles, predicadores en las diferentes regiones del mundo, repartían los alimentos de las virtudes a sus oyentes como a hambrientos. Por eso, a estos mismos hijos se les dice en relación a la muchedumbre indigente: *Dadles vosotros de comer*[51]. Y en otro lugar: *No quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino*[52]. Es decir, que en vuestra predicación reciban palabras de consuelo no

49. 1 Co 1, 26-27.
50. Za 6, 12.
51. Mt 14, 16; Mc 6, 37; Lc 9, 13.
52. Mt 15, 32.

sea que quedándose en ayunas del alimento verdadero sucumban en las penalidades de esta vida. De ahí que se diga también a los hijos: *Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que permanece para la vida eterna*[53]. A continuación se explica cómo se celebraban estos banquetes:

XX **28.** *Cada uno en su día.* Si la oscuridad de la ignorancia es la noche del corazón, no en vano se llama a la inteligencia *día.* Por eso se dice por Pablo: *Hay quien distingue entre día y día, hay quien los juzga a todos iguales*[54]. Como si claramente dijera: «unos conocen algunas cosas y otras cosas se les escapan, otros conocen todo lo que la inteligencia puede conocer tal como debe ser percibido. Cada uno de los hijos celebra el convite en su día porque todo santo predicador alimenta las almas de sus oyentes con los pastos de la verdad según la luz recibida en su inteligencia». Pablo celebraba un convite en su día cuando decía: *Serán más dichosos si, según mi consejo, permanecen como están*[55]. Y exhortaba a que cada uno pensase en su día, cuando decía: *Que cada uno profundice en su propio sentir*[56]. Sigue:

XXI **29.** *Y mandaban a invitar a sus tres hermanas para que comieran y bebieran con ellos.* Los hijos llaman a las hermanas al banquete porque los santos apóstoles predican los gozos del alimento celestial a los oyentes más debilitados, y alimentan con los pastos de la Palabra divina las almas de aquellos a los que ven en ayunas del alimento verdadero. Bien se dice: *Para que comieran y bebieran con ellos*, ya que la Sagrada Escritura unas veces nos sirve de alimento y otras de bebida[57]. Es alimento en los pasajes más difíciles: al explicarlo es como si se desmenuzara; al asumirlo es como si se tragara. Es bebida en los pasajes más claros porque se absorben tal como vienen. El profeta vió la Sagrada Escritura como alimento, desmenuzándola en su explicación, cuando dijo: *Los niños pidieron pan y no hubo quien se lo desmenuzara*[58]. Es

53. Jn 6, 27.
54. Rm 14, 5.
55. 1 Co 7, 40.
56. Rm 14, 5.
57. Cf. Mor 6, 6.
58. Lm 4, 4.

decir, los débiles pidieron a los más capaces que les desmenuzaran las sentencias de la Sagrada Escritura con su explicación, pero no pudieron encontrar quien lo hiciera. El profeta vió la Sagrada Escritura como bebida cuando dijo: *¡Sedientos todos, venid por agua!*[59]. Si los mandatos claros no fueran bebida, la misma Verdad no habría clamado: *Si alguien tiene sed que venga a mí y beba*[60].

El profeta vió que Judea estaba como falta de alimento y de bebida cuando dijo: *Sus nobles murieron de hambre y su pueblo arderá de sed*[61]. Conocer los misterios profundos y escondidos es cosa de pocos, mas percibir el sentido claro del relato pertenece a muchos. Se afirma que los nobles murieron de hambre y no de sed, porque ellos que parecían superiores, entregados del todo a un conocimiento exterior, se privaron de lo que una meditación interior les podía haber proporcionado para su alimento. Cuando los espíritus más elevados se alejan del sentido interior, la inteligencia de los pequeños también se seca en las cuestiones exteriores, de ahí que rectamente se añada: *Su pueblo arderá de sed.* Como si claramente dijera: «cuando el vulgo pierde el entusiasmo por su vida, ya no busca los arroyos del sentido histórico».

Demuestran haber comprendido los mandatos claros y ocultos de la palabra sagrada, los condenados que responden al Juez, diciendo: *Comimos y bebimos contigo*[62]. Y añaden hablando manifiestamente: *Y enseñaste en nuestras plazas*[63]. Como la palabra divina, en los pasajes oscuros, se desmenuza al ser explicada y, en los pasajes más claros se bebe tal como se encuentra, rectamente se dice: *Mandaban a invitar a sus tres hermanas para que comieran y bebieran con ellos.* Como si claramente dijera: «con suave persuasión atraía hacia sí a los débiles para alimentar sus almas tratando grandes misterios en orden a la contemplación y transmitiendo verdades sencillas mediante el relato histórico». Sigue:

XXII 30. *Cuando completaban los turnos de los días de convite, Job los llamaba y los purificaba, se levantaba de mañana y*

59. Is 55, 1.
60. Jn 7, 37.
61. Is 5, 13.
62. Lc 13, 26.
63. Lc 13, 26.

ofrecía holocaustos por cada uno. Se completan los turnos de los días de convite cuando se cumple el ministerio de la predicación. Celebrados los banquetes, Job ofreció un holocausto en favor de los hijos, ya que el Redentor rogó al Padre en favor de los apóstoles que volvían de predicar. Se dice con razón que, enviándolos, los santificó, porque al enviar a los corazones de sus discípulos el Espíritu Santo, que de Él procede[64], limpió todas las culpas que podía haber en ellos. Rectamente se cuenta que de mañana se levantaba para ofrecer holocaustos, ya que gracias a su intercesión en favor nuestro, iluminó las tinieblas de la mente humana, disipando la noche del error, para que el alma no se vea manchada en su interior por el contagio del pecado, en virtud de la misma gracia de la predicación, y para que no se atribuya a sí las maravillas que realiza y no pierda por ello el mérito de lo que hace. Por eso, añade:

XXIII **31.** *Pues decía: quizás mis hijos pecaron y no bendijeron a Dios en su corazón.* No bendecir a Dios –o sea, maldecirle–, significa atribuirse la gloria de sus dones. El Señor lavó los pies a los santos apóstoles después de la predicación para mostrarles clara-

64. La doble procesión del Espíritu Santo (*a Patre et Filio*) es una enseñanza frecuente en Gregorio, cf. Mor 2, 90; 2, 92; 5, 65 y Hm Ev 26, 2 (PL 76, 1198). No se trata de una doctrina innovadora. La doble procesión del Espíritu Santo es doctrina corriente en la literatura latina anterior a él: *tertius... est Spiritus, a Deo Filio*: TERTULIANO, *Contra Práxeas* 9 (CSEL 47, 239); *qui Patre et Filio auctoribus*: HILARIO DE POITIERS, *La Trinidad*, II, 29 (CCL 62, 64: B.A.C., Madrid 1986, 100); *ex utroque ...accipiet*: ID., *Excerpta ex opere historico deperdito*, ser B, II, II, 4 (CSEL 65, 153); *a Patre et Filio procedit*: AMBROSIO, *De Spiritu Sancto*, I, II, 120 (PL 16, 762-763); *ex utroque missus*: PRUDENCIO, *Cathemerinon Liber*, VI, 8 (PL 59, 832); *de utroque procedens*: RUFINO DE AQUILEYA, *Expositio in Symbolum apostolorum*, 35 (PL 21, 372); *simul de utroque procedit*: AGUSTÍN, *Tratados sobre el Ev. de san Juan*, 99, 9 (CCL 36, 587: *Obras*, B.A.C., Madrid 1967, 560-561); *de ipso* [Filio] *procedat*: ID., *Contra Maximinum haereticum* II, 5 (PL 42, 761: *Obras completas*, XXXVIII, B.A.C., Madrid 1990, 471); *de utroque procedit*: Ibidem II, 14, 1 (PL 42, 770: B.A.C., 529); *ab utroque procedentem*: Ibidem II, 17, 4 (PL 42, 785; B.A.C., 529); *de utroque processit*: LEÓN MAGNO, *Epist. 15 ad Turibium*, 1 (PL 54, 680). Como es sabido, la cláusula *Filioque* aparece por primera vez en el *Libellus modum symboli* –fórmula larga del Símbolo Toledano I (447)– del obispo Pastor, cf. texto crítico en J. A. DE ALDAMA, *El Símbolo Toledano I*, Analecta Gregoriana, Roma 1934, 31.

mente que también en la realización de buenas obras se pega a menudo el polvo del pecado, se ensucian los pies de los que hablan y se manchan los corazones de los que escuchan. Con frecuencia ocurre al predicador que, mientras pronuncia palabras de exhortación, interiormente se ensoberbece, aunque sea levemente, pues a través de ellas está comunicando gracias de purificación. Al limpiar con su palabra las obras ajenas, actúa como si se le pegara el polvo de los malos pensamientos en su andar por el buen camino[65]. ¿Qué significaba lavar los pies de los discípulos después de la predicación sino sacudir el polvo de los pensamientos después de la gloria de la predicación y rectificar los pasos del corazón que proceden del orgullo interior? La expresión «quizás» no resta nada a la ciencia soberana del Mediador. El conoce todo, pero asume nuestra ignorancia en el hablar, y, porque la ha asumido, cuando se pone a enseñar, parece a veces como si hablara sintiendo nuestras dudas, como cuando dice: *Cuando venga el Hijo del hombre, ¿creéis que encontrará fe en la tierra?*[66].

Por tanto, terminados los banquetes, Job ofrecía sacrificios en favor de los hijos y decía: *Quizás mis hijos pecaron y no bendijeron a Dios en su corazón*, porque nuestro Redentor, después de purificar a sus predicadores de los ataques del mal, los defiende de las tentaciones que surgían al realizar buenas acciones. Sigue:

XXIV **32.** *Así hacía Job todos los días*. Job no deja de ofrecer sacrificios todos los días, porque el Redentor inmola sin interrupción holocaustos en nuestro favor, Él que sin cesar muestra al Padre la carne asumida por nosotros. Su misma Encarnación es ya oblación que nos purifica; cuando se manifiesta como hombre borra, por su intervención, los pecados del hombre. Inmola un sacrificio perenne con el misterio de su humanidad porque los pecados que borra son también eternos.

33. Desde el mismo inicio de esta exposición hemos dicho que la persona del santo Job anuncia al Señor y simboliza la cabeza y el cuerpo, es decir, a Cristo y a la Iglesia. Después de haber mostrado cómo, por la fe, se simboliza la Cabeza, debemos indicar

65. Cf. Mor 1, 47.
66. Lc 18, 8.

ahora cómo se representa su cuerpo, que somos nosotros. De esta forma, habiendo escuchado a partir de la historia lo que hemos de admirar y, habiendo conocido a partir de la cabeza lo que hemos de creer, consideremos ahora, a partir del cuerpo, lo que hemos de mantener en nuestra vida. Debemos, por tanto, aplicarnos a nosotros mismos lo que leemos, de modo que mientras el espíritu se va alentando por lo que escucha, la vida ponga de su parte en práctica lo que oye.

Sentido moral

XXV **34.** *Había en la tierra de Hus un hombre de nombre Job.* Si Job significa «doliente» y Hus «consejero» no es arbitrario ver simbolizado en uno y otro nombre a los elegidos, porque en quien se duele de las realidades presentes y se entrega a la consecución de las eternas, en verdad, se puede decir que habita un ánimo de consejero. Hay quienes descuidan su propia vida: apetecen lo perecedero, no conocen o desprecian los bienes eternos, no sufren ningún dolor y no saben aceptar un consejo; no reparan en los misterios celestes que han despreciado y se creen, ¡pobres miserables!, en el buen camino; nunca levantan los ojos de la mente a la luz de la verdad, con la cual fueron creados; nunca orientan el arco de su deseo a la contemplación de la patria eterna, sino que se abandonan al capricho de las propias pasiones; en lugar de la patria aman el exilio que padecen y, en la ceguera que sufren, exultan como si vivieran en la claridad de la luz.

Las almas de los elegidos, por el contrario, considerando ser nada todo lo transitorio, anhelan aquello para lo cual han sido creados; nada fuera de Dios les satisface; su mismo pensamiento, fatigado por este anhelo, descansa en la esperanza y en la contemplación de su Creador y aspiran a formar parte de los ciudadanos del cielo; viviendo aún con su cuerpo en este mundo, se elevan ya con su alma fuera de él, deploran la tribulación del exilio que padecen y se lanzan con continuos toques de amor a la consecución de la sublime patria. Por eso, cuando el «doliente» ve que era eterno lo que había perdido, encuentra saludable despreciar lo que le sucede en el tiempo. Cuanto más crece en él la ciencia del consejo

que le lleva a abandonar los bienes perecederos, tanto más crece en él el dolor por no haber alcanzado todavía lo que perdura. Bien se dice por Salomón: *Quien añade ciencia, añade dolor*[67]. Quien conoce ya los sumos bienes que aún no posee, sufre más por las cosas ínfimas que le retienen.

35. Se dice que Job habitaba en la tierra de Hus porque el ánimo doliente de cada uno de los elegidos se mantiene firme en el consejo de la ciencia celeste. Se debe también saber que el alma no sufre dolor alguno cuando realiza una acción precipitada. Quienes viven sin consejos, quienes se abandonan al suceder de los acontecimientos, no sufren, en el entretanto, el dolor propio de quien medita sus acciones. Mas quien procura con cuidado afianzar su alma en un discernimiento de vida, se observa a sí mismo con cautela y precaución en todo lo que hace. Y para que aquello que hace no sufra un fin repentino y adverso, lo tantea primero suavemente con el pie del pensamiento y lo sopesa para que el miedo no lo aleje de lo que debe hacer. De esa forma, la precipitación no le empujará a hacer lo que aún debe diferir, el mal debido a la concupiscencia no le vencerá en una batalla abierta, ni el bien, a causa de la vanagloria, lo arrastrará insidiosamente por tierra.

Job habita, por tanto, en la tierra de Hus cuando el alma de un elegido, esforzándose por vivir siguiendo el discernimiento, se fatiga debido al dolor que provoca el camino estrecho. Sigue:

XXVI **36.** *Sencillo y recto, temía a Dios y rechazaba el mal.* Quien anhela la patria eterna vive, sin duda alguna, con sencillez y rectitud: sencillez en el obrar, rectitud en la fe; sencillez en las buenas obras que realiza aquí abajo, rectitud en los misterios supremos que interiormente percibe. Hay quienes no son sencillos en las buenas obras que hacen porque no buscan en ellas la recompensa interior sino el favor exterior. De ahí que rectamente se diga por medio de cierto sabio: *¡Ay del pecador que camina en la tierra por dos caminos!*[68]. El pecador camina en la tierra por dos caminos cuando con sus obras presume ser de Dios y con su pensamiento busca ser del mundo.

67. Qo 1, 18.
68. Si 2, 12.

37. Con razón se dice: *Temía a Dios y rechazaba el mal*, ya que la Santa Iglesia de los elegidos entra en los caminos de la sencillez y de la rectitud por el temor, pero llega a término por la caridad. Se rechaza enteramente el mal cuando, por amor a Dios, ya no se quiere pecar. Cuando se hace el bien por temor, significa que el mal aún no se rechaza por completo; se está todavía pecando, porque si pudiera pecar sin ser castigado, lo haría. Por eso, después de decir que Job temía a Dios, rectamente se añade que rechazaba el mal, ya que cuando la caridad sigue al miedo, la culpa que aún había en el alma desaparece gracias al propósito de su pensamiento. Ahora bien, como el temor empuja a todo tipo de vicios y el amor hacer florecer las virtudes, rectamente se añade:

XXVII **38.** *Le habían nacido siete hijos y tres hijas.* Nos nacen siete hijos cuando por la concepción de buenos pensamientos brotan en nosotros las siete virtudes del Espíritu Santo. El profeta enumera esta prole interior que nace cuando el Espíritu Santo fecunda el alma al decir: *El Espíritu del Señor descansará sobre él, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad; lo llenará del espíritu de temor del Señor*[69]. Cuando, por la venida del Espíritu, nacen en cada uno de nosotros la sabiduría, la inteligencia, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el temor del Señor, se propaga en nuestra alma como una perdurable descendencia, la cual conserva la nobleza de nuestra condición celeste en una vida más larga, pues nos asocia al amor de la eternidad. Los siete hijos tienen en nosotros sus tres hermanas porque todo lo que hacen virilmente estos dones, como verdaderos sentidos de las virtudes, conduce a la fe, a la esperanza y a la caridad. Los siete hijos no llegarían a la perfección del número diez si todo lo que hacen no lo realizaran en fe, esperanza y caridad. Ahora bien, como el pensamiento de los variados tipos de obras buenas sigue a este grupo de virtudes principales, rectamente se añade:

XXVIII **39.** *Su posesión consistía en siete mil ovejas y tres mil camellos.* Después de salvar la verdad del sentido histórico, podemos imitar espiritualmente lo que carnalmente escuchamos. Posee-

69. Is 11, 2-3.

mos siete mil ovejas cuando, buscando el alimento de la verdad con perfecta pureza de corazón, cultivamos en nuestro interior pensamientos inocentes.

40. Tendremos en posesión tres mil camellos si todo lo que hay en nosotros de altivo y torcido se somete a la razón de la fe y se inclina voluntariamente, con sentimientos de humildad, al conocimiento de la Trinidad. Poseemos, en efecto, camellos si lo que sabemos con altivez, lo deponemos con humildad. Poseemos ciertamente camellos cuando inclinamos nuestros pensamientos a la compasión en favor de la debilidad de nuestros hermanos, de modo que llevando unos las cargas de los otros, aprendemos, por condescendencia, a compartir la debilidad ajena. Los camellos, aunque no tienen la pezuña rajada, son rumiantes. Por «camellos», pues, podemos entender la buena administración de los bienes terrenos, la cual, al tener algo del mundo y algo de Dios, debe ser representada por un animal impuro. Y es que, la administración de los bienes terrenos, aunque esté puesta al servicio de los eternos, no se puede llevar a cabo sin perturbar el alma. Dado, pues, que perturba el alma en el presente aunque prepare a la obtención de la recompensa eterna, es como un animal impuro, conforme a la Ley en parte y disconforme en otra parte. No tiene la pezuña rajada porque el alma no está apartada por completo de las obras terrenales, pero rumia porque, dispensando bien los bienes temporales, espera con confianza cierta en los celestiales. Por eso, la administración de los bienes terrenos, al modo de los camellos, es conforme a la Ley en la cabeza, pero discrepa en el pie, ya que quienes viven justamente aspiran a bienes que son del cielo, aunque se dediquen con sus obras a atender asuntos de la tierra. Cuando nosotros sometemos, por tanto, estos asuntos terrenos al conocimiento de la Trinidad es como si por la fe poseyéramos camellos. Sigue:

XXIX **41.** *Quinientas yuntas de bueyes y quinientos asnos.* Disponemos de yuntas de bueyes cuando las virtudes aran armónicamente la dureza del alma. Poseemos quinientos asnos cuando reprimimos los movimientos lascivos y refrenamos con el dominio espiritual del corazón todo apetito carnal que surge en nosotros. Poseer asnos también significa regir en nuestro interior los pensamientos con sencillez: no pudiendo correr con una inteli-

gencia más sutil, discurren lentamente porque llevan con mayor mansedumbre las cargas fraternas. Hay quienes sin comprender los razonamientos elevados se entregan con gran humildad a las habituales obras exteriores. Con razón, pues, podemos representar los pensamientos sencillos con los asnos, porque aunque se trata de un animal lento, se entrega, sin embargo, a llevar los fardos de otros. Y es que, cuanto más reconocemos nuestra propia ignorancia, mejor soportamos llevar las cargas ajenas. Y si altas y singulares ciencias no nos hacen engreídos, nuestra mente se inclina dócilmente a soportar la imperfección del corazón ajeno. Rectamente se refiere la existencia de quinientos yugos de bueyes y de asnos porque tanto en lo que sabemos con prudencia como en lo que ignoramos con humildad, si buscamos el descanso de la paz eterna, nos mantenemos dentro del número jubilar. Sigue:

XXX **42.** *Y una gran multitud de siervos.* Poseemos una gran multitud de siervos cuando mantenemos bajo el dominio de la mente nuestros múltiples pensamientos, a fin de que su misma multitud no supere el ánimo ni su perjudicial desorden haga perder el pie al principado de nuestra discreción. Con la denominación de «multitud de siervos» también se designa la barahúnda de pensamientos. Sabemos, en efecto, que cuando la señora no está en casa, las criadas vociferan con sus lenguas, abandonan el silencio, dejan de realizar la tarea asignada y se entregan a la confusión y al desorden. Si de repente se presenta la señora, al punto moderan sus ruidosas lenguas, reemprende cada cual su propia tarea y vuelven al propio trabajo como si nunca lo hubieran abandonado. Por eso, si la razón se aparta por un momento de la casa de la mente, se multiplica el clamor de los pensamientos como si fuera el barullo charlatán de las criadas en ausencia de la señora. En cuanto regresa la razón a la mente, desaparece sin embargo la ruidosa confusión. Y así como las criadas vuelven en silencio al trabajo asignado, así también los pensamientos se someten inmediatamente prestando el servicio de utilidad que corresponde a sus tareas. Poseemos, por tanto, una multitud de siervos cuando dominamos, como es justo, nuestros innumerables pensamientos con el discernimiento de la razón. Así, actuando con destreza, intentamos unirnos a los ángeles, gracias a este mismo discernimiento. De ahí que rectamente se añada:

XXXI 43. *Este hombre era el más grande entre todos los orientales.* Nos hacemos grandes entre todos los orientales cuando, disipada la nube de la corrupción carnal, nos unimos en cuanto es posible, por los rayos de nuestro discernimiento, a todos esos espíritus que se adhieren a la luz de Oriente. Se dice por Pablo: *Nuestra patria está en los cielos*[70]. Todo el que persigue los bienes temporales y caducos, se dirige hacia el ocaso; quien desea, sin embargo, los bienes celestes, demuestra haber puesto su morada en Oriente. Por eso, se hace grande entre los orientales y no entre los occidentales, no el que se mezcla entre las acciones despreciables y huidizas de los malvados, sino el que se esfuerza en formar parte de los coros de los ciudadanos del cielo. Sigue:

XXXII 44. *Sus hijos salían y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día.* Los hijos celebran banquetes en sus casas cuando cada una de las virtudes nutre el alma, cada cual según su modo propio. De ahí que se diga: *cada uno en su día.* El día propio de cada hijo corresponde a la iluminación propia de cada virtud. Repasando brevemente los dones de la gracia septiforme, notamos que la sabiduría tiene un día, otro la inteligencia, otro el consejo, otro la fortaleza, otro la ciencia, otro la piedad y otro el temor. Y es que, la sabiduría no es lo mismo que la inteligencia: hay muchos que saborean los misterios eternos y no los pueden comprender. La sabiduría celebra un banquete en su día porque alimenta el alma con la esperanza y la certeza de los bienes eternos. La inteligencia prepara un banquete en su día porque penetra en aquello que escucha y, alimentando el corazón, aparta sus tinieblas de él. El consejo celebra también un banquete en su día porque impidiendo al alma precipitarse, la llena de razón. La fortaleza banquetea en su día porque no teme la adversidad y otorga al alma temblorosa los alimentos de la confianza. La ciencia prepara un convite en su día porque saca del ayuno de la ignorancia al vientre de la mente. La piedad celebra un banquete en su día porque colma de obras de misericordia las entrañas del corazón. El temor, en fin, banquetea en su día porque al instar al alma a que no se ensoberbezca con los bienes presentes, la conforta con el alimento de la esperanza en los dones futuros.

70. Flp 3, 20.

45. Veo, sin embargo, que debo profundizar en el hecho de que los hijos se inviten unos a otros en cada banquete. Una virtud aislada, sin el apoyo de las otras virtudes, pronto se debilita. La sabiduría, en efecto, es menor si carece de inteligencia, y ésta, si no cuenta con el apoyo de aquélla, no sirve de nada, porque cuando profundiza los misterios más elevados sin el peso de la sabiduría, su ligereza no hace más que llevarla a una altura en la que la caída será más grave. Inútil es el consejo si no cuenta con el vigor de la fortaleza, porque careciendo de fuerzas, no puede concluir la obra que pretende realizar. A su vez, la fortaleza se viene abajo si no la sostiene el consejo, porque cuanto más se fía del poder de su fuerza sin contar con la moderación de la razón, más gravemente se precipita en el abismo. Nada es la ciencia sin el auxilio de la piedad, pues si se descuida poner en práctica el bien que se conoce, el juicio al que se expone es más severo. A su vez, inútil es la piedad que carece del discernimiento de la ciencia, porque si la ciencia no la ilumina, no sabe cómo ejercitar la misericordia. También el temor, si no cuenta con las demás virtudes, es seguro que no conducirá a la realización de ninguna obra buena, porque si se asusta por todo, debido a su mismo miedo, no podrá hacer nada bien.

Dado, por tanto, que cada virtud se sostiene gracias al auxilio de las demás, rectamente se dice que los hijos se invitaban unos a otros. Pues cuando una apoya a otra, es como si la numerosa prole preparara un banquete para cada día. Sigue:

XXXIII **46.** *Y mandaban a invitar a sus tres hermanas para que comieran y bebieran con ellos.* Cuando nuestras virtudes ponen en movimiento la fe, la esperanza y la caridad en todo lo que hacen, es como si los hijos que preparan el banquete llamasen a las hermanas con el fin de que la fe, esperanza y caridad se alegren en las obras que cada una de las virtudes realiza. Como si de alimento se tratase, recuperan las fuerzas, confiadas en las buenas acciones que cumplen, y, como si estuvieran ebrias de algún licor, desean recibir después del alimento el rocío de la contemplación.

47. ¿Por qué en esta vida no podemos hacer nada sin recibir el más mínimo contagio de mal? A veces, en efecto, las mismas obras buenas que realizamos nos hacen peores, porque, al producir alegría en el alma, engendran también cierta seguridad, y, al sentirse el alma segura, se deja llevar a la indolencia. Ocurre también que

nos mancha un pequeño movimiento de vanidad, haciéndonos tanto más viles ante Dios cuanto más henchidos nos vemos[71]. De ahí que se añada:

XXXIV **48.** *Cuando completaban los turnos de los días de convite, Job los llamaba y los purificaba.* Llamar a los hijos y santificarlos, una vez terminado el turno de los días de convite, significa corregir la intención del corazón después de haber captado el sentido de las virtudes y purificar, con un severo examen de conciencia, todas las acciones, no sea que juzguemos buenas las obras que son malas o consideremos suficiente una acción que, aún siendo buena, es imperfecta. La mente se engaña con frecuencia al juzgar la cualidad del mal o la cantidad del bien. Para captar el sentido de las virtudes es mejor la oración que el análisis. Ciertamente, lo que procuramos escrutar en nuestra más profunda intimidad, se descubre con mayor exactitud por medio de la oración que del análisis. El alma, cuando se eleva a las alturas gracias a la compunción –como si en una máquina elevadora estuviera[72]–, contempla como a distancia todo lo que se le presenta sobre sí, juzgándolo, por tanto, con mayor precisión. De ahí que rectamente se añada:

XXXV **49.** *Se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos por cada uno.* Nos levantamos de mañana cuando cubiertos por la luz de la compunción, abandonamos la noche de nuestra humanidad y abrimos los ojos de la mente a los rayos de la verdadera luz. Ofrecemos, además, holocaustos por cada uno de los hijos cuando inmolamos al Señor la víctima de nuestra oración por cada una de las virtudes. Actuando así, lograremos que la sabiduría no nos ensoberbezca; que la inteligencia, en su sutil carrera, no nos saque de camino; que el consejo, al multiplicarse no nos confunda; que la fortaleza, al darnos confianza, no nos haga caer; que la ciencia, al conocer y no amar, no nos hinche; que la piedad, al inclinarse externamente a la rectitud, no nos haga desviarnos; que el temor, en fin, al provocar más pavor de lo que debe, no nos lleve al páni-

71. Cf. Mor 1, 31.

72. Cf. Mor 6, 58. El ejemplo de la máquina elevadora es empleado también por Gregorio para explicar la función de la interpretación alegórica de la Escritura, cf. Ex Cant 2 (CCL 144, 3-4).

co de la desesperación. Por eso, cuando presentamos al Señor oraciones por cada una de las virtudes para que sean auténticas, ¿qué hacemos sino ofrecer un holocausto por cada hijo, según su número? Hay un holocausto cuando el fuego lo consume todo. Ofrecer un holocausto significa, pues, encender toda nuestra alma con el fuego de compunción a fin de que el corazón arda en el ara del amor y consuma las manchas de nuestro pensamiento, como si se tratase de nuestra propia prole.

50. Ahora bien, sólo saben actuar así quienes, antes de que sus pensamientos se lleven a la práctica, frenan sus movimientos con atenta vigilancia; saben actuar así sólo quienes han aprendido a defender su alma con una varonil defensa. Por eso se dice que Isbaal murió inesperadamente. Su casa, en efecto, afirma la Sagrada Escritura, no estaba protegida por un portero, sino por una portera: *Llegando los hijos de Rimón el Berotita, Recab y Baná, entraron a la hora más calurosa del día en la casa de Isbaal que dormía la siesta sobre su manto. Entraron en la casa, la portera de la casa que limpia el trigo también dormía. Cogieron espigas de trigo, avanzaron ocultamente y le golpearon en la ingle*[73]. La portera limpia el trigo cuando el guardián del alma separa, con su discernimiento, las virtudes de los vicios. Si se duerme, permite que los asaltantes den muerte a su señor, pues cuando el discernimiento atento cesa, se abre la puerta a los espíritus malignos que desean dar muerte al alma. Al entrar cogen espigas porque lo primero que hacen es arrancar las semillas de los buenos pensamientos. Hieren en la ingle porque con el placer de la carne matan el vigor del corazón. Herir en la ingle es, en efecto, perforar con el placer de la carne la vida del alma. Isbaal no habría perecido con esa muerte si no hubiese confiado el ingreso de la casa a una mujer, es decir, si no hubiese encargado vigilar la entrada del alma a una débil defensa. Se debe, por tanto, colocar a las puertas del corazón un sentimiento fuerte y varonil que no quede vencido por el sueño de la negligencia ni sufra los fallos de la ignorancia. Es, además, acertado que se llame Isbaal quien teniendo como defensa a una mujer, es vencido por la espada de los enemigos. Isbaal significa «varón

73. 2 S 4, 5-6.

de confusión»[74]. Varón de confusión es aquel que está desprovisto de una fuerte defensa para su alma: cuando cree que las virtudes son las que le mueven, los vicios que actúan a escondidas le dan muerte en su ignorancia. Con todas las fuerzas se debe, pues, defender la entrada del alma para que los enemigos que la atacan no puedan entrar por la brecha de un pensamiento negligente. De ahí que Salomón dijera: *Guarda tu corazón con toda defensa para que de él brote la vida*[75]. Conviene, por tanto, que examinemos con gran esmero la intención primera de las virtudes que ejercitamos, no sea que, aun pareciendo rectas, tengan un origen pecaminoso. Por eso se añade rectamente a continuación:

XXXVI **51.** *Pues decía: quizás mis hijos pecaron y no bendijeron a Dios en su corazón.* Los hijos maldicen en su corazón cuando nuestras obras rectas no proceden de pensamientos rectos y cuando externamente hacemos el bien e internamente cultivamos el mal. Maldicen a Dios cuando nuestra alma cree ser por ella misma lo que es. Maldicen a Dios cuando comprenden haber recibido de El sus dones y buscan, sin embargo, la propia alabanza a partir de los bienes recibidos.

Se debe saber que el antiguo enemigo persigue nuestras buenas acciones de tres maneras, para que lo que hemos hecho bien a los ojos de los hombres se corrompa en presencia del Juez interior. Unas veces tuerce la intención de una buena obra para que todo lo que de ella resulte no sea puro ni limpio debido a su origen corrupto. Otras veces, aunque no puede viciar la intención de una obra buena, se interpone en el camino de su realización de modo que, cuando uno se cree más seguro debido al buen propósito de su mente, sucumbe ante un vicio ocultamente insinuado como si cayera en una emboscada. Otras veces, en fin, ni vicia la intención ni se interpone en su camino, sino que es al final cuando la obra buena cae en sus lazos; y cuanto más parece que se ha alejado de la casa del corazón o del trayecto de su realización, con tanta mayor astucia espera a su término para echar la buena obra a perder; actuando como si se apartara de él, lo empuja a compor-

74. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 861).
75. Pr 4, 23.

tarse imprudentemente, hasta que, de improviso, le asesta un golpe aún más duro e incurable.

52. Tuerce, pues, la intención de una obra buena porque viendo que es fácil engañar el corazón de los hombres, ofrece a sus deseos la brisa de un efímero favor para que las obras rectas que hacen, torcida ya su intención, se inclinen a las más bajas apetencias. Por eso, representada en Judea, se dice de cada alma que está atrapada en el engaño de una intención miserable, por medio del profeta: *Sus enemigos la atacaron en la cabeza*[76]. Como si claramente dijera: «cuando una obra buena se emprende sin una buena intención, los espíritus contrarios se adueñan de ella desde el inicio de su pensamiento, y tanto más plenamente la poseen cuanto más la dominan desde el principio».

53. Cuando no consiguen viciar la intención, tienden lazos en medio del camino para que el corazón, en aquello que hace bien, se desvíe hacia el vicio. De esta forma, procurando que haga algo diferente de lo propuesto, acaba por realizar su obra de un modo totalmente contrario a como la inició. Sucede con frecuencia que la alabanza humana irrumpe mientras se está cumpliendo una buena acción, alterando con su presencia la intención del que la realiza: aún cuando no buscaba la alabanza, al surgir la ocasión, se complace en ella. La mente del que actuaba bien se abandona en tal complacencia, y todo el vigor de la intención última se disipa. Ocurre también que la ira se añade como de costado a la obra buena que iniciamos con justicia, y un celo inmoderado de rectitud turba entonces nuestra mente, hiriendo de muerte la salud íntegra de nuestra paz interior. A veces también, a la rectitud del corazón se añade solapadamente la tristeza y toda la obra que el alma había iniciado con buena intención queda nublada por una tristeza profunda; simulando otorgar al alma que oprime una mayor gravedad, no hace más que dificultar su rechazo. Otras veces, una alegría inmoderada se une a la buena acción empujando al alma a una hilaridad mayor de lo debido, despojando la obra buena de la gravedad que le corresponde. Viendo el salmista que se tendían lazos en el camino de los que obraban bien,

76. Lm 1, 5.

lleno del espíritu profético, dijo: *En este camino en el que andaba, escondieron lazos contra mí*[77]. A lo mismo alude Jeremías con rectitud y sutileza –él que al esforzarse en referir hechos por fuera nos indicó lo que esos hechos producirían en nosotros por dentro–, cuando dijo: *Vinieron ochenta hombres de Siquén, de Silo y de Samaría, con la barba afeitada, rasgadas sus ropas y abatidos; tenían en las manos ofrendas e incienso para ofrecerlos en la casa del Señor. Ismael, hijo de Netanías, salió de Mispá a su encuentro; mientras avanzaba, lloraba. Cuando los encontró les dijo: «Venid a Godolías, hijos de Aicham». Y al llegar al centro de la ciudad, los asesinó*[78]. Se afeitan la barba quienes no tienen confianza en sus propias fuerzas. Se rasgan las ropas quienes no se guardan a sí mismos cuando el decoro exterior sufre daños. Van a ofrecer incienso y ofrendas en la casa del Señor quienes prometen presentarse en sacrificio al Señor como con una oración acompañada de obras. Si en su camino de santa devoción no se protegen cauta y circunspectamente, entonces Ismael, el hijo de Netanías, saldrá a su encuentro, porque un espíritu maligno, siguiendo el ejemplo de Satanás, su predecesor, generado en el error de la soberbia, se opondrá en su camino tendiendo lazos traicioneros. Bien se dice de él: *Mientras avanzaba, lloraba*, pues, para lograr herir de muerte a las mentes devotas, se esconde bajo un velo de virtud aparente; simulando tener los mismos sentimientos de los que lloran de verdad, entra con mayor seguridad en lo íntimo del corazón, dando muerte desde dentro a lo que aún quedaba de virtud. Con frecuencia promete llevarnos a lo más alto. Por eso dijo: *Venid a Godolías, hijos de Aicham*; prometiendo grandes bienes, se apropió hasta de los más pequeños. De ahí que dijera: *Y al llegar al centro de la ciudad, los mató.* Asesinó en medio de la ciudad a los hombres que iban a presentar ofrendas al Señor porque las almas que se entregan a las obras divinas, si no se guardan con gran circunspección, irrumpe el enemigo y, mientras aún llevan devotamente su ofrenda, pierden la vida en el camino mismo.

77. Sal 142, 4.
78. Jr 41, 5-7.

De las manos de este enemigo no se libra sino aquel que recurre con presteza a la penitencia. Con razón, a ese pasaje sigue: *Se encontraron entre ellos diez hombres que dijeron a Ismael: «No nos mates, porque tenemos en el campo reservas de trigo, cebada, aceite y miel»; y no los mató*[79]. Tener reservas en el campo significa tener esperanza en la penitencia: al no verse es como si estuviera enterrada en la tierra del corazón. Los que tenían reservas en el campo se salvaron porque los que después de caer en el vicio por falta de precaución y se arrepienten volviendo al llanto, no mueren aunque permanezcan prisioneros.

54. Cuando el antiguo enemigo no hiere al inicio de la intención, ni se interpone en el curso de la acción, tiende lazos aún más fuertes al llegar al fin. El asedio es mucho más fuerte, pues ve que sólo le queda esa oportunidad para seducirlo. Estos lazos, tendidos al final, ya los veía el profeta cuando decía: *Ellos verán mi talón*[80]. Con el talón, ubicado al final del cuerpo, ¿qué se representa sino el fin de una acción? Los espíritus malignos o unos hombres perversos, seguidores de su soberbia, observan el talón cuando desean viciar el fin de una obra buena. Por eso se dice a la misma serpiente: *Ella observará tu cabeza y tú su talón*[81]. Observar la cabeza de la serpiente es fijarse en el comienzo de su engaño y con la mano de una solícita consideración extirparlo por completo de la entrada del corazón. Cuando se ve sorprendido al inicio, procura entonces golpear el talón, ya que si no logra herir con el primer engaño la intención, intentará sorprender al final[82]. Si logra corromper el corazón en su intención, el astuto enemigo toma segura posesión de la acción consecuente, tanto en su punto medio como en su fin: sabe que podrá coger para sí todos los frutos de un árbol al que vició de raíz con el veneno de su diente.

Por eso, porque se debe poner grandísimo cuidado a fin de que el alma entregada a las buenas obras no se manche con una intención perversa, rectamente se dice: *Quizás mis hijos pecaron y no bendijeron a Dios en su corazón*. Como si claramente dijera:

79. Jr 41, 8.
80. Sal 56, 7.
81. Gn 3, 15, según LXX.
82. Cf. CASIANO, *Instituciones*, 4, 37 (SC 109, 176).

«Nada de lo que se hace por fuera es bueno si por dentro no se inmola en favor de lo hecho, ante los ojos de Dios, una víctima inocente en el altar del corazón». Se debe además vigilar con todas las fuerzas si la realización de la obra emana con pureza de la fuente del pensamiento. Con todo el cuidado del mundo se debe proteger el ojo del corazón del polvo de la malicia, no sea que la obra que a los hombres parece recta se tuerza interiormente por el vicio de una intención malvada.

55. Debemos procurar que nuestras obras buenas ni sean pocas ni se hagan sin discernimiento, no sea que realizando pocas quedemos estériles y cumpliéndolas sin discernimiento nos volvamos irreflexivos. No hay una sola virtud que no esté mezclada con otras. Por eso se dice rectamente por medio de Moisés: *Provéete de aromas de mirra y ónice, gálbano de buen olor e incienso purísimo; todos serán del mismo peso y harás un incienso compuesto al modo de los perfumistas, mezclado con cuidado, y puro*[83]. Hacemos un incienso compuesto de aromas cuando en el altar de las buenas obras derramamos el buen olor de virtudes abundantes. Se hace mezclado y puro porque cuando la virtud se une a la virtud, el incienso de las buenas obras aparece con más pureza. De ahí que añada rectamente: *Luego triturarás todo hasta formar un polvo finísimo, y lo pondrás delante de la tienda del testimonio*[84]. Trituramos todos los aromas hasta formar un polvo finísimo cuando machacamos con un oculto discernimiento nuestras buenas obras en el mortero de nuestro corazón, juzgando minuciosamente si son verdaderamente buenas. Convertir en polvo los aromas significa pulir las virtudes con la reflexión y someterlas a un minucioso examen interior. Se debe notar lo que se dice de ese polvo: *Lo pondrás delante de la tienda del testimonio*, porque nuestras buenas acciones son verdaderamente agradables a los ojos del Juez cuando la mente las revisa con meticulosa reflexión y, como si de aromas se tratara, las convierte en polvo. De esta forma, el bien hecho no será duro ni grosero; si la mano firme de nuestra revisión no lo muele, deja de exhalar un olor tan selecto.

83. Ex 30, 34-35.
84. Ex 30, 36.

Por eso, la virtud de la Esposa recibe la alabanza de boca del Esposo cuando dice: *¿Quién es esta que sube por el desierto como delgado tallo de humo exhalando aromas de mirra, incienso y toda suerte de perfumes?*[85]. La Santa Iglesia, como delgado tallo de humo de aromas, se eleva, ya que todos los días avanza desde las virtudes de su vida a la rectitud del incienso interior, sin que se vierta en pensamientos dispersantes, sino que se somete en lo escondido de su corazón a la vara del rigor. Al no cesar nunca de analizar y reflexionar sobre sus obras, es como si tuviera el incienso y la mirra de su obrar convertido en polvo en su pensamiento. Por eso la orden dada a Moisés sobre los que debían presentar ofrendas: *Quitada la piel de la víctima, cortarán su cuerpo en pedazos*[86]. Arrancamos la piel de la víctima cuando apartamos de los ojos de nuestra mente lo superficial de una virtud. Cortamos su cuerpo en pedazos cuando, con cuidado discernimiento, analizamos sus más íntimos miembros. Y es que, se debe tener gran cuidado no sea que al vencer las malas obras, nos dejemos engañar por bienes seductores, crezca la dispersión, nos veamos atrapados en discusiones irreflexivas, se abandone erradamente el buen camino, o, abatidos por el cansancio, se pierdan los méritos de las obras ya realizadas. En todo, debe pues el alma precaverse con gran vigilancia, perseverando en esa actitud. De ahí que rectamente se añada:

XXXVII **56.** *Así hacía Job todos los días.* En vano se hace el bien si se abandona antes de terminar la vida, pues de nada sirve correr velozmente si antes de llegar a la meta se abandona la carrera. Se dice sobre los condenados: *¡Ay de los que perdieron la constancia!*[87]. También la Verdad dice a sus elegidos: *Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas*[88]. De José se cuenta que perseveró como un justo hasta el final en medio de sus hermanos; por eso se dice de él que fue el único en tener una túnica talar[89]. ¿Qué representa la túnica talar sino la obra culmina-

85. Ct 3, 6.
86. Lv 1, 6.
87. Si 2, 14.
88. Lc 22, 28.
89. Cf. Gn 37, 23.

da? Así como una larga túnica nos cubre el cuerpo hasta el talón, así también la buena obra nos cubre a los ojos de Dios hasta el término de la vida. Por eso se nos prescribe por medio de Moisés que ofrezcamos en el altar la cola de la víctima para que todo lo bueno que iniciemos, lo llevemos hasta el fin con perseverancia[90]. Se deben, por tanto, continuar todos los días las obras comenzadas, de modo que tras rechazar el mal habiéndolo combatido, sepamos mantener la misma victoria del bien con la mano de la constancia.

57. Hemos explicado estos textos según el triple sentido a fin de ofrecer con nuestra propuesta un alimento variado ante el cual el alma inapetente pueda elegir y comer. Pedimos, sin embargo, encarecidamente, que quien eleve su alma a la inteligencia espiritual no se aparte de la veneración por el sentido histórico.

90. Cf. Ex 29, 22; Lv 3, 9.

LIBRO SEGUNDO

1 [6]*Un día, cuando acudían los hijos de Dios a presentarse ante el*
Señor, acudió Satanás también entre ellos. [7]*Le dijo el Señor: «¿De*
dónde vienes?». Respondiendo Satanás dijo: «He recorrido la tierra
y andado por ella». [8]*El Señor le dijo: «¿Te has fijado en mi siervo*
Job? No hay nadie semejante a él en la tierra: hombre sencillo y
recto, teme a Dios y rechaza el mal». [9]*Dijo Satanás: «¿Acaso Job*
teme a Dios en vano? [10]*¿No has colocado tú un cerco en torno a él,*
a su casa y a todos sus bienes? Has bendecido las obras de sus manos
y sus posesiones han crecido sobre la tierra. [11]*Extiende un poco tu*
mano y toca cuanto posee y verás si no te maldice en tu cara». [12]*El*
Señor le contestó: «Mira, todo cuanto posee está en tu mano; única-
mente no extiendas tu mano sobre él». Y se alejó Satanás de la pre-
sencia del Señor. [13]*Un día que sus hijos e hijas comían y bebían vino*
en casa del hermano primogénito, [14]*llegó un mensajero a Job y le*
dijo: «Los bueyes estaban arando y las asnas pastando junto a ellos,
[15]*irrumpieron los sabeos, se llevaron todo y mataron a espada a los*
siervos. Sólo yo he escapado para anunciártelo». [16]*Mientras todavía*
estaba hablando vino otro y dijo: «El fuego de Dios ha caído del
cielo y alcanzando a las ovejas y a los siervos, los ha consumido.
Sólo yo he huido para contártelo». [17]*Mientras todavía estaba ha-*
blando vino otro y dijo: «Los caldeos formaron tres escuadrones, se
lanzaron sobre los camellos y se los llevaron; a los siervos los mata-
ron a espada. Sólo yo escapé para contártelo». [18]*Mientras hablaba*
entró otro y dijo: «Estando tus hijos y tus hijas comiendo y bebien-
do vino en casa del hermano primogénito, [19]*irrumpió de repente un*
viento terrible desde la región del desierto, golpeó las cuatro esqui-
nas de la casa, la derrumbó, aplastó a tus hijos y han muerto. Sólo
yo escapé para contártelo». [20]*Job entonces se levantó, se rasgó la*
vestidura, se rapó la cabeza y, postrándose en tierra, adoró. [21]*Y dijo:*
«Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo volveré a él. El Señor
me lo dio, el Señor me lo quitó. Como ha agradado al Señor, así ha
sucedido. ¡Bendito sea el nombre del Señor!». [22]*En todo esto, Job no*
pecó ni dijo nada insensato contra Dios.

I 1. La Sagrada Escritura se presenta ante los ojos del alma como un espejo en el que podemos ver reflejado nuestro rostro interior. En ella conocemos nuestras facciones bellas y feas. En ella percibimos nuestros avances y nuestros retrocesos. Narra los hechos de los santos y mueve los corazones de los débiles a su imitación. Recordando las victoriosas hazañas en su lucha contra los vicios, fortalece nuestra debilidad. Con sus palabras logra que nuestra alma se encuentre menos temblorosa en medio del combate, viendo ante sí los triunfos de tantas personas valerosas.

En ocasiones no sólo nos cuenta sus victorias sino también sus caídas. De esa forma, captamos en la victoria de los valerosos lo que debemos imitar y vemos en sus faltas lo que debemos temer. A Job se le describe crecido ante la tentación, a David postrado ante ella. Así, la virtud de nuestros mayores conforta nuestra esperanza y su caída nos hace cautos en la humildad. La primera nos eleva infundiéndonos alegría, la segunda nos frena inspirándonos temor. Si en un caso el ánimo del que escucha recibe la confianza de la esperanza, en el otro es instruido en la humildad del temor. Retenido por el miedo no se ensoberbece temerariamente, ni atrapado por el temor cae en la desesperación, porque gracias al ejemplo de la virtud se robustece en la confianza de la esperanza.

Sentido literal

II 2. *Un día, cuando acudían los hijos de Dios a presentarse ante el Señor, acudió Satanás también entre ellos.* Agrada comprobar cómo la Sagrada Escritura expone al inicio de las narraciones las circunstancias con sus características y peculiaridades. Así, o con la ubicación del lugar, o con la posición del cuerpo, o con las características climáticas, o con detalles de tipo temporal, se indica lo que va a suceder.

Con la ubicación del lugar la Sagrada Escritura expresa el valor y el fin de acontecimientos ulteriores, como cuando se dice de Israel que no podía escuchar las palabras de Dios en el monte y recibió los mandamientos en la llanura. Con ello indicaba claramente la debilidad del pueblo que no fue capaz de elevarse a los

misterios sumos entregándose, con una vida negligente, a las más bajas miserias[1].

Con la posición del cuerpo se anuncian los acontecimientos futuros, como cuando Esteban, estando en pie, manifiesta en los *Hechos de los Apóstoles* haber visto a Jesús sentado a la diestra de la potencia de Dios[2]. Estar en pie es propio del que ayuda. En esa postura alcanza a ver a Aquel que le socorre en la prueba del combate.

También con las características climáticas se indica lo que va a pasar, como cuando el evangelista, antes de decir que ninguno de Judea creyó en la predicación del Señor, dijo: *Era invierno*[3]. Está escrito: *Abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos*[4]. Indicando que era invierno, anunciaba el frío de la maldad que había en el corazón de los oyentes. Por eso se dice también que Pedro, antes de negar al Señor, *de pie junto al fuego se calentaba porque hacía frío*[5]. En su interior el calor de la caridad ya se había enfriado y en su temblorosa debilidad buscaba calentarse al amor de la vida presente como al fuego de sus perseguidores. Con una anotación de tipo temporal se señala también el final de una acción, como cuando se afirma que Judas se ausentó de noche para consumar su pérfida traición y no volver más al perdón. Cuando se marchó, el evangelista añadió: *Era de noche*[6]. Al rico malvado también se le dice: *Esta noche te será reclamada tu alma*[7]. Se afirma así que el alma reclamada de noche y no de día, será llevada a las tinieblas. De Salomón se dice que la sabiduría en la que habría de perseverar la recibió en sueños y de noche[8]. Los ángeles acuden a Abrahán al mediodía[9], mientras que a Sodoma van por la tarde para castigarla[10].

1. Cf. Ex 24, 2-3.
2. Cf. Hch 7, 55.
3. Jn 10, 22.
4. Mt 24, 12.
5. Jn 18, 18.
6. Jn 13, 30.
7. Lc 12, 20.
8. Cf. 1 R 3, 5.
9. Cf. Gn 18, 1.
10. Cf. Gn 19, 1.

Pues bien, como la tentación del santo Job le llevará a la victoria, se señala que tuvo su inicio de día, y se dice:

III 3. *Un día, cuando acudían los hijos de Dios a presentarse ante el Señor, acudió Satanás también entre ellos.* ¿A quién se llama *hijos de Dios* sino a los ángeles elegidos? Sobre ellos sabemos que realizan su servicio ante la mirada de la Divina Majestad. Debemos, pues, preguntarnos desde dónde acuden a presentarse al Señor. De ellos se dice por voz de la Verdad: *Sus ángeles en los cielos siempre ven el rostro de mi Padre que está en los cielos*[11]. También sobre ellos afirmó el profeta: *Miles de millares le servían y una miríada de miríadas le asistían*[12]. Por tanto, si siempre lo ven y siempre le asisten, se debe indagar con cuidadosa atención de dónde llegan los que nunca se apartan de Él. De ellos dice Pablo: *¿Acaso no son todos espíritus servidores enviados para un ministerio, en favor de aquellos que recibirán la herencia de la salvación?*[13]. A partir de aquí sabemos que han sido enviados y descubrimos de dónde vienen.

En realidad, pasamos de un problema a otro, y como si de una cuerda se tratase, al intentar desatar un cabo, hacemos un nuevo nudo. ¿Cómo es posible que puedan estar siempre viendo el rostro del Padre o asistiéndole si son enviados a un ministerio exterior en favor de nuestra salvación? Lo resolveremos con presteza si caemos en la cuenta de que la naturaleza angélica es muy sutil. Los ángeles no salen fuera de la visión divina en modo tal que se priven de los gozos de la contemplación interior. Si abandonaran la visión del Creador, no podrían levantar a los que caen ni anunciar verdades a los ignorantes, ni podrían en absoluto dar a beber a los ciegos de la fuente de la luz que en su salida habrían perdido.

En esto se diferencia ahora la naturaleza angélica de la condición de nuestra naturaleza: nosotros estamos circunscritos a un lugar y estamos limitados por la ceguera de la ignorancia; el espíritu de los ángeles, estando circunscrito a un lugar, posee, sin embargo, una ciencia que se extiende incomparablemente más que la nuestra. Interior y exteriormente su conocimiento se ensancha

11. Mt 18, 10.
12. Dn 7, 10.
13. Hb 1, 14.

porque contemplan la fuente misma de todo conocimiento. ¿Cómo van a ignorar algo de lo que se puede saber si conocen al que todo lo sabe? Su ciencia, en comparación con la nuestra, es mucho más extensa; pero, en comparación con la divina, es muy reducida. De igual forma, sus mismos espíritus son tales comparados con nuestros cuerpos, pero comparados con el supremo e incircunscrito Espíritu, no son más que cuerpos[14].

Así pues, son enviados y al mismo tiempo le asisten, porque, en cuanto están circunscritos a un lugar, salen de él; pero como están siempre interiormente en su presencia, nunca lo abandonan. Ven siempre el rostro del Padre y vienen hacia nosotros: salen fuera hasta nosotros con una presencia espiritual y se mantienen en el mismo lugar del que salen gracias a la contemplación interior. Por eso, se puede decir: *Acudieron los hijos de Dios a presentarse ante el Señor*, ya que estos espíritus regresan recogiéndose ahí donde la dispersión de la mente nunca los aleja.

IV 4. *Acudió Satanás también entre ellos*. Se debe indagar cómo es posible que entre los ángeles elegidos se encontrara Satanás. Movido por la soberbia, había sido condenado, alejándose de la condición de los demás ángeles. Se dice, sin embargo, que estaba entre ellos porque, aunque es verdad que perdió la condición de bienaventuranza, no dejó nunca de ser semejante a ellos en su naturaleza, y, aunque ahora arrastra el peso de sus pecados, conserva, no obstante, su naturaleza espiritual. Se dice, pues, que se encontraba ante el Señor entre los hijos de Dios, porque con su mirada Dios omnipotente ve todos los seres espirituales incluido Satanás que pertenece al orden de esas naturalezas más sutiles. La Escritura lo atestigua cuando dice: *Los ojos del Señor contemplan a los buenos y a los malos*[15].

Al afirmar que Satanás estaba ante el Señor, se nos plantea un grave problema. Está escrito: *Dichosos los limpios de corazón por-*

14. Cf. Mor 2, 8; 4, 8. La condición absolutamente espiritual de Dios hace que en comparación con Él los mismos ángeles parezcan corpóreos; Orígenes ya sostenía que los ángeles tenían un cuerpo espiritual, cf. *De Principiis*, I, 6, 4 (PG 11, 170 C); cf. también CASIANO, *Colaciones*, 7, 13 (SC 42, 257).

15. Pr 15, 3.

que ellos verán a Dios[16]. ¿Cómo puede Satanás, cuyo corazón es imposible que esté limpio, estar ante el Señor viéndole?

5. Debe tenerse en cuenta que de él se dice que estaba ante el Señor, pero no que lo estuviera viendo. Acude a Él para ser visto, no para ver. Acudió a ponerse en presencia del Señor, no el Señor a su presencia. Como un ciego que se coloca ante el sol: aunque los rayos del sol le inunden, no alcanza a ver la luz que lo ilumina. Acudió también Satanás entre los ángeles a la presencia del Señor porque la potencia divina, que penetra todo con su visión, ve el espíritu inmundo que a Él no ve. Como los que se alejan de Dios no pueden ocultarse de su vista, porque todo está descubierto a su mirada, Satanás estuvo presente y, al mismo tiempo, ausente del que tenía ante él[17]. Sigue:

V **6.** *Le dijo el Señor: «¿De dónde vienes?».* ¿Por qué no se pregunta a ninguno de los ángeles elegidos «de dónde vienes» mientras que a Satanás se le interroga sobre su lugar de procedencia? Solemos interrogar sobre lo que ignoramos. Para Dios, sin embargo, ignorar es reprobar. A algunos se les dirá al final de los tiempos: *No sé de dónde sois, ¡apartaos de mí todos los que obráis la iniquidad!*[18]. De la persona sincera se dice que no sabe mentir, que rehusa dejarse llevar por la falsedad; lo cual no significa que no sepa mentir, sino que por su amor a la verdad rechaza decir mentiras. ¿Qué significa, por tanto, preguntar a Satanás «de dónde vienes», sino reprobar sus caminos como si los estuviera ignorando?

La luz de la Verdad desconoce las tinieblas que reprueba. Al condenar con su juicio los caminos de Satanás, es justo que le interrogue como si no los conociera. A Adán, que había pecado, le pregunta el Creador: *¿Dónde estás?*[19]. ¿Ignoraba acaso la divina Majestad a qué escondite había huido su siervo después de pecar? Al verlo ya caído en la culpa, sometido al pecado, como oculto a los ojos de la Verdad –ya que no aprueba la tiniebla de su error–, Dios se comporta como si ignorara dónde estaba el pecador, lo

16. Mt 5, 8.

17. Cf. AGUSTÍN, *Carta 147*, 11, 25 (PL 33, 607: *Obras*, XI, B.A.C., Madrid 1953, 226-227).

18. Lc 13, 27.

19. Gn 3, 9.

llama y le pregunta: *Adán, ¿dónde estás?* Llamándolo, lo invita a hacer penitencia. Preguntándole, insinúa claramente que ignora a los pecadores que en justicia han de ser condenados.

El Señor no llama a Satanás, sino que le pregunta: *¿De dónde vienes?* Dios, en efecto, no invita a la penitencia al espíritu apóstata, sino que, ignorando los caminos de su soberbia, lo condena. A esto se debe también que se interrogue a Satanás por su camino y no a los ángeles elegidos. Los caminos de éstos son manifiestos a Dios, se ajustan a su Creador. Los ángeles están al servicio de su voluntad; no pueden ser ignorados por quien con su mirada de aprobación permite que realicen siempre su misión en su presencia. Sigue:

VI 7. *Respondiendo Satanás dijo: «he recorrido la tierra y andado por ella».* La expresión *recorrer la tierra* suele designar una tarea fatigosa. Satanás recorre la tierra con fatiga porque rehusó permanecer en la quietud de la cumbre celeste. Al decir que anduvo sobre ella y no que la sobrevoló, se indica la magnitud del peso del pecado que lo empuja a lo más bajo. Recorre la tierra andando por ella porque, caído de el vuelo propio de una potencia espiritual y atrapado en la pesadez de su maldad, se ve obligado a caminar con fatiga por la tierra. De sus secuaces se dice por el salmista: *Los impíos marchan dando vueltas*[20], porque al no desear ya los bienes interiores se fatigan con angustia yendo tras los exteriores. Sigue:

VII 8. *¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie semejante a él en la tierra: hombre sencillo y recto, teme a Dios y rechaza el mal.* La voz divina afirma de Job que era sencillo y recto, que temía a Dios y rechazaba el mal. Como sobre esto ya hemos realizado más arriba una amplia y detallada exposición[21], evitaremos volver sobre lo ya dicho, no sea que repitiendo lo ya tratado tardemos más en ocuparnos de lo que aún no hemos presentado.

Debemos preguntarnos qué significa este modo de hablar. Ni al Señor, que es espíritu supremo e infinito, ni a Satanás, que no está revestido de la condición carnal, se ajusta el modo humano de

20. Sal 12, 9.
21. Cf. Mor 1, 2.16.36.

producir la voz aspirando aire con los pulmones y expulsándolo a través de la garganta. Cuando una naturaleza incomprensible habla a una naturaleza invisible es necesario que nuestra mente, trascendiendo el modo corporal de hablar, se eleve a los misterios sublimes y perciba en ellos las ignotas formas de una locución interior. También nosotros, para expresar externamente lo que sentimos en nuestro interior, nos servimos de los órganos guturales y del vehículo de la voz. A los ojos de los demás, permanecemos en lo oculto del alma como amparados tras la pared del cuerpo, pero cuando deseamos expresarnos a nosotros mismos es como si saliéramos por la puerta de la lengua para manifestar lo que internamente somos. Esto no ocurre en una naturaleza espiritual, no compuesta de la dualidad alma-cuerpo. Se debe, además, tener presente que cuando se dice que una naturaleza incorpórea habla, no lo hace de forma unívoca y siempre idéntica. De una forma habla Dios a los ángeles y de otra diferente los ángeles a Dios; de una forma habla Dios a las almas de los santos y de otra las almas de los santos a Dios; de una forma habla Dios al diablo y de otra el diablo a Dios.

9. Como a la naturaleza espiritual no se opone nada corpóreo, Dios habla a los ángeles santos manifestando a sus corazones sus escondidos e invisibles misterios. En la misma contemplación de la Verdad pueden leer todo lo que deben realizar; en los mandatos de su Voz reciben los gozos mismos de la contemplación. Es como si se les dijera al oído la inspiración que reciben por la vista. Cuando Dios quiso infundir en sus corazones el rechazo contra la soberbia humana, dijo: *Venid, bajemos y confundamos sus lenguas*[22]. A los que están junto a Él se les dice *venid*, porque el no menguar nunca en la contemplación divina es crecer cada vez más en ella, y no apartar nunca el corazón de Dios permaneciendo en torno a Él con movimiento estable es ir cada vez más hacia Él. Les dice: *Bajemos y confundamos sus lenguas*. Los ángeles se elevan cuando contemplan al Creador, bajan cuando empujan con severo juicio a la criatura erigida en rebeldía. Decir *bajemos y confundamos sus lenguas* significa manifestarles en Sí mismo lo que recta-

22. Gn 11, 7.

mente deben hacer e inspirar en sus mentes, por la fuerza de la visión interior y con secretas mociones, los juicios que han de pronunciar.

10. De forma diferente hablan los ángeles a Dios, como cuando se dice por medio de Juan en el Apocalipsis: *Digno es el Cordero, que ha sido inmolado, de recibir la potencia, la divinidad y la sabiduría*[23]. En su alabanza al Creador, la voz de los ángeles expresa la admiración que nace de la contemplación interior. Llenarse de estupor ante los milagros de la divina Majestad es ya un hablar, porque la emoción del corazón unida a la reverencia es el mayor clamor que la voz puede dirigir a los oídos del Espíritu infinito. Innumerables son las formas en que se expresa la admiración, como voz que se comunica con diferentes palabras. Así pues, Dios habla a los ángeles cuando les manifiesta su íntima voluntad para que le vean. Los ángeles hablan al Señor cuando, alzando su mirada por encima de ellos mismos, se elevan movidos por la admiración.

11. De un modo habla Dios a las almas de los santos, y de otro las almas de los santos a Dios. Se dice en el Apocalipsis de Juan: *Vi bajo el altar las almas de los que fueron asesinados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que habían dado; clamaban con gran voz diciendo: «¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, dejarás sin juicio y sin venganza nuestra sangre sobre los que habitan en la tierra?»*[24]. Y sigue: *Se les entregó a cada uno una vestidura blanca y se les dijo que aguardaran aún un poco hasta que se completase el número de sus compañeros de servicio y de sus hermanos*[25]. ¿Qué significa que las almas pidan venganza sino que desean que llegue el día del juicio final y la resurrección de los cuerpos que han muerto? Grande es su clamor porque grande es su deseo. Quien menos desea, menos clama. Con mayor voz se dirige a los oídos del Espíritu infinito, el que más plenamente pone en Él su deseo. Las mismas palabras de las almas son ya deseos. Si su discurso no fuera un deseo, el profeta no hubiera dicho: *Tu oído es-*

23. Ap 5, 12.
24. Ap 6, 9-10.
25. Ap 6, 11.

cuchó el deseo de su corazón[26]. La mente del que pide suele reaccionar de forma diferente a la mente del que se dirige la petición, por eso, las almas de los santos ponen su morada en el seno secreto e interior de Dios, encontrando descanso en Él.

¿Cómo es posible, entonces, que se diga que clamaban si sabemos que su voluntad no discrepa en nada de la de Dios? ¿Cómo es posible que eleven su petición, si sabemos con certeza que no ignoran ni la voluntad de Dios ni lo que sucederá en el futuro? Se dice que presentan peticiones, aun viviendo en Él, no porque deseen algo en desacuerdo con la voluntad que conocen, sino porque cuanto más ardientemente se unen a Él con la mente tanto más reciben de Él el deseo de seguir pidiendo lo que ya saben que les va a conceder. De Él beben lo que les hace estar más sedientos de Él, y, de forma aún incomprensible para nosotros, se sacian pregustando eso mismo que al ser pedido aumenta el hambre. No estarían de acuerdo con la voluntad del Creador si no pidieran lo que Él quiere que vean, y se unirían menos a Él si demandaran de mala gana lo que Él quiere darles. Dios les responde diciendo: *Aguardad aún un poco hasta que sea completado el número de vuestros compañeros de servicio y de vuestros hermanos*[27]. Decir a las almas que arden en deseos *aguardad un poco* significa saborear ya, a partir de lo que se pregusta, el solaz de la consolación estando todavía en el ardor del deseo. La voz de las almas expresa el deseo de los que aman. La respuesta de Dios los confirma con la certeza del premio en medio de sus deseos. Al decirles que deben esperar la reunión de sus hermanos, infunde en sus mentes la aceptación paciente de la demora: mientras anhelan la resurrección de la carne, se alegran por el aumento de los hermanos que son congregados.

12. De una forma habla Dios al diablo y de otra el diablo a Dios. Dios habla al diablo para increpar sus caminos y acciones con un severo y secreto reproche, como cuando aquí dice: *¿De*

26. Sal 10, 17.

27. Ap 6, 11. A diferencia de la cita anterior de este versículo, Gregorio adopta ahora el estilo directo y sustituye el verbo *impleatur* por *compleatur*, traducido en ambos casos por *sea completado*. La Vulgata emplea el estilo indirecto y señala la variante *impleatur* presente en los códices *Amiantinus* (s. VIII, en Nordumbría), *Cavensis* (s. IX, Cava, España) y *r* (Rávena, s. VI).

dónde vienes? Nada puede ocultar el diablo a la Majestad omnipotente en su respuesta, por eso dijo: *He recorrido la tierra y andado por ella.* Diciendo lo que ha hecho es como si reconociera que no puede ocultar sus acciones a los ojos de Dios.

Se debe, además, saber que, tal como se desprende de lo dicho hasta ahora, Dios habla al diablo de cuatro maneras diferentes, mientras que el diablo se dirige a Dios de tres formas distintas.

De cuatro maneras habla Dios al diablo porque denuncia sus injustos caminos, le echa en cara la justicia de sus elegidos, permite que ponga a prueba su inocencia y, a veces, le prohíbe que los tiente. Denuncia sus injustos caminos cuando le dice: *¿De dónde vienes?*; le echa en cara la justicia de sus elegidos al decirle: *¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie semejante a él en la tierra*; permite que ponga a prueba la inocencia de sus elegidos, diciendo: *Mira, todo cuanto posee está en tu mano*; y, más adelante, le prohíbe que lo tiente cuando dice: *Únicamente no extiendas tu mano sobre él.*

De tres formas se dirige el diablo a Dios: insinuando sus caminos, acusando la inocencia de los elegidos con falsos delitos y solicitando poner a prueba esa inocencia. Insinúa sus caminos, diciendo: *He recorrido la tierra y andado por ella*; acusa la inocencia de los elegidos, al decir: *¿Acaso Job teme a Dios en vano? ¿No has colocado tú un cerco en torno a él, a su casa y a todos sus bienes?*; solicita poner a prueba esa misma inocencia, cuando dice: *Extiende tu mano y toca cuanto posee y verás si no te maldice en tu cara.*

Ahora bien, que Dios le diga *¿de dónde vienes?* –como antes hemos explicado–, significa que increpa con la fuerza de su justicia los caminos de su maldad. Al decir: *¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie semejante a él en la tierra,* justifica a sus elegidos de tal manera que suscita la envidia en el ángel apóstata. Cuando dice: *Mira, todo cuanto posee está en tu mano,* da curso libre, por un secreto designio, a su malicia para que ataque a los fieles y los ponga a prueba. Diciendo, en fin: *Únicamente no extiendas tu mano sobre él,* frena, aun permitiéndolo, el ímpetu inmoderado de la tentación.

Por el contrario, cuando el diablo dice: *He recorrido la tierra y andado por ella,* revela no poder ocultar la sagacidad de su malicia a los invisibles ojos de Dios. Al decir: *¿Acaso Job teme a Dios*

en vano?, pretende escrutar en contra de los buenos los repliegues de sus conciencias, declara envidiar sus progresos y manifiesta, en su envidia, buscar cualquier resquicio para poder reprobarlos. Diciendo: *Extiende un poco tu mano y toca cuanto posee*, da a entender que ansía con encendida malicia la aflicción de los buenos; lleno de envidia, desea que sean tentados y pide casi con súplicas ponerlos a prueba. Pues bien, como ya hemos expuesto someramente los diferentes modos de expresión que utiliza el lenguaje interior, podemos volver al orden, brevemente interrumpido, de nuestra exposición.

VIII **13.** *¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie semejante a él en la tierra: hombre sencillo y recto, teme a Dios y rechaza el mal.* Ya se ha dicho en la explicación precedente que el diablo pretendía luchar contra Dios y no contra Job. El santo Job se encontró en medio de este combate. Si sostuviéramos que Job pecó con sus palabras al recibir los azotes –lo cual es absurdo–, estaríamos afirmando que Dios perdió su desafío[28].

Llegados a este punto, se debe advertir que no fue el diablo quien pidió primero al Señor que le diera al santo Job, sino que fue el Señor quien lo alabó en desprecio del diablo. No lo habría desafiado fiándose de Job si no hubiera sabido que perseveraría en su justicia. No podía, en efecto, permitir que pereciera en la tentación aquel por medio del cual había encendido el fuego de la envidia en la mente del tentador alabándolo antes de la tentación.

14. El antiguo adversario, cuando no encuentra algo malo de qué acusar, procura convertir en mal el mismo bien. Si es vencido en las obras, examina las palabras para poder acusarnos. Si tampoco logra culparnos a partir de las palabras, intenta ofuscar la intención de nuestro corazón, insinuando así que no se realiza el bien con buen ánimo y que, por tanto, el Juez no debe considerar como buenas obras que no lo son. Como ve que los frutos del árbol se conservan robustos incluso en medio del calor, actúa introduciendo un gusano en la raíz. De ahí que siga:

IX **15.** *¿Acaso Job teme a Dios en vano? ¿No has colocado tú un cerco en torno a él, a su casa y a todos sus bienes? Has bendeci-*

28. Cf. Mor Praef 8.

do las obras de sus manos y sus posesiones han crecido sobre la tierra. Como si abiertamente dijera: «si uno ha recibido tantos bienes en la tierra, ¿qué tiene de admirable que, gracias a eso, se comporte honradamente? Sería verdaderamente honrado si en medio de las adversidades perseverara en su bondad. ¿Por qué, entonces, llamar *grande* a quien la recompensa por cada una de sus obras viene acompañada de tal cantidad de bienes?».

El astuto adversario, al ver que el santo varón se comporta rectamente viviendo en la prosperidad, se apresura a reprobarlo ante el Juez incitándolo a la adversidad. Por eso, se dice en el Apocalipsis por medio de la voz angélica: *Ha sido precipitado el acusador de nuestros hermanos que los acusaba ante la mirada de nuestro Dios día y noche*[29].

La Sagrada Escritura suele simbolizar la prosperidad con el día y la adversidad con la noche. No deja de acusar ni de día ni de noche porque procura con insistencia hacernos merecedores de cualquier acusación tanto en la prosperidad como en la adversidad. Acusa de día cuando nos reprocha el mal uso que hacemos de los bienes. Acusa de noche cuando nos recrimina la falta de paciencia demostrada en medio de la adversidad. Como los golpes aún no habían caído sobre el santo Job, no había todavía ningún motivo para poderlo acusar de noche. No obstante, al manifestar una vida de gran santidad en la prosperidad, el diablo insinúa que su buen comportamiento se debe a los bienes que posee. En su mentira, afirma ladinamente que Job se sirve de sus bienes no para servir al Señor, sino para acumular más bienes. Y es que, hay algunos que para gozar del Señor usan de este mundo ordenadamente, mientras que otros, para disfrutar de este mundo, pretenden servirse de Dios transitoriamente. Al advertir los dones divinos, juzga que las acciones de este valeroso servidor carecen de valor. Como no puede reprender su vida a partir de las obras que cumple, condena las intenciones de su mente y afirma falsamente que, aunque vive externamente sin mancha, en todo lo que hace busca, no el amor del Señor, sino alcanzar mayor prosperidad temporal. Ignorando las fuerzas del santo Job, pero sabiendo

29. Ap 12, 10.

que donde uno es puesto verdaderamente a prueba es en la adversidad, solicita poder tentarlo para que aquel que había caminado sin tropiezos en el día de la prosperidad, al menos tropezara en la noche de la adversidad y, abatido por la impaciencia, cayera de bruces ante la mirada del que lo alababa. Por eso añade:

X **16.** *Extiende un poco tu mano y toca cuanto posee y verás si no te maldice en tu cara.* Satanás desea tentar al santo varón y, sin embargo, pide al Señor que extienda Él su mano. Importa notar aquí que, el que se ha ensoberbecido de forma única contra el Autor de todo lo creado, no se atribuye a sí mismo el poder para herir. Sabe que no puede hacer por sí mismo lo que quiera, pues ni siquiera el existir como espíritu es algo que se deba a él[30]. En el evangelio, la legión que debía salir de aquel hombre decía: *Si nos echas, envíanos a la piara de cerdos*[31]. Si estos no podían ir por sí mismos a los cerdos, ¿qué hay de admirable en que no pueda tocar siquiera la casa del santo varón sin la mano del Creador?

17. La voluntad de Satanás es siempre malvada, pero su poder no es siempre injusto. La voluntad le viene de sí mismo, mientras que el poder se lo debe al Señor. Lo que él desea hacer perversamente, no permite Dios que se haga si no es con justicia. De ahí que se diga en el libro de los Reyes: *Un espíritu malo del Señor invadía a Saúl*[32]. El mismo y único espíritu se dice que es malo y que es del Señor: es del Señor porque lo permite en su justo poder, es malo porque viene del deseo de una injusta voluntad. No se debe, por tanto, temer a aquel que nada puede hacer sin el permiso de Dios. Sólo se debe temer aquella fuerza que, permitiendo al enemigo enfurecerse, se sirve de su injusta voluntad para la realización de un justo designio.

Pide que extienda *un poco* la mano, porque lo que desea destruir son bienes exteriores. Satanás no considera haber hecho gran cosa hasta que no hiere el alma, de modo que por su herida pueda alejarla de la patria de la que él mismo salió expulsado por su soberbia.

30. El demonio no puede nada por sí mismo: incluso el ejercicio de su maldad está al servicio del plan bondadoso y permisivo de Dios; cf. Mor 2, 38; 16, 47; 17, 50-52.

31. Mt 8, 31.

32. 1 S 18, 10.

18. ¿Por qué dijo *verás si no te maldice en tu cara*? Nosotros volvemos nuestra mirada hacia lo que amamos y apartamos la cara de lo que rechazamos. ¿Qué significa la cara de Dios sino la mirada de su gracia? Dijo: *Extiende un poco tu mano y toca cuanto posee y verás si no te maldice en tu cara.* Como diciendo claramente: «quítale lo que le diste; si pierde lo que recibió, alejado de los bienes temporales, no querrá volverse a la mirada de tu gracia. Si no tiene nada en que deleitarse, te maldecirá y rechazará tu favor». La Verdad, provocada por tan ardiente petición, no se deja vencer, sino que para derrotar a su enemigo le concede lo que servirá para aumentar la recompensa de su siervo fiel. Luego añade:

XI **19.** *Mira, todo cuanto posee está en tu mano; únicamente no extiendas tu mano sobre él.* En las palabras del Señor se ha de considerar el designio de su santa misericordia: cómo permite actuar a nuestro enemigo y luego lo retiene, cómo lo deja más suelto y luego lo frena. En unas cosas autoriza que tiente, en otras lo amarra. *Todo cuanto posee está en tu mano; únicamente no extiendas tu mano sobre él.* Le muestra las posesiones, pero protege el cuerpo que más tarde será entregado al tentador. No lo entrega por completo a su enemigo para que no destroce a su súbdito hiriéndole por todas partes.

Cuando muchas desgracias avienen a los elegidos, por un admirable designio del Creador, se reparten esas desgracias en el tiempo. Así, daños que llevarían a la muerte si llegaran todos juntos, pueden ser soportados al venir repartidos. Por eso dijo Pablo: *Dios es fiel, no dejará que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas, sino que os dará con la tentación el modo de salir de ella para que podáis soportarla*[33]. Y David: *Ponme a prueba, Señor, y tiéntame*[34]. Como si claramente dijera: «examina primero mis fuerzas y permite que sea tentado según lo que pueda soportar».

La afirmación *mira, todo cuanto posee está en tu mano; únicamente no extiendas tu mano sobre él*, se puede también interpretar de otra manera: el Señor ya conocía a su fuerte púgil, pero quería dividir los combates contra el enemigo para que, aun estando re-

33. 1 Co 10, 13.
34. Sal 26, 2.

servada la victoria en todos ellos a su valeroso luchador, el enemigo vencido tuviera que presentarse al Señor antes de cada combate. De esa forma, después de cada victoria se le concede una nueva oportunidad, y, así, el servidor fiel resulta vencedor de un modo aún más admirable porque el enemigo vencido ha podido recuperarse y emprender contra él un nuevo ataque. Sigue:

XII 20. *Y se alejó Satanás de la presencia del Señor.* ¿Qué significa que Satanás se aleje de la presencia del Señor? ¿Cómo es posible alejarse de quien está en todas partes? El Señor dijo: *Yo lleno el cielo y la tierra*[35]. La Sabiduría afirma: *He recorrido sola el arco del cielo*[36]. Y sobre su Espíritu está escrito: *El Espíritu del Señor colma el orbe de la tierra*[37]. También el Señor dice en otro sitio: *El cielo es mi trono y la tierra el estrado de mis pies*[38]. Y en otro lugar está escrito: *Mide el cielo con su palma y encierra toda la tierra en su puño*[39]. Él permanece en el interior y en el exterior del trono sobre el que preside. Midiendo el cielo con su palma y encerrando la tierra en su puño, demuestra circundar todas las cosas que ha creado estando más allá de todas ellas, pues lo que es encerrado internamente está contenido externamente por quien lo encierra. El trono desde el que preside muestra que Él está por dentro y por encima; el puño con el que encierra la tierra indica que Él está por fuera y por debajo. El mismo que está en todas las cosas está fuera de ellas, por encima y por debajo. Es superior a ellas por su potencia; está por debajo de ellas en cuanto las sustenta. Es exterior a ellas por su grandeza, e interior a ellas por su penetración. Por arriba las gobierna, por debajo las contiene, por fuera las circunda, por dentro las penetra. Y no es que sea en una parte superior y en otra inferior, o en una exterior y en otra interior, sino que Él es uno y el mismo, todo en todas partes, sosteniendo lo que preside, presidiendo lo que sostiene, penetrando lo que circunda, circundando lo que penetra; presidiendo desde donde es superior, sosteniendo desde donde está en lo inferior, rodeando

35. Jr 23, 24.
36. Si 24, 5.
37. Sb 1, 7.
38. Is 66, 1; Hch 7, 49.
39. Is 40, 12.

desde donde es exterior, colmando desde donde es interior; gobernando como superior sin inquietud, sosteniendo sin esfuerzo como inferior, penetrando como interior sin disminución, circundando como exterior sin extensión. Así, es superior e inferior sin ocupar lugar, es grande sin anchura y es sutil sin disminución[40].

21. ¿Cómo se puede, por tanto, alejar de quien no está corporalmente en ningún sitio, de quien, por su ser ilimitado, no está ausente de ninguna parte? Cuando Satanás está sujeto a la potencia de la divina Majestad y no puede cumplir el deseo de su maldad, es como si permaneciera en presencia del Señor. Se aleja de su mirada cuando Dios lo suelta de los lazos que interiormente lo retienen y lleva a cumplimiento su deseo. Se aparta de la presencia del Señor cuando su perversa voluntad, amarrada durante largo tiempo por los lazos de la disciplina, pasa a la acción. Pues bien, tal como hemos dicho, cuando no puede realizar lo que desea es como si permaneciera en presencia del Señor; en ese caso, los designios divinos impiden que ponga por obra su maldad. Pero se aleja de su presencia porque recibiendo el poder para tentar, se apresura a cumplir sus perversas intenciones. Sigue:

XIII **22.** *Un día que sus hijos e hijas comían y bebían vino en casa del hermano primogénito, llegó un mensajero a Job y le dijo: «Los bueyes estaban arando y las asnas pastando junto a ellos, irrumpieron los sabeos, se llevaron todo y mataron a espada a los siervos. Sólo yo he escapado para anunciártelo».* Nótese cuáles son los momentos favorables para las tentaciones. El diablo escoge para tentar el momento en que encuentra a los hijos de Job en un banquete. El enemigo no sólo calcula qué hacer sino también cuándo hacerlo. En cuanto ha recibido poder para tentar, ha examinado ya el momento adecuado para el ataque. Con ello, nos enseña la divina Providencia que la alegría del satisfecho no es más que un anuncio anticipado de la tribulación.

Adviértase también con qué habilidad se anuncian los daños ocasionados. No se dice «los sabeos se han llevado los bueyes»

40. Cf. Mor 16, 38; Hm Ez I, 8, 16 (CCL 142, 109); II, 5, 10 (CCL 142, 283); AMBROSIO, *De Fide*, I, 16, 106 (PL 16, 553 A); AGUSTÍN, *Confesiones*, I, 4, 4 (CCL 27, 2: *Obras*, II, B.A.C., Madrid [5]1968, 75-76); VII, 5, 7 (CCL 27, 96: *Obras*, II, B.A.C., Madrid [5]1968, 274).

sino «los bueyes que se han llevado estaban arando», para que aumente el motivo del dolor recordando el provecho de su trabajo.

En la versión griega se refiere no sólo que robaron las asnas, sino que éstas estaban preñadas. Así, si el golpe recibido en el ánimo del oyente ha podido ser menor en razón del tipo de animal, ahora produce una herida mayor al notar su fecundidad.

Las desgracias hieren más el ánimo cuando, además de ser muchas, se anuncian de improviso. La magnitud de los gemidos se vió aumentada por la sucesión de mensajeros, pues continúa:

XIV **23.** *Mientras todavía estaba hablando vino otro y dijo: «El fuego de Dios ha caído del cielo y alcanzando a las ovejas y a los siervos, los ha consumido. Sólo yo he huido para contártelo».* Para evitar que los bienes perdidos conmovieran con dolor leve al que escuchaba, el demonio instigó su ánimo por medio de las mismas palabras de los mensajeros, llevándolo así hasta el extremo. Adviértase con qué astucia se dice *el fuego de Dios*, como queriendo decir: «aguantas la reprensión de Aquel al que quisiste aplacar con tantas víctimas; soportas la ira de Aquel a quien a diario te esforzabas en servir». Indicando que es el Dios a quien servía el que ha provocado sus desgracias, le da a entender que, a cambio, le está pagando con desgracias. Pretende que Job traiga a su mente las ofrendas que presentó a Dios y considere inútil el servicio que le prestaba, para que se rebele orgullosamente e injurie al Creador.

Cuando un alma religiosa ve que sufre el rechazo de los hombres, encuentra descanso en la consolación que nace de la gracia divina. Cuando ve crecer externamente los azotes de las tentaciones, anhelando el recogimiento de la esperanza en el Señor, huye al puerto interior de la conciencia. El astuto enemigo, para golpear el vigoroso pecho del santo varón con la desesperanza en Dios y con el rechazo de los hombres, le anunció primero la irrupción de los sabeos, y, luego, la bajada del fuego de Dios. Para cerrar en él el paso a toda consolación, le presenta como si fuera su adversario a Aquel que podía dar consuelo a su ánimo en medio de la desgracia. Pretendía así que Job, viéndose abandonado en la tentación y oprimido por todas partes, se pusiese a injuriar a Dios tanto más cuánto más grande fuera su desesperanza. Sigue:

XV **24.** *Mientras todavía estaba hablando vino otro y dijo: «Los caldeos formaron tres escuadrones, se lanzaron sobre los camellos y se los llevaron; a los siervos los mataron a espada. Sólo yo escapé para contártelo».* De nuevo, para evitar que el dolor provocado por la desgracia humana fuera pequeño, le anuncia la irrupción de los escuadrones caldeos; y, para que las heridas procedentes de lo alto no fueran menores, le describe una nueva cólera en el aire, pues sigue:

25. *Mientras hablaba entró otro y dijo: «Estando tus hijos y tus hijas comiendo y bebiendo vino en casa del hermano primogénito, irrumpió de repente un viento terrible desde la región del desierto, golpeó las cuatro esquinas de la casa, la derrumbó, aplastó a tus hijos y han muerto. Sólo yo escapé para contártelo».* Como no cae con la primera herida, le golpea dos y tres veces para herir su interior. Le había sido anunciada la desgracia de los sabeos y el castigo divino con el fuego del cielo, se le anuncia que unos hombres le han robado los camellos y han dado muerte a sus siervos, y ahora se le recuerda de nuevo la indignación de la ira divina al comunicarle que un viento impetuoso golpeó las esquinas de la casa y mató a sus hijos.

Es evidente que los elementos atmosféricos no pueden moverse sin un impulso de lo alto. Se deduce entonces que quien permitió que se movieran es el mismo que movió los elementos contra él, aunque también Satanás podría ponerlos en movimiento, una vez que ha recibido del Señor el poder para poner en obra su maldad. No debe sorprender que un espíritu expulsado de las alturas pueda perturbar los aires convirtiéndolos en vientos, cuando es claro que también los condenados a minas pueden servirse del agua y del fuego.

Debemos ahora preguntarnos por qué se le anuncian esos males, por qué tantos y por qué tan de seguido. Cuando se le comunicó la primera desgracia se infringió una herida en un pecho que aún estaba tranquilo; como si hubiera sido en un miembro sano. Pero cuando se repite el golpe, hiriendo de nuevo el corazón, se ocasionó una herida sobre otra ya existente, para empujarlo así a que pronunciara palabras de impaciencia.

26. Adviértase, además, con cuánta astucia el antiguo enemigo procuró quebrar la paciencia del santo varón no tanto con la pér-

dida de los bienes como con la sucesión de los mensajeros. Anunciando primero las pérdidas menores y después las mayores, refirió al final la muerte de los hijos para que no considerara despreciables los daños en la hacienda familiar; cosa que hubiera ocurrido si lo hubiera escuchado sabiéndose ya privado de sus hijos. La pérdida de bienes materiales hiere menos si ya se conoce la muerte de los hijos, porque ya la herencia no sirve para nada. Empezando por las cosa nimias, anunció al final las más graves para que, conociendo los perjuicios de forma gradual, cada uno de los azotes encontrara un sitio en el corazón provocando dolor.

Nótese también con qué perfidia se anuncia la gravedad de tanto mal y cómo vienen por separado y tan de improviso. El diablo pretendía que el mismo dolor, tan repentina y progresivamente creciente, no cupiese en el corazón del oyente y acabase por explotar pronunciando blasfemias tanto más encendidas cuanto mayor era el sofoco que producían tantos y tan seguidos mensajeros.

27. Creo que no se debe dejar pasar por alto el hecho de que los hijos, cuando murieron, celebraban un banquete en casa del hermano mayor. Antes se ha dicho que difícilmente se puede banquetear sin pecar[41]. Para hablar de nosotros y no de ellos, debemos saber que el comportamiento voluptuoso de los menores se controla con la disciplina de los mayores. Pero cuando son los mismos mayores los que se entregan a la voluptuosidad, es claro que desaparece el freno de la lascivia de los menores. ¿Quién se mantendrá sujeto a la disciplina si los mismos que deben velar por ella se dedican a satisfacer sus placeres? Encontraron la muerte mientras celebraban un banquete en la casa del hermano mayor, porque el enemigo se lanza con mayor vehemencia a atacarnos si sabe que los que están encargados de custodiar la disciplina andan ocupados en diversiones. Entonces hiere con mayor libertad, porque los que podían interceder para perdonar las culpas están entregados al placer.

No es que pensemos que los hijos de un varón tal no buscasen en estos banquetes más que llenar su estómago. Pero sabemos de

41. Cf. Mor 1, 10.

forma veraz que, incluso cuando uno procura disciplinadamente no superar en la comida el límite de lo necesario, durante el banquete la intención de la mente acaba nublándose y el que se creía seguro, se relaja y termina por considerar de poca importancia el combate contra las tentaciones. Por tanto, los hijos perecieron en el día que tocaba el banquete al primer hermano, porque el antiguo enemigo, gracias a la negligencia de los mayores, encuentra en la muerte de los menores una ocasión para provocar serios trastornos.

Conocemos ya cuántas fueron las flechas con que los mensajeros le hirieron. Escuchemos ahora cómo se comporta nuestro valeroso varón en medio de las heridas. Sigue:

XVI **28.** *Job entonces se levantó, se rasgó la vestidura, se rapó la cabeza y, postrándose en tierra, adoró.* Algunos consideran que es grande y firme filosofía el no sentir el golpe de los azotes ni los dolores cuando uno es corregido con la aspereza de la disciplina. A otros, por el contrario, los más pequeños golpes le afectan tanto, que, turbados por un irrefrenable dolor, se dejan llevar de la intemperancia de la lengua. Quien se esfuerza en alcanzar la verdadera filosofía debe evitar ambos extremos[42]. La insensibilidad del corazón no es el patrón de la verdadera virtud. Los miembros que no perciben dolor, ni siquiera cuando se les pincha, son miembros enfermos. A quien el dolor de los golpes le afecta más de lo debido, es que ha abandonado la custodia de la virtud: si el corazón se pone impacientemente a lanzar improperios cuando una mínima desventura lo aflige, en lugar de corregir sus malas acciones gracias a los azotes recibidos, no hace más que aumentarlas.

Contra la insensibilidad de los golpes se dice por el profeta: *Les golpeaste y no se dolieron; los trituraste y se negaron a aceptar la disciplina*[43]. Contra la pusilanimidad frente a los golpes, se dice por el salmista: *En las miserias no subsistieron*[44]. Habrían subsistido en las miserias si hubieran soportado las adversidades con ecuanimidad. Después de derrumbarse con la mente en medio de

42. Ni el rigorismo estoico ni el hedonismo epicúreo tienen que ver con la *verdadera filosofía* revelada en Cristo.

43. Jr 5, 3.

44. Sal 140, 11.

los azotes es como si hubieran perdido la firmeza para subsistir en medio de las miserias que le han afligido.

29. El santo Job, observando la regla de la verdadera filosofía, se preservó de ambos extremos gracias a su admirable ecuanimidad: ni despreció los azotes afectado por el dolor, ni se rebeló contra el juicio del que lo azotaba viéndose afectado por el dolor de forma excesiva. Perdidos todos sus bienes y muertos todos sus hijos, se levantó, rasgó su vestidura, rapó su cabeza y, postrándose por tierra, adoró. El hecho de rasgar las vestiduras, de raparse la cabeza y de postrarse por tierra muestra claramente que sintió el dolor del azote. Al añadir que adoró, abiertamente se da a entender que metido en el dolor no se excedió contra el juicio del que lo golpeaba. Ni se mostró impasible hasta el punto de despreciar a Dios con su insensibilidad, ni se mostró tan afectado que llegara a pecar doliéndose de golpes sin importancia.

Ahora bien, como el mandamiento del amor es doble –amar a Dios y al prójimo–, para expresar el amor al prójimo guardó luto por sus hijos, y, para no abandonar el amor a Dios, se entregó a la adoración en medio del llanto. Algunos suelen amar a Dios en la prosperidad, disminuyendo su amor cuando las desgracias les afligen. El santo Job, por el contrario, manifestando externamente su conmoción, da a entender que percibe los azotes del Padre; mostrándose humilde en la adoración, manifiesta no haber abandonado el amor al Padre ni siquiera en el dolor. Para no dar cabida a la soberbia, cuando recibió el golpe, al momento, se postró. Para no hacerse extraño al que lo hería, se postra y adora.

Era costumbre de los antiguos, especialmente de los que cuidaban el aspecto de su cuerpo, robustecer el cabello y cortárselo en tiempos de aflicción. A su vez, el que se lo cortaba en tiempo de tranquilidad, se lo dejaba crecer para manifestar su aflicción. El santo Job, que manifiesta haber cuidado su cabello en tiempos de tranquilidad, se rapa la cabeza cuando llega el dolor. Cuando la mano divina le golpea en todos sus bienes, él, voluntariamente, oscurece su aspecto revistiéndose de penitencia.

Escuchemos, sin embargo, qué dijo, cuando fue despojado de sus bienes y privado de sus hijos, el que se había rasgado las vestiduras, se había rapado la cabeza y se había postrado en tierra.

XVII 30. *Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo volveré a él.* ¡Cuán elevado es el trono del que gobierna con consejos interiores a éste que yace postrado en tierra con los vestidos rasgados! Por juicio de Dios había perdido todo. Para conservar la paciencia recordó el tiempo en que no tenía nada de lo que había perdido. Considerando el tiempo en que nada tenía, atemperó el dolor provocado por los bienes perdidos. Gran consuelo es, ante la pérdida de los bienes, traer a la mente el tiempo en que no teníamos nada de lo perdido.

No sin razón llamamos madre a la tierra; ella nos ha engendrado a todos. Está escrito: *Un gravoso yugo pesa sobre los hijos de Adán desde el día que han salido del seno de su madre hasta el día de la sepultura en la madre de todos*[45]. El santo Job, para llorar con paciencia lo que aquí ha perdido, dirige su mirada atenta al estado en que aquí llegó. Para aumentar la paciencia que ha de conservar, considera entonces con mayor cuidado aún el estado en que saldrá de aquí, y dice: *Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo volveré a él.* Como si dijera: «desnudo me trajo la tierra cuando entré aquí, desnudo me recibirá cuando salga de aquí. Si he perdido los bienes que recibí para luego entregarlos, ¿qué he perdido que fuera mío?».

Ahora bien, como la consolación no sólo se ha de obtener desde la consideración de nuestra condición, sino también a partir de la justicia del Creador, rectamente se añade:

XVIII 31. *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Como ha agradado al Señor, así ha sucedido.* El santo varón, tentado por el adversario, había perdido todo. Sabiendo que si el Señor no lo permitía, Satanás no tendría fuerzas para tentarlo, no dijo: «el Señor me lo dio, el diablo me lo quitó», sino *el Señor me lo dio, el Señor me lo quitó*. Quizás hubiera sido para dolerse si el enemigo hubiera quitado lo que el Señor había dado. Pero como el que quitó fue el mismo que dio, es suyo lo que recibió y no nuestro lo que se nos quitó. Si hemos recibido de Él los bienes que empleamos en esta vida, ¿por qué dolerse si el mismo Juez nos exige lo que generosamente nos había prestado? No es injusto el acreedor

45. Si 40, 1.

que no estando sujeto al vencimiento de ningún plazo, exige lo prestado cuando quiere. De ahí que rectamente se añada: *Como ha agradado al Señor, así ha sucedido.*

Cuando en esta vida sufrimos males que no queremos, debemos dirigir los esfuerzos de nuestra voluntad a Aquel que nada injusto puede querer. Es de gran consuelo saber que las cosas desagradables que nos ocurren, suceden por orden de Aquel a quien sólo agrada lo justo. Si sabemos que lo justo agrada al Señor y que no podemos sufrir nada sin su beneplácito, consideraremos justos nuestros sufrimientos y de gran injusticia murmurar de lo que justamente padecemos.

32. Pues bien, habiendo escuchado cómo nuestro fuerte orador ha defendido contra el adversario su propia causa, escuchemos ahora cómo, al final de su discurso, alaba con una bendición al Juez. Sigue: *¡Bendito sea el nombre del Señor!* Todo lo que rectamente siente, lo resume en una bendición al Señor. Viéndole así el adversario, vencido por su culpa, cae avergonzado: también él había sido creado para la bienaventuranza, pero se ha obstinado contra Dios mientras que un hombre entona himnos de gloria al ser golpeado.

Adviértase, además, que nuestro enemigo nos hiere con tantas flechas como tentaciones emplea para nuestra aflicción. A diario estamos en combate y a diario recibimos los dardos de sus tentaciones. Pero nosotros también lanzamos flechas contra él si, traspasados por las tribulaciones, respondemos con la humildad. El santo Job, golpeado por la pérdida de sus bienes y la muerte de sus hijos, transforma la fuerza del dolor en una alabanza al Creador, y dice: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Como ha agradado al Señor, así ha sucedido. ¡Bendito sea el nombre del Señor!* Abate al soberbio enemigo con la humildad, arroja por tierra al cruel con la paciencia. Y no pensemos que nuestro luchador ha recibido heridas y no las ha infligido. Cada vez que, golpeado, pronunciaba palabras de paciencia en alabanza a Dios, era como si clavara flechas en el pecho del adversario, provocando heridas más crueles que las que él recibía. Afligido perdió los bienes terrenos, pero soportando humildemente la aflicción multiplicó los celestes. Sigue:

XIX **33.** *En todo esto, Job no pecó ni dijo nada insensato contra Dios.* Al estar atrapados por la tribulación podemos llegar a

pecar con un movimiento oculto del pensamiento, aunque no pronunciemos palabra. Por eso, se subraya en el santo Job el testimonio que ofreció con la boca y con el corazón. Primero se dice: *No pecó*, luego se añade: *Ni dijo nada insensato contra Dios*. Quien no dice nada insensato evita pecar con la lengua. Al anteponer *no pecó*, es evidente que también evitó con el pensamiento el vicio de la murmuración. Por tanto, ni pecó ni dijo nada insensato, porque ni se llenó de orgullo ocultamente en su conciencia, ni dejó que su lengua pronunciara improperios. Pronuncia insensateces contra Dios, quien estando bajo los golpes del castigo divino, busca justificarse a sí mismo. Si se atreve a afirmar soberbiamente de sí que es inocente, ¿qué hace sino denunciar la justicia del que le hiere?

Ya hemos recorrido suficientemente el relato deteniéndonos en el sentido histórico. Dirijamos ahora nuestro comentario a indagar los misterios de la alegoría. En el texto está escrito:

Sentido alegórico

XX **34.** *Un día, cuando acudían los hijos de Dios a presentarse ante el Señor, acudió Satanás también entre ellos.* Se debe primero investigar por qué se dice que *un día* se hizo algo ante el Señor si en Él el curso temporal no sufre el cambio del día y de la noche. En esta Luz que ilumina lo que elige sin aproximación, y que abandona lo que rechaza sin alejamiento, no existe la imperfección del cambio. Permaneciendo inmutable en sí misma ordena todo lo sujeto a mutación. Ha creado en Sí todo lo pasajero de tal manera que las cosas no pueden pasar junto a Ella. Dentro de Ella, ante su mirada, no fluye el tiempo que corre por fuera junto a nosotros. De esa forma logra que permanezcan fijas en su eternidad las realidades inestables que se producen externamente con el paso de los siglos. ¿Por qué, entonces, se dice *un día* si para Él la eternidad es como un día? Del día de la eternidad el salmista no ha visto ni el final que lo cierra ni el principio que lo abre, de ahí que diga: *Un día en tus atrios es mejor que mil*[46].

46. Sal 84, 11.

35. Como la Sagrada Escritura habla de acontecimientos acaecidos temporalmente, es coherente que se empleen términos con connotación temporal. De esa forma se acomoda a nosotros y nos eleva. Al narrar de forma temporal algo referido a la eternidad, nos hace pasar, a los que vivimos inmersos en el tiempo, a las realidades eternas sin que nos demos cuenta. Empleando expresiones que nos son conocidas, infunde en nuestras almas la eternidad que desconocemos[47]. ¿Qué hay de admirable en que Dios no descubra a la mente humana su inmutabilidad en la Sagrada Escritura, si leemos que después de la resurrección sólo dio a conocer de manera progresiva la naturaleza incorruptible del cuerpo que había asumido? Gracias al testimonio de Lucas hemos aprendido que primero envió unos ángeles a quienes lo buscaban en el sepulcro[48]; luego se apareció a los discípulos que por el camino hablaban de Él, pero sin darse a conocer; les mostró quién era sólo después de una larga exhortación y al partir el pan[49]; finalmente, entrando de improviso, no sólo se dio a conocer, sino que además quiso que lo tocaran[50]. Como la debilidad aún gravaba sobre el corazón de los discípulos, para el conocimiento de un misterio tan elevado fue necesario administrarles un sustento tal que, buscando, encontrasen algo poco a poco, al encontrar creciesen, y, creciendo, mantuviesen con mayor vigor los misterios así conocidos. Por tanto, como somos guiados progresivamente a la eternidad mediante la sucesión de palabras y hechos, y no repentinamente, se dice que sucedió algo *un día* en presencia de Dios y dentro de Aquel que, sin ser temporal, observa los tiempos.

36. Al decir que Satanás también acudió y que lo hizo *un día*, ¿pretende decir acaso la Sagrada Escritura que Dios ve las tinieblas en la luz? Nosotros no podemos captar la luz y la tiniebla en una misma y única acción de mirar: cuando el ojo percibe la tiniebla, desaparece la luz; y cuando se vuelve al resplandor de la luz, la sombra de las tinieblas se aleja. Se dice que un día acudió también Satanás ante la Potencia que ve todo cuanto cambia sin Ella

47. Cf. Ex Cant 2 (CCL 144, 3-4).
48. Cf. Lc 24, 4.
49. Cf. Lc 24, 15-31.
50. Cf. Lc 24, 36-43.

cambiar, porque Dios alcanza a ver sin oscuridad las tinieblas del ángel apóstata. Nosotros, como hemos dicho, no podemos contemplar en un mismo y único acto lo que elegimos aprobándolo y lo que condenamos rechazándolo, porque cuando dirigimos nuestra atención a una cosa la apartamos de la otra, y cuando la volvemos a ésta se aleja de aquella a la que se había acercado.

37. Dios, sin embargo, observa, sin sufrir cambio, todas las cosas simultáneamente: las comprende sin distenderse en ellas, tanto las buenas que sostiene como las malas que juzga; premia las que ayuda y condena las que juzga. Todo lo dispone según un orden plural, sin Él verterse en la pluralidad. Así pues, se dice que Satanás también acudió un día porque la luz de su eternidad no puede ser ofuscada por nada sujeto a cambio. Como las tinieblas pueden estar en su presencia, se dice además que Satanás acudió también entre los hijos de Dios. El espíritu impuro puede, en efecto, ser penetrado por la Potencia de justicia que colma el corazón de los espíritus puros, y puede ser traspasado por el Rayo de Luz que inunda a los que viven iluminados.

38. Acudió entre los hijos de Dios porque si éstos existen para socorrer a los elegidos, el diablo está para ponerlos a prueba. Se presentó entre los hijos de Dios porque, si éstos se ofrecen como ayuda bondadosa a los que se fatigan en esta vida, él, sin saberlo, realiza un servicio en favor de la justicia divina ejerciendo su ministerio de reprobación. De ahí que se diga por medio del profeta en el libro de los Reyes: *Vi al Señor sentado sobre su trono; al ejército del cielo a su derecha y a su izquierda; y dijo: «¿En qué engañaré a Ajab para que suba y caiga en Ramot de Galaad?». Unos dijeron una cosa y otros otra. Avanzó uno y dijo: «Yo engañaré a Ajab». Y le preguntó: «¿En qué lo engañarás?». Respondió diciendo: «Iré y me haré espíritu falaz en boca de todos sus profetas»*[51].

¿Qué debemos entender por trono del Señor sino las potestades angélicas, sobre cuyos espíritus reina disponiendo desde arriba todo lo que está debajo de Él? ¿Qué es el ejército del cielo sino la multitud de los ángeles que le sirven? ¿Por qué se dice que el ejército del cielo se encontraba a derecha e izquierda de Él? Dios,

51. 1 R 22, 19-22.

presente en todas las cosas permaneciendo fuera de ellas, no tiene derecha ni izquierda. La derecha de Dios designa la parte elegida de los ángeles, la izquierda la parte réproba. Lo cual quiere decir que, al servicio de Dios, no sólo están los ángeles buenos que auxilian, sino también los malos que ponen a prueba a los hombres; no sólo le sirven los que sostienen a los que se apartan del pecado, sino también los que oprimen a los que no quieren volver a Dios. Diciendo ejército *del cielo*, se puede también referir a la parte réproba de los ángeles. En el mismo sentido hablamos de aves *del cielo*, refiriéndonos a los animales que vemos volar en el aire. Sobre esos espíritus dice Pablo: *Contra los espíritus del mal que están en los cielos*[52], y refiriéndose a su jefe, dijo: *Según el príncipe de la potencia del aire*[53]. Así pues, el ejército de los ángeles está a la derecha y a la izquierda, porque la voluntad de los espíritus elegidos concuerda con la misericordia divina y la inteligencia de los espíritus malignos, estando al servicio de su malicia, se somete al severo juicio divino[54].

Se dice luego que un espíritu falaz avanzó entre ellos ofreciéndose a engañar al rey Ajab, tal como merecían sus obras. No es posible creer que un espíritu bueno quisiera entregarse a la mentira y dijera: *Iré y me haré espíritu falaz en boca de todos sus profetas*[55]. Por sus pecados anteriores, el rey Ajab merecía ser castigado con ese engaño. De esa forma, el que a menudo cometía voluntariamente pecados, se vería castigado sin él querer. Por eso, según una secreta disposición divina, se concede licencia a los espíritus malignos para estrangular con el lazo del pecado a quienes lo cometen voluntariamente, y conducirlos, aun en contra de su voluntad, al castigo merecido.

Lo que ahí se expresa diciendo que el ejército de Dios estaba a su derecha y a su izquierda, aquí se indica afirmando que Satanás acudió entre los hijos de Dios. Los ángeles que están a la derecha de Dios aquí son llamados *hijos de Dios*; los ángeles que

52. Ef 6, 12.
53. Ef 2, 2.
54. Cf. supra Mor 2, 16.
55. 1 R 22, 22.

están a su izquierda, equivalen aquí a la presencia de Satanás en medio de ellos.

39. Como hemos decidido indagar los misterios de la alegoría, no es incoherente notar que el Señor ve a Satanás de día, pues ha condenado sus caminos mediante la encarnación de su Sabiduría. No lo hubiera visto si hubiera tolerado, sin poner remedio, su perversidad para la perdición del género humano. De ahí que, en seguida, le diga la voz divina:

XXI **40.** *¿De dónde vienes?* Satanás es interrogado de día sobre sus caminos porque las ocultas insidias del enemigo quedan al descubierto a la luz de la Sabiduría que se ha manifestado. El diablo es increpado por el Señor encarnado y recibe la corrección por su execrable descaro. Por eso añade: *Le dijo el Señor: «¿De dónde vienes?».* Refutó con sus preguntas los caminos de Satanás cuando le increpó, y puso freno a la perversidad de sus engaños con la venida del Mediador. No en vano se dice que los hijos de Dios se presentaron ante el Señor ese día, porque todos los elegidos y llamados a la patria eterna son congregados al resplandor de la luz de la Sabiduría. Y aunque la Sabiduría había venido encarnándose para reunirlos y llevar así a cumplimiento su obra, por su presciencia ya estaban interiormente en presencia de su divinidad. Así pues, la venida del Redentor interroga al antiguo enemigo. Escuchemos lo que contesta:

XXII **41.** *He recorrido la tierra y andado por ella.* Desde Adán hasta la venida del Señor, Satanás ha atraído tras de sí a todos los pueblos gentiles. Ha recorrido y andado sobre la tierra porque ha impreso en el corazón de los gentiles los vestigios de su maldad. Cayendo desde las alturas se ha apoderado con derecho de las almas humanas, porque, tal como ellas quisieron, fueron atrapadas en el lazo de la propia culpa, y tanto más a sus anchas ha deambulado por el mundo cuanto menos ha encontrado en él a nadie que por su pecado no estuviera a él esclavizado. Ha recorrido el mundo como si estuviera lleno de poder, porque no ha encontrado en él ningún hombre que plenamente le resistiese. Pero ya es hora de que Satanás regrese. Ya es hora de que la Potencia divina le impida llevar a cumplimiento su malicia, porque ha aparecido ya en la carne Aquel que en la debilidad de la carne no ha sufrido contagio alguno del pecado. Ha venido ya el Humilde al que el

soberbio enemigo contempla admirado. El que había despreciado la fuerza de su debilidad tiembla ahora ante la debilidad de su humanidad. Por eso, con admirable expresividad, se propone contra él la misma debilidad humana que provoca su pavor, y se dice:

XXIII **42.** *¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie semejante a él en la tierra.* Ya hemos dicho que Job significa «doliente». Se le llama «doliente» porque es figura del que carga con nuestros sufrimientos, tal como atestigua el profeta[56]. *No hay nadie semejante a él en la tierra,* porque todo hombre no es más que hombre, mientras que Él es Dios y hombre. No hay nadie semejante a él en la tierra porque aunque alguien pueda progresar hasta alcanzar la condición divina como hijo adoptivo, nunca, sin embargo, llegará a ser Dios por naturaleza. Rectamente se le llama *siervo* porque no tuvo a menos asumir la condición de siervo[57]. Al hacer suya la humildad de la carne no dañó en nada su propia majestad, porque, asumiendo lo que había de salvar sin alterar lo que ya poseía, ni la humanidad hizo disminuir su divinidad, ni la humanidad absorbió su humanidad[58]. Se dice por Pablo: *El cual, siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios, sino que se anonadó asumiendo la condición de siervo*[59]. Que se anonadase significa que, dejando su grandeza invisible, se mostró visible para ocultar en la condición de siervo la infinita penetración que tiene de todas las cosas por su divinidad. Para Dios, decir a Satanás *¿te has fijado en mi siervo Job?*, es mostrarle en figura a su admirable Hijo unigénito en la condición de siervo. Manifestarle con una potencia tan maravillosa en la carne era como ofrecer a la soberbia del adversario un espectáculo que le hiciera sufrir. Tras mostrarle un bien ante el cual quedase admirado, faltaba aún añadir la enumeración de sus virtudes para reprimir su soberbia. Sigue:

56. Cf. Is 53, 4.
57. Cf. Flp 2, 6-7.
58. Tal es la enseñanza que quedó definida en el Concilio de Calcedonia (451): la unión en Cristo de la divinidad y de la humanidad no se ha producido por absorción o confusión, sino que «quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas» («salva proprietate utriusque naturae»); así lo encontramos formulado ya en el *Tomus ad Flavianum* del papa León Magno (cf. PL 54, 757-767), cuyo lenguaje asume Gregorio.
59. Flp 2, 6-7.

XXIV **43.** *Hombre sencillo y recto, teme a Dios y rechaza el mal.* El Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, vino sencillo para ofrecer a los hombres un ejemplo de vida; recto, para combatir a los espíritus malignos; temeroso de Dios, para debelar la soberbia; rechazando el mal, para purificar de toda impureza la vida de sus elegidos. Isaías, refiriéndose principalmente al mismo Dios, dice: *Lo llenará el espíritu de temor del Señor*[60]. El mismo Cristo se apartó de forma única del mal, porque no quiso imitar el comportamiento que encontró en los hombres, tal como atestigua Pedro: *No cometió pecado, ni se encontró engaño en su boca*[61].

Sigue: *Dijo Satanás: «¿Acaso Job teme a Dios en vano? ¿No has colocado tú un cerco en torno a él, a su casa y a todos sus bienes? Has bendecido las obras de sus manos y sus posesiones han crecido sobre la tierra.* El antiguo enemigo supo que había venido al mundo su debelador, el Redentor del género humano, por eso, en el evangelio se dice por medio del hombre que estaba poseído: *¿Qué tienes que ver con nosotros, Hijo de Dios? Has venido aquí antes de tiempo a atormentarnos*[62]. Cuando lo descubrió sujeto al sufrimiento y vió que podía morir como cualquier hombre, llevado de su altanera soberbia, puso en duda todo lo que había sospechado sobre su divinidad. No teniendo más conocimiento que el que nace de la soberbia, lo vió en tanta humildad que dudó de que fuera Dios. Así, para tentarlo, acude a sus propios argumentos y le dice: *Si eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en panes*[63]. Viéndolo sujeto al sufrimiento, no creyó que fuera Hijo de Dios por nacimiento, sino un protegido por la gracia de Dios. Esto es cuanto se deduce de este texto.

XXV **44.** *¿No has colocado tú un cerco en torno a él, a su casa y a todos sus bienes? Has bendecido las obras de sus manos y sus posesiones han crecido sobre la tierra.* Dice que el Señor ha cercado su casa porque no puede, con sus tentaciones, entrar en su conciencia. Afirma que sus riquezas están cercadas porque cree que

60. Is 11, 3.
61. 1 P 2, 22; cf. Is 53, 9.
62. Mt 8, 29.
63. Mt 4, 3.

no podrá asaltar a los elegidos de Dios. Se queja de que Dios haya bendecido las obras de sus manos y de que sus posesiones hayan crecido sobre la tierra, porque consumiéndose de envidia ve que por la predicación de los apóstoles se propaga la fe en el conocimiento de los hombres. Dice que crecen sus posesiones, porque, gracias a los trabajos de los predicadores aumenta a diario el número de los fieles. Hablando Satanás a Dios de esta forma manifiesta su envidia; hablando así, se consume de dolor. Sigue:

XXVI **45.** *Extiende un poco tu mano y toca cuanto posee y verás si no te maldice en tu cara.* El diablo creía que el protegido por la gracia de Dios en tiempos de tranquilidad podría caer en el pecado si el sufrimiento lo alcanzaba. Como si claramente dijera: «al ser probado en la aflicción, el que pasa por ser Dios gracias a sus milagros, aparecerá como hombre y pecador».

XXVII **46.** *El Señor le contestó: «Mira, todo cuanto posee está en tu mano; únicamente no extiendas tu mano sobre él».* Como estamos interpretando la historia sagrada según el sentido alegórico, la mano de Satanás debe ser entendida no como su poder, sino como la tentación. Se pone en manos del tentador todo cuando posee y se le prohíbe extender su mano sobre él –cosa que se le concederá una vez perdidas todas sus riquezas–, porque primero Judea había sido posesión suya y luego le fue arrebatada al caer en la infidelidad y ser clavada su carne en el patíbulo de la cruz. Por tanto, del Señor, que primero perdió Judea al enfrentársele y luego fue llevado hasta la cruz, se puede decir que primero perdió sus posesiones y luego sufrió en sí mismo la maldad de sus adversarios.

XXVIII **47.** *Y se alejó Satanás de la presencia del Señor.* Ya hemos dicho más arriba que Satanás sale de la presencia del Señor porque marcha a realizar sus deseos. Se encontraba ante Él cuando no podía, por su causa, satisfacer la sed de mal que tenía.

XXIX **48.** *Un día que sus hijos e hijas comían y bebían vino en casa del hermano primogénito.* Hemos dicho ya que los hijos e hijas del santo Job designan tanto el orden de los apóstoles como la multitud de los fieles. El Señor encarnado llamó primero a la fe a unos pocos de la Judea, y, luego, agregó a la multitud del pueblo gentil. ¿Quién es el hijo mayor del Señor sino el pueblo judío que en un tiempo había engendrado al Señor por la ley que se le dio? ¿Quiénes son los hijos menores sino el pueblo gentil que fue con-

gregado desde los confines del mundo? Sin saberlo, Satanás realizaba un servicio en favor de los hombres cuando procuraba provocar la pasión del Señor corrompiendo los corazones de sus perseguidores. Por entonces, los santos apóstoles no sabían que la gentilidad debía ser agregada a Dios y sólo predicaban los misterios escondidos de la fe a los habitantes de Judea.

Cuando se dice que Satanás salió de la presencia del Señor, se añade a continuación que los hijos e hijas celebraban un banquete en casa del hermano primogénito. A ellos se les había dicho: *no saldréis al camino de los gentiles*[64]. Sin embargo, tras la muerte y resurrección del Señor son enviados a predicar a los gentiles. Por eso se dice también en el libro de los Hechos: *Era necesario predicar primero a vosotros la palabra de Dios, pero como la rechazáis y os habéis hecho indignos de la vida eterna, nos hemos dirigido a los gentiles*[65]. Y así, estos hijos del Esposo –sobre los cuales dice el mismo Esposo: *No ayunarán los hijos del Esposo mientras el Esposo esté con ellos*[66]–, celebran un banquete en casa del hermano primogénito porque los apóstoles aún se alimentaban con las delicias de la Sagrada Escritura únicamente en la asamblea del pueblo judío.

XXX 49. *Llegó un mensajero a Job y le dijo: «Los bueyes estaban arando y las asnas pastando junto a ellos, irrumpieron los sabeos, se llevaron todo y mataron a espada a los siervos. Sólo yo he escapado para anunciártelo»*. ¿De quién son figura los bueyes sino de los que obran el bien? ¿De quién las asnas sino de los que viven con sencillez? Rectamente se dice que las asnas pastaban junto a los bueyes porque las almas de los sencillos, incluso cuando no pueden comprender las verdades más elevadas, consideran como propias, en virtud de su caridad, las buenas obras de sus hermanos, a los cuales, debido a ello, más se aproximan. Como no saben qué significa envidiar los sentimientos de los demás es como si en los pastos apenas se separaran de ellos. Se alimentan juntos asnas y bueyes porque los más torpes, al unirse a los más sabios, se alimentan de su inteligencia. El nombre sabeo significa «aquel que

64. Mt 10, 5.
65. Hch 13, 46.
66. Mt 9, 15; Mc 2, 19; Lc 5, 34.

hace cautivos»[67]. ¿A quiénes se puede llamar «los que hacen cautivos» sino a los espíritus inmundos que a todos los que someten a su dominio los llevan cautivos a la infidelidad? Los sabeos pasan a espada a los siervos porque hieren gravemente con las flechas de sus tentaciones a aquellos cuya juvenil firmeza aún no les permite ser libres o robustos. Empiezan, sí, a obrar el bien, pero lo hacen de forma tan frágil que caen sometidos a los espíritus inmundos llevándolos cautivos. El enemigo mata a espada porque los espíritus traspasan a sus víctimas con la desesperación eterna.

50. ¿Qué significa que llegue un mensajero diciendo *sólo yo he escapado*? ¿Quién es este mensajero que escapa solo de perecer con los demás sino la palabra profética que, cumpliendo las palabras de desgracias que predijo, vuelve sola y sin heridas al Señor? Al saberse que es verdad lo que había predicho sobre el acaecimiento de desgracias es como si se señalara victoriosa en medio de los muertos. Por esta razón se envía un siervo a Rebeca para desposarla con Isaac, porque la profecía realiza un servicio de mediación en los desposorios de la Iglesia con el Señor. Sólo un siervo escapa de la irrupción de los sabeos llevando el mensaje, porque una vez que los espíritus malignos conducen a la cautividad las almas de los débiles, se cumple la palabra de la profecía que, preanunciando esta misma cautividad, dice: *Por esto mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento*[68]. La profecía es como si se salvara cuando se presenta la cautividad que predijo. Sigue:

XXXI **51.** *Mientras todavía estaba hablando vino otro y dijo: «El fuego de Dios ha caído del cielo y alcanzando a las ovejas y a los siervos, los ha consumido. Sólo yo he huido para contártelo».* Todos los que ejercieron el oficio de la predicación en la sinagoga son llamados rectamente *cielo*, porque se les suponía capaces de gustar los misterios supremos. Moisés, cuando quería llamar la atención de los sacerdotes y del pueblo sobre sus palabras de exhortación, dice: *Atienda el cielo y hablaré; oiga la tierra las palabras de mi boca*[69]. Por *cielo* entiende el orden de los que presiden,

67. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 884).
68. Is 5, 13.
69. Dt 32, 1 según LXX.

y por *tierra* el pueblo súbdito. No hay inconveniente en entender en este punto por *cielo* a los sacerdotes, fariseos y doctores de la ley, los cuales, a los ojos de los hombres, aparecían casi como la luz de lo alto, pues estaban al servicio de las realidades celestes.

Ahora bien, como manifestaron con gran vehemencia su rechazo a Nuestro Redentor, han caído como fuego del cielo engañando al pueblo ignorante y se han consumido en las llamas de la envidia, a pesar de ser tenidos por maestros de la verdad. Sabemos por el evangelio que envidiaban la doctrina de la Verdad y buscaban la ocasión para entregar al Señor, pero por temor al pueblo no se atrevían a desvelar lo que andaban tramando. Está escrito, además, que para disuadir al pueblo dijeron: *¿Acaso alguno entre los jefes o entre los fariseos ha creído en él? Pero esta turba que no conoce la ley está maldita*[70].

¿Quiénes son las ovejas y los siervos sino los que siendo inocentes son aún débiles? El pueblo judío temió soportar la oposición de los jefes y de los fariseos y fue consumido en la hoguera de la infidelidad. Por eso se dice: *El fuego de Dios ha caído del cielo y alcanzando a las ovejas y a los siervos, los ha consumido*, o lo que es igual: «la llama de la envidia ha salido de los corazones de los jefes y ha quemado todo lo bueno que empezaba a brotar en el pueblo». Cuando los malos sacerdotes reivindican su prestigio enfrentándose a la Verdad, apartan de toda rectitud los corazones de los que les siguen.

Rectamente se añade: *Sólo yo he huido para contártelo*, porque al cumplirse los malvados sucesos predichos, el discurso de la profecía escapa a la muerte del error y dice: *Ahora el fuego devora a los adversarios*[71]. Como si claramente dijera: «en el futuro los malvados serán torturados por el fuego de la venganza y ahora se abrasan por la envidia, porque los que luego recibirán como castigo el suplicio que merecen, se afligen ya a sí mismos con el tormento de la envidia». Por tanto, sólo un siervo huye y trae la noticia de la muerte de ovejas y siervos por el fuego, cuando, despreciando el pueblo judío la profecía, ésta se descubre verda-

70. Jn 7, 48-49.
71. Is 26, 11 según LXX.

dera y dice: *El rencor se ha apropiado del pueblo necio*[72]. Como si claramente dijera: «el pueblo, que no quiere examinar las palabras de los profetas y dar crédito a las palabras de los envidiosos, ha perecido en el fuego del rencor porque se ha abrasado con las llamas de la envidia ajena». Sigue:

XXXII 52. *Mientras todavía estaba hablando vino otro y dijo: «Los caldeos formaron tres escuadrones, se lanzaron sobre los camellos y se los llevaron; a los siervos los mataron a espada. Sólo yo escapé para contártelo»*. El término caldeo significa «feroz»[73]. ¿A quién podemos aplicar el nombre de caldeos sino a los autores de la persecución que prorrumpieron en perversos clamores diciendo *crucifícalo, crucifícalo*[74]? De ellos salieron tres escuadrones cuando fariseos, herodianos y saduceos se dividieron a la hora de formular al Señor preguntas capciosas. Fueron vencidos por boca de la Sabiduría, pero, como es previsible que se ganaran seguidores necios, tras formar tres escuadrones, se llevaron los camellos. Cada uno de los tres bandos corrompió, con las depravadas artimañas que supo, los corazones de los insensatos. Los atrajeron con sus persuasiones hasta llevarlos a la muerte. Condujeron las tortuosas almas de los débiles a la esclavitud.

Después de predicar el Señor en Samaría, muchos samaritanos fueron admitidos a la heredad de Nuestro Redentor. Pero los que pusieron a prueba al Señor sin esperar en la resurrección, con la pregunta sobre los siete maridos muertos de una única mujer ¿acaso no pretendían que se perdiera la fe de los samaritanos creyentes, de los cuales nos consta que ignoraban la esperanza en la resurrección? Los que aceptan de la ley unas cosas y rechazan otras, se comportan como los camellos: son animales puros por ser rumiantes, pero se les declara impuros por no tener la pezuña partida. Los camellos, rumiantes con la pezuña de una sola pieza, representan a los que en Judea escuchaban el relato de la Escritura en sentido literal, pero no sabían descubrir en ella la fuerza del sentido espiritual.

72. Is 26, 11 según LXX.
73. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 821).
74. Lc 23, 21.

Los caldeos, distribuidos en tres grupos, roban los camellos, cuando fariseos, herodianos y saduceos, tuercen con su pérfida influencia toda recta comprensión. Matan, además, a espada a los siervos, porque a los que entre el pueblo ya tenían capacidad para razonar, no les opusieron la fuerza de la razón, sino la autoridad del poder. Como dirigentes, querían que sus súbditos les imitaran. Aunque sus seguidores llegaban ya a comprender, los llevaban a la perdición ejercitando la autoridad de su gobierno. Huyó sólo un siervo llevando la noticia, porque abandonando a fariseos, herodianos y saduceos a sus perversas intrigas, se cumplió la palabra profética que dijo: *Los que tenían la ley no me han conocido*[75]. Sigue:

XXXIII **53.** *Mientras hablaba entró otro y dijo: «Estando tus hijos y tus hijas comiendo y bebiendo vino en casa del hermano primogénito, irrumpió de repente un viento terrible desde la región del desierto, golpeó las cuatro esquinas de la casa, la derrumbó, aplastó a tus hijos y han muerto. Sólo yo escapé para contártelo».* Hace poco hemos dicho que por hijos e hijas entendemos a los apóstoles que predican y al pueblo a ellos sometido. Se afirma que celebraban un banquete en casa del hermano primogénito porque todavía degustaban las delicias de la sagrada predicación en las estancias del pueblo judío. *Irrumpió de repente un viento terrible desde la región del desierto.* La región del desierto es el corazón de los infieles que, abandonando al Creador, no tiene habitante que la cultive. ¿Qué significa el viento terrible sino la tentación fuerte? Un viento terrible irrumpió desde la región del desierto porque en la pasión de nuestro Redentor vino una fuerte tentación contra los fieles desde el corazón de los judíos. Tampoco hay inconveniente para interpretar la región del desierto como la multitud abandonada de los espíritus inmundos. Desde esta multitud viene un viento y embiste contra la casa porque de ellos procede la tentación que perturbó el corazón de los perseguidores.

54. La casa donde comían los hijos se apoyaba sobre cuatro esquinas. Sabemos que en la sinagoga eran tres los órdenes de los que regían: sacerdotes, escribas y ancianos del pueblo. Si a ellos añadimos los fariseos, ya tenemos los cuatro ángulos de esta casa.

75. Jr 2, 8.

Llega un viento de la región del desierto y embiste contra las cuatro esquinas de la casa cuando irrumpe la tentación que procede de los espíritus inmundos e incita las mentes de los cuatro órdenes a emprender la malvada persecución. La casa se derrumba y aplasta a los hijos porque mientras en Judea tenía lugar la cruel persecución contra el Señor, la fe de los apóstoles caía en el espanto y la desesperación. En cuanto vieron cómo detenían a su Maestro, se dieron a la fuga y lo negaron. Aunque la mano interior sostuvo sus espíritus orientados hacia la vida que presentían, sin embargo, el temor carnal destruyó en ellos la vida de fe. Judea se enfureció y ellos abandonaron a su Creador y, al igual que se derrumbó la casa al ser golpeados sus cuatro ángulos, así también sucumbieron ellos. ¿Qué se podía esperar en aquel momento del grupo de fieles si sus mismos arietes habían huido? Uno de ellos se escapó para anunciarlo porque la palabra profética había augurado estos hechos demostrando su valor, al decir del pueblo perseguidor: *Mi amado ha cometido muchos crímenes en mi casa*[76]; de los buenos predicadores que huyeron en la pasión: *Mis cercanos se han alejado de mí*[77]; y de todos los que se llenaron de terror: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño*[78]. Sigue:

XXXIV **55.** *Job entonces se levantó, se rasgó la vestidura.* Destruida la casa y muertos los hijos, Job se levantó porque caída Judea en la infidelidad y muertos de miedo los predicadores, el Redentor del género humano se levantó a sí mismo de la muerte de carne con su resurrección, mostrando así el terrible juicio que les espera a sus perseguidores. Su resurgir revela el gran vigor que empleará con los pecadores. Se levanta cuando pone al descubierto su justo juicio contra los réprobos. Por eso se indica que rasgó sus vestiduras. ¿Cuál es la vestidura del Señor sino la sinagoga que se unió a Él en la espera de la Encarnación gracias a los profetas que la anunciaron? Ahora se reviste de aquellos que le aman, como afirma Pablo: *A fin de presentar ante sí la Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga*[79]. Se dice *sin mancha ni arruga* porque se

76. Jr 11, 15.
77. Sal 38, 12.
78. Za 13, 7; Mt 26, 31.
79. Ef 5, 27.

muestra con sus vestidos espirituales limpios en las obras, tersos en la esperanza. Así pues, cuando Judea creyó que el Señor había de encarnarse, se adhirió a Él y fue, en verdad, su vestidura.

56. El esperado llegó. Llegando enseñó doctrinas nuevas. Enseñando realizó milagros y, haciendo milagros, soportó, sin embargo, la perversidad. Rasgó la vestidura que le cubría sacando en Judea a unos de la incredulidad y dejando a otros en su infidelidad. ¿Qué representa la vestidura rasgada sino Judea dividida en pareceres contrarios? Si sus vestiduras no hubiesen sido rasgadas, el evangelista no hubiera dicho que al predicar el Señor se produjo un enfrentamiento en el pueblo: *Unos decían: «Es bueno»; otros: «No lo es, engaña a las turbas»*[80]. Es como si se hubieran rasgado sus vestidos cuando por su predicación perdió la unidad de la concordia entre sus oyentes. Sigue:

XXXV **57.** *Se rapó la cabeza y, postrándose en tierra, adoró.* ¿Qué son los cabellos cortados sino la sutil finura de los misterios? ¿Qué simboliza la cabeza sino la excelencia del sacerdocio? Al profeta Ezequiel se le dice: *Tú, hijo de hombre, coge para ti una espada aguda que corte hasta los pelos, empúñala y pásala por tu cabeza y tu barba*[81]. El gesto del profeta representa el juicio del Redentor que, al aparecer en la carne, se rapó la cabeza, porque arrancó los misterios de sus mandamientos al sacerdocio judío, y se cortó la barba porque, abandonando al pueblo de Israel, lo privó de la belleza de su potencia. ¿Qué representa aquí la tierra sino el hombre pecador? Al primer hombre que pecó se le dijo: *Tierra eres y a la tierra volverás*[82]. Con el nombre tierra se designa a la gentilidad pecadora. Judea se tenía por justa y consideraba réprobos a los gentiles, tal como atestigua Pablo cuando dice: *Nosotros, judíos de origen, y no gentiles pecadores*[83]. Nuestro Mediador actuó como si se hubiera rapado la cabeza y adorara postrándose en tierra, porque abandonando Judea y arrancando sus sagrados misterios a su sacerdocio, se dio a conocer a los gentiles. Se rapó los cabellos de la cabeza porque privó a su primer sacer-

80. Jn 7, 12.
81. Ez 5, 1.
82. Gn 3, 19.
83. Ga 2, 15.

docio de los misterios de la ley. Se postró en tierra porque se entregó a sí mismo a los pecadores para salvarlos. Abandonando a los que se tenían por justos, acogió a los que se sabían y se tenían por pecadores injustos.

Él mismo dice en el evangelio: *He venido a este mundo para un juicio, a fin de que los que no ven, vean, y los que ven, queden ciegos*[84]. También por eso, la columna de nube que precedía al pueblo en el desierto relucía con el resplandor de fuego, no durante el día, sino durante la noche, porque nuestro Redentor, con el ejemplo de su trato, estaba al frente de los que le seguían y no irradió ninguna luz a los que confiaban de su justicia. Por el contrario, inflamó con el fuego de su amor las tinieblas de los que reconocían sus pecados.

No considere, pues, nuestra mente indigno del Redentor el aplicarle la postración que se cuenta de Job. Está escrito: *El Señor envió la palabra a Jacob y cayó en Israel*[85]. Jacob significa «suplantador»[86] e Israel «el que ve a Dios»[87]. ¿A quién representa Jacob sino al pueblo judío? ¿A quién Israel sino al pueblo gentil? Aquel a quien Jacob procuró suplantar dando muerte a su carne, fue visto por la gentilidad como Dios gracias a los ojos de la fe. La palabra fue enviada a Jacob y cayó en Israel porque Aquel que el pueblo judío rechazó cuando vino hasta él, fue al momento acogido en la fe por el pueblo gentil. Del Espíritu Santo, en verdad, está escrito: *El Espíritu del Señor cayó sobre ellos*[88].

58. En la Sagrada Escritura se dice que la palabra de Dios y el Espíritu Santo *caen*, para expresar su inesperada forma de venir. Lo que se precipita o cae llega abajo repentinamente. Por eso, que el Mediador se postre en tierra significa que llegó a los gentiles inesperadamente, sin signos previos. Ahora bien, rectamente se dice que postrándose *adoró*, porque al asumir la humildad de la carne infundió deseos de humildad en los que en Él cree. Llevó a cabo lo que había enseñado, tal como se dice de su Espíritu: *El*

84. Jn 9, 39.
85. Is 9, 7.
86. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 825).
87. Cf. JERÓNIMO, *o. c.* (PL 23, 832).
88. Hch 10, 44.

mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inefables[89]. No pide por ser igual a los demás, sino que se dice que suplica porque a los que llena los hace suplicantes. Lo mismo manifiesta nuestro Redentor en sí mismo, pues cuando se aproximaba su pasión oró al Padre. ¿Qué hay de admirable en que el mismo que soportó la violencia de los pecadores hasta la muerte, se haya sometido al Padre en forma de siervo y le haya presentado su oración? Sigue:

XXXVI **59.** *Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo volveré a él.* La madre del Redentor según la carne es la sinagoga. Desde ella ha venido hasta nosotros asumiendo un cuerpo visible. No obstante, lo ha mantenido dentro de sí cubierto con el velo de la letra porque no quiso abrir los ojos de la mente a la inteligencia espiritual. Como no quiso ver a Dios, que se ocultaba en la carne de un cuerpo humano, es como si hubiera despreciado contemplarlo desnudo en su divinidad. Salió desnudo del seno de la madre porque, procediendo desde la sinagoga, llegó a los gentiles visible en la carne.

José, que abandonó el manto al huir, es buen símbolo de esto. Cuando una mujer adúltera quiso abusar de él, José huyó abandonando el manto[90]. De igual forma, cuando la sinagoga, creyendo que el Señor era sólo hombre, lo quiso retener con brazo adúltero, Él mismo dejó ante sus ojos el manto de la letra y mostró al conocimiento de los gentiles la potencia de su divinidad. Pablo, en efecto, dice: *Hasta hoy, cuando se lee a Moisés, un velo cubre sus corazones*[91], porque la mujer adúltera retuvo consigo el manto y dejó escapar desnudo a Aquel que quería sujetar perversamente. Así pues, salió desnudo del seno materno porque saliendo de la sinagoga se mostró visible a la fe de los gentiles.

¿Abandonó acaso la sinagoga por completo? ¿Dónde queda entonces lo que se dice por el profeta: *Aunque el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, sólo un resto se salvará*[92]?

89. Rm 8, 26.
90. Cf. Gn 39, 12.
91. 2 Co 3, 15.
92. Is 10, 22; Rm 9, 27.

¿Dónde lo que está escrito: *Cuando entre la plenitud de los gentiles, entonces también todo Israel se salvará*[93]? Será cuando el Señor aparezca visible también a la sinagoga. Será, sin duda, al final de los tiempos cuando se dé a conocer como Dios al resto de su pueblo. De ahí que rectamente añada: *Desnudo volveré a él.* Desnudo volverá al seno materno cuando al final de este mundo, el que fue despreciado hecho hombre en el tiempo, se revele a los ojos de la sinagoga como Dios anterior a los tiempos. Sigue:

XXXVII **60.** *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Como ha agradado al Señor, así ha sucedido. ¡Bendito sea el nombre del Señor!* Nuestro Redentor, en cuanto Dios, nos da, juntamente con el Padre, todos los bienes; en cuanto hombre, recibe del Padre algunos de ellos. Dígase, por tanto, de Judea, cuando creyó en el misterio de su encarnación futura: *El Señor me lo dio.* Dígase de Judea cuando despreció la esperada presencia de su encarnación: *El Señor me lo quitó.* Dio cuando algunos creyeron en lo que había de suceder; quitó, tal como merecía su ceguera, cuando otros despreciaron venerar los misterios que antes habían creído.

61. A los que creen en Él, les enseña a saber bendecir al Señor en medio de la tribulación, pues añade: *Como ha agradado al Señor, así ha sucedido. ¡Bendito sea el nombre del Señor!* También atestigua el evangelio que, aproximándose su pasión, pronunció la acción de gracias al coger el pan[94]. Pronuncia la acción de gracias el mismo que recibe los azotes de la iniquidad ajena. El que no merecía recibir ningún golpe, bendice a Dios humildemente cuando le golpean. De esta forma nos muestra qué debe hacer cada uno cuando se encuentra sometido a los azotes provocados por el propio pecado, si el mismo Señor soportó los azotes por los pecados ajenos. Muestra también con claridad qué debe hacer el súbdito cuando es corregido, si Él, siendo igual al Padre, le da gracias en medio de los azotes. Sigue:

XXXVIII **62.** *En todo esto, Job no pecó ni dijo nada insensato contra Dios.* Que no pecó y que no dijo nada insensato contra Dios lo afirma claramente Pedro hablando del Redentor: *No cometió pe-*

93. Rm 11, 25-26.
94. Cf. Mt 26, 26.

cado, ni se encontró engaño en su boca[95]. Cuanto más se reviste el engaño de sabiduría en la boca de los hombres, tanto más insensato parece a los ojos del Señor, tal como atestigua Pablo diciendo: *La sabiduría de este mundo es insensatez ante Dios*[96]. Como no hubo engaño en su boca, no hay duda de que no dijo nada insensato. Los sacerdotes y jefes creyeron que había hablado insensatamente cuando, interrogado durante su pasión, testificó ser Hijo de Dios. De ahí que los que le interrogaban dijeran: *¿Qué necesidad tenemos de más testimonios? Nosotros mismos hemos escuchado sus blasfemias*[97]. En realidad, no dijo nada insensato contra Dios, porque declarando la verdad revelaba a los no creyentes con su muerte lo que después mostró con su resurrección a todos los redimidos.

Sentido moral

63. Hemos recorrido brevemente estos versículos aplicando su significado a nuestra Cabeza. Debemos ahora volver nuestra atención al sentido moral para procurar la edificación del Cuerpo, de modo que los hechos que se narran por fuera en la acción, sepamos cómo se ejercitan por dentro en el alma.

Cuando se presentan ante el Señor los hijos de Dios, acude también entre ellos Satanás porque, a menudo, entre los buenos pensamientos que surgen en nuestro corazón gracias a la actuación del Espíritu Santo, se introduce también astutamente el enemigo para perturbar los buenos pensamientos y disiparlos perversamente una vez perturbados. El que nos creó no nos abandona nunca en la tentación. Al calor de su luz podemos desenmascarar al enemigo que se oculta cuando nos ataca. Por eso se le dice a continuación:

XXXIX **64.** *¿De dónde vienes?* Interrogar al astuto enemigo es desvelarnos sus insidias. Conociendo por dónde se introduce en el corazón podremos organizar en su contra una firme vigilancia.

95. 1 P 2, 22.
96. 1 Co 3, 19.
97. Mt 26, 65.

XL **65.** *Respondiendo Satanás dijo: «He recorrido la tierra y andado por ella».* Que Satanás recorra la tierra significa que escruta los corazones carnales e indaga en qué momento puede acusarlos. Recorre la tierra porque circunda los corazones humanos para arrebatarles el bien, introducir en ellos el mal, aumentar el mal introducido, llevarlo al máximo y adquirir así compañeros perfectos de suplicios entregados a la iniquidad. Nótese que no sobrevuela la tierra, sino que *anda* por ella, porque no abandona rápidamente a ninguno de los que tienta sino que donde encuentra un corazón lábil fija el pie de su miserable persuasión, se detiene en él e imprime las huellas de su depravación, haciendo, de todos los que puede, réprobos semejantes a él en maldad. En contra de Satanás, recibe Job la alabanza, pues se dice:

XLI **66.** *¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie semejante a él en la tierra: hombre sencillo y recto, teme a Dios y rechaza el mal.* Dios alaba, casi al oído de Satanás, a aquel a quien la divina inspiración robustece frente al enemigo. El Señor alaba concediendo primero bienes, y custodiando luego los bienes concedidos. El antiguo enemigo se enfurece aún más contra los buenos cuando ve que el Señor los protege con el cerco de su divina protección. Por eso le responde diciendo:

XLII **67.** *¿Acaso Job teme a Dios en vano? ¿No has colocado tú un cerco en torno a él, a su casa y a todos sus bienes? Has bendecido las obras de sus manos y sus posesiones han crecido sobre la tierra.* Como si claramente dijera: «¿Por qué alabas al que fortaleces con tu protección? Una persona merece tu alabanza si después de menospreciarme se mantiene firme oponiendo en mi contra sus propias fuerzas». A renglón seguido Satanás le solicita en contra de ese hombre lo que el Protector de la persona humana le otorga en su bondad. Continúa:

XLIII **68.** *Extiende un poco tu mano y toca cuanto posee y verás si no te maldice en tu cara.* A menudo, cuando producimos fecundamente frutos de virtud o cuando gozamos de una continua prosperidad, el alma se engríe un poco creyéndose que los bienes de que disfruta se deben a ella misma. El antiguo enemigo procura echar mano de esos bienes, pero no puede tentar al alma si Dios, en su bondad, no se lo permite. Así, cuando el alma es tocada por la tentación, se tambalea en los bienes que disfrutaba, reco-

noce entonces la fragilidad de su condición y se robustece más firmemente en la esperanza del auxilio divino. De esa forma, por un admirable designio de la divina misericordia, de la tentación hecha por el maligno enemigo para que el corazón perezca, el Creador misericordioso saca una instrucción que llena al alma de vida. De ahí que añada:

XLIV **69.** *Mira, todo cuanto posee está en tu mano; únicamente no extiendas tu mano sobre él.* Como si claramente dijera: «te concedo que pongas a prueba exteriormente a mis elegidos en cada uno de sus bienes, pero debes saber que yo mismo preservo su perseverancia en lo íntimo de sus corazones». Dice a continuación:

XLV **70.** *Y se alejó Satanás de la presencia del Señor.* Al diablo no se le permite nunca prevalecer sobre los corazones hasta el punto de conducirlos al desfallecimiento. Por eso, apartado del interior de las conciencias, vaga en lo exterior. Aunque por fuera perturba a menudo las fuerzas del alma, no hiere, sin embargo, los corazones de los buenos hasta el punto de hacerlos perecer porque encuentra la resistencia del mismo Dios. Sólo se le permite ensañarse contra un alma cuando las tentaciones se requieren para instruirla y robustecerla. Se pretende con ello que las buenas obras que realiza el alma no las atribuya a sus propias fuerzas, que no se abandone a la indolencia creyéndose segura, que no se derrumbe al ceñirse el temor y que vigile protegiendo su propio provecho con una solicitud creciente al ver que, cada vez más, está contra el adversario en la batalla de las tentaciones.

XLVI **71.** *Un día que sus hijos e hijas comían y bebían vino en casa del hermano primogénito, llegó un mensajero a Job y le dijo: «Los bueyes estaban arando y las asnas pastando junto a ellos, irrumpieron los sabeos, se llevaron todo y mataron a espada a los siervos».* La sabiduría nace en el corazón de los elegidos como el primero entre todos los bienes; otorgada como don del Espíritu Santo es la primera de la descendencia. La sabiduría corresponde a nuestra fe, tal como atestigua el profeta: *Si no creéis, no entenderéis*[98]. Sabemos comprendiendo cuando a todo lo que dice el Creador nosotros aportamos la fe con la que creemos. Los hijos cele-

98. Is 7, 9 según LXX.

bran un banquete en casa del hermano primogénito cuando las demás virtudes se alimentan con la fe. Si la fe no es la primera en brotar en nuestro corazón, las demás virtudes no serán buenas aunque lo parezcan. Nuestras virtudes banquetean en casa del primogénito cuando se sacian con el alimento de la Sagrada Escritura en la morada de la fe. Está escrito: *Sin fe es imposible agradar a Dios*[99]. Nuestras virtudes se nutren con los verdaderos manjares de la vida cuando empiezan a alimentarse con los misterios de la fe. Así pues, los hijos celebran un banquete en casa del hermano primogénito porque si las demás virtudes no se sustentan con las delicias de la sabiduría para realizar con prudencia lo que desean, nunca podrán ser verdaderas virtudes.

72. Mientras las buenas obras que realizamos pastan en los campos de la fe y de la sabiduría, nuestro enemigo roba los bueyes que aran y las asnas que pacen, y mata a espada a los siervos. ¿Qué representan los bueyes que aran sino nuestros pensamientos más graves? Estos pensamientos roturan el corazón con trabajosa ejercitación produciendo abundantes frutos de progreso. ¿Qué simbolizan las asnas sino la sencillez de movimientos del corazón? Cuando procuramos mantener el corazón alejado de la doblez del error es como si lo alimentáramos en el campo de una pureza libre.

Si el astuto enemigo percibe en el corazón pensamientos graves, con frecuencia los corrompe introduciendo en ellos la delectación del placer; y si ve sencillez de movimientos en el corazón, le presenta las más sutiles finuras para que el alma busque la alabanza a partir de las sutilezas que se le ocurren y pierda la sencillez de la pureza. Por eso, aunque no puede forzar al alma a que cometa una obra malvada, daña, al menos, los pensamientos de los buenos sometiéndolos a tentaciones de modo que, perturbando los bienes del alma, da la impresión de que los esté arrancando de raíz.

Los bueyes que aran pueden también representar los pensamientos de caridad con los que procuramos ser provechosos para los demás y con los que buscamos una palabra que rompa la dureza del corazón fraterno. Las asnas, que no se oponen con ninguna

99. Hb 11, 6.

reacción irracional y feroz a los pesos con que las cargan, bien pueden simbolizar la mansedumbre de la paciencia. El antiguo enemigo, cuando ve que queremos ayudar a otros con nuestra palabra, sumerge nuestra mente en una especie de perezoso sopor para que no encontremos agrado socorriendo a los demás ni siquiera estando libres de preocupaciones. Roba los bueyes que aran cuando, por medio del sopor de la negligencia que infunde, destruye los pensamientos de la mente que estaba entregada a producir frutos de fraterna utilidad. Aunque los corazones de los elegidos vigilen el interior protegido de sus pensamientos y sepan con antelación que deberán soportar mucho para vencer al tentador, éste se alegrará de haber robado al menos algo porque, como mínimo, habrá ocupado momentáneamente el pensamiento de los buenos.

73. En otras ocasiones, el astuto enemigo, cuando ve el alma preparada para resistir, busca aquello que ella más ama e introduce por ahí los lazos de la caída, pues cuanto más se ama algo más fácilmente se pierde la paciencia por ello. Los corazones de los elegidos vuelven siempre sobre sí con solicitud y se afligen gravemente ante la más mínima moción desordenada. A partir de esos movimientos interiores desordenados aprenden cómo deberían haberse comportado, manifestando mayor firmeza cuando se repiten. No obstante, el antiguo enemigo, cuando perturba los buenos propósitos de paciencia, aunque sea por un momento, se alegra como si hubiera robado las asnas del campo del corazón.

Cuando nos disponemos a hacer algo, solemos sopesar con vigilancia razonable qué es lo más conveniente. A menudo, sin embargo, el enemigo irrumpe perturbándonos con una tentación repentina y sorprende inesperadamente la vigilancia del corazón, actuando como si matara a espada a los siervos encargados de la custodia. Sólo uno huye –el que anuncia que los demás han muerto–, porque, una vez sufrido el ataque del enemigo, la discreción vuelve siempre al ánimo y sopesa cuánto ha debido soportar el alma, como anunciándole con ello que sólo ella ha escapado. Sólo uno regresa a la casa habiendo perecido los demás, porque el discernimiento acude a la conciencia después que el alma se ha visto envuelta en los ataques de la tentación. Así, lo que el alma descubre haber perdido debido a esos ataques repentinos, lo recupera gracias a la compunción que la aflige.

XLVII **74.** *Mientras todavía estaba hablando vino otro y dijo: «El fuego de Dios ha caído del cielo y alcanzando a las ovejas y a los siervos, los ha consumido. Sólo yo he huido para contártelo».* ¿Qué representan las ovejas sino la inocencia de los pensamientos y la pureza de corazón de los buenos? Lo que se dice del cielo se puede decir del aire, como ya hemos dicho hace poco. En el mismo sentido hablamos de los pájaros «del cielo». Sabemos que los espíritus inmundos que cayeron del cielo etéreo vagan ahora entre el cielo y la tierra. Tienen envidia de los corazones humanos que se elevan a los bienes celestiales porque debido a la impureza de su presunción han sido expulsados de esos bienes. Pues bien, como la llama de su malevolencia irrumpe desde las potestades celestes contra la pureza de nuestros pensamientos, se dice que el fuego cae desde el cielo contra las ovejas.

A menudo, los pensamientos puros de nuestra mente se inflaman con el ardor de la sensualidad y, como si se tratase de ovejas consumidas por el fuego, los castos movimientos del alma se ven perturbados por la tentación de la lujuria. Se habla de *fuego de Dios* porque, aunque no es obra de Dios, se produce con su permiso. Los siervos vigilantes mueren a espada porque las potencias malignas derriban las defensas del alma con un ataque inesperado. Uno logra huir incólume, porque el discernimiento persevera y rechaza minuciosamente todo lo que el alma padece, escapando sólo él del peligro de muerte. Incluso en medio de pensamientos turbados, el discernimiento no sucumbe, de modo que puede dar a conocer al ánimo sus pérdidas, actuando como el siervo que lleva a su señor la noticia de la desgracia.

XLVIII **75.** *Mientras todavía estaba hablando vino otro y dijo: «Los caldeos formaron tres escuadrones, se lanzaron sobre los camellos y se los llevaron; a los siervos los mataron a espada. Sólo yo escapé para contártelo».* Ya hemos dicho más arriba que los camellos –en parte puros por ser rumiantes y en parte impuros por tener la pezuña de una pieza–, representan la buena administración de los asuntos temporales; asuntos en los que el enemigo más nos instiga cuanto más nos dedicamos a ellos. Todo el que está al frente de la gestión de asuntos terrenos se encuentra, en efecto, más expuesto a los dardos del oculto enemigo. Hay quien procura actuar precavidamente, pero al prever con gran esmero lo que

puede ocurrir en el futuro, deja de percibir incautamente los daños presentes. Hay también quien, por el contrario, despierto para vigilar lo presente, se duerme a la hora de prever lo que sucederá. Unos, realizando una acción con torpeza, descuidan lo que deberían haber hecho con vigilancia; otros, mostrándose más vigilantes de lo necesario, actúan con una inquietud que perjudica aquello mismo que vigilan. Así, por ejemplo, hay quien procura poner freno a su lengua, pero la responsabilidad de las cargas que lleva le impiden callar. Hay también quien se impone una censura demasiado severa y calla lo que debería decir. Unos, dejándose llevar de una gran relajación en la realización de asuntos necesarios, dicen lo que deberían callar. Otros, enredados en tantas ocupaciones que apenas pueden soportar cuanto se agita en su interior, quedan imposibilitados para actuar y se sienten profundamente abatidos en su corazón; inactivos y tranquilos por fuera, se sienten agotados debido a los duros trabajos que sufren por dentro.

Muchas veces el alma intuye el mal que se avecina, se llena de un gran ardor combativo, rehuye el sopor y vive de noche como si fuera de día. Por fuera, sus miembros están tranquilos, recostados sobre el lecho. Por dentro, en el foro de su corazón se discute a grandes voces. Entonces, nada de cuanto se preveía sucede y todo ese pensamiento que se ejercitaba diariamente con tanto esmero, se ve de repente vacío e inactivo. Y así, por haber dejado de concentrarse en lo esencial, se ve disperso en cosas inútiles.

Los espíritus malignos nos atacan en nuestras tareas administrativas aprovechándose de nuestra dejadez, de nuestras precipitaciones, de nuestra pereza, o de nuestra locuacidad inmoderada, oprimiéndonos casi siempre con el peso de pensamientos inútiles como los caldeos que roban los camellos formando tres grupos. Formar tres grupos contra los camellos significa devastar la administración de asuntos terrenos con acciones ilícitas, con palabras superfluas y con pensamientos desordenados. Mientras la mente procura aplicarse con eficacia a la gestión de los bienes exteriores, deja de revisarse interiormente e ignora los daños que ella misma padece, volcada como está en las acciones ajenas con un celo excesivo. Una persona acepta rectamente la responsabilidad de una administración cuando presta atención a las necesidades propias y a las del prójimo: no se descuida a sí mismo llevado por una inmo-

derada solicitud frente a lo ajeno, ni pospone el cuidado de los demás ocupado sólo en sus propios asuntos.

Con frecuencia, sin embargo, cuando la mente vigila con esmero ambos aspectos, cuando atiende con gran circunspección su propia persona y lo que le han encomendado, sucede que se ve turbada repentinamente por cualquier inesperado motivo que le arrastra a la ruina y al abandono de todos sus asuntos. Por eso, también mueren a espada los siervos que cuidaban de los camellos. Vuelve uno porque, entre tanto, el juicio que nace del discernimiento se presenta ante los ojos de la mente, y, el alma, atenta a sí misma, comprende lo que ha perdido en su interior debido al ataque repentino de la tentación.

XLIX 76. *Mientras hablaba entró otro y dijo: «Estando tus hijos y tus hijas comiendo y bebiendo vino en casa del hermano primogénito, irrumpió de repente un viento terrible desde la región del desierto, golpeó las cuatro esquinas de la casa, la derrumbó, aplastó a tus hijos y han muerto. Sólo yo escapé para contártelo».* Como hemos dicho antes[100], la región del desierto designa la multitud expulsada de espíritus inmundos que, abandonando la beatitud de su Creador, es como si hubiera perdido la mano que la cultivaba. De ella viene un viento impetuoso y destruye la casa porque la tentación fuerte procede de los espíritus inmundos y saca a la conciencia de su estado de tranquilidad. La casa estaba fundada sobre cuatro ángulos porque el edificio de nuestra mente se apoya en la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia. Entre cuatro ángulos se sostiene la casa porque toda obra buena tiene su fundamento en estas cuatro virtudes. También en el paraíso son cuatro los ríos que riegan la tierra, porque cuando estas cuatro virtudes se infunden en el corazón, se templa el fuego de todo deseo carnal.

A veces, sin embargo, al presentarse la desidia, se enfría la prudencia, pues cuando la fatiga le abruma, no sabe prever lo que sucederá. A veces, cuando algún placer se presenta al alma, nuestra templanza se marchita, pues cuanto más nos dejamos llevar por los placeres de la vida presente, tanto menos nos moderamos

100. Cf. Mor 2, 53.

frente a lo que es ilícito. A veces, el temor entra en el corazón y perturba nuestra fortaleza, de modo que, temiendo inmoderadamente perder algo de lo que amamos, ofrecemos menor resistencia a las adversidades. A veces el amor propio se introduce en el alma alejándola con ocultos empujones de la rectitud de la justicia. El alma deja, entonces, de querer volver toda ella a su Creador y viola dentro de sí el derecho de la justicia.

Así pues, un viento impetuoso golpea las cuatro esquinas de la casa cuando una fuerte tentación sacude con ocultas embestidas estas cuatro virtudes. Y, de la misma forma que una casa se derrumba cuando se agitan sus cuatro ángulos, así también la conciencia se turba cuando estas cuatro virtudes son golpeadas.

77. Los hijos banquetean entre los cuatro ángulos de la casa porque entre los arcanos misterios del alma –elevada gracias a las cuatro virtudes hasta la cima de la rectitud–, las demás virtudes, verdadera prole del corazón, se nutren unas a otras. El Don del Espíritu forma en el alma dócil la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia, antes que cualquier otra virtud. Luego instruye al alma contra cada una de las tentaciones modelándola con los siete dones: para hacer frente a la necedad, concede la sabiduría; frente a la estupidez, el entendimiento; frente a la precipitación, el consejo; frente al miedo, la fortaleza; frente a la ignorancia, la ciencia; frente a la dureza del corazón, la piedad; y frente a la soberbia, el temor.

78. Cuando nuestra alma se ve sostenida por la plenitud y abundancia de tantos dones, disfrutando en ellos de una continua seguridad, puede sucederle que se olvide del que se los otorga y que se crea que los posee por sí misma, pensando que no le faltarán nunca. En ese caso, Dios suele privar al alma presuntuosa de su gracia para mostrarle su debilidad. Reconocemos de dónde proceden nuestros bienes cuando, habiéndolos casi perdido, descubrimos que por nosotros mismos no los podemos conservar.

Así, unas veces, para ser introducidos en esta escuela de humildad, la tentación irrumpe en nuestra alma y hiere nuestra sabiduría poniéndola en tanta necedad que, turbada, no sabe ni cómo oponerse a males inminentes ni cómo prepararse para hacer frente a la tentación. Esa necedad sirve para instruir prudentemente el corazón, porque le lleva a decir momentáneamente insensateces,

haciéndolo luego más humilde y, por ende, más sabio. De esa forma, se alcanza la sabiduría con más seguridad después de haberla casi perdido.

Otras veces, el ánimo se erige orgulloso porque conoce los misterios divinos, pero se hace torpe y estúpido en extremo para los asuntos más vulgares y bajos. Descubre entonces cómo lo más bajo le está cerrado a él, que penetraba con agilidad los más altos misterios. Su misma estupidez, al tiempo que le bloquea el entendimiento, le es así de gran utilidad, porque, al humillar el corazón, lo fortalece en la verdad para la inteligencia de los misterios divinos.

En ocasiones, cuando nos alegramos de haber actuado en todo con la gravedad del consejo, surge un motivo que nos sorprende, arrastrándonos a una caída inesperada. Nosotros, que creíamos vivir siempre ordenadamente, nos vemos entonces devastados por la confusión interior. No obstante, de esta confusión sacamos una enseñanza: no podemos atribuir a nuestras propias fuerzas nuestro consejo. Nos aferraremos así a la gravedad con tanta más madurez cuanto más volvamos a ella como si la hubiésemos perdido.

En otros momentos, la mente se enfrenta con fortaleza a las adversidades, pero éstas llegan en tal número que nos hunden en un miedo espantoso. Gracias al ataque de la adversidad, el alma aprende a quién debe atribuir la fortaleza que le hacía estar en pie, y, al momento, se aferra a la fortaleza con tanta más energía cuanto más descubre que debido a ese miedo por poco se precipita.

A veces, sentimos alegría porque sabemos grandes verdades, pero de repente, la ceguera de una ignorancia nos descubre nuestra torpeza. Gracias a que el ojo de la mente se cierra por un momento debido a esa ignorancia, se abre luego con mayor veracidad a la ciencia. Y así, instruido a partir de un golpe de ceguera, aprende de quién procede el saber.

En otras ocasiones, disponemos todo religiosamente, pero al felicitarnos por haber colmado nuestro corazón de piedad, recibimos el golpe de una cierta dureza de corazón. Entonces, casi endurecidos, aprendemos a quién debemos atribuir los bienes de nuestra piedad habitual, recibimos de forma más verdadera la piedad que parecía extinguida y la amamos más después de haberla casi perdido.

Otras veces, finalmente, el ánimo se alegra de estar sujeto al temor divino, pero al ser tentado por una repentina soberbia, se endurece. Entonces, temiendo no temer, recurre de nuevo a la humildad y la acoge tanto más sólidamente cuanto más piensa en la importancia de esta virtud que casi había perdido.

79. Así pues, destruida la casa, mueren los hijos porque, turbada la conciencia por la tentación, las virtudes nacidas en el corazón se derrumban rápidamente, favoreciendo al momento un mejor conocimiento de sí. Los hijos viven dentro por el espíritu, mientras exteriormente mueren en la carne, porque nuestras virtudes, aunque en el tiempo de la tentación se ven turbadas durante un momento y caen de su estado de incolumidad, gracias a la perseverancia de la intención se conservan íntegras en la raíz de la mente.

Junto a los hijos perecen también las tres hijas, porque, a veces, los azotes perturban la caridad, el miedo golpea la esperanza y las dudas sacuden la fe[101]. Cuando vemos que la prueba nos aflige más de lo que considerábamos proporcionado, nos hacemos como insensibles al amor del Creador. Cuando la mente teme más de lo necesario, debilita en sí la confianza que viene de la esperanza. Cuando el ánimo se ve envuelto en dudas terribles, la fe, turbada, casi desfallece. A pesar de todo, las hijas que mueren en la casa derruida continúan vivas porque, aunque la perturbación pueda llevar a pensar que la fe, la esperanza y la caridad han sucumbido dentro de la conciencia, sin embargo, la perseverancia en la recta intención las mantiene vivas ante los ojos de Dios. Por eso, sólo escapa el siervo que da la noticia, porque el discernimiento espiritual permanece incólume en medio de las tentaciones. El siervo logra que Job, derramando lágrimas, recobre a sus hijos: gracias al discernimiento que lleva la noticia, el ánimo dolido conserva por la penitencia las virtudes que había empezado a perder.

Por un admirable designio, Dios actúa así con nosotros para que nuestra alma reciba a veces el golpe de la culpa. Y es que, el hombre creería ser muy vigoroso si en lo escondido de su alma no

101. Cf. Mor 1, 38.46; Hm Ez II, 5, 16 (CCL 142, 288); II, 10, 17 (CCL 142, 392-393).

experimentara nunca el desfallecimiento de sus fuerzas. Por el contrario, cuando la tentación le golpea y se ve fatigado casi más allá de lo posible, descubre la defensa de la humildad contra las insidias del enemigo y saca fuerzas ahí donde temía miserablemente caer. Al ser tentado, no sólo aprende de quién recibe las fuerzas, sino que además comprende con cuánta vigilancia debe conservarlas. La seguridad en uno mismo suele vencer de forma más lamentable a quien el combate de la tentación no pudo superar; pues, cuando uno está cansado y se abandona en la dejadez, prostituye su alma entregándola al corruptor.

Ahora bien, si, por designio de la suprema misericordia, la tentación no irrumpe de repente y sin violencia, sino que se acerca aumentando paulatinamente, entonces, se despabila para prevenir las insidias y se arma con cautela para combatir contra el enemigo. De ahí que rectamente se añada:

L 80. *Job entonces se levantó*. Sentarse es propio del que descansa, levantarse del que combate. Levantarse después de escuchar las desgracias, significa preparar la mente para combatir con más vigor tras la experiencia de las tentaciones. Gracias a las tentaciones progresa también el discernimiento porque aprende a distinguir más sutilmente las virtudes de los vicios. Por eso sigue:

LI 81. *Se rasgó la vestidura*. Rasgamos las vestiduras cuando examinamos nuestras acciones con discernimiento. Si las obras no nos cubrieran ante los ojos de Dios como si fueran un vestido, nunca se hubiera dicho por medio de la voz evangélica: *Dichoso quien vigila y custodia su vestidura para no andar desnudo y dejar ver sus vergüenzas*[102]. Se descubren nuestras vergüenzas cuando nuestra vida reprensible, expuesta a los ojos y al juicio de los justos, no es cubierta con el manto de las buenas obras. Cuando somos tentados por el pecado, nos lamentamos y, excitados por los lamentos, abrimos los ojos de la mente a recibir con mayor precisión la luz de la justicia. Por eso, es como si rasgáramos las vestiduras en medio del dolor, porque desde el discernimiento nacido en el llanto, juzgamos con mano dura y con mayor rigor todo cuanto hacemos. Entonces, toda nuestra soberbia se derrum-

102. Ap 16, 15.

ba; entonces, todo pensamiento superfluo cae de nuestro ánimo. Por eso añade:

LII 82. *Se rapó la cabeza y, postrándose en tierra, adoró.* ¿Qué representan, según el sentido moral, los cabellos sino los pensamientos que se desvanecen del ánimo? Se dice a la Iglesia: *Tus labios son, oh esposa, como cinta de grana; y dulce tu hablar*[103]. Con una cinta se recogen los cabellos de la cabeza. Los labios de la Esposa son como una cinta porque por la exhortación de la Santa Iglesia se recogen todos los pensamientos dispersos en las mentes de los oyentes, a fin de que no crezcan en el abandono, no se desmanden en cosas ilícitas, ni desmandados tapen los ojos del corazón. Cuando la cinta de la santa predicación los une es como si se recogiesen en una sola intención. Rectamente se afirma que es de color grana, porque la predicación de los santos arde sólo con el fuego de la caridad. ¿Qué representa la cabeza sino el alma, principio de toda acción? Se dice en otro lugar: *No falte el perfume en tu cabeza*[104]. El perfume en la cabeza representa la caridad en el alma. Falta perfume en la cabeza cuando la caridad disminuye en el alma. Así pues, raparse la cabeza significa arrancar de la mente los pensamientos superfluos. Se postra en tierra con la cabeza rapada quien, habiendo reprimido los pensamientos de presunción, reconoce humildemente su gran debilidad.

83. Es difícil realizar grandes acciones y no sacar de ellas algún pensamiento de confianza en uno mismo. Cuando en la vida se combate fuertemente contra los vicios, suelen surgir pensamientos de presunción en el corazón. Cuando la mente pelea por fuera con valor contra el pecado, a menudo se llena por dentro de un oculto orgullo. Pensando ser ya alguien con grandes méritos, ni siquiera cree estar pecando al juzgarse como se juzga. Ante los ojos del Juez severo, sin embargo, se peca tanto más cuanto más oculta e incorregible es la culpa; y tanto más se abre la fosa que devora cuanto mayor es el orgullo con que se gloría de la propia vida. Por eso, como ya hemos dicho[105], por un designio misericordioso

103. Ct 4, 3.
104. Qo 9, 8.
105. Cf. Mor 2, 79.

del Creador, el alma que confía en sus propias fuerzas es golpeada por una providencial tentación para que, debilitada, descubra su condición y deponga la altanería de su presunción. Una vez que golpea el alma, toda la presunción y el tumulto de nuestros pensamientos se apaciguan.

84. Cuando la mente se engríe es como si estallara cayendo en un comportamiento tiránico. Como compañeros de su tiranía dispone de pensamientos que le secundan. Pero si contra el tirano irrumpe el enemigo, desaparece en seguida el apoyo de sus compañeros. Cuando entra el adversario, huyen los compañeros y abandonan asustados a aquel a quien en tiempo de paz alababan con interesada adulación. Huidos los compañeros, el ánimo queda solo ante el enemigo, porque desaparecidos los pensamientos de orgullo, el ánimo perturbado sólo ve la tentación y a sí mismo.

Por tanto, después de escuchar las desgracias se rapa la cabeza porque después de irrumpir con violencia las tentaciones, la mente se despoja de sus pensamientos de presunción. ¿Por qué los nazarenos dejan crecer sus cabellos sino porque los pensamientos de presunción crecen en una vida excesivamente mortificada?[106]. ¿Por qué, sin embargo, una vez cumplido su voto, el nazareno se rapa la cabeza y arroja sus cabellos en el fuego del sacrificio sino porque alcanzamos la suma de la perfección sólo cuando vencemos los vicios exteriores de tal manera que arrancamos también de la mente los pensamientos superfluos?[107]. Quemar los cabellos cortados en el fuego del sacrificio significa incendiar los vicios en las llamas del amor divino para que todo el corazón arda en el amor a Dios y, quemando los pensamientos superfluos, consuma por la perfección de su devoción los cabellos de los nazarenos.

Nótese que postrándose en tierra adoró. Ofrece a Dios una verdadera adoración quien se ve a sí mismo con humildad reconociendo que sólo es polvo, quien no se atribuye ninguna de sus virtudes y quien reconoce que las obras buenas que hace proceden de la misericordia del Creador. De ahí que se diga adecuadamente:

LIII **85.** *Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo volveré a él.* Como si el alma, tentada y abatida por la indigencia de su de-

106. Cf. Nm 6, 5.
107. Cf. Nm 6, 18.

bilidad, dijera: «desnudo me engendró en la fe la primera gracia y desnudo me salvará esta misma gracia cuando me lleve». Gran solaz es, en efecto, para el alma turbada –que golpeada por los vicios se ve como desnuda de toda virtud–, recurrir a la misericordia como única esperanza. No se deja desnudar porque ella misma se considera humildemente desnuda de toda virtud, y, aun cuando alguna virtud le cubriera en la tentación, reconoce su propia debilidad y se viste mejor con la humildad misma. Postrada en tierra, resulta ser mucho más fuerte que estando en pie porque, gracias al auxilio divino, deja de atribuirse a sí misma todo cuanto posee. Al momento reconoce con humildad la mano de su benefactor y juez, diciendo:

LIV **86.** *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó.* Instruido por las tentaciones, crece aquel que reconoce, en la virtud poseída, la generosidad del Dador y, en la perturbación de las propias fuerzas, la potestad del que las quita. En realidad, no se le quitan las fuerzas, sino que se siente cansado por la turbación. Así, golpeada la mente, cuando tiembla como si las fuera a perder en un instante, se hace humilde para siempre y no las pierde nunca.

LV **87.** *Como ha agradado al Señor, así ha sucedido. ¡Bendito sea el nombre del Señor!* Cuando recibimos los golpes de turbaciones interiores, es justo que recurramos al juicio del Creador para que nuestro corazón, cuanto más considere la fragilidad de su propia debilidad, mayores alabanzas tribute a su Creador. Rectamente se dice:

LVI **88.** *En todo esto, Job no pecó ni dijo nada insensato contra Dios.* El ánimo doliente debe custodiar con solícito cuidado para que al insinuarse interiormente la tentación no explote interiormente pronunciando palabras ilícitas, ni se deje llevar de la murmuración a causa de las pruebas. De lo contrario, el fuego que lo purifica como al oro, acabaría convirtiéndose, por exceso de palabras ilícitas, en chispa que haría prender la paja.

89. Nada se opone a que lo dicho sobre las virtudes lo refiramos a los dones del Espíritu Santo que se dan para manifestar esas virtudes. A unos se les concede el don de profecía, a otros el don de lenguas, a otros el poder de curación[108]. Ahora bien, como

108. Cf. 1 Co 12, 28; Rm 12, 6.

estos dones no siempre se encuentran en el alma de la misma manera, es claro que a veces son beneficiosamente apartados del alma para que no se engría con presunción. Si el espíritu de profecía hubiera asistido siempre a los profetas, el profeta Eliseo no hubiera dicho: *Déjala, pues su alma está llena de amargura y el Señor me ha ocultado su palabra*[109]. Si el espíritu de profecía hubiera asistido siempre a los profetas, el profeta Amós, no hubiera dicho al ser interrogado: *No soy profeta*, añadiendo: *Ni hijo de profeta, sino que soy pastor de bueyes y cultivador de higos*[110]. ¿Cómo no iba a ser profeta quien predijo tantas cosas verdaderas sobre el futuro? Por otro lado, ¿cómo iba a ser profeta si negaba en el presente verdades sobre sí mismo? En el mismo momento en que fue interrogado, se dio cuenta de que le faltaba el espíritu de profecía y pronunció un testimonio verdadero sobre sí diciendo: *No soy profeta*; y a renglón seguido: *Y ahora escucha la palabra del Señor. Esto dice el Señor: «Tu mujer será deshonrada en la ciudad, tus hijos y tus hijas caerán a espada, tu tierra será repartida con la cuerda, y tú morirás en tierra manchada»*[111]. Con estas palabras del profeta claramente se da a entender que mientras decía esas cosas de sí, fue colmado del espíritu de profecía. Mereció poseer el espíritu para profetizar porque humildemente reconoció primero no ser profeta. Si el espíritu de profecía hubiera asistido siempre a los profetas, el profeta Natán nunca hubiera concedido al rey David, que le consultaba sobre la construcción del templo, lo que poco después le negó[112].

90. También en el evangelio está escrito rectamente: *Aquel sobre el que veas bajar el Espíritu y permanecer en él, ese es quien bautiza*[113]. El Espíritu viene a todos los fieles, pero sólo permanece de forma singular en el Mediador porque no ha abandonado nunca su humanidad, procediendo de su divinidad[114]. Permanece en Él, el único que puede todo y siempre. Los fieles que lo reci-

109. 2 R 4, 27.
110. Am 7, 14.
111. Am 7, 15-16.
112. Cf. 2 S 7, 2-5.
113. Jn 1, 33.
114. Cf. supra nota 64 en Libro Primero.

ben, como no pueden disponer de los carismas siempre que quieren, atestiguan haberlo recibido como de pasada. Por boca de la Verdad se dice de este mismo Espíritu: *Permanecerá junto a vosotros y en vosotros estará*[115]. Entonces, ¿por qué se declara por la voz divina que la inhabitación del Espíritu Santo es señal específica del Mediador, al decir: *Aquel sobre el que veas bajar el Espíritu y permanecer en él*? Si, según la palabra del Maestro, permanece también en los discípulos, ¿cómo puede ser un signo singular el hecho de permanecer en el Mediador? Rápidamente lo comprenderemos si distinguimos los dones del mismo Espíritu.

91. Unos son, en efecto, los dones sin los cuales no se puede llegar a la Vida, y otros los que manifiestan la santidad de vida en favor de los demás. La mansedumbre, la humildad, la paciencia, la fe, la esperanza, la caridad, son dones del Espíritu sin los cuales los hombres no pueden llegar a la Vida. El don de profecía, el poder de curación, el don de lenguas y el de interpretarlas, son dones del Espíritu que manifiestan la presencia de su potencia en favor de la conversión de los que los ven. En los dones sin los cuales no se puede alcanzar la Vida, el Espíritu Santo permanece siempre en sus predicadores y en todos sus elegidos; en aquellos que le manifiestan, no para nuestra vida, sino para procurársela a otros, no permanece siempre en los predicadores porque aunque preside siempre sobre sus corazones para que vivan en bondad, sin embargo, no siempre manifiesta por medio de ellos los signos de su virtud. A veces les retira sus carismas para que posean sus virtudes más humildemente cayendo en la cuenta de no poderlas conservar por sí mismos.

92. El Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, posee en todo, siempre y continuamente el Espíritu Santo, porque de El procede sustancialmente este mismo Espíritu[116]. Rectamente se afirma que, aun permaneciendo en los santos predicadores, permanece de forma singular en el Mediador, porque en ellos permanece por gracia en orden a una misión, mientras que en Él permanece sustancialmente en todo. Así como nuestro cuer-

115. Jn 14, 17.
116. Cf. supra nota 64 en Libro Primero.

po sólo conoce el sentido del tacto, mientras la cabeza del cuerpo posee simultáneamente el uso de los cinco sentidos para poder ver, oír, gustar y palpar, así también los miembros de la Cabeza celeste resplandecen en ciertas virtudes, mientras que la Cabeza misma arde en todas ellas. De forma diferente el Espíritu permanece en Él, del cual, por naturaleza, nunca se aparta. Los dones por los cuales se tiende a la Vida no se pueden perder sin peligro; los dones con los cuales se manifiesta la santidad de vida, como se ha dicho, son frecuentemente retirados sin producir perjuicio. Los primeros debemos conservarlos para nuestro crecimiento; los segundos se han de buscar para provecho del prójimo. Aquéllos debemos tener terror a perderlos; éstos, cuando nos veamos privados de ellos por un tiempo, que nos consuele la humildad, porque quizás nos estaban llenando de orgullo. Por tanto, cuando nos veamos privados de los carismas que se nos habían concedido, digamos rectamente: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Como ha agradado al Señor, así ha sucedido. ¡Bendito sea el nombre del Señor!* Así pues, demostramos poseer con rectitud los dones recibidos cuando soportamos con ecuanimidad vernos privados temporalmente de ellos.

LIBRO TERCERO

2 [1]*Sucedió que un día, cuando acudieron los hijos de Dios y se*
presentaron ante el Señor, acudió también Satanás con ellos y se
presentó en su presencia. [2]*El Señor le dijo a Satanás: «¿De*
dónde vienes?». Respondió Satanás: «He recorrido la tierra y
he andado por ella». [3]*Dijo el Señor a Satanás: «¿Te has fijado*
en mi siervo Job? No hay nadie semejante a él en la tierra:
hombre sencillo y recto, teme a Dios y rechaza el mal. Aún con-
serva su inocencia. Me has incitado contra él para afligirlo en
vano». [4]*Respondió Satanás: «Piel por piel. El hombre es capaz*
de dar todo cuanto tiene por su alma. [5]*Extiende tu mano y toca*
sus huesos y su carne, y entonces verás cómo te maldice en tu
cara». [6]*Dijo el Señor a Satanás: «Ahí está, en tus manos; única-*
mente respeta su alma». [7]*Se alejó Satanás de la presencia del*
Señor. Golpeó a Job con una llaga maligna desde la planta del
pie hasta la coronilla. [8]*Job se rascaba las costras con una teja,*
sentándose en el estercolero. [9]*Su mujer le dijo: «¿Todavía perse-*
veras en tu entereza? ¡Maldice a Dios y muérete!». [10]*Pero él*
respondió: «Has hablado como una mujer necia. Si recibimos
de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no vamos a aceptar los
males?». En todo esto, Job no pecó con sus labios. [11]*Tres amigos*
de Job se enteraron de todo el mal que le había sobrevenido, y
acudieron cada uno de su propio lugar: Elifaz de Temán, Bil-
dad de Suaj y Sofar de Naamat. Decidieron juntos ir a visitar-
lo y consolarlo. [12]*Desde lejos alzaron sus ojos y no lo reconocie-*
ron. Dando gritos se pusieron a llorar, se rasgaron sus vestidos y
se echaron polvo en la cabeza arrojándolo al cielo. [13]*Se sentaron*
en tierra junto a él durante siete días y siete noches, y ninguno
le dijo una palabra, pues veían que su dolor era muy intenso.

Sentido literal

I 1. El santo Job, reclamado por la muerte en la tentación, crecía en vida gracias a la prueba. El antiguo enemigo, que pensaba

estar extinguiendo sus bienes, sintió dolor al habérselos multiplicado. Al ver que ha perdido el primer combate, se prepara para tentarlo con otras batallas; espera desvergonzadamente acciones malvadas del santo varón; el malvado no se fía del bien ni siquiera cuando lo ha experimentado.

Lo que había anunciado previamente en su primer ataque, se repite de nuevo: *Sucedió que un día, cuando acudieron los hijos de Dios y se presentaron ante el Señor, acudió también Satanás con ellos y se presentó en su presencia. El Señor le dijo a Satanás: «¿De dónde vienes?». Respondió Satanás: «He recorrido la tierra y he andado por ella». Dijo el Señor a Satanás: «¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie semejante a él en la tierra: hombre sencillo y recto, teme a Dios y rechaza el mal.* Como sobre esto ya hemos tratado ampliamente, es mejor proseguir sin decir nada, no sea que al repetir pesadamente lo ya expuesto, lleguemos con tardanza a lo que aún está sin decir. En cualquier caso, pienso que lo que dice Dios a Satanás –*¿De dónde vienes?*–, no tiene el sentido de antes. Vuelve vencido del combate que se le ha concedido emprender, ya se sabe de dónde procede y se le pregunta de dónde viene, ¿qué se le está increpando con ello sino la debilidad de su soberbia? Es como si la voz divina claramente le dijera: «has sido vencido por un solo hombre y de carne débil, tú que pretendías alzarte contra mí, el Creador de todo».

Por eso, el Señor, tras enumerar las buenas obras del santo Job, como antes había hecho, refiere los triunfos de su victoria, diciendo:

II 2. *Aún conserva su inocencia.* Como si abiertamente dijera: «tú ejercitaste la maldad, pero él no perdió la inocencia; precisamente donde creías haber mermado su progreso has sido empujado a promoverlo, porque la inocencia del alma que gloriosamente mantuvo en la tranquilidad, la ha conservado aún más gloriosamente en medio de la prueba». Sigue:

III 3. *Me has incitado contra él para afligirlo en vano.* Como Dios es justo y veraz, se debe indagar por qué se dice que el santo Job fue afligido en vano. Si es justo, no puede afligirlo en vano. Si es veraz, no puede hablar de forma diferente a cómo lo ha hecho. Se es justo y veraz cuando se dice la verdad y no se cometen injusticias. Sabemos, entonces, que el santo Job fue golpeado en

vano en un sentido y no lo fue en otro. El que es justo y veraz afirma eso de sí mismo, por eso, mostramos así también que era verdad lo que había dicho y recto lo que había hecho. Era, en efecto, necesario que el santo varón, conocido sólo por Dios y por él mismo, diera a conocer la gran virtud de la que había sido dotado para imitación de todos. No hubiera dado ejemplos claros de virtud a otros si no hubiera sido tentado. Recibió la tentación para que la misma violencia del golpe mostrara sus fuerzas y todos las imitaran, y para que saliera a la luz, gracias a los golpes, lo que permanecía oculto en la tranquilidad. La virtud de la paciencia creció gracias a los azotes y la gloria del premio aumentó por el dolor de la prueba.

Por tanto, para que la verdad se mantenga en la palabra del Señor y resplandezca la rectitud en su modo de obrar, se debe afirmar que el santo Job no recibe los azotes en vano, porque acrecientan sus méritos, y, al mismo tiempo, los recibe en vano, porque no castigan ningún delito cometido. Fue golpeado en vano aquel a quien ninguna culpa se le imputaba; no fue golpeado en vano aquel a quien el mérito de la virtud se le aumentaba.

4. ¿Por qué se dice: *Me has incitado contra él*? ¿Acaso la Verdad se altera por las palabras de Satanás hasta el punto de atormentar a sus fieles? ¿Quién, siendo recto, se atreverá a pensar algo tan indigno sobre Dios? Lo que ocurre es que nosotros sólo herimos cuando nos instigan, por eso, al azote divino también se le da el nombre de «instigación». La voz divina se adecua a nuestra forma de hablar para que su obrar resulte comprensible a cualquier persona. Dios, que con su potencia creó todas las cosas libremente, que todo lo gobierna sin descuidar nada, que todo lo sostiene sin fatiga alguna, que todo lo ordena sin que nada lo retenga, también corrige sin sufrir instigación alguna. Con sus golpes moldea los corazones humanos guiándolos a su querer para que no abandonen su luz inmutable y no caigan en la sombra de la variabilidad. Sigue:

IV **5.** *Respondió Satanás: «Piel por piel. El hombre es capaz de dar todo cuanto tiene por su alma. Extiende tu mano y toca sus huesos y su carne, y entonces verás cómo te maldice en tu cara».* El antiguo enemigo recoge de las cosas exteriores aquello que pueda hacer culpable al santo varón. Cuando vemos que nos van a gol-

pear en la cara, cubrimos nuestro rostro con las manos para defender los ojos del golpe y evitar que nos hieran en una de las partes más delicada del cuerpo. Satanás, sabiendo que se suele actuar así, dice: *Piel por piel. El hombre es capaz de dar todo cuanto tiene por su alma.* Como si claramente dijera: «Job sufre con ecuanimidad todos los azotes externamente porque teme ser herido en su persona; en realidad, lo único que está haciendo es velar por su salud. No le duele la pérdida del afecto carnal porque, asustado por su propia suerte, apenas siente la muerte de los suyos». De ahí que a continuación, Satanás solicite herirlo en su propia carne: *Extiende tu mano y toca sus huesos y su carne, y entonces verás cómo te maldice en tu cara.* Antes había dicho: *Toca cuanto posee y verás si no te maldice en tu cara*[1]. Ahora, olvidando la petición anterior, derrotado en lo primero que pidió, solicita algo diferente. La divina Providencia se lo concede para que el desvergonzado demandante, una vez vencido, guarde silencio. Sigue:

V **6.** *Dijo el Señor a Satanás: «Ahí está, en tus manos; únicamente respeta su alma».* De nuevo, el permiso para poner a Job a prueba va acompañado de una cuidadosa protección. La divina Providencia abandona y protege a su elegido: en parte vela por él, en parte lo deja al descubierto. Si Job hubiese sido abandonado del todo en manos del adversario, ¿qué hubiera sido de él? La misma justicia que permite la actuación de Satanás, incluye un poco de piedad; de esa forma, en un mismo y único combate, el siervo humilde saca provecho del sufrimiento recibido y el enemigo soberbio sucumbe en lo que se le había permitido realizar. El santo Job, sí, es entregado en manos del adversario, pero al mismo tiempo es protegido por una mano interior que le sostiene.

Job pertenece a aquellas ovejas de las cuales la Verdad dice en el evangelio: *Nadie las arrebatará de mi mano*[2]. No obstante al enemigo se le dice: *Ahí está, en tus manos.* El mismo hombre se encuentra en las manos de Dios y del diablo. Cuando dice: *Está en tu mano*, en seguida añade: *Únicamente respeta su alma*, dando claramente a entender el bondadoso Protector que retiene a quien

1. Jb 1, 11.
2. Jn 10, 28.

entrega y que, entregándolo, en realidad no lo entrega, porque al exponerlo a los dardos del enemigo lo está escondiendo de ellos.

7. ¿Qué significa lo que se dice a Satanás: *Respeta su alma*? ¿Cómo va a mantener su palabra quien continuamente está deseando quebrantar lo acordado? Decir a Satanás que respete es decirle que no ose cometer quebranto alguno, como cuando pedimos en oración al Padre: *No nos dejes caer en la tentación*[3]. El Señor protege siempre misericordiosamente a sus fieles de la tentación, no dejando que caigan en ella. Sin embargo, sería como si nos dejara caer en ella si no nos protegiera de sus seducciones. No permite que caigamos en el lazo de la tentación cuando somos tentados por encima de nuestras fuerzas. Por eso, así como se dice que Dios permite que seamos tentados sufriendo las insidias del adversario, de igual forma se dice que el enemigo debe respetar el alma prohibiéndole que la tentación supere sus fuerzas.

Sigue: *Se alejó Satanás de la presencia del Señor*. Ya hemos explicado antes qué significa que Satanás se aleje de la presencia del Señor[4]. Continuamos:

VI 8. *Golpeó a Job con una llaga maligna desde la planta del pie hasta la coronilla*. Las desgracias se deben considerar siempre bajo dos aspectos: se debe advertir en ellas tanto la calidad como la cantidad. Sucede con frecuencia que si las desgracias son abundantes, aunque sean leves en calidad, resultan graves por su cantidad. Lo cual ocurre cuando hay muchas y no son graves, o cuando sin ser muchas son de gravedad. Pues bien, para manifestar de qué manera se enciende el adversario en ásperos flagelos contra el santo varón, no sólo por la indolencia de la cualidad sino también por el peso de la cantidad, se dice: *Golpeó a Job con una llaga maligna*, señalando la calidad de la herida; y: *Desde la planta del pie hasta la coronilla*, aludiendo a la cantidad de la misma. Así, no falta gloria alguna en el alma de aquel cuyo cuerpo tampoco carece de ninguna pena. Sigue:

VII 9. *Job se rascaba las costras con una teja, sentándose en el estercolero*. ¿De qué está hecha una teja sino de barro? Y ¿qué

3. Mt 6, 13.
4. Cf. Mor 2, 20.47.

son las costras del cuerpo sino su barro? Se dice que rascaba las costras con una teja como diciendo claramente: «el barro se limpia con barro». El santo varón meditaba de dónde había sido tomado lo que consigo llevaba[5] y con un pedazo de vasija de barro rascaba su despedazada vasija de barro. Su modo de actuar demuestra hasta qué punto tenía bajo su dominio el cuerpo sano. Cuerpo que, una vez llagado, curaba con tanto desprecio, pues, ¿qué placer iba a conceder a su cuerpo sano quien empleaba para sus heridas, no vendas o los propios dedos, sino una teja? Rascaba con una teja sus costras para meditar sobre su quebrantada condición y procurar el cuidado del alma incluso con la limpieza de sus llagas.

10. Sucede con frecuencia que, por asuntos relativos al cuerpo, el alma se ensoberbece. Solemos también apartar los ojos del corazón de la fragilidad de nuestro propio cuerpo cuando nos vemos afectados por algo. Algunas personas, amigas del mundo, al ser investidas de dignidades temporales, ocupar puestos más elevados y ver el honor que muchos les tributan con obsequios, desdeñan meditar sobre su propia fragilidad y, cegados por completo, no se dan cuenta de que la vasija de barro que portan puede quebrarse en cualquier momento. Así, se dice que el santo Job se sentó en un estercolero y no en un lugar limpio, para poder considerar a partir de lo que le rodea su propia fragilidad y aumentar ante sus ojos la fuerza del menosprecio de sí. Colocaba su cuerpo en un estercolero para que su ánimo sacara provecho cayendo en la cuenta de que la sustancia de la carne había sido tomada de la tierra. Ponía su cuerpo en un estercolero para comprender a partir del hedor del lugar, que también el cuerpo volvería pronto al hedor.

11. Mientras el santo Job soporta la pérdida de sus bienes, mientras sufre dolido por la muerte de sus hijos, mientras aguanta tantas heridas, mientras se rasca las llagas con una teja, mientras permanece en un estercolero bañado en basura, conviene preguntarse por qué Dios todopoderoso aflige con tanta crueldad, casi con desprecio, a quienes ha amado con tanto amor desde toda la eternidad.

5. Es decir, su cuerpo, cf. Gn 2, 7.

Considerando las heridas y tormentos del santo Job, me viene de repente a los ojos de la mente la figura de Juan el Bautista y pienso, no sin gran admiración, que ya en el seno materno había sido colmado del espíritu de profecía y, por así decirlo, había renacido incluso antes de nacer. Él era el amigo del Esposo, él era aquel mayor del cual no había surgido ninguno entre los nacidos de mujer, él era el profeta y más que profeta, y, a pesar de todo ello, fue encarcelado, y, por la danza de una jovenzuela, fue decapitado, muriendo en medio de las risas de unos desvergonzados, él, que había sido varón de tanta austeridad[6]. ¿Acaso hubo algo en su vida que debiera ser purificado con una muerte tan execrable? ¿Cometió pecado con el alimento, él, que se alimentaba únicamente con langostas y miel silvestre? ¿Ofendió a Dios con la riqueza de sus vestidos, él, que cubría el cuerpo con pieles de camello? ¿Acaso le pudo ofender con su comportamiento, él, que no abandonó el desierto?[7]. ¿Se manchó quizás con la culpa de la locuacidad, él, que por largo tiempo se mantuvo alejado de los hombres? ¿Cuándo pecó con su silencio, él, que increpó con tanta vehemencia a los que se le acercaban, diciéndoles: *Raza de víboras, quién os ha enseñado a huir de la ira inminente*[8]?

¿Por qué, pues, Job recibe la alabanza de Dios y, sin embargo, las llagas lo arrastran hasta un estercolero? ¿Por qué Juan recibe elogios por boca de Dios y, sin embargo, muere por las palabras de un borracho en premio a una danza? ¿Por qué Dios todopoderoso desprecia en este mundo de forma tan cruel a los que ha elegido antes de los siglos de manera tan misericordiosa?

La razón es clara a la piedad de los fieles: Dios trata así a sus elegidos, empujándolos a lo más bajo, porque sabe la recompensa que les espera en las alturas. Los arroja por fuera a lo más despreciable porque los conduce por dentro a bienes inimaginables. Así pues, que cada cual deduzca de lo dicho qué suerte futura espera a los malvados que Dios reprueba si de tal manera atormenta ahora a los que ama, o cómo serán castigados los que reciban la conde-

6. Cf. Mt 14, 1-12.
7. Cf. Mt 3, 4.
8. Mt 3, 7; Lc 3, 7.

na en el juicio, si de esta forma prueba la vida de los que –como atestigua el mismo Juez–, reciben ahora la alabanza. Sigue:

VIII **12.** *Su mujer le dijo: «¿Todavía perseveras en tu entereza? ¡Maldice a Dios y muérete!».* El antiguo enemigo suele tentar a las personas de dos maneras: quebrantando con tribulaciones el corazón de los que permanecen firmes, y debilitándolos por medio de persuasiones. Las dos maneras las ha empleado con vehemencia contra el santo Job. Primero atacó al padre de familia con la pérdida de los bienes, sacudió luego al padre con la muerte de sus hijos y después golpeó su salud con llagas putrefactas. Viendo, sin embargo, que el que estaba llagado por fuera permanecía sano por dentro, sintió envidia de aquel hombre: mientras lo despojaba externamente, internamente aumentaba sus riquezas con la alabanza que el Creador le había hecho. Satanás reflexionó en su interior y descubrió que el atleta de Dios se revolvía contra él justamente donde él le estaba atormentando[9]. Vencido, recurrió entonces a armas más sutiles para tentarlo.

Repite las insidias de su antigua arte y, sabiendo cómo suele caer Adán, recurre a Eva. En medio de la pérdida de bienes y de tantas heridas ocasionadas, ve al santo varón permanecer invicto, resguardado en el baluarte de las virtudes. Job había fijado su alma en las alturas, por eso los ataques enemigos no lograban destruirlo. Se pregunta ahora el adversario cómo escalar y asaltar un baluarte tan resistente. Encuentra a la mujer, cercana al marido y unida a él. Se adueña entonces del corazón de la mujer y se sirve de ella como de una escalera con la cual poder subir al corazón de su marido. Invadió el ánimo de la esposa para tener una escalera con la que asaltar al marido, pero no consiguió nada con su artimaña porque el santo varón consideró a su mujer sujeta a él y no por encima de él. Hablando con rectitud, Job le enseñó que era la serpiente quien le instigaba para que hablase de esa forma. Era justo que la censura de un varón pusiera freno a una mente disoluta, después de haber aprendido de la primera caída del género humano que la mujer no es capaz de enseñar cosas rectas[10]. De ahí

9. Cf. Mor 1, 4, nota 15.
10. Cf. Mor 3, 16.

que se diga por Pablo: *No permito enseñar a la mujer*[11], porque cuando enseñó se apartó de la eterna sabiduría.

El antiguo enemigo que venció a Adán en el paraíso, es derrotado ahora por Adán en un estercolero. Mientras Satanás inducía a la mujer –ayuda para el varón–, a pronunciar palabras de malvada persuasión, Job la introducía en la escuela de la santa enseñanza, de modo que la que había sido empujada a servir de perdición a otros, era amaestrada para que no se perdiera. Así golpea nuestro hombre valeroso al enemigo: ¡hasta sus propias armas le son arrebatadas! Donde el diablo cree estar aumentando el dolor de las heridas, ahí mismo se alzan contra él las armas de la virtud.

13. A partir de las perversas palabras de persuasión de la cónyuge debemos tener muy en cuenta que el antiguo adversario intenta doblegar la entereza de nuestra mente no sólo por sí mismo sino también por medio de aquellos que nos son cercanos. Cuando nuestro corazón no sucumbe ante su engaño, recurre entonces a la lengua de nuestros cercanos. Por eso está escrito: *Guárdate de tus hijos y vigila a los de tu casa*[12]. Se dice también por el profeta: *Que cada uno se proteja de su prójimo y no se fíe de ninguno de sus hermanos*[13]. Está escrito: *Los enemigos del hombre son los de su casa*[14].

El astuto enemigo, cuando descubre que es rechazado por los corazones de los buenos, busca a los que ellos aman de buen grado; les habla con halagos sirviéndose de las palabras de aquellos que más le aman, y, mientras la fuerza del amor traspasa el corazón, la espada de su persuasión irrumpe fácilmente en la fortificación interior de la rectitud. Por esto, pues, después de la pérdida de los bienes, después de la muerte de los hijos, después de las llagas y heridas de sus miembros, el antiguo enemigo mueve la lengua de la mujer.

14. Nótese además en qué momento ha procurado corromper la mente de este hombre sirviéndose de un discurso violento. Recurrió a las palabras después que a las heridas para que la suges-

11. 1 Tm 2, 12.
12. Si 32, 26.
13. Jr 9, 4.
14. Mt 10, 36.

ción perversa y persuasiva prevaleciera fácilmente una vez que la virulencia del dolor se había acrecentado. Considerando el mismo orden de la tentación, descubrimos la cruel astucia con que actúa.

Primero provoca la pérdida de las posesiones, excluyendo las naturales y las corporales. Luego le arrebata a los hijos, con lo cual ya no se escapa de los bienes naturales, aunque todavía no afectan al cuerpo. Por último golpea el cuerpo. Ahora bien, como con las heridas carnales no logra herir el alma, recurre a la lengua de la mujer a él unida. Dolido de haber sido vencido en combate abierto, le arroja por boca de su mujer los venablos de un nuevo ataque, diciendo: *¿Todavía perseveras en tu entereza? ¡Maldice a Dios y muérete!*. Con la tentación Satanás le ha arrebatado todo: se le han arrancado todos los bienes y hasta la mujer le abandona. Se reserva ahora el diablo con gran astucia las palabras de la mujer: *¿Todavía perseveras en tu entereza?* Eva repite sus palabras. ¿Qué significa decir «abandona tu entereza», sino «desprecia la obediencia comiendo de lo que está prohibido»? ¿Qué significa *maldice a Dios y muérete*, sino «vive por encima de tu condición de criatura transgrediendo el mandato»? A pesar de todo, nuestro Adán, que un tiempo fue débil en el paraíso, yace ahora fuerte en un estercolero. En seguida responde a las palabras que le inducían al mal, y dice:

IX 15. *Has hablado como una mujer necia. Si recibimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no vamos a aceptar los males?* Por todas partes el enemigo es abatido; por todas partes es superado. Todas las artimañas de la tentación hacen sucumbir a quien había recurrido a la mujer para arrancarle incluso el solaz que viene de la familia. En medio de tanta desgracia, agrada contemplar al santo varón despojado de bienes por fuera, lleno de Dios por dentro. Pablo, al considerar en sí mismo la riqueza de la sabiduría interior y verse exteriormente en un cuerpo corruptible, dijo: *Llevamos este tesoro en vasijas de barro*[15]. En el santo Job, la vasija de barro siente las fracturas de las llagas, pero el tesoro interior permanece íntegro. Por fuera cruje debido a las heridas, por dentro el tesoro que brota ininterrumpidamente de la sabiduría se

15. 2 Co 4, 7.

difunde gracias a las palabras de la divina enseñanza que le llevan a decir: *Si recibimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no vamos a aceptar los males?* Los bienes son dones de Dios, tanto los temporales como los eternos. Los males, sin embargo, son las desgracias presentes de los cuales el Señor habla, cuando dice por el profeta: *Yo soy el Señor y no hay otro, que formo la luz y creo las tinieblas; que hago la paz y creo los males*[16]. No es que el mal –que por su propia naturaleza no subsiste–[17], sea creado por Dios, sino que el Señor afirma crear el mal cuando transforma en desgracias las cosas buenas que él ha creado y que nosotros usamos mal. Esas cosas, por el daño que provocan, se convierten en males para los que se comportan mal, aunque por naturaleza sean buenas, ya que por el solo hecho de existir ya son buenas. Así, por ejemplo, el veneno es muerte para el hombre y vida para la serpiente.

Por amor de las cosas presentes nos hemos alejado del amor de nuestro Creador y el alma, así pervertida, se ha sometido al amor de la criatura, separándose de la comunión de vida con el Creador[18]. Por eso, debía el Creador herir al hombre con las mismas cosas que el hombre había empleado para separarse del Creador: donde el hombre no había tenido miedo de pecar, encontraría, así, la pena que le corrigiera y podría volverse arrepentido a lo que había perdido tanto más veloz cuanto más dolor encontraba en lo que erróneamente había buscado. De ahí que diga: *Formo la luz y creo las tinieblas*, porque mediante los azotes del dolor que crean las tinieblas en el exterior, se enciende la luz de la enseñanza en el interior. *Hago la paz y creo los males*, porque con Dios se nos devuelve la paz, pero, cuando lo que ha sido creado bueno lo empleamos perversamente, lo que es bueno en sí se convierte en desgracia para nosotros. Por el pecado nos enfrentamos a Dios; es justo, pues, que volvamos a su paz por medio de las desgracias. De esa forma, cuando una cosa creada buena se convierte para nosotros en causa de dolor, somos corregidos y nuestra mente retorna

16. Is 45, 5-7.

17. Cf. AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 12, 18 (CCL 27, 104-105: *Obras*, II, B.A.C., Madrid 51968, 288).

18. Cf. AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, XIV, 28 (PL 41, 436: *Obras*, XVI-XVII, B.A.C., Madrid 1958, 985).

humildemente a la paz del Creador. Así pues, el santo Job llama males a estas desgracias porque se da cuenta de la perturbación que provocan en el bien de la salud y de la tranquilidad.

16. Adviértase cuánta destreza intelectual hay encerrada en las palabras que Job pronuncia contra la persuasión de su cónyuge: *Si recibimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no vamos a aceptar los males?* Es de gran consuelo en la tribulación, cuando sufrimos contrariedades, traer a la memoria los dones de nuestro Creador. Si traemos a la mente con prontitud aquello que como don nos sostiene, evitamos que nos dañe lo que provoca el dolor. Por eso está escrito: *En día de prosperidad no te olvides de las desgracias y en día de desgracias no te olvides de la prosperidad*[19]. Quien acoge los dones pero teme también las desgracias en tiempo de prosperidad, se precipita por su alegría en la soberbia. Quien vive aterrorizado por las desgracias y no se consuela en tiempo de infortunios con los dones que un día recibió, verá destruirse la entereza de su mente por la desesperación. Ambas cosas deben andar unidas para que siempre una sostenga a la otra: el recuerdo del don templará la pena de la desgracia, y el temor y sospecha de ésta contendrán la alegría del don.

El santo varón, para aliviar en medio de las penas su alma oprimida, considera la dulzura de los dones junto a los dolores del azote, y dice: *Si recibimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no vamos a aceptar los males?* Antes había dicho: *Has hablado como una mujer insensata*[20]. Pues bien, como el sentimiento perverso de la mujer no depende de su condición femenina sino de su pecado, no dijo: «has hablado como una mujer», sino *como una mujer insensata*, mostrando así que lo que posee de perversa no procede de su condición creada sino de la necedad que ella se ha adquirido[21]. Sigue:

X **17.** *En todo esto, Job no pecó con sus labios.* De dos maneras podemos pecar con los labios: declarando lo que es injusto y

19. Si 11, 27.

20. El adjetivo empleado ahora es *ineptis*, antes *stultis*.

21. «...el marido mereció dominar a la mujer no en virtud de la naturaleza, sino de la culpa»: AGUSTÍN, *Comentario del Génesis a la letra*, XI, 39, 50 (PL 34, 450: *Obras*, XV, B.A.C., Madrid 1957, 1173).

callando lo que es justo. Si callar a veces no fuera culpable, el profeta no hubiera dicho: *¡Ay de mí porque callé!*[22]. El santo Job, en todo lo que hizo, nunca pecó con sus labios porque ni habló con soberbia contra el que le hería ni dejó de hablar con rectitud frente a quien le persuadía. No pecó ni hablando ni callando, sino que dio gracias al Padre que lo afligía y administró la sabiduría de la enseñanza a la esposa que le inducía al mal. Sabiendo lo que debía a Dios y lo que debía al prójimo –la paciencia al Creador, la sabiduría a su mujer–, instruyó a la esposa con su reproche y alabó al Señor con su acción de gracias.

¿Quién de nosotros, si recibe una herida tan grave, no se hunde al momento interiormente? Job, sin embargo, abatido en su exterior por las heridas de su carne, permanece erguido en su interior por la fortaleza de su mente. En torno a él ve volar todo tipo de flechas que el enemigo cruel le lanza exteriormente con mano implacable. Observa con atención los dardos que contra él acechan, ya sea frontalmente en forma de heridas, ya sea lateralmente en forma de palabras. Nuestro guerrero, embebido en el fragor del combate que lo asedia, opone por todas partes el escudo de su paciencia. Se enfrenta a las lanzas que por todos lados le arrojan y con la totalidad de sus fuerzas blande una mente siempre atenta contra los golpes que le llegan.

18. El antiguo enemigo cuanto más valientemente es vencido, tanto más ardor pone en las instigaciones con que ataca. Y así, callada la mujer por la increpación recibida, provoca a otros para que le asalten por medio de injurias. Así como procuró golpearlo con el anuncio repetido de la pérdida de los bienes, así también ahora se empeña en atravesar su pecho robusto hiriéndolo más frecuentemente con palabras injuriosas. Sigue:

XI **19.** *Tres amigos de Job se enteraron de todo el mal que le había sobrevenido, y acudieron cada uno de su propio lugar: Elifaz de Temán, Bildad de Suaj y Sofar de Naamat. Decidieron juntos ir a visitarlo y consolarlo.* Se pusieron de acuerdo y acudieron a consolar al afligido mostrando la gran caridad que existía entre ellos y respecto al abatido. Aunque la Escritura asegura que eran amigos

22. Is 6, 5.

de nuestro varón y que daban muestras de su bondadoso empeño y de su recta intención, no obstante, tal intención queda ofuscada por la indiscreción que brota de las palabras con que le asaltan ante los ojos del Juez severo. Sigue:

XII 20. *Desde lejos alzaron sus ojos y no lo reconocieron. Dando gritos se pusieron a llorar, se rasgaron sus vestidos y se echaron polvo en la cabeza arrojándolo al cielo.* Las llagas habían cambiado el aspecto del abatido. Por eso, los amigos lloran dando gritos, se rompen las vestiduras y se echan polvo en la cabeza. Al ver transformado a quien aprecian, el dolor espontáneo altera también el aspecto de los que van a consolarlo. La norma de la consolación, en efecto, es ésta: cuando queremos librar a un afligido de su desgracia, debemos procurar primero compartir con él su pesar. Quien no comparte el dolor no puede consolar a quien sufre, pues si no está en sintonía con la aflicción del abatido difícilmente será acogido por aquel cuyo estado de ánimo es motivo de distanciamiento.

El ánimo debe primero ablandarse para sintonizar con el afligido, una vez sintonizado debe unirse a él, y una vez unido hay que ganárselo para sí. Ahora bien, el hierro no se une al hierro a no ser que sean licuados ardiendo en una fragua; y lo que es blando no se adhiere a lo duro si antes su dureza no se ablanda hasta el punto de convertirse casi en aquello mismo a lo que se va a unir. De igual forma, si estamos tumbados y queremos levantarnos debemos doblegar la rigidez de nuestra posición: la postura erguida es diferente de la tumbada; si ésta no varía no consigo aquélla.

Los amigos del santo Job, deseando librar del dolor al afligido, consideraron necesario sufrir con él. Al ver su cuerpo llagado, rasgaron ellos sus vestiduras. Al encontrar su aspecto desfigurado, se cubrieron ellos la cabeza de polvo. El varón afligido podría acoger sus palabras más fácilmente, pues ya ellos habían experimentado algo de su misma aflicción.

21. Debe saberse además que quien desee consolar a un afligido ha de poner un límite al dolor que asume, no sea que sufriendo sin moderación no sólo no calme al que sufre sino que empuje el ánimo del afligido al límite de la desesperación. Nuestro dolor debe unirse al dolor del abatido de tal manera que encuentre alivio en nuestra mesura y no lo agrave nuestro exceso. Quizás sea

necesario concluir que los amigos del santo Job se infringieron más dolor del que hacía falta cuando quisieron consolarlo: observaron los golpes, pero ignoraron el ánimo del golpeado; cayeron en un pesar extremo como si varón de tanta fortaleza, azotado con calamidades en el cuerpo, se hubiera derrumbado en el interior de su corazón. Sigue:

XIII **22.** *Se sentaron en tierra junto a él durante siete días y siete noches, y ninguno le dijo una palabra, pues veían que su dolor era muy intenso.* No sabemos si se sentaron junto al afligido Job durante siete días seguidos con sus noches o si estuvieron junto a él haciéndose presentes con frecuentes visitas durante esos días con sus noches. Decimos a menudo que se hace algo durante tantos días aunque no nos entreguemos a ello de forma ininterrumpida durante ese tiempo. También con frecuencia la Sagrada Escritura acostumbra a tomar el todo por la parte y la parte por el todo. Nombra la parte por el todo cuando describiendo a la familia de Jacob, dice: *Entró Jacob en Egipto con setenta almas*[23]. Es evidente que al mencionar las almas incluye también los cuerpos de los que entraron. Sugiere el todo por la parte cuando María se lamenta junto al sepulcro, diciendo: *Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto*[24]. Había ido a buscar únicamente el cuerpo del Señor y llora como si se lo hubieran llevado a todo Él. No es seguro, pues, que en nuestro pasaje se esté hablando del todo por la parte.

23. El hecho de que los amigos callaran durante largo tiempo y que fueran luego reprobados cuando hablaron, no puede ser pasado por alto. Hay algunos que empiezan a hablar con precipitación y concluyen lo que empezaron de forma aún más precipitada. Hay otros que comienzan tarde a hablar, pero, una vez que han comenzado, no saben poner límite a su discurso. Los amigos del santo Job, viendo su dolor, callaron durante largo tiempo. Comenzaron tarde a hablar, pero lo hicieron sin discreción porque no fueron parcos con el que sufría. Retuvieron su lengua para no empezar apresuradamente, pero una vez que empezaron no se

23. Gn 46, 27.
24. Jn 20, 2.

moderaron, no sabiendo poner freno y pasando de la consolación al insulto. Habían acudido con buena intención a consolarlo, pero lo que el alma devota ofrecía puro a Dios, quedó viciado por su hablar precipitado.

Está escrito: *Si presentas tu ofrenda rectamente, pero no la divides con rectitud, has pecado*[25]. Se presenta una ofrenda rectamente cuando se actúa con recta intención. No se divide con rectitud cuando lo que se hace con devoción no va acompañado de un fino discernimiento. Dividir con rectitud las ofrendas es sopesar con un solícito discernimiento cualquier obra buena que emprendemos. Quien deja de hacer esto, peca, aunque presente ofrendas rectamente.

24. Sucede con frecuencia que hacemos las cosas con buen propósito, pero descuidamos aplicar el discernimiento, con lo cual ni siquiera sabemos a qué fin conducen, y así, lo que se consideraba ocasión de virtud se convierte en motivo de condena. Quien considera las acciones de los amigos del santo Job no ignora la devota intención con la que acudieron a él. Pensemos, en efecto, en el acto de caridad por el que se pusieron de acuerdo para acudir al afligido; pensemos también en la virtud de la longanimidad que manifestaron al permanecer callados junto al afligido durante siete días con sus noches; pensemos en su humildad al permanecer sentados en tierra durante todo ese tiempo; o pensemos en su compasión al cubrirse de polvo la cabeza. Sin embargo, en cuanto empezaron a hablar, donde creían haber logrado el premio a su favor, ahí mismo encontraron el motivo de su reprensión. Y es que suele ocurrir a los incautos que acaban transformando en pecado lo que habían iniciado en vistas de una recompensa. Con su hablar precipitado perdieron el bien que habían acumulado con tanto esfuerzo. Si la divina gracia no les hubiese prescrito ofrecer un sacrificio para expiar su culpa podrían haber sido justamente castigados por el Señor en aquello con lo cual pretendían complacerlo. Desagradaron al Señor ahí donde buscaron complacerse a sí mismos, actuando sin moderación, como si el Juez necesitara ser defendido.

25. Gn 4, 7 según LXX.

Nos hemos entretenido en este punto para recordar al lector con cuánta severidad castiga el Señor las obras realizadas con mala intención, y con qué rigor corrige las acciones iniciadas con buenos propósitos pero que están mezcladas con una negligente falta de discernimiento. ¿Quién no cree estar hablando meritoriamente al hablar contra el prójimo en defensa de Dios o al permanecer callado siete días y siete noches frente al dolor del prójimo? A pesar de ello, los amigos del santo Job, al actuar así, se hicieron culpables porque conocían, sí, el bien de la consolación que debían aplicar, pero ignoraban la medida de discreción que tenían que emplear.

Es necesario, por tanto, no sólo meditar sobre lo que hacemos sino también con cuánta discreción lo llevamos a cabo. Procuremos primero no hacer el mal de ninguna manera, evitemos luego hacer el bien incautamente. A cumplir el bien con solicitud nos exhorta el profeta, diciendo: *Maldito el hombre que realiza la obra de Dios con negligencia*[26]. Sirvan estas palabras para que temamos, ante el examen riguroso e incomprensible del terrible Juez, no sólo las malas acciones cometidas sino también las que realizamos rectamente. Suele ocurrir que en su juicio se descubre como culpa lo que antes del juicio era considerado virtud; y donde se esperaba una buena recompensa por la obra realizada, se obtiene el suplicio de un justo castigo.

Sentido alegórico

25. Brevemente hemos expuesto el sentido histórico de estos versículos, orientemos ahora nuestras palabras al misterio de las alegorías. Al inicio de esta obra[27], tratando de la unidad que existe entre la Cabeza y el Cuerpo, hemos anunciado con atenta intención el gran nexo de caridad que existe entre ambos. Todavía es mucho lo que padece el Señor por nosotros que somos su Cuerpo, y, a su vez, su Cuerpo que es la Iglesia recibe ya gloria en el cielo de su Cabeza que es el Señor.

26. Jr 48, 10.
27. Cf. Mor, Praef 14.

Se deben mostrar ahora los sufrimientos de la Cabeza para dar a conocer cuántos soporta su cuerpo. Si nuestros tormentos no alcanzasen a nuestra Cabeza, no hubiera clamado desde el cielo a su perseguidor, a causa de sus miembros afligidos: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*[28]. Si nuestros sufrimientos no fueran sus penas, Pablo, convertido y afligido, no hubiera dicho: *Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo*[29]. Exaltado, sin embargo, por la resurrección de su Cabeza, dice ya: *Nos has hecho resucitar con Él y nos has sentado en los cielos*[30]. Los tormentos de las persecuciones no lo habían atrapado en la tierra, pero oprimido por el peso de sus penas, residía ya en el cielo por la gloria de la Cabeza. Como sabemos que la cabeza y el cuerpo están unidos en todo, empezamos por los golpes de la cabeza para llegar a continuación a los azotes del cuerpo.

Ya hemos comentado qué significado tienen los versículos en los que se dice que un día se presentó Satanás ante el Señor, que le preguntó de dónde venía y que el Creador alabó a Job con grandes elogios; por eso, no lo repetiremos. Si la mente se enreda largo tiempo en los temas ya tratados, no podrá llegar a los que están aún sin comentar. Empecemos, pues, a establecer el sentido alegórico ahí donde, tras las palabras ya repetidas, se haya añadido algo nuevo. Dijo:

XIV **26.** *Me has incitado contra él para afligirlo en vano.* Si el santo Job es figura de nuestro Redentor en su pasión, ¿cómo es que el Señor dice a Satanás: *Me has incitado contra él*? El Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, para destruir las culpas de nuestros delitos vino a soportar los azotes de nuestra condición mortal. Él es de la misma y única naturaleza que el Padre[31], ¿cómo, pues, afirma el Padre haber sido empujado por Satanás contra Él, cuando consta que ninguna desigualdad de poder, ninguna diferencia de voluntad, interrumpe la concordia entre el Padre y el Hijo?[32].

28. Hch 9, 4.
29. Col 1, 24.
30. Ef 2, 6.
31. Afirmación clara de la consustancialidad del Padre y del Hijo según la fe confesada en Nicea (325) contra el error de Arrio; cf. Mor 29, 1.
32. La obra de la Redención se entiende como un combate victorioso de Cris-

El que es igual al Padre en su divinidad ha venido en carne a sufrir por nosotros. No hubiera padecido si no hubiera asumido la condición del hombre caído para redimirlo. Si el primer hombre no hubiera pecado, el segundo no hubiera venido en absoluto a sufrir las pruebas de la pasión. Como el primer hombre fue apartado del Señor por culpa de Satanás, ahora el Señor se ha sometido a la pasión en el segundo hombre. Así pues, empujó Satanás al Señor para que afligiera a este hombre de la misma manera que en el paraíso arrojó por el pecado de desobediencia al primer hombre de la cima de la santidad. Si no hubiera entregado a la muerte del alma al primer Adán, por un pecado voluntario, el segundo Adán no habría venido sin pecado a padecer la muerte voluntaria de la carne. De ahí que también se diga sobre nuestro Redentor: *Me has incitado contra él para afligirlo en vano*. Como si dijera más claramente: «Al morir éste no por su causa, sino por la de aquél, me indujiste a afligirlo, apartándolo de mí con perversa persuasión».

Se añade *en vano*. En vano fue afligido quien lacerado por el castigo del pecado no se contagió con culpa alguna. Fue afligido en vano el que, habiéndose encarnado, asumió sin culpa el castigo de los pecadores, Él, que no cometió pecado. Por eso se dice por el profeta: *Pagaba entonces lo que no había robado*[33]. El primer hombre, creado para el paraíso, quiso robar por soberbia la semejanza al Poder divino; el Mediador, sin embargo, pagó sin culpa la culpa de esta soberbia. De ahí que cierto sabio dijera al Padre: *Siendo justo, dispones todo con justicia; y condenas también a quien no debe ser castigado*[34].

27. Debemos reflexionar cómo siendo justo y disponiendo todo con justicia, condena al que no debe ser castigado. Nuestro Mediador no podía ser castigado por sí mismo, ya que no sufrió

to con el demonio, combate que permite al hombre vencer a su vez al que le había vencido en los orígenes; cf. IRENEO, *Adversus haereses*, III, 18, 6-7 (SC 211, 364-366); ORÍGENES, *Comentario a la carta a los Romanos*, 4, 11 (PG 14, 1000 C); AGUSTÍN, *La Trinidad*, XIII, 12, 16; 13, 17 (CCL 50A, 402-404: *Obras*, V, B.A.C., Madrid ²1956, 735-737); cf. infra Mor 3, 31.

33. Sal 69, 5.

34. Sb 12, 15.

contagio alguno de pecado[35]. Ahora bien, si no hubiera aceptado el castigo inmerecido, nunca hubiéramos sido librados de la muerte merecida[36]. El Padre, siendo justo, castiga al justo y dispone todo con justicia, porque justifica todas las cosas condenando en favor de los pecadores a quien está sin pecado; eleva al culmen de la justicia todo lo que Él ha elegido, gracias a que Aquel que está por encima de todo ha cargado con la condena de nuestra injusticia. Por eso se dice que fue condenado cuando no debía y que fue afligido en vano.

El que por sí mismo había sido afligido en vano, no sufrió en vano por nuestras acciones. La herrumbre del vicio no se puede purificar si no es con el fuego del tormento. Vino sin vicio el que voluntariamente se sometió al tormento, para que los merecidos suplicios de nuestra iniquidad no afligieran justamente a sus culpables cayendo injustamente sobre Él, que estaba libre de ellos. Así pues, fue afligido en vano y no en vano quien sin cometer pecado lavó con su propio sufrimiento la mancha de nuestro pecado.

XV **28.** *Respondió Satanás: «Piel por piel. El hombre es capaz de dar todo cuanto tiene por su alma. Extiende tu mano y toca sus huesos y su carne, y entonces verás cómo te maldice en tu cara»*. El espíritu maligno, cuando ve que nuestro Redentor brilla por sus milagros, clama: *Sabemos quién eres, el Santo de Dios*[37]. Quien afirma esto, al reconocer al Hijo de Dios, se llena de espanto, y, sin embargo, ignorando la fuerza de la bondad celeste, como lo ve a veces pasible, lo considera solo hombre. Había conocido a muchos con apariencia de santidad ocupando cargos de servicio pastoral, los cuales, sin entrañas algunas de caridad, no se preocupaban en absoluto de las desgracias ajenas. Pensaba que Jesús era uno de esos, no lo consideraba superior a los demás. Por eso, ardió en deseo de alcanzar su carne tocándola con la pasión y dijo: *Piel por piel. El hombre es capaz de dar todo cuanto tiene por su*

35. Tenía que ser sin pecado el que nos librara del pecado, cf. AGUSTÍN, *Enchiridion*, XIV, 48 (CCL 46, 75: *Obras*, IV, B.A.C., Madrid 1946, 533); *Sobre la doctrina cristiana*, I, 14, 13 (CCL 32, 13-14: *Obras*, XV, B.A.C., Madrid 1957, 77).

36. Cf. AGUSTÍN, *Sermón* 114, 3 (PL 38, 653: *Obras*, X, B.A.C., Madrid 1983, 856).

37. Lc 4, 34.

alma. Extiende tu mano y toca sus huesos y su carne, y entonces verás cómo te maldice en tu cara. Como si claramente dijera: «las desgracias externas no le afectan, pero se sabrá verdaderamente quién es cuando experimente en sí mismo el dolor». Cuando Satanás quiere realizar un ataque de este tipo por su cuenta, no lo pide con palabras sino con deseos. Por medio de sus miembros, lo insinúa tanto con palabras como con deseos. Así, por ejemplo, es el mismo Satanás quien habla cuando, por voz del profeta, dicen sus secuaces: *pongamos leño en su pan y borrémoslo de la tierra de los vivos*[38]. Poner leño en su pan es emplear el tronco de la cruz para crucificar su cuerpo, creyendo que podrán borrar de la tierra de los vivos la vida de Aquel al que consideran mortal.

XVI **29.** *Dijo el Señor a Satanás: «Ahí está, en tus manos; únicamente respeta su alma».* ¿Quién puede creer, por muy necio que uno sea, que el Creador de todo ha sido entregado en manos de Satanás? ¿Quién, adoctrinado en la verdad, ignora que son miembros de Satanás todos los que viviendo perversamente están a él unidos?[39]. Un miembro suyo fue Pilato, el cual hasta el momento final de la muerte no reconoció al Señor venido para nuestra redención. Formaban parte del cuerpo de Satanás los jefes de los sacerdotes que se empeñaron en expulsar del mundo al Redentor del mundo, persiguiéndolo hasta llevarlo a la cruz. Por eso, cuando el Señor se entregó en manos de los miembros de Satanás por nuestra redención, ¿qué hacía sino permitir que su mano se extendiera contra el mismo Satanás para que donde sucumbía exteriormente allí mismo nos liberara interna y externamente?

Así pues, si por mano de Satanás entendemos su poder, habrá que afirmar que el Señor ha sufrido en su carne la mano de quien ostentó el poder sobre la carne hasta llegar a los salivazos, bofetadas, azotes, cruz y lanza. De ahí también que el Señor en la pasión dijera a Pilato refiriéndose a su cuerpo: *No tendrías poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo alto*[40]. No obstante, el poder que le había sido dado exteriormente lo empujaba internamente a

38. Jr 11, 19.

39. Como Cristo es Cabeza de los elegidos, así Satanás es cabeza de los réprobos; cf. Mor 4, 18.

40. Jn 19, 11.

usarlo en su beneficio. Pilato, o lo que es lo mismo, Satanás, que había sido constituido cabeza del mismo Pilato, se encontraba, en efecto, bajo el poder de Aquel sobre el cual había recibido poder[41]. El mismo Señor, siendo superior, había dispuesto aquello que toleraba de su perseguidor haciéndose inferior a él para que la misma crueldad, nacida de la mente perversa de los infieles, sirviera de provecho a todos los elegidos. Así, disponía bondadosamente por dentro lo que Él mismo permitía padecer perversamente por fuera. De ahí que se diga sobre Él en la Cena: *Sabiendo Jesús que el Padre le había entregado todo en sus manos, que de Dios había salido y a Dios volvía, se levantó de la cena y se ciñó el manto*[42]. Al ir a entregarse en manos de sus perseguidores, sabía que había recibido en sus propias manos a los mismos perseguidores. Es claro que Aquel que era consciente de haberlo recibido todo, sabía también que tenía en sus manos a los mismos que a Él le retenían. De ese modo, Él mismo podía poner al servicio de su bondad la maldad que había permitido que descargaran contra Él[43]. Dígase, por tanto, a Satanás: *Ahí está en tus manos*, porque

41. Cf. Mor 2, 16, nota 30.

42. Jn 13, 3-4.

43. Cristo conoce, con verdadero conocimiento humano, los designios del Padre. Es ésta una afirmación clara en la cristología gregoriana, explicitada especialmente a propósito de la herejía de los agnoetas (secta nacida en ambiente monofisita que defiende la ignorancia *-agnóesis-* de Jesús respecto a los planes salvíficos del Padre). Para hacer frente a esa herejía, Eulogio de Alejandría –sede en la que había surgido de manos del diácono Temistio–, escribió un opúsculo que envió al papa Gregorio. El Pontífice le contestó en agosto del año 600 con una carta en la que agradecía y alababa el opúsculo, añadiendo alguna clarificación ulterior. La discusión se centraba principalmente en torno al versículo: *Nadie sabe lo relativo al día y a la hora, ni los ángeles en el cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre*. La explicación de Gregorio no deja lugar a dudas: «El Hijo unigénito, encarnado y hecho hombre por nosotros, conoció ciertamente en la naturaleza humana el día y la hora del juicio (in natura quidem humanitatis novit diem et horam iudicii), pero no conoció esto gracias a la naturaleza humana (sed tamen hunc non ex natura humanitatis novit). Por tanto, lo conoció en ella, pero no por ella (quod ergo in ipsa novit, non ex ipsa novit), ya que Dios hecho hombre conoció el día y la hora del juicio en virtud de su divinidad (quia Deus homo factus diem et horam iudicii per deitatis suae potentiam novit)»: *Ep* X, 21, 53-58 (CCL 144A, 853-854). Para probar con textos bíblicos su explicación, además de otros pasajes, Gregorio trae a colación el mismo versículo que emplea a propósito del libro de Job (Jn 13, 3) y afirma: «Está escrito:

ha recibido permiso para herir con odio su carne sin saber que así está siendo de provecho al poder de Dios.

30. Se le manda respetar su alma no porque se le prohíba someterla a tentación, sino porque se le convence de que no podrá tentarla. Nosotros, que somos simples hombres, cuando sufrimos el ataque de la tentación nos vemos turbados. No ocurre lo mismo con el alma de nuestro Redentor, la cual no está sujeta a la turbación de la tentación.

Al enemigo se le permitió llevar al Redentor a lo alto de un monte, se le permitió que le prometiera los reinos del mundo y que le pidiera convertir las piedras en panes, pero, a pesar de todo ello, no pudo agitar con la tentación el alma del Mediador entre Dios y los hombres. Se dignó, en efecto, soportar externamente todas, pero de tal modo que su alma, interiormente unida a su divinidad, permaneció sin alterarse. Incluso cuando se dice que su espíritu se agitaba turbado, era Él mismo, en cuanto Dios, el que disponía lo que, en cuanto hombre, le debía turbar, ordenándolo todo inmutablemente y mostrándose mutable al acomodarse a nuestra debilidad. Así, permaneciendo quieto en sí mismo, dispuso todas sus obras para manifestar, también en la turbación, la humanidad que había asumido.

31. Cuando amamos rectamente, nada amamos con más cariño entre los bienes creados que nuestra propia alma. Se suele también decir que queremos como a nuestra propia alma a aquellos a los cuales nos esforzamos por expresar el peso de nuestro amor. Por eso, por «alma de Job» podemos entender la vida de los elegidos. A Satanás se le permite herir la carne del Redentor, pero no se le deja que toque su alma, porque cuando Satanás recibe el cuerpo del Señor para llevarlo a la pasión, pierde, por derecho, su poder sobre los elegidos, y, cuando su carne muere en la cruz, las almas de los elegidos quedan reforzadas frente a las tentaciones. Diga, por tanto: *Ahí está, en tus manos; únicamente respeta su alma*. Como si claramente escuchara: «recibe permiso contra su

Sabiendo Jesús que el Padre le había entregado todo en sus manos; si le ha entregado todo, es claro que también le ha entregado el día y la hora del juicio (si omnia, profecto et iudicii diem et horam). ¿Quién será tan necio como para afirmar que el Hijo recibe en sus manos lo que ignora?»: Ib. 83-86 (CCL 144A, 854).

cuerpo y pierde el derecho del dominio perverso sobre los elegidos a los que Él conoce y tiene junto a sí desde antes de los siglos»[44].

XVII 32. *Se alejó Satanás de la presencia del Señor. Golpeó a Job con una llaga maligna desde la planta del pie hasta la coronilla.* Ninguno viene a esta vida de los elegidos sin que tenga que soportar las intrigas del enemigo. Los miembros de nuestro Redentor, incluso los que existieron desde el inicio mismo del mundo, mientras vivían honradamente, sufrieron crueldades. ¿Acaso no fue un miembro suyo Abel, que no sólo ofreció un sacrificio agradable a Dios sino que además murió callando, figurando así la muerte de Aquel de quien está escrito: *Como cordero ante el esquilador, enmudecerá y no abrirá su boca*[45]? Desde el mismo inicio del mundo Satanás ha procurado atacar el cuerpo de nuestro Redentor. Por tanto, provoca heridas desde la planta del pie hasta la coronilla, aquel que, empezando por los primeros hombres, llegó en su furor hasta la misma Cabeza de la Iglesia. Rectamente se dice:

XVIII 33. *Se rascaba las costras con una teja.* ¿Qué representa la teja en la mano del Señor sino la carne asumida del barro de nuestra sustancia? La teja adquiere solidez con el fuego. La carne del Señor se hizo más robusta con su pasión: murió por la debilidad de la carne y resucitó de la muerte ya sin su debilidad. Dice por el profeta: *Se secó mi fuerza como una teja*[46]. Se secó como una teja la fuerza de quien robusteció con el fuego de su pasión la débil carne asumida.

44. Cuando Gregorio habla de «derecho del demonio sobre el hombre», no se debe entender como una justicia hecha al demonio, sino como una concesión de la justa permisión de Dios, según la enseñanza de san Agustín: «La justicia divina entregó el linaje humano a la tiranía de Lucifer a causa del pecado del primer hombre [...] En cuanto al modo como el hombre ha sido entregado al poder de Satanás, no se ha de entender como si fuera por un acto positivo o una orden de Dios, sino solamente por su justa permisión [...] Fue el demonio debelado, no por el poder, sino por la justicia de Dios... Y así plugo a Dios, para arrancar al hombre del poder de Satanás, vencer a Luzbel, no con la potencia de su brazo, sino con su justicia»: *La Trinidad*, XIII, 12, 16; 13, 17 (CCL 50A, 402-404: *Obras*, V, B.A.C., Madrid [2]1956, 735-737); cf. Mor 2, 41.

45. Is 53, 7.

46. Sal 22, 16.

¿Qué son las costras sino el pecado? Los pecados de la carne suelen indicarse aludiendo a la carne y a la sangre. De ahí que diga el salmista: *Líbrame de las sangres*[47]. Las costras son efecto de la putrefacción de la sangre. ¿Qué son, por tanto, las costras sino los pecados de la carne agravados por una arraigada costumbre? Una herida forma costras cuando la costumbre hace empeorar la culpa desatendida. Así, el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, entregando su cuerpo a manos de los perseguidores, rasca con una teja las costras, porque borró el pecado en la carne. Tal como está escrito: *Vino en la semejanza de una carne de pecado, para condenar el pecado desde el pecado*[48]. Ofreciendo al enemigo la inocencia de su carne, purificó las manchas de nuestra carne y, por medio de ella, nos liberó de la carne en la que habíamos sido esclavizados por enemigo. Así, lo que nosotros habíamos convertido en instrumento de pecado, el Mediador lo transformó en arma para la justicia. Por tanto, se rasca las costras con una teja cuando se vencen los pecados con la carne. Rectamente añade:

XIX 34. *Sentándose en el estercolero.* No en el foro en que resuena la ley, no en un edificio que sostiene en alto su cima, sino en un estercolero se coloca, porque el Redentor del género humano, asumiendo la carne, como atestigua Pablo, *escogió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte*[49]. ¿No se coloca acaso en un estercolero como edificio derruido Aquel que, abandonando a los soberbios judíos, descansa en la gentilidad perdida desde hacía tiempo? Se encuentra herido fuera de un hogar Aquel que aguantó el rechazo de los judíos, soportando el dolor de la pasión y el desprecio de su propia gente, tal como atestigua Juan: *Vino a los suyos y los suyos no le recibieron*[50]. De qué manera descansa sentándose en un estercolero es algo que la Verdad dice de sí misma: *Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento*[51]. Se

47. Sal 51, 16.
48. Rm 8, 3.
49. 1 Co 1, 27.
50. Jn 1, 11.
51. Lc 15, 7.

sienta doliente en un estercolero Aquel que, después de que se han cometido los pecados, se alegra de recuperar los corazones de los arrepentidos. ¿Acaso los corazones de los penitentes no son como ciertos estercoleros que, mientras consideran llorando sus maldades es como si acumularan desechos ante sí, despreciándose a sí mismos? Job, después de haber sido golpeado, no acudió a un monte, sino que se recostó en un estercolero, porque el Redentor, al entrar en la pasión, abandonó los altaneros corazones de los soberbios y reposó en la humildad de los afligidos. Lo cual ya lo había indicado de sí, incluso antes de encarnarse, cuando dijo por el profeta: *¿En quién pondré la mirada sino en el humilde y tranquilo que teme mis palabras?*[52].

35. ¿Quién se ha parado a considerar la cantidad de bienes que otorgó en su bondad a los hombres Aquel que tantas maldades soportó de ellos? ¿Quién considera cuántas maldades soporta todavía, incluso ahora que desde el cielo reina sobre el corazón de los fieles? A diario padece todo lo que sus elegidos sufren de parte de los réprobos. Y, aunque la Cabeza de este cuerpo que somos nosotros, se encuentra ya libre por encima de todo, sin embargo, siente todavía las heridas por medio del cuerpo que mantiene aquí abajo.

¿Por qué decimos esto de los infieles cuando también en la misma Iglesia vemos a muchos de los carnales luchar con depravadas costumbres contra la vida del Redentor? Hay, en efecto, algunos que, no pudiéndole agredir con espadas, le persiguen con acciones perversas. Éstos, viendo que en la Iglesia les falta aquello que ambicionan, se hacen enemigos de los buenos, y no sólo se dedican por sí mismos a actuar perversamente sino que también procuran torcer la rectitud de los justos inclinándola hacia lo perverso. Han dejado de meditar en los bienes eternos y sucumben, por estrechez de miras, ante la avidez de bienes temporales. Se precipitan desde los bienes eternos tanto más gravemente cuanto más piensan que lo único existente son los bienes temporales. A los que viven así, les molesta la sencillez de los justos y cuando encuentran ocasión para incordiar, intentan atraerlos a su doblez

52. Is 66, 2 según LXX.

de vida. Lo que sigue es muy coherente con lo que estamos diciendo:

XX 36. *Su mujer le dijo: «¿Todavía perseveras en tu entereza? ¡Maldice a Dios y muérete!»*. La mujer, con su malvada persuasión, representa a los carnales[53] que se encuentran dentro de la Iglesia, los cuales, están dentro por la profesión de fe que pronuncian con los labios, pero oprimen a los buenos con sus torcidas costumbres. Quizás harían menos daño si la Santa Iglesia no los hubiese admitido en su interior acogiéndolos en la morada más íntima de la fe. Al recibirlos por su profesión de fe, se hacen casi inevitables. Por eso, cuando la multitud oprimía a nuestro Redentor, sólo una mujer le tocó, provocando que al punto dijera: *¿Quién me ha tocado?* Cuando los discípulos le respondieron: *Una multitud te oprime y sofoca ¿y preguntas quién me ha tocado?*, Él añadió: *Alguien me ha tocado, pues sé que ha salido una fuerza de mí*[54].

37. Muchos son los que oprimen al Señor y sólo una le toca porque todos los carnales que hay en la Iglesia le presionan, aunque se encuentran alejados de Él, y únicamente le tocan los humildes que verdaderamente se adhieren a Él. Una multitud le presiona porque cuantos más carnales son admitidos dentro de la Iglesia, más gravosamente se soportan. Oprime y no toca porque esta multitud importuna con su presencia y se ausenta con su forma de vida. Unas veces nos persigue con depravados discursos, otras sólo con perversas costumbres. En unas ocasiones procuran persuadir con sus palabras, en otras, cuando de esa forma no lo consiguen, no cesan de ofrecer ejemplos de iniquidad. Los que nos inducen al mal, ya sea con las palabras ya sea con el ejemplo, son, por tanto, nuestros perseguidores. De ellos recibimos los combates de las tentaciones que debemos vencer, al menos en el corazón.

38. Se debe saber que los carnales en la Iglesia empujan a obras perversas unas veces con el miedo, otras con la audacia, y cuando debido a su orgullo o a su pusilanimidad no logran su objetivo, se esfuerzan por infundir la maldad en los corazones de los justos con un falso amor.

53. «...la carne es nuestra Eva interior»: AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los salmos*, 48, I, 6 (CCL 38, 556: *Obras*, XX, B.A.C., Madrid 1965, 169).

54. Lc 8, 45-46.

Pedro, antes de la muerte y resurrección del Redentor conservaba una mente carnal; el hijo de Seruyá se había agregado a su jefe David con una mente carnal; uno pecó por miedo, el otro por orgullo. El primero, en efecto, oyendo hablar de la muerte del Maestro, dijo: *¡Lejos de ti, Señor, eso no sucederá!*[55]. El segundo, no aguantando los insultos del jefe, dijo: *¿Acaso no recibirá la muerte por estas palabras Semey, que maldijo al ungido del Señor?*[56]. A aquél se le dice al momento: *Apártate de mí, Satanás*[57], y éste, junto con el hermano, escucha: *¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Seruyá, que os convertís hoy para mí en Satanás?*[58]. Así pues, los que inducen al mal pueden ser considerados ángeles apóstatas, porque a través de palabras de adulación empujan al mal con un falso amor.

Aún peores son los que sucumben a esta culpa no por miedo sino por orgullo. De ellos, la mujer del santo Job es, especialmente, figura, pues intentó persuadir con soberbia a su marido diciendo: *¿Todavía perseveras en tu entereza? ¡Maldice a Dios y muérete!* Reprocha la entereza del marido porque Job desprecia todo lo transitorio y anhela con puro corazón sólo los bienes eternos. Como si dijera: «¿Por qué aspiras con sencillez a los bienes eternos y te lamentas con moderación bajo males presentes? ¡Desprecia los bienes eternos abandonándolos y escapa de los males presentes muriéndote!»

Los escogidos, cuando soportan por dentro las depravaciones de los carnales, manifiestan una gran rectitud. Buen ejemplo encontramos en las palabras del santo Job, a un tiempo, herido e incólume, postrado y erguido, que dijo:

XXI **39.** *Has hablado como una mujer necia. Si recibimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no vamos a aceptar los males?* Los santos, atrapados en la guerra de las tribulaciones, cuando soportan a un tiempo las heridas de unos y las insinuaciones de otros, oponen a aquéllos el escudo de la paciencia y arrojan a éstos los dardos de la doctrina. En ambas formas de lucha se alzan con

55. Mt 16, 22.
56. 2 S 19, 22.
57. Mt 16, 23.
58. 2 S 19, 23.

admirable y valeroso arte, denunciando sabiamente las maldades por dentro y rechazando con fortaleza las adversidades por fuera. Con su paciencia rechazan a los enemigos que atacan, con su compasión conducen de nuevo a la salud a los ciudadanos débiles. Resisten a unos para que no pierdan a otros. Les infunden, además, temor para que no pierdan del todo la vida de rectitud.

40. Vemos al soldado de los campamentos de Dios luchando contra unos y otros. Dijo: *Por fuera luchas, por dentro temores*[59]. Enumera las batallas que aguanta externamente, diciendo: *Peligros de ríos, peligros de salteadores, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en soledad, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos*[60]. Para indicar las flechas que arroja en esta batalla contra el adversario, añade: *Trabajo y fatiga, vigilias abundantes, hambre y sed, muchos ayunos, frío y desnudez*[61]. Atrapado entre tantos combates, refiere la vigilancia con la que, a modo de fortificación, protege el campamento: *Aparte de estas cosas exteriores, mi responsabilidad cotidiana, la solicitud por todas las iglesias*[62]. Acepta con fortaleza las batallas en su contra y se entrega con misericordia a defender al prójimo. Narra los males que sufre y añade los bienes que imparte. Pensemos en el cansancio que supone aguantar por fuera adversidades y, al mismo tiempo, proteger por dentro debilidades. Por fuera sufre luchas porque es desgarrado con azotes y encadenado, por dentro soporta el temor porque teme que su pasión dañe no a él, sino a sus discípulos. Les escribe, en efecto, diciendo: *Ninguno vacile en estas tribulaciones; vosotros mismos sabéis que para esto hemos sido destinados*[63].

En medio de su sufrimiento, teme aún la caída de los otros, no fuera que al verlo los discípulos afligido por los azotes en favor de la fe, se arrepintieran de confesarse fieles. ¡Cuántas entrañas de caridad! No se preocupa por lo que él mismo padece, sino que cuida de que sus discípulos no sufran en su corazón la más mínima su-

59. 2 Co 7, 5.
60. 2 Co 11, 26.
61. 2 Co 11, 27.
62. 2 Co 11, 28.
63. 1 Ts 3, 3.

gerencia del mal. Desprecia en sí las heridas corporales y cura en los demás las heridas del corazón.

Tal es, sí, el comportamiento de los justos: atrapados en el dolor de la propia tribulación no descuidan el provecho ajeno; cuando soportan con pesar las adversidades, instruyen a los demás previniéndolos en lo que es necesario; y como los grandes médicos que sufren ellos mismos la enfermedad, aguantan las llagas de sus dolencias al tiempo que administran a otros las medicinas saludables. Mucho menor esfuerzo supone instruir a otros cuando nada se sufre, o sufrir sin instruir a nadie. Los santos se entregan con solicitud a una cosa y a otra, y cuando reciben las heridas de la tribulación, aceptan de tal manera las batallas exteriores que con su atenta reflexión evitan que los demás sean interiormente atacados.

Así acuden los santos, fuertes, al combate: por un lado hieren con sus dardos el pecho del adversario, por otro protegen con su escudo a los débiles rezagados; vigilan con veloz mirada ambos costados; afligen a los atrevidos que se le enfrentan y defienden de las heridas a los temerosos que le sigue.

Por tanto, como los santos saben soportar por fuera las adversidades de tal manera que pueden corregir por dentro las maldades, rectamente se dice: *Has hablado como una mujer necia*. Como además se dice a los elegidos: *Actuad varonilmente y robusteced vuestro corazón*[64], no en vano se llama *mujer* al alma de los carnales que sirven al Señor con intención fluctuante.

41. *Si recibimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no vamos a aceptar los males?* Como si dijera: «si tendemos a los bienes eternos ¿qué hay de admirable en que suframos males temporales?». Pablo había examinado solícitamente estos bienes, cuando soportaba con ánimo ecuánime los males que le acaecían, diciendo: *Los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se revelará en nosotros*[65].

En todo esto, Job no pecó con sus labios. Los santos, cuando padecen la persecución por dentro y por fuera, no sólo no explo-

64. Sal 31, 25.
65. Rm 8, 18.

tan en insultos contra Dios sino que ni siquiera lanzan palabras injuriosas contra sus adversarios. Tal es la recta amonestación de Pedro, cabeza de los buenos, cuando dice: *Que ninguno de vosotros tenga que sufrir por asesino, por ladrón o por maldiciente*[66]. Sufre por ser maldiciente el que durante su sufrimiento profiere injurias, aunque las dirija contra su adversario.

El Cuerpo del Redentor, o sea, la Santa Iglesia, lleva sobre sí el peso de los dolores de tal manera que no trasgrede con sus palabras la medida de la humildad, por eso rectamente se dice sobre este doliente:

XXII **42.** *En todo esto, Job no pecó con sus labios,* ni dijo nada insensato contra Dios[67]. *Tres amigos de Job se enteraron de todo el mal que le había sobrevenido, y acudieron cada uno de su propio lugar: Elifaz de Temán, Bildad de Suaj y Sofar de Naamat.* Ya hemos dicho en el prefacio de esta obra que los amigos del santo Job[68], aunque acuden a él con buena intención, representan, sin embargo, a los herejes, porque con su hablar indiscreto se deslizan hacia el pecado. El mismo Job les dice: *Deseo discutir con Dios, demostrando ante todo que sois unos inventores de mentiras y cultivadores de doctrinas perversas*[69]. Y así, la Santa Iglesia, puesta en la aflicción durante el tiempo de su peregrinación, cuando sufre heridas, cuando padece las caídas de sus miembros, además de aguantar a enemigos declarados de Cristo, soporta también a los que se agrupan bajo su nombre. Para aumentar el dolor de la Iglesia, los herejes acuden a ella con sus disputas acribillándola con sus irracionales palabras como con flechas.

43. Rectamente se dice: *Acudieron cada uno de su propio lugar.* El lugar de los herejes es la soberbia, porque si primero no se hubieran endurecido en su corazón no hubieran acudido luego al combate con sus depravadas afirmaciones. Así como el lugar de

66. 1 P 4, 15.

67. Gregorio interpola el final del versículo 1, 22 en la conclusión de esta perícopa, sin duda por la proximidad con la conclusión de la perícopa anterior. Se trata de un error frecuente cuando la cita se hace de memoria en un comentario originalmente oral de la Sagrada Escritura.

68. Cf. Mor, Praef 15.

69. Jb 13, 3-4.

los malos es la soberbia, así también el lugar de los buenos es la humildad. A este respecto se dice por Salomón: *Si el espíritu del que tiene poder se eleva contra ti no abandones tu lugar*[70]. Como si claramente dijera: «si piensas que el espíritu del tentador va a prevalecer en algo contra ti, no abandones la humildad de la penitencia». La razón por la cual afirma que nuestro lugar es la humildad de la penitencia, se deduce a partir de las palabras con las que continúa: *Porque el cuidado hace cesar los mayores pecados*[71]. ¿Qué es la humildad del llanto sino medicina para los pecados? Así pues, los herejes acuden de su propio lugar porque desde la soberbia se dirigen contra la Santa Iglesia.

44. La maldad de su acción se puede deducir también a partir del significado de sus nombres. Se llaman Elifaz, Bildad y Sofar, como ya hemos dicho. Elifaz significa «desprecio de Dios»[72]. Si los herejes no despreciaran a Dios, no tendrían opiniones erróneas sobre Él. Bildad significa «la sola vejez»[73]. Los herejes rehuyen ser vencidos por la verdad y buscan con torcido empeño vencerla; abandonan por ello el trato con la nueva vida y todo lo que pretenden procede sólo de la vejez. Sofar significa «el que disipa la visión»[74]. Los que se encuentran en la Santa Iglesia contemplan humildemente con fe verdadera los misterios de su Redentor, pero al llegar los herejes con sus falsas argumentaciones, les disipan la visión porque atraen hacia sí sus mentes y desvían su intención de la recta contemplación.

45. Los lugares de proveniencia indicados corresponden rectamente a las acciones de los herejes. Se dice que procedían de Temán, Suaj y Naamat. Temán significa «austro»[75], Suaj «locuaz»[76] y Naamat «decoro»[77].

70. Qo 10, 4.
71. Qo 10, 4.
72. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 883).
73. Ibid.
74. Cf. JERÓNIMO, *o. c.* (PL 23, 884); en Mor, Praef 15, se da otro significado de Sofar: «destrucción de la atalaya».
75. El austro es un viento del sur. Cf. JERÓNIMO, *o. c.* (PL 23, 829).
76. Cf. JERÓNIMO, *o. c.* (PL 23, 884).
77. Cf. JERÓNIMO, *o. c.* (PL 23, 866).

¿Quién ignora que el austro es un viento cálido? Los herejes tienen ardientes deseos de saber –quizás más de lo que deben–, por eso se esfuerzan con ardorosos trabajos. La desidia corresponde bien a la frialdad rigurosa, la inquietud de una inmoderada curiosidad al calor sofocante. Como los herejes desean recibir el calor de la sabiduría más de lo debido, se dice que proceden del austro. Pablo había procurado templar la mente de los fieles apartándolos de este calor de inmoderada sabiduría, cuando decía: *No hay que saber más de lo que conviene saber, sino saber con sobriedad*[78]. Por eso también David recorre el Valle de la Sal[79], porque nuestro Redentor extingue con su riguroso juicio la necedad de un saber inmoderado en los que opinan sobre Él doctrinas torcidas.

Suaj significa «locuaz». Los herejes desean tener calor no para vivir honestamente sino para hablar con engreimiento. Se dice, pues, que vienen de Temán y de Suaj, o sea del calor y del mucho hablar, porque con su charlatanería alardean de ser estudiosos de las Escrituras, pero en sus entrañas no arde la caridad.

Naamat significa «decoro». Los herejes pretenden parecer doctos sin serlo, por eso, asumen desde sus palabras eruditas la apariencia de una vida honrada ofreciendo una imagen decorosa gracias al calor de su locuacidad. Con su facilidad de palabra introducen enseñanzas engañosas ocultando cálidamente la fealdad de su estilo de vida.

El orden en que se nombran los lugares de procedencia no es indiferente. Primero se pone Temán, luego Suaj, y, por último, Naamat, porque primero los enciende el calor, luego los eleva el resplandor de su locuacidad y, por último, la hipocresía los muestra a los hombres como si fueran personas decorosas.

XXIII **46.** *Decidieron juntos ir a visitarlo y consolarlo*. Los herejes toman decisiones conjuntas cuando se ponen de acuerdo en opiniones erróneas contra la Iglesia, opiniones con las que discrepan de la verdad y con las que coinciden respecto a la falsedad. Los que nos instruyen sobre la eternidad ¿qué hacen sino consolarnos en la aflicción de nuestro peregrinar? Los herejes, sin em-

78. Rm 12, 3.
79. Cf. 2 S 8, 13.

bargo, desean instruir a la Iglesia transmitiéndole sus propias opiniones, por eso se acercan a Ella como si quisieran consolarla.

No debe sorprender que los que asumen el papel de adversarios sean llamados amigos, pues al mismo traidor se le dice: *Amigo, ¿a qué has venido?*[80]. Al rico que se abrasaba en el fuego del infierno se le llama *hijo de Abrahán*[81], porque aunque los malvados no quieren ser corregidos por nosotros, es justo que hablemos de ellos no según su iniquidad sino según nuestra bondad.

XXIV **47.** *Desde lejos alzaron sus ojos y no lo reconocieron.* Los herejes, cuando consideran las acciones de la Santa Iglesia, elevan los ojos, porque ellos se encuentran en lo más bajo y cuando divisan sus obras resulta estar en alto lo que ellos miran, aunque no se dan cuenta todavía de que el dolor la tiene abatida. La Iglesia desea recibir aquí los males para poder llegar purificada al premio de la recompensa eterna. De ordinario, teme la prosperidad y se alegra con la disciplina en la educación que recibe. Los herejes, como desean desordenadamente los bienes presentes, no se dan cuenta de que la Iglesia está plagada de heridas. Lo que ven en Ella no lo llevan al conocimiento de sus corazones. Por eso, como la Iglesia progresa con las adversidades, los herejes se quedan sorprendidos porque no conocen por experiencia lo que están viendo.

XXV **48.** *Se rasgaron sus vestidos y se echaron polvo en la cabeza arrojándolo al cielo.* Así como en la vestidura de la Iglesia vemos representados a todos los fieles, según lo que se dice por el profeta: *Te vestirás de todos estos como de un ornamento*[82], así también vestidos de los herejes son todos los que adhiriéndose concordemente a ellos, quedan envueltos en sus mismos errores. Tienen los herejes como característica propia el no poder permanecer durante largo tiempo en el mismo nivel de doctrina en el que se encontraban al salir de la Iglesia, sino que se precipitan cada día a niveles inferiores, y, empeorando sus opiniones, se separan en muchas facciones, divididos entre sí debido a la confu-

80. Mt 26, 50.
81. Lc 16, 25.
82. Is 49, 18.

sión de sus discusiones. Como despedazan en muchas fracciones a los que agregan a sus perfidias, rectamente se dice que los amigos que acudieron a Job rasgaron sus vestidos. Los vestidos rotos dejan ver el cuerpo, porque a menudo con la división de los secuaces se muestra la malicia de su pensamiento, sacando a la luz los engaños que antes ocultaba la grave culpa de la discordia.

49. Echan polvo sobre sus cabezas arrojándolo al cielo. ¿Qué representa el polvo sino la inteligencia terrena? ¿Qué designa la cabeza, sino lo que es principal en nosotros, o sea, la mente? ¿Qué simboliza el cielo sino el precepto de la palabra divina? Echar polvo sobre la cabeza arrojándolo al cielo significa corromper la mente con la inteligencia del mundo y entender las palabras celestes en sentido terreno. Las palabras divinas, muchas veces, más que comprenderlas, se discuten. Los herejes, por tanto, echan polvo sobre sus cabezas porque acogen los preceptos de Dios con una inteligencia terrena que transciende la fuerza de sus mentes.

XXVI **50.** *Se sentaron en tierra junto a él durante siete días y siete noches.* De día reconocemos lo que vemos; de noche o no divisamos nada por falta de visión o vemos nublado por la duda. El día representa la inteligencia, la noche la ignorancia. El número siete indica la perfección de todas las cosas. Por eso, en un período que no supera los siete días se consuma todo el tiempo de lo que es transitorio.

¿Qué significa que los amigos del santo Job se sienten con él durante siete días y siete noches, sino que los herejes, ya sea en los días en que comprenden la luz verdadera ya sea en los que padecen las tinieblas de la ignorancia, simulan ser condescendientes con la debilidad de la Santa Iglesia, y bajo apariencia de cuidados le preparan las trampas del engaño? Aunque en las cosas que entienden o en las que no pueden entender, hinchados de orgullo, parezcan grandes, sin embargo, se inclinan todavía con fingimiento ante la Santa Iglesia y, mientras halagan con sus palabras, le inyectan veneno. Sentarse juntos en tierra es mostrar cierta apariencia de humildad para engañar con las opiniones soberbias que enseñan mientras fingen actuar humildemente.

51. La expresión *por tierra* se puede interpretar también referida a la encarnación del Mediador. A Israel se le dice: *Me haréis*

un altar de tierra[83]. Hacer a Dios un altar de tierra es esperar en la encarnación del Mediador. Dios acoge nuestra ofrenda cuando nuestra humildad lleva a este altar –o sea, a la fe en la encarnación del Señor–, todo lo que realiza. Ponemos sobre un altar de tierra el don ofrecido si fortalecemos nuestros actos con la fe en la encarnación del Señor. Hay algunos herejes que no niegan el hecho de la encarnación del Mediador pero piensan su divinidad de forma equivocada o disienten de nosotros respecto al modo mismo de la encarnación. Los que profesan con nosotros la verdadera doctrina sobre la encarnación del Redentor son como los que se sientan en tierra junto a Job. Se dice además que se sentaron con él en tierra durante siete días y siete noches, porque, ya sea que comprendan algo de la verdad plena, ya sea que estén cegados por la tiniebla de su necedad, no pueden negar el misterio de la encarnación. Así pues, sentarse con el santo Job en tierra significa creer, con la Santa Iglesia, en la carne verdadera del Redentor.

52. Unas veces los herejes se ensañan contra nosotros con suplicios, otras nos persiguen sólo con las palabras, otras nos dejan tranquilos, otras, en fin, descansan si nos ven callados; son amigos de los que permanecen mudos y adversarios de los que hablan. Como el santo Job no les había dicho todavía nada, rectamente se añade: *Ninguno le dijo una palabra.* Tenemos adversarios que callan si descuidamos engendrar con la predicación hijos a la verdadera fe. Si por el contrario empezamos a proclamar la recta doctrina, en seguida recibimos las graves injurias de su respuesta. Al momento se lanzan a contradecirnos y explotan en gritos de dolor contra nosotros porque temen que la recta voz del predicador atraiga a las alturas los corazones que el peso de la necedad arrastra a lo más bajo.

Por tanto, porque, como ya hemos dicho, los adversarios nos quieren mudos y nos odian si hablamos, rectamente se dice sobre los que acompañan al silencioso Job:

XXVII **53.** *Ninguno le dijo una palabra.* Cuando los herejes ven el corazón de los fieles muerto por la rutina, no dejan de esparcir con sus palabras la semilla del error. Por el contrario, cuan-

83. Ex 20, 24.

do ven las mentes de los buenos saborear las verdades elevadas, buscar el regreso a la patria y sentir vivo dolor por la tristeza de este exilio, frenan su lengua con solícita circunspección porque ven que rápidamente son reducidos al silencio los que hablan en vano contra los corazones de los que sufren. De ahí que al decir *ninguno le dijo una palabra*, indicara a continuación la causa del silencio, diciendo:

XXVIII **54.** *Pues veían que su dolor era muy intenso.* Cuando un dolor muy fuerte de amor de Dios traspasa nuestros corazones, el adversario teme decir cosas depravadas porque ve que exasperando al alma enamorada no sólo no logra llevarla a la perdición sino que pierde incluso a los que ya tenía bajo su poder.

55. A lo mejor hay quien se sorprende de lo que hemos dicho interpretando el bien que los amigos de Job hacen como el mal que los herejes realizan. Ocurre con frecuencia que lo que se considera virtud en un relato, esconde una culpa en su significado o lo que es motivo de condena, al ponerse por escrito, se convierte en profecía de virtud. Que esto es verdad lo podemos probar ofreciendo un solo testimonio de la Sagrada Escritura para ambos casos.

¿Quién, no sólo entre los fieles sino también entre los infieles, no siente gran repulsa al escuchar lo que David hizo cuando paseaba por la terraza y deseó a Betsabé, la mujer de Urías?[84]. David pidió a Urías que al volver de la batalla fuera a su casa a lavarse los pies. Pero Urías le respondió al momento: *El arca del Señor está bajo unas pieles ¿y yo debo descansar en mi casa?*[85]. Entonces, David lo recibió en su propia mesa y le entregó las cartas que ordenaban su muerte.

David que pasea por la terraza es figura de aquel sobre el que está escrito: *En el sol puso su tienda*[86]. ¿Qué significa mandar traer junto a sí a Betsabé sino unir en uno mismo la inteligencia espiritual y la ley entendida en sentido literal, ley a la que estaba atado el pueblo carnal? Betsabé significa «el séptimo pozo»[87], porque, mediante el conocimiento de la ley y la infusión de la gracia espi-

84. Cf. 2 S 11, 2-26.
85. 2 S 11, 11.
86. Sal 19, 5.
87. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 857).

ritual, nos suministra la perfecta sabiduría. ¿A quién representa Urías sino al pueblo judío? Su nombre significa «mi luz es Dios»[88]. El pueblo judío tiene a honra haber recibido la ciencia de la ley, de modo que es como si se gloriara de la luz de Dios. David arrebató la mujer a Urías y se unió a ella porque con mano fuerte, tal como se dice de David, al aparecer en la carne el Redentor, reveló que la ley hablaba de Él en sentido espiritual, demostró que se había hecho extraña al pueblo judío que la había leído sólo en sentido literal, y la unió a Sí declarando que había hablado de Él. David manda a Urías ir a su casa a lavarse los pies porque viniendo el Señor en la carne ordenó al pueblo judío que entrara en su conciencia y purificara con lágrimas sus sórdidas acciones. De esa manera podría comprender el sentido espiritual de los mandatos de la ley y, después de la dureza de tantos preceptos, podría encontrar la fuente bautismal acudiendo al agua tras la fatiga. Urías, sin embargo, recuerda que el arca del Señor está debajo de unas pieles y responde que no puede entrar en su casa. Como si el pueblo judío dijera: «yo veo los mandamientos de Dios en los sacrificios materiales y no deseo entrar en mi conciencia por medio de la inteligencia espiritual». Quien entiende los preceptos divinos nada más que en función del ofrecimiento de un sacrificio material es como si dijera que el arca está bajo unas pieles. Al no querer Urías ir a su casa, David lo invita a su mesa, porque aunque el pueblo judío rehuse volver sobre su propia conciencia, el Redentor, sin embargo, con su venida, predica los mandamientos espirituales, diciendo: *Si creyerais a Moisés, creeríais también en mí, porque él escribió de mí*[89]. El pueblo judío tiene la ley que habla de la divinidad de Aquel al que el mismo pueblo judío no ha querido creer. Urías es enviado a Joab con las cartas que ordenan su muerte, porque el mismo pueblo judío es portador de la ley que le lleva a la muerte. Negándose a cumplir los mandatos de la ley que posee, él mismo ofrece el juicio que lo condenará.

¿Hay acción más criminal que la de David? ¿Se podía responder algo más puro de lo que dijo Urías? Y, a pesar de ello, penetrando

88. Cf. JERÓNIMO, *o. c.* (PL 23, 863).
89. Jn 5, 46.

en el misterio ¿es posible encontrar algo más santo que lo hecho por David o algo más impío que lo dicho por Urías, teniendo en cuenta que el primero, con su vida de pecado, simboliza la inocencia revelada por la profecía, y el segundo representa, con su vida inocente, el pecado anunciado por la profecía?

No es, por tanto, incoherente que el mal que causan los herejes sea representado por las buenas acciones que los amigos de Job realizan, pues la fuerza de las palabras sagradas narra las acciones pasadas para anunciar las futuras. De esta forma, se aprueba en el relato lo que a la luz del misterio merece ser reprochado, y se condenan acciones que, en sentido místico, invita a realizar.

Sentido moral

56. Como ya hemos explicado por partes los misterios de la alegoría, podemos continuar ahora con el sentido moral aludiendo a él rápidamente. El alma aprovecha discutiendo pasajes oscuros, pero si se entretiene largo tiempo en los que son claros, no se atreve ya a llamar, en la forma debida, a la puerta de los que le están cerrados.

Con frecuencia el antiguo enemigo, después de afligir nuestra alma en el combate de las tentaciones, se aleja por un tiempo de la batalla, no para poner fin a la malicia desarrollada sino para irrumpir de golpe, sin ser esperado, y entrar más fácilmente en los corazones que se han vuelto seguros durante la tranquilidad. De ahí que vuelva de nuevo a tentar al santo varón pidiendo a Dios que lo pueda atormentar. La Bondad suprema lo concede, con algunas reservas, y dice:

XXIX **57.** *Ahí está, en tus manos; únicamente respeta su alma.* El Señor nos abandona para protegernos; nos protege para mostrarnos en el momento en que permite la tentación nuestra débil condición. En cuanto Satanás sale de la presencia del Señor cubre de heridas desde la planta de los pies hasta la coronilla al que le había sido entregado, porque cuando obtiene el permiso, aflige casi todo el cuerpo golpeándolo con tentaciones destinadas al alma, comenzando por las más pequeñas hasta llegar a las más grandes. Con sus heridas no llega todavía al alma porque en el in-

terior de todos los pensamientos la intención de propósitos celestiales resiste en medio de los placeres que le hieren, y, aunque el placer muerda al alma, sin embargo, no doblega la deliberación de la santa rectitud ni le hace caer en la molicie del consentimiento. Debemos pulir con la aspereza de la penitencia las heridas de los placeres y limpiar con la crítica de un severo discernimiento cualquier impureza que fluya en nuestro pensamiento. De ahí que continúe:

XXX **58.** *Se rascaba las costras con una teja.* ¿Que se entiende por teja sino el rigor de la severidad y qué por costras sino el fluir de pensamientos impuros? Rascamos abatidos las costras con una teja cuando, tras la contaminación de un pensamiento ilícito, nos purificamos a nosotros mismos juzgándonos ásperamente.

La teja puede también simbolizar la fragilidad de la vida mortal. Limpiar las costras con una teja significa entonces considerar el curso y la fragilidad de la condición mortal y hacer desaparecer la podredumbre del placer miserable. Si uno, en efecto, considera con cuánta rapidez vuelve la carne al polvo, supera con prontitud el ataque ignominioso que la carne libra en su interior. Por eso, cuando debido a la tentación un pensamiento depravado influye sobre la mente, es como si se formaran costras en una herida. Se limpian rápidamente las costras si mantenemos en el pensamiento la consideración de nuestra fragilidad como si de una teja en la mano se tratase.

59. No debemos tampoco considerar de poca importancia los malos pensamientos que residen en nuestra mente, aunque no se lleven a efecto. Se puede decir que el Redentor había venido a limpiar las costras de las heridas cuando decía: *Habéis oído lo que se dijo a los antiguos: no cometerás adulterio; Yo, sin embargo, os digo: si uno mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón*[90]. Se limpian, pues, las costras cuando se arranca el pecado no sólo de las obras sino también del pensamiento.

Por esta razón, cuando Gedeón separaba el trigo de las pajas vió un ángel, le preparó en seguida un cabrito tal como le había ordenado, lo colocó sobre una roca y derramó por encima el caldo

90. Mt 5, 27-28.

de la carne; el ángel lo tocó con una vara y lo consumió con fuego que salió de la roca[91]. ¿Qué significa golpear el trigo con una vara sino separar con la rectitud de juicio los granos de las virtudes de las pajas de los vicios? Un ángel se aparece a los que así actúan, porque el Señor se hace tanto más presente en el interior de los hombres cuanto mayor empeño ponen en su purificación de cosas externas. Manda que le mate un cabrito –es decir, que le inmole todo el apetito de nuestra carne–, y que coloque la carne sobre una roca y derrame por encima el caldo. ¿A quién designa esa roca sino a Aquel de quien se dice por medio de Pablo: *La roca era Cristo*[92]? Ponemos la carne sobre la roca cuando afligimos nuestro cuerpo a imitación de Cristo. Vierte por encima el caldo quien al convertirse a Cristo aparta de sí también los pensamientos carnales. Cuando la mente se vacía del flujo de pensamientos carnales es, en efecto, como si se derramaran sobre la roca los jugos de la carne. El ángel la toca a continuación con una vara porque el poder del auxilio divino no abandona nunca nuestra intención. De la roca sale fuego y consume la carne y su caldo, porque el Espíritu, exhalado por el Redentor, incendia nuestro corazón con tal llama de compunción que consume todo lo que hay en él de ilícito, tanto en obras como en pensamientos.

Lo que ahí se expresa derramando el caldo sobre la roca, aquí se indica limpiando las costras con una teja. El alma en camino de perfección vigila con gran cuidado no sólo para evitar cometer maldades sino también para purificar todo lo deshonesto que supura en ella a través de sus pensamientos.

Con frecuencia, de la misma victoria nace la batalla, y así, cuando se vence el pensamiento impuro, el ánimo del vencedor recibe el golpe de la soberbia. Es necesario entonces elevar la mente por medio de la pureza, pero de tal manera que no deje de postrarse humildemente. De ahí que al decir el santo varón: *Se rascaba las costras con una teja*, en seguida añada oportunamente:

XXXI 60. *Sentándose en el estercolero*. Sentarse en un estercolero es caer en la cuenta de las propias vilezas y miserias. Para no-

91. Cf. Jc 6, 11-12.19-21.
92. 1 Co 10, 4.

sotros, sentarse en un estercolero significa volver los ojos de la mente a los pecados cometidos arrepintiéndonos de ellos. Contemplando ante nosotros el estiércol de nuestros pecados, podremos doblegar en nuestro ánimo todo cuanto el orgullo eleva. Se sienta en un estercolero quien considera solícito su debilidad y no se engríe de los bienes que por gracia ha recibido. ¿Acaso no se sienta en un estercolero Abrahán cuando dice: *Hablaré a mi Señor siendo polvo y ceniza*[93]? Claramente observamos en qué lugar se había colocado a sí mismo, él, que se consideraba polvo y ceniza incluso mientras hablaba con Dios. Si de esta forma se desprecia quien había sido elevado hasta el honor de hablar con Dios, piénsese con qué castigo han de ser golpeados los que no progresan hacia los bienes supremos y se engríen, sin embargo, por pequeñeces.

Hay algunos que cuando realizan mínimas obras buenas se creen ya grandes, alzan su mente en alto y piensan que preceden a los demás en méritos y virtudes. En su interior abandonan el estercolero de la humildad y escalan las cumbres del orgullo; imitan así al que se ensalzó primero a sí mismo, precipitándose de su altura; imitan al que no se conformó con la dignidad de la condición recibida y dijo: *Escalaré el cielo, sobre los astros del cielo ensalzaré mi trono*[94]. Babilonia, unida a él en su mal –o sea, la multitud confusa de los pecadores–, dice: *Me siento como reina y no soy viuda*[95]. Todo el que se engríe en su interior se coloca a sí mismo en alto; pero se precipita más gravemente al abismo porque no quiere considerar la verdad de su debilidad.

Hay algunos que no se esfuerzan en la realización de ningún acto de virtud y, sin embargo, cuando ven a otros pecar, se consideran justos en comparación con ellos. Y es que no es única ni semejante la culpa que atraviesa el corazón de todos. A unos enreda la soberbia, a otros inflama la lujuria. Sucede a veces que el oprimido por la soberbia se fija en la ira que enciende al vecino y, como a él la ira no le afecta, se considera mejor que el iracundo y se engríe como si ya fuera justo, descuidando pensar en el vicio que a él más gravemente le domina. Ocurre también que el devo-

93. Gn 18, 27.
94. Is 14, 13.
95. Is 47, 8 según LXX.

rado por la avaricia observa al que está inmerso en la vorágine de la lujuria: como se ve ajeno a la contaminación carnal, no ve las manchas con las que el vicio espiritual le ha contaminado interiormente y, mientras piensa en el mal ajeno que él no tiene, descuida considerar lo que lleva en sí, con lo cual, dedicada la mente a juzgar los vicios de otros, se ve privada de la luz necesaria para el propio juicio y se ensoberbece contra el pecado de los demás con más dureza justamente porque ignora con mayor negligencia los pecados propios.

61. Por el contrario, quienes aspiran de verdad a escalar las cumbres de la virtud, cuando oyen hablar de las culpas ajenas vuelven de inmediato el corazón hacia las propias y tanto más rectamente juzgan aquéllas cuanto más sinceramente deploran éstas. Y así, como todo elegido se concentra en la consideración de su propia fragilidad, rectamente se dice que el santo varón se sentó doliente en el estercolero. Quien se humilla de verdad, progresa y medita, con el ojo de una continua consideración, en la cantidad de sucios delitos que le acechan.

Debe tenerse también en cuenta que muchas veces, en medio de la prosperidad, la mente recibe el golpe de una insoportable tentación. En otras ocasiones, padecemos externamente las adversidades e internamente somos probados por el impulso de la tentación, de modo que mientras los azotes atormentan la carne, la sugestión carnal inunda la mente. Por eso, después de todas las heridas que ha recibido el santo Job, todavía se añadieron las palabras malvadas de la mujer persuasora, que dijo:

XXXII **62.** *¿Todavía perseveras en tu entereza? ¡Maldice a Dios y muérete!* La mujer que instiga al mal es el pensamiento carnal que lacera la mente. A menudo, como ya hemos dicho, somos triturados por los golpes externamente e importunados por la sugestión carnal internamente. De ahí lo que Jeremías deplora, diciendo: *Por fuera mata la espada y semejante es la muerte en casa*[96]. Por fuera mata la espada cuando la venganza hiriente nos atraviesa externamente. Semejante es la muerte que recibe en casa porque, aunque soporte los azotes por fuera, por dentro la con-

96. Lm 1, 20.

ciencia no está limpia de sórdidas tentaciones. Dijo David: *Sean como polvo ante el viento y el ángel del Señor los aflija*[97]. Quien deja que en su corazón corra el aire de la tentación es como polvo ante el viento; si además lo golpea el juicio divino, ¿quién lo aflige sino el ángel del Señor?

63. De una forma obran los réprobos y de otra los elegidos. Los corazones de aquéllos son tentados de tal manera que consienten; los corazones de éstos, aunque reciben las tentaciones, las rechazan. La mente de los primeros es atrapada por la delectación y, si por un tiempo desagrada el mal sugerido, luego se acepta deliberadamente. Los segundos, por el contrario, reciben las flechas de las tentaciones de tal modo que siempre resisten en su esfuerzo y, si la mente tentada es capturada hasta probar la delectación, al punto sienten vergüenza por haber cedido al deleite y con vigoroso juicio arrancan todo lo carnal que haya podido brotar en ellos. Por eso añade todavía:

XXXIII **64.** *Has hablado como una mujer necia. Si recibimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no vamos a aceptar los males?* Es conveniente que la mente santa reprima con la corrección espiritual todo lo carnal que insolentemente se le insinúe, no sea que la carne, empleando el lenguaje de la aspereza la lleve a la impaciencia, o, empleando palabras de halago la arrastre por las corrientes de la pasión. Así pues, que la crítica del santo varón, rechazando la sugestión de un pensamiento ilícito, reprima la molicie disoluta de la desvergüenza y diga: *Has hablado como una mujer necia.* Luego, considerando los dones, frene la impaciencia del pensamiento áspero diciendo: *Si recibimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no vamos a aceptar los males?* Quien desea someter los vicios y tiende a las cimas eternas de la retribución interior con los pasos de la verdadera intención, cuanto más se ve acechado en la batalla de los vicios, más robustamente se ciñe con las armas de las virtudes y teme menos las flechas, porque protege fuertemente el pecho de lo que lanzan contra él.

65. En ocasiones, cuando nos esforzamos por afianzarnos en las grandes virtudes para hacer frente a la guerra de las tentacio-

97. Sal 35, 4.

nes, se nos esconden ciertos vicios bajo capa de virtud y se presentan ante nosotros como cosas sin importancia, pero al ser examinados se descubre su peligrosidad. De ahí que los amigos del santo Job acudan a consolarlo e irrumpan, sin embargo, en injurias, porque los vicios acechantes adquieren rostro de virtudes y nos hieren con hostil invectiva.

Así, la ira desenfrenada desea parecer justicia y el relajamiento excesivo misericordia. El temor incauto pretende aparentar humildad y la soberbia sin frenos libertad. Los amigos acuden a consolar pero se entregan a palabras de increpación, porque los vicios envueltos en apariencia de virtudes se introducen con suavidad pero nos perturban con aspereza. Rectamente dice:

XXXIV **66.** *Decidieron juntos ir a visitarlo y consolarlo.* Los vicios se ponen de acuerdo bajo pretexto de virtudes porque algunos de ellos se asocian en nuestra contra con cierta conveniencia como la soberbia y la ira, el relajamiento y el temor. Cercana es, en efecto, la ira a la soberbia y el relajamiento al temor. Deciden venir juntos los vicios que se alían contra nosotros a partir de cierto parentesco de perversidad. Pero si reconocemos la miseria de nuestro cautiverio, si nos dolemos interiormente por amor a la patria eterna, los vicios que arrastran a los que se alegran en su perversión, no pueden prevalecer sobre los que deciden entristecerse por conservar el bien. De ahí que siga:

XXXV **67.** *Desde lejos alzaron sus ojos y no lo reconocieron.* Cuando estamos afligidos, los vicios no nos reconocen, porque al ver triste el corazón que deseaban golpear, se retiran rechazados. Los que nos conocían alegres cuando entraban en nosotros, no logran reconocernos en la aflicción porque los abate nuestro mismo rigor. El antiguo enemigo, viéndose atrapado fuertemente en ellos, los esconde más hábilmente bajo imagen de virtudes. Por eso añade:

XXXVI **68.** *Dando gritos se pusieron a llorar, se rasgaron sus vestidos y se echaron polvo en la cabeza arrojándolo al cielo. Se sentaron en tierra junto a él durante siete días y siete noches.* El llanto es señal de piedad, los vestidos rasgados de discreción, el polvo en la cabeza de disposición para la acción y el sentarse de humildad. A veces el enemigo instigador simula ser honrado para llevar a término una crueldad, como cuando prohíbe castigar la

culpa con disciplina, para que lo que aquí no es reprimido sufra luego el fuego de la gehenna. A veces se presenta a la vista con apariencia de discreción y enreda en los lazos de la confusión, como cuando bajo su impulso concedemos a nuestra debilidad, con una supuesta discreción, más alimento del que necesitamos, provocando en nuestra contra una indiscreta batalla carnal. A veces simula disposición para realizar buenas obras, pero no hace más que sembrar la inquietud por el trabajo, como cuando uno es incapaz de descansar y teme ser considerado un ocioso. A veces presenta imagen de humildad para arrancar el efecto de la utilidad, como cuando afirma de algunos que son débiles e inútiles para que se consideren indignos y sientan terror al administrar los bienes con los que podían ser de provecho a los demás.

69. Los vicios que el antiguo enemigo disfraza de virtudes, los examina con gran finura la mano de la compunción. Quien se duele sinceramente en su interior, prevé con vigor lo que debe o no debe realizar externamente. Si la fuerza de la compunción actúa en lo más íntimo de nosotros, el estrépito de cualquier perversa sugestión enmudecerá. De ahí que siga:

XXXVII **70.** *Ninguno le dijo una palabra, pues veían que su dolor era muy intenso.* Si nuestro corazón se duele sinceramente, los vicios no pronuncian ninguna palabra contra nosotros. Cuando se busca la vida de rectitud plenamente, cualquier vana sugestión de perversidad queda bloqueada. Sucede con frecuencia que si nos lanzamos con fuerte empeño contra la invectiva de los vicios, podemos poner esos mismos vicios al servicio de la virtud.

Algunos, en efecto, dominados por la ira, someten ésta a la razón poniéndola al servicio de un celo santo. Otros, engreídos por la soberbia, inclinan su ánimo al temor de Dios y transforman ésta en una voz autorizada y libre para la defensa de la justicia. Otros, preocupados por la condición física, someten su cuerpo al ejercicio de obras de caridad, de modo que donde sentían el impulso para obrar la iniquidad, ahí mismo obtienen los beneficios de la piedad.

Por eso mismo, el santo Job, después de tanta guerra, ofrece un sacrificio en favor de sus amigos. Debido a sus reproches los aguantó largo tiempo como a enemigos, pero al final los trata como a compañeros y ofrece por ellos un sacrificio. Y es que,

cuando sometemos y convertimos cualquier pensamiento vicioso en virtud, es como si transformáramos los esfuerzos adversos de las tentaciones en corazones amigos gracias a la ofrenda de nuestra intención.

En tres libros hemos tratado ya estos temas suficientemente según el triple sentido[98]. En el exordio mismo de esta obra, como en el raigal de un árbol naciente, hemos fijado la raíz de nuestro comentario para producir luego las ramas de la exposición según lo exigía cada pasaje.

98. Gregorio anuncia el abandono del orden seguido hasta ahora. En los libros sucesivos la exposición ordenada según el triple sentido será abandonada; las referencias explícitas al sentido histórico serán mínimas y siempre presentadas en el contexto de una interpretación alegórica o moral.

LIBRO CUARTO

Prefacio

1. Quien se limita al texto e ignora el sentido de la Sagrada Escritura más que instruirse con erudición se confunde con ambigüedad. Sucede con frecuencia que las palabras, tomadas en sentido literal, se contradicen entre sí, pero al diferir entre sí contradiciéndose, remiten al lector a la inteligencia de la verdad[1]. Así, por ejemplo, ¿por qué dice Salomón: *Mejor es comer y beber*[2] y, poco después, añade: *Mejor es ir a casa de luto que a casa de convite*[3]? ¿Por qué prefiere el luto al convite quien antes alababa el comer y el beber? Si para el que elige, es bueno comer y beber, sin duda, debe ser aún mejor dirigirse a casa de gozo que a casa de lamento. Por eso dice luego: *Alégrate joven en tu juventud*[4], y poco después añade: *La juventud y el deleite son cosas vanas*[5].

Así pues, ¿qué significado tiene que primero se prescriba algo reprobable y que luego repruebe lo prescrito, sino lo que sugieren las mismas palabras tomadas en sentido literal, a saber: que el que encuentre una dificultad exterior debe considerar la inteligencia de la verdad y a ella atenerse? La inteligencia de la verdad, buscada con humildad de corazón, se alcanza con la lectura asidua. Lo mismo ocurre cuando vemos la cara de un desconocido del que ignoramos, además, la intención de su corazón: si entablamos con él una conversación familiar podemos también penetrar, gracias al trato coloquial, en sus pensamientos. De igual forma, cuando en la

1. Cf. *Carta dedicatoria* 3.
2. Qo 2, 24.
3. Qo 7, 2.
4. Qo 11, 9.
5. Qo 11, 10.

Palabra Sagrada se percibe únicamente el sentido histórico, no se ve otra cosa que la cara, pero si nos acercamos a ella con un trato asiduo, conseguiremos penetrar en su mente como desde una conversación familiar. Por eso, cuando relacionamos unos pasajes con otros, reconocemos el rostro en las palabras y descubrimos que una cosa es lo que guardan dentro y otra la que expresan fuera. Tanto más extraños nos volvemos al conocimiento de la Escritura cuanto más nos aferramos sólo a su superficie.

2. Por esta razón se afirma que el santo Job maldijo su día, diciendo: *Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: «Se ha concebido un hombre»*[6]. Si nos atenemos a la superficie ¿qué encontramos más reprensible que estas palabras? ¿Quién ignora que el día en que nació no podía seguir aún entonces subsistiendo? Es propio del tiempo ser de condición inestable, porque su ser consiste en tender hacia el futuro y dejar de ser respecto al pasado. ¿Por qué, pues, un hombre como Job maldice una cosa que él mismo sabe que no puede subsistir? Quizás alguno diga que ahí reside justamente el valor de su virtud: lanza una maldición a algo que se sabe no puede subsistir. La razón perspicaz destruye, sin embargo, rápidamente tal razonamiento, porque si existía lo que podía ser maldito, su maldición fue perniciosa, y si no existía, fue ociosa. Quien está lleno del Espíritu del que dijo: *De toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del juicio*[7], teme pronunciar tanto palabras ociosas como perniciosas.

A esa sentencia se une esta otra: *Que aquel día se convierta en tinieblas, que no lo busque Dios desde lo alto, que no brille en él la luz. Que lo oscurezcan tinieblas y sombras de muerte. Que una gran niebla lo cubra y lo envuelva la amargura. Que un torbellino tenebroso se apodere de aquella noche. Que sea solitaria aquella noche y no merezca alabanza. Que espere la luz y no vea surgir la aurora*[8]. Se sabe que el día desaparece con el correr del tiempo, ¿por qué pide que se convierta en tinieblas? Consta, además, que no puede subsistir, ¿por qué desea que lo oscurezcan

6. Jb 3, 3.
7. Mt 12, 36.
8. Jb 3, 4-6.7.9.

sombras de muerte, que lo cubra una gran niebla, que lo envuelva la amargura o que un torbellino tenebroso se apodere de una noche que carece por completo de subsistencia? ¿Cómo puede desear que sea solitaria la noche que, una vez pasada, ya no es nada? ¿Cómo puede la noche, carente de sentidos e inconsistente por naturaleza, esperar algo? Añade también estas palabras:

3. *¿Por qué no morí en el seno materno o no expiré al salir del útero? ¿Por qué me acogieron unas rodillas? ¿Por qué me amamantaron unos pechos? Ahora dormiría en silencio y descansaría en mi sueño*[9]. ¿Si hubiera perecido nada más salir del útero habría obtenido acaso por esa muerte el mérito de la retribución? ¿Acaso los abortos gozan de un descanso eterno?[10]. Quien no es absuelto

9. Jb 3, 11-13.

10. Para Gregorio no hay dudas: los que mueren sin bautismo son condenados, aun en el caso de los niños que no tienen culpa: «¡Con cuánto rigor eliminará el Juez severo a los que condena por sus propias acciones, si golpea para siempre a los que no han cometido pecados con su libertad!»: Mor 9, 32; cf. Hm Ev I, 7, 3 (PL 76, 1101 A); I, 10, 7 (PL 76, 1114 B). La doctrina sobre el destino eterno de los no nacidos (o de los niños muertos antes del uso de razón) se sitúa dentro de la enseñanza sobre la necesidad absoluta del bautismo para la salvación: si el no nacido no ha podido recibir el bautismo, entonces no le ha sido perdonado el pecado original, y, en consecuencia, no puede gozar de la salvación. Por culpa del primer pecado, el ser humano «engendra hijos para la gehenna» (Mor 4, 62). No obstante, el castigo «merecido» no se puede igualar al del adulto que peca libremente y rechaza voluntariamente el bautismo (cf. Mor 9, 32). Gregorio asume así una doctrina que en Agustín sólo estaba apuntada; el obispo de Hipona había desarrollado su opinión frente a los pelagianos que negaban la necesidad del bautismo para la salvación; cf. AGUSTÍN, *Sobre el alma y su origen*, II, 12, 17 (PL 44, 505-506: *Obras*, III, B.A.C., Madrid [3]1963, 673-674); *Enchiridion*, XXIII, 93 (CCL 46, 99: *Obras*, IV, B.A.C., Madrid 1956, 593). La reflexión de los Padres encontró dificultades para conciliar la necesidad del bautismo para la salvación (cf. Jn 3, 5) con el designio salvífico universal de Dios (cf. 1 Tm 2, 4). ¿Cómo es posible que niños no bautizados, sin haber cometido pecados personales, puedan recibir la misma condena que los adultos que pecan voluntariamente? La solución propuesta pasó por reconocer una «condenación menor» en el caso de los primeros; cf. además de las obras citadas de Agustín y Gregorio Magno, GREGORIO NACIANCENO, *Oratio*, 40, 23 (PG 36, 389); GREGORIO DE NISA, *Sobre los niños que mueren prematuramente* (PG 46, 178)-. La teología escolástica medieval propondrá un estado de «salvación menor» (limbo) en la que no se goza de la visión de Dios. El Concilio Vaticano II ha afirmado: «Cristo ha muerto por todos y la vocación última del hombre es una sola, la divina; por eso, debemos mantener que el Espíritu Santo da a todos la po-

por el baño de la regeneración[11] permanece atado con el lazo del primer pecado. El valor que para nosotros tiene el agua del bautismo, lo tenía para los antiguos la fe sola en el caso de los niños, la virtud del sacrificio en el caso de los mayores, o el sacramento de la circuncisión en el caso de los descendientes de Abrahán[12]. Que cada uno sea concebido con la culpa de los primeros padres, lo testifica el profeta diciendo: *En la culpa he sido concebido*[13]. Que los que no han sido limpiados por el baño de la salvación no están absueltos de los suplicios de la culpa original, claramente lo afirma la misma Verdad: *Si uno no renace del agua y del Espíritu Santo, no tendrá vida eterna*[14].

Así pues, ¿qué significa desear haber muerto en el seno materno y esperar poder descansar con los beneficios de su muerte cuando consta que no se recibe el descanso de la vida si uno no ha sido liberado antes del pecado de la culpa original con los sacramentos del conocimiento divino? Añade, además, con quien podría haber reposado, diciendo: *Con los reyes y los cónsules de la tierra que se construyen soledades*[15]. ¿Quién ignora que los reyes y cónsules de la tierra se encuentran lejos de la soledad, rodeados como están de innumerables cortesanos? ¿Quién ignora lo difícil que les resulta a éstos tender al descanso, estando inmersos en las duras faenas de tan múltiples asuntos? Lo confirma la Escritura diciendo: *Se hará un juicio durísimo contra los que presiden*[16]. También la Verdad dice en el evangelio: *A quien mucho se le dió, mucho se le exigirá*[17]. Job insinúa, además, que habría tenido com-

sibilidad de unirse, por caminos que sólo Dios conoce, al Misterio pascual»: GS 22; cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* 1260-1261.

11. Literalmente: *onda de la regeneración* (unda regenerationis); otras expresiones de Gregorio para referirse al bautismo: *baptismi sacramentum* (Mor 4, 14), *lavacrum baptismatis* (Mor 33, 47), *fons baptismatis* (Mor 3, 55), *unda salutis* (Mor 9, 54).

12. Cf. AGUSTÍN, *El matrimonio y la concupiscencia*, II, 11, 24 (PL 44, 449-450: *Obras completas*, XXXV, B.A.C., Madrid 1984, 331-332); *Réplica a Juliano*, V, 11, 45 (PL 44, 809-810: *Obras*, XXV, B.A.C., Madrid 1984, 802-803).

13. Sal 51, 7.

14. Jn 3, 5.

15. Jb 3, 14.

16. Sb 6, 6.

17. Lc 12, 48.

pañeros de descanso, cuando dice: *O con príncipes que poseen oro y llenan de plata sus moradas*[18]. Es muy extraño que el que posee oro busque el descanso, pues dice la misma Verdad: *Los que poseen riquezas, difícilmente entrarán en el Reino de los cielos*[19]. Los que en este mundo viven obsesionados por multiplicar sus riquezas ¿qué alegría esperarán en la otra vida? Nuestro Redentor, para mostrar que se trata de algo muy raro, que sólo puede suceder por un milagro divino, dice: *Esto es imposible para los hombres, para Dios, sin embargo, todo es posible*[20].

Dado, por tanto, que las palabras de Job son contrarias a la razón leídas superficialmente, descubrimos a partir de la misma letra, que con ellas el santo varón no quiso decir nada según el sentido literal[21].

4. Ahora bien, si analizamos primero otras maldiciones que aparecen en la Sagrada Escritura, podremos escrutar luego con mayor finura lo que profirió el santo Job por su boca. Así, por ejemplo, ¿por qué David –que no devuelve males a los que le retribuyen–, cuando Saúl y Jonatán caen en batalla, maldice los montes de Gelboé, diciendo: *Montes de Gelboé: ni rocío ni lluvia vengan sobre vosotros, ni haya campos de primicias, porque allí fue deshonrado el escudo de Saúl como si no hubiese sido ungido con óleo*[22]? ¿Por qué Jeremías, cuando ve la resistencia que los oyentes ponen a su predicación, maldice diciendo: *Maldito el hombre que dio la noticia a mi padre diciendo: «Te ha nacido un hijo varón»*[23]?

18. Jb 3, 15.
19. Lc 18, 24.
20. Mt 19, 26.
21. También Dídimo el Ciego excluye la interpretación literal de la maldición de Job y adopta la alegoría para introducir el tema origeniano de la preexistencia de las almas encerradas luego en un cuerpo como castigo a su culpa precedente: Job con su maldición se duele en nombre de toda la humanidad de aquella culpa; cf. DIDYMUS DER BLINDE, *Kommentar zu Hiob*, I, Papyrologische Texte und Abhanlungen 1, Bonn 1968, 55. También Gregorio refiere la maldición de Job a la culpa primera que acarreó la corrupción al género humano (cf. infra Mor 4, 6), pero sin ninguna alusión a la teoría origenista de la preexistencia de las almas, que había sido condenada en el Concilio II de Constantinopla (553). Cf. Introducción, «3. Fuentes de los *Libros morales*».
22. 2 S 1, 21.
23. Jr 20, 15.

¿Acaso pecaron los montes contra Saúl –que había muerto–, para que en ellos no caiga ni rocío ni lluvia y las palabras de castigo seque en ellos todo germen de verdor? Gelboé significa «decurso»[24], y Saúl, ungido y muerto, simboliza la muerte de nuestro Mediador. Por eso, no sin razón, los corazones soberbios de los judíos están representados en los montes de Gelboé, ya que se abandonaron al flujo de los deseos de este mundo y tomaron parte en la muerte de Cristo, o sea, del Ungido. En esos montes muere corporalmente el rey ungido, de ahí que se vean privados de todo el rocío de la gracia. Sobre los judíos rectamente se dice: *Que no haya campos de primicias*. Las mentes soberbias de los hebreos no producen los frutos de las primicias porque ante la venida del Redentor, permanecieron mayoritariamente en la perfidia, y no quisieron seguir las primicias de la fe. La Santa Iglesia, fecundada en sus primicias por una multitud de gentiles, recibirá al final del tiempo a los judíos que encuentre y los colocará los últimos, recogiéndolos como restos de granos dispersos. Sobre estos restos dice Isaías: *Aunque el número de los hijos de Israel fuese como la arena del mar, se salvará sólo un resto*[25]. Así pues, los montes de Gelboé reciben la maldición por boca del profeta para que no brote fruto de una tierra que está reseca y los dueños de la tierra reciban el castigo de la esterilidad. De esa forma, los mismos que por su iniquidad han dado muerte junto a sí al rey, reciben la sentencia de maldición.

¿Por qué el profeta Jeremías maldice al hombre que anunció a su padre su nacimiento? Lleno está este relato de un misterio interior tanto mayor cuanto más carente de sentido resulta en su exterior a la razón humana. Si resultara al menos externamente algo razonable, no nos movería a buscar una inteligencia interior. Como por fuera no nos ofrece nada razonable, nos induce a buscar por dentro su sentido pleno. Si el profeta ha venido a este mundo para sufrir desde el seno de su madre, ¿qué culpa tiene el que anuncia su nacimiento? Ahora bien, ¿qué representa el profeta fluctuante sino la mutabilidad del género humano, fruto del pecado? ¿Quién es el hombre que anuncia al padre nuestro naci-

24. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 858).
25. Is 10, 22 según LXX; cf. Rm 9, 27.

miento sino el antiguo enemigo que al vernos fluctuar entre pensamientos, instiga las mentes de los malos –sobre los que domina con la autoridad de este mundo–, para inducirnos al abandono? Cuando observa que hemos hecho una mínima obra buena, nos ensalza con grandes favores, como si fuera de gran magnitud; anuncia así que nos han nacido hijos varones y se congratula haciéndonos corruptores de la verdad por medio de su mentira. Al padre se le anuncia que ha tenido un varón cuando demuestra a este mundo que, aquel al que persuadió, lo ha hecho corruptor de la inocencia. Cuando a uno que peca y que se engríe se le dice «actuaste como hombre», ¿qué otra cosa se le anuncia sino que le ha nacido un varón en este mundo? En justicia, el varón que anuncia el nacimiento del varón, recibe una maldición porque con su mismo anuncio proclama el gozo execrable de nuestro corruptor.

A partir, pues, de estas maldiciones de la Sagrada Escritura aprendemos qué debemos buscar en la palabra de maldición que pronuncia el santo Job, no sea que el lector, sin entender, rechace las palabras de aquel al que Dios recompensa después de las heridas y los reproches recibidos.

Ya hemos distinguido en este prefacio lo que debemos examinar. Podemos ahora continuar comentando el sentido literal de la historia.

3 [1]*Después de esto, abrió Job su boca, maldijo su día,* [2]*y dijo:*
[3]*Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: «Se ha*
concebido un hombre». [4]*Que aquel día se convierta en tinie-*
blas, que no lo busque Dios desde lo alto, que no brille en él la
luz. [5]*Que lo oscurezcan tinieblas y sombras de muerte. Que*
una gran niebla lo cubra y lo envuelva la amargura. [6]*Que un*
torbellino tenebroso se apodere de aquella noche, que no se
cuente entre los días del año ni se numere entre los meses. [7]*Que*
sea solitaria aquella noche y no merezca alabanza. [8]*Que lo*
maldigan los que maldicen el día, los que se disponen a desper-
tar a Leviatán. [9]*Que las estrellas se entenebrezcan por su gran*
niebla, que espere la luz y no vea surgir la aurora; [10]*porque no*
cerró las puertas del vientre que me llevó ni apartó de mis ojos
los males.

Sentido literal y alegórico

I **1.** *Después de esto, abrió Job su boca, maldijo su día, y dijo: Perezca el día en que nací.* No debemos descuidar en nuestro comentario la expresión *abrió su boca*. La Sagrada Escritura, a partir de lo que delicadamente promete, invita a esperar con reverencia en lo que oculta. Así como no sabemos lo que encierra una vasija cerrada y descubrimos lo que contiene sólo cuando quitamos la tapa, así también los corazones de los santos permanecen ocultos mientras tienen la boca cerrada y se descubren cuando la abre. Abriendo la boca, se descubren los pensamientos. Con mente atenta, como ante vasijas recién abiertas, nos disponemos a conocer los pensamientos que contiene y a recrearnos con el buen olor de su perfume interior. Por eso, cuando el Señor va a pronunciar sobre el monte los preceptos sublimes, el evangelista antepone: *Abriendo su boca, dijo*[26]; adviértase que en ese momento abrió su boca para proclamar los preceptos que en su día había anunciado abriendo la boca de los profetas.

También es importante indagar por qué se dice: *después de esto*. A partir de esta indicación temporal podremos comprender la potencia de la acción que se narra. Primero se describe la devastación de los bienes, la extinción de los hijos, el dolor de las llagas, la persuasión de la cónyuge y la llegada de los amigos que se rasgan las vestiduras, lloran dando grandes gritos, se echan polvo en la cabeza y se sientan en tierra callando durante largo tiempo. Luego añade: *Después de esto, abrió Job su boca y maldijo su día*. De esta forma, se aprecia en el orden mismo de la narración que no pronunció la maldición debido a su impaciencia, pues empieza a maldecir cuando los amigos aún guardan silencio. Si movido por la ira hubiera pronunciado su maldición al escuchar la pérdida de los bienes o al conocer la muerte de los hijos, el dolor ciertamente habría sido la causa de sus maldiciones. Ya hemos escuchado, sin embargo, lo que dijo entonces: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó*[27]. Por otro lado, si movido por la ira

26. Mt 5, 2.
27. Jb 1, 21.

hubiera explotado en maldiciones al ser afligido en el cuerpo o al recibir las perversas instigaciones de su mujer, podría haber sido ese el motivo de sus palabras. Pero sabemos también lo que respondió en esa ocasión: *Has hablado como una mujer necia. Si recibimos de la mano de Dios los bienes, ¿por qué no vamos a aceptar los males?*[28]. Se narra luego que los amigos acudieron, lloraron, se sentaron, callaron y sólo después se dice que Job maldijera su día. Por eso, no es lógico pensar que, sin que nada le instigase y sin que nada le empujase a ello, prorrumpiera en voces de maldición debido a su impaciencia, cuando ya sabemos que ante la pérdida de bienes, la muerte de los hijos, las heridas del cuerpo y las perversas sugerencias de la mujer, Job tributó con humilde mente grandes alabanzas al Creador. Con su comportamiento anterior, manifestaba la tranquilidad de ánimo con que pronunció esas maldiciones, él, que estando lacerado no dejó de alabar a Dios. Ahora que no recibía ya golpes, tampoco se llenaba de soberbia, pues se había mostrado humilde en medio del dolor de los golpes. Sabiendo con certeza que la Sagrada Escritura prohíbe maldecir, ¿por qué decimos que a veces es correcto realizar lo que la misma Palabra Sagrada manda evitar?

2. En la Sagrada Escritura se habla de dos tipos de maldiciones: un tipo lo aprueba, el otro lo condena. Una cosa es pronunciar una maldición con justo juicio, y otra muy distinta es hacerlo con deseo de venganza. Se maldijo con justo juicio cuando el primer hombre pecó y escuchó: *Maldita la tierra por tu causa*[29]. Se pronuncia también una maldición con justo juicio cuando se le dice a Abrahán: *Maldeciré a los que te maldigan*[30]. Se habla, sin embargo, de una maldición con deseo de venganza y no con justo juicio cuando se nos exhorta por voz de Pablo, el predicador, que dijo: *Bendecid y no maldigáis*[31]. Y en otro lugar: *Los que maldicen no heredarán el Reino de Dios*[32]. Se dice que Dios maldice y, sin embargo, se le prohíbe al hombre maldecir, porque el hombre actúa

28. Jb 2, 10.
29. Gn 3, 17.
30. Gn 12, 3.
31. Rm 12, 14.
32. 1 Co 6, 10.

por deseo de venganza y Dios no obra sin el juicio y la virtud de la justicia. Cuando los santos pronuncian sentencias de maldición no lo hacen por deseo de venganza, sino por un justo juicio. Por dentro contemplan sutilmente el juicio de Dios, por fuera reconocen los males crecientes que deben atajar con su maldición; no pecan al maldecir porque no se apartan del juicio interior. Por eso Pedro rechazó con una maldición a Simón, que le ofrecía dinero, diciendo: *Vaya tu dinero contigo a la perdición*[33]. No dijo «va», sino *vaya*, empleando el modo subjuntivo y no el indicativo. También Elías dijo a dos jefes de cincuenta que acudían a él: *Si soy hombre de Dios, baje fuego del cielo y os consuma*[34]. El desenlace de esos episodios demostró con cuánto fundamento de verdad se pronunciaron una y otra maldición, pues Simón se entregó a la perdición eterna y los dos jefes de cincuenta fueron devorados por las llamas venidas del cielo. El efecto que se logra da testimonio de la intención con que se maldice. Del final de ambos casos se deduce que cuando la inocencia del que maldice permanece, la maldición arrasa por completo al que la recibe, porque es un único e íntimo Juez el que lanza la sentencia contra el reo.

3. Si analizamos con finura las palabras del santo Job, descubrimos que su maldición no procede de la malicia del pecador, sino de la rectitud del Juez; no es la ira de un hombre alterado, sino la enseñanza de un hombre tranquilo. El que maldijo pronunciando palabras tan rectas no cayó en el vicio de la perturbación, sino que se entregó al magisterio de la doctrina. Vio, en efecto, a sus amigos llorar con grandes gritos, vio cómo se rasgaban las vestiduras, vio cómo echaban polvo sobre sus cabezas, vio cómo enmudecían al contemplar su estado, y el santo varón advirtió que sus amigos –que deseaban la prosperidad temporal y que lo juzgaban según su propia mentalidad–, creían que las desgracias temporales eran las que a él le afligían. Advirtió que el llanto desesperado de los amigos, derramado al verlo abatido por una aflicción pasajera, no hubiera sido tal si ellos mismos no hubieran apartado su mente desesperada de la esperanza en la salud interior. Así, pro-

33. Hch 8, 20.
34. 2 R 1, 10.12.

rrumpiendo por fuera con un grito de dolor, muestra la virtud de la medicina a los que están enfermos por dentro, diciendo:

4. *Perezca el día en que nací.* ¿Qué se debe entender por el día del nacimiento sino todo este tiempo de nuestra condición mortal? Mientras éste nos retiene en nuestro estado actual de corruptibilidad, no nos aparece la inmutabilidad de la eternidad. Por eso, quien ve ya el día de la eternidad, a duras penas soporta el día de su condición mortal. Nótese que no dijo «perezca el día en que fui creado», sino *perezca el día en que nací.* El hombre fue creado en el día de la justicia, pero nace ya en el tiempo de la culpa. Adán fue creado, pero Caín fue el primero en nacer. ¿Qué significa, por tanto, maldecir el día del nacimiento, sino decir claramente: «perezca el día de la corrupción y surja la luz de la eternidad»?

5. Solemos hablar de *perecer* en dos sentidos: por un lado, decimos que perezca algo cuando deseamos que ese algo no exista; por otro, decimos que algo perezca cuando a ese algo le deseamos el mal. Así, lo que se dice sobre este día: *Que una gran niebla lo cubra y lo envuelva la amargura*[35], es evidente que se dice no para que este día no exista, sino para desearle el mal, pues no puede ser envuelto por la amargura lo que ya se ha perdido del todo.

El tiempo de nuestra condición corruptible no está destinado a perecer –o sea, a pasar–, de tal modo que se le desee el mal, sino que perecerá dejando de existir, tal como atestigua el ángel en la Sagrada Escritura, diciendo: *Por el que vive por los siglos de los siglos, porque ya no habrá tiempo*[36]. El profeta, a su vez, dice: *El tiempo de ellos será por los siglos de los siglos*[37]. Sabemos que el tiempo se pierde por momentos. Llamó *tiempo de ellos* al ir pereciendo, mostrando así que los que se separan de la consolación de la contemplación interior van pereciendo por completo. Como este tiempo de nuestra condición mortal no es tal que se le desee el mal sino que perecerá dejando de existir, debemos preguntarnos qué significa que una cosa perezca no dejando de existir sino deseándole el mal.

35. Jb 3, 5.
36. Ap 10, 6.
37. Sal 81, 16.

Tanto el alma humana como el espíritu angélico son inmortales, en modo tal que pueden morir, y mortales de tal modo que no pueden morir, pues tanto por el pecado como por el castigo pierden la vida de la bienaventuranza. Esencialmente, sin embargo, no dejan de vivir ni por el pecado ni por el castigo. Se pierde la calidad de la vida, pero de ningún modo, ni siquiera muriendo, se deja de existir. Para decirlo brevemente: es mortal inmortalmente e inmortal mortalmente. Por tanto, cuando Job desea que perezca el día y dice poco después que sea envuelto en amargura, ¿qué quiso dar a entender el santo varón con el término *día* sino el espíritu apóstata que incluso muriendo subsiste en su naturaleza? La perdición no arranca al diablo de la vida, porque destinado al sufrimiento eterno, la muerte lo extingue conservándolo inmortal; expulsado ya de la gloria de la bienaventuranza, Job desea aún que Satanás perezca para que atrapado en sus merecidos suplicios pierda también el permiso para tentar.

6. Satanás se presenta como día porque seduce por medio de la prosperidad, pero termina en las tinieblas de la noche, porque conduce a la adversidad. Mostraba el día cuando decía: *El día en que comáis de él se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses*[38]. Pero trajo la noche cuando condujo a las tinieblas de la inmortalidad. El día es la promesa hecha de bienes mayores; la noche es la experiencia de calamidades que ella misma trae. El antiguo enemigo es luz porque ha sido creado bueno en su naturaleza, pero es noche porque ha caído en tinieblas por su pecado. Es día cuando prometiendo bienes se muestra como ángel de la luz ante los hombres, tal como testifica Pablo diciendo: *El mismo Satanás se transfigura en ángel de luz*[39]; pero es noche cuando oscurece con las tinieblas del error las mentes de los que consienten en la tentación.

El santo Job, llorando en el propio dolor la suerte de todo el género humano y no encontrando nada especial en su especial herida, trae a su mente el origen de la culpa y templa el dolor de la pena con la consideración de la justicia. Vea el género humano de qué altura ha caído y diga: *Perezca el día en que nací y la noche en*

38. Gn 3, 5.
39. 2 Co 11, 14.

que se dijo: «Se ha concebido un hombre». Como si abiertamente dijera: «perezca la esperanza transmitida por el ángel apóstata que, simulando ser día, brilló con la promesa de la divinidad; pero, revelándose noche, oscureció la luz de nuestra inmortalidad. Perezca el antiguo enemigo que mostró la luz de la promesa pero trajo las tinieblas del pecado. Perezca el enemigo que se presentó engañando como si fuera día, pero condujo hasta la noche tenebrosa imprimiendo la ceguera en el corazón». Sigue:

II 7. *Que aquel día se convierta en tinieblas.* Este día es como si luciera en las mentes de los hombres cuando se acepta su depravada persuasión y no se aprecia cómo es su interior. Pero cuando se reconoce su iniquidad tal cual es, ocurre como si el día de la falsa promesa se oscureciera con algunas tinieblas ante los ojos de nuestro juicio, porque en el engaño se aprecia la realidad de su mentira. Por eso, el día se convierte en tinieblas, cuando comprendemos que son adversas incluso las prosperidades prometidas en la persuasión. El día se convierte en tinieblas cuando el antiguo enemigo se nos muestra tal cual es en su crueldad, incluso ocultándose en sus engaños, de modo que ya no nos engaña con prosperidades falsas como si fuera luz del día, ni nos entrega a las tinieblas del pecado con desgracias verdaderas. Sigue:

III 8. *Que no lo busque Dios desde lo alto, que no brille en él la luz.* Dios omnipotente, así como pudo hacer de la nada cosas buenas, así también, cuando quiso, reparó los bienes perdidos gracias al misterio de la encarnación. Había hecho dos criaturas capaces de entender: la angélica y la humana, pero la soberbia abatió a ambas y las apartó del estado de rectitud congénita. Una tenía la envoltura de la carne, la otra no estaba sujeta a debilidad alguna carnal. El ángel, en efecto, es sólo espíritu, el hombre es espíritu y carne[40]. El Creador, moviéndose a compasión, debía reconducir hacia Sí, para redimirla, a la criatura que al cometer la culpa se dejó llevar en parte de su propia debilidad, y debía rechazar al apóstata enviándolo a mayor profundidad, porque cuando escapó de su baluarte y se opuso a Dios, nada de la debilidad de la carne le afectaba. Por eso, el salmista, cuando dijo que el Redentor había

40. Cf. Mor 2, 3.

tenido misericordia de los hombres, expresó también la causa de esa misericordia, diciendo: *Y se acordó de que eran carne*[41]. Como si claramente dijera: «porque vió su debilidad, no quiso castigar severamente sus culpas». Hay además otro motivo por el cual el hombre perdido debía ser redimido, y por el cual el espíritu soberbio no podía serlo: el ángel cayó por su propia maldad, el hombre, sin embargo, fue arrastrado por la maldad ajena. Por eso, como el género humano es llevado de nuevo a la luz del arrepentimiento con la venida del Redentor, mientras que el ángel apóstata no es llevado a ninguna luz de redención con esperanza de perdón ni a enmienda alguna de conversión, rectamente se dice: *Que no lo busque Dios desde lo alto, que no brille en él la luz*. Como si declarara abiertamente: «el mismo que trajo consigo las tinieblas aguante ahora sin fin lo que hizo, que no reciba nunca la luz de la condición originaria, porque ésta la ha perdido sin ser tentado». Sigue:

IV 9. *Que lo oscurezcan tinieblas y sombras de muerte*. Por sombra de muerte debe entenderse el olvido, porque así como la muerte interrumpe la vida, así también el olvido extingue la memoria. Por eso, como el ángel apóstata es entregado al olvido eterno, es oscurecido por sombras de muerte. Diga, por tanto: *Que lo oscurezcan tinieblas y sombras de muerte*, es decir, que lo cubra la ceguera de su error de tal manera que nunca resurja a la luz del arrepentimiento por el recuerdo de la visión divina. Sigue:

V 10. *Que una gran niebla lo cubra y lo envuelva la amargura*. El antiguo enemigo, atrapado en los lazos de su maldad, sufre ahora de una forma y sufrirá al final de otra. Como ha caído del orden de la luz interior, se confunde ahora a sí mismo con la niebla del error. Pero después de esto será envuelto en amargura, porque, a causa de las nieblas voluntarias, se verá abrasado en el tormento eterno de la gehenna. Dígase, por tanto: «este que ha perdido la serenidad de la luz interior, ¿qué soportará antes del suplicio final?»; *Que una gran niebla lo cubra*. «Que se someta también a la pena final que devasta sin cesar»: *Que lo envuelva la amargura*.

41. Sal 78, 39.

Todo lo que está envuelto casi nunca muestra su fin: no enseña dónde comienza y tampoco deja ver dónde termina. Se pide que el antiguo enemigo sea envuelto en amargura porque para su soberbia hay preparados suplicios innumerables e infinitos. Su pena tendrá inicio cuando el severo Juez venga en el juicio final. De ahí que siga:

VI 11. *Que un torbellino tenebroso se apodere de aquella noche*. En verdad, está escrito: *Dios viene al descubierto y no callará. Arderá ante él un fuego que devora y en torno a él una tempestad violenta*[42]. Un torbellino tenebroso posee esta noche porque esa tremenda tempestad arrebata al espíritu apóstata de la mirada del severo Juez llevándolo a los suplicios eternos. Un torbellino posee, por tanto, esta noche porque su soberbia ceguera es golpeada con una severa reprensión. Sigue:

VII 12. *Que no se cuente entre los días del año ni se numere entre los meses*. No es aventurado entender por año la predicación de la gracia divina, porque así como en un año el tiempo se completa con la suma de los días, así también en la gracia divina se cumple la vida repleta de virtudes. Por año se puede también entender la multitud de los redimidos, porque así como el año se obtiene a partir de la multitud de los días, así también, a partir de la congregación de todos los buenos, se alcanza la innumerable totalidad de los elegidos. Isaías anuncia este año de la multitud completada, diciendo: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado a anunciar la buena noticia a los mansos, a vendar a los de corazón desgarrado, a pregonar la liberación a los cautivos y a los reclusos la libertad, a pregonar el año de gracia del Señor*[43]. Se pregona el año de gracia del Señor cuando se predice que el pueblo futuro de los fieles será iluminado con la luz de la verdad. ¿Qué representan los días, sino las mentes singulares de los elegidos? ¿Qué simbolizan los meses sino el multiplicarse de la Iglesia, a la que hacen una y católica? Por eso, esa noche no se cuenta entre los días del año ni se numera entre los meses, porque el antiguo enemigo, preso en las tinieblas de su so-

42. Sal 50, 3.
43. Is 61, 1-2.

berbia, advierte la venida del Redentor pero no vuelve al perdón con los elegidos. De ahí que esté escrito: *No se ocupa de los ángeles, sino de la estirpe de Abrahán*[44]. Nuestro Redentor no se hizo ángel sino hombre, sin duda, porque debía hacerse lo que iba a redimir[45]. Debía abandonar al ángel perdido sin asumir su condición y restaurar en sí mismo la condición humana que había asumido.

Los días que permanecen en la luz interior pueden también ser interpretados como espíritus angélicos, y los meses, como sus órdenes y dignidades. Cada uno de los espíritus, como lucen, son días. Ahora bien, dado que entre ellos se distinguen ciertas dignidades –como tronos, dominaciones, principados, potestades[46]–, en virtud de esa distribución de la pléyade de ángeles, reciben el nombre de meses. El antiguo enemigo no es llevado de nuevo al premio de la luz ni al orden de las pléyades celestes, por eso, no es numerado ni entre los días del año ni entre los meses. De tal manera pesa sobre él la ceguera de la soberbia acción cometida que no puede regresar nunca más a la suprema pléyade de la claridad interior. Ya no se mezcla más con las elevadas dignidades de la luz, porque el mérito de sus tinieblas lo empuja siempre a lo más bajo. Como permanece excluido para siempre de la participación en la patria celeste, rectamente continúa:

VIII 13. *Que sea solitaria aquella noche y no merezca alabanza.* Se hace solitaria aquella noche porque es separada con severidad perpetua de la participación en la patria suprema. Lo cual se puede también interpretar de otra manera, como diciendo: «que abandone al hombre que había asociado a sí en la perdición, y perezca el enemigo solo con su cuerpo, mientras la gracia del Redentor restaura a muchos de los que él había destruido». Por eso, se hace solitaria la noche cuando, habiéndole sido arrebatados los elegidos, el antiguo enemigo, solo, es arrojado a los fuegos eternos de la gehenna.

44. Hb 2, 16.

45. Principio clásico de la tradición: «Lo que ha sido asumido, ha sido redimido»; cf. GREGORIO NACIANCENO, *Cartas teológicas*, 101, I, 32 (SC 208, 50); PAPA DAMASO, *Carta II*, frag. II: *Illud sane* (PL 13, 352-353); AMBROSIO, *Sobre el misterio de la encarnación del Señor*, VII, 65 (PL 16, 834-835).

46. Cf. Mor 32, 48; Hm Ev II, 34, 7 (PL 76, 1249).

Rectamente se dice: *No merezca alabanza*. Cuando el género humano, atrapado en las tinieblas del error, creía que las piedras eran dioses y servía a los ídolos, ¿qué otra cosa hacía sino alabar las obras del seductor? Se dice por Pablo: *Sabemos que el ídolo no es nada; pero lo que inmolan los gentiles, lo inmolan a los demonios*[47]. Por eso, quienes fueron llevados a la veneración de los ídolos ¿qué otra cosa hacían sino alabar las tinieblas de la noche? Ya hemos visto que esa noche no puede ser considerada digna de alabanza porque el género humano redimido reprueba la veneración de los ídolos. La noche se queda solitaria porque ya no va a los tormentos con el espíritu apóstata que fue condenado. Sigue:

IX **14.** *Que lo maldigan los que maldicen el día, los que se disponen a despertar a Leviatán*. En la versión antigua no dice exactamente lo mismo[48], sino que en ella se lee: *Que lo maldigan quien maldijo el día, quien capturará el gran cetáceo*. Con estas palabras claramente se da a entender que la perdición futura del anticristo al final del mundo fue prevista por el santo Job. El espíritu maligno, que por mérito propio es noche, fingirá ser día al final del mundo, cuando se aparezca ante los hombres como si fuera Dios, se arrogue falsamente la claridad de la divinidad y se ensalce sobre todo lo que es nombrado o venerado como dios. Maldice la noche quien maldice el día, porque ahora destruye su malicia el que con la luz de su venida extinguirá un día incluso la potencia del enemigo. Rectamente se añade: *Quien capturará el gran cetáceo*. La fuerza de este cetáceo está retenida en las aguas, porque la astucia del antiguo enemigo es vencida en el sacramento del bautismo.

15. Lo que en la versión antigua se dice sobre el Autor de todo, en esta versión, llegada hasta nosotros a partir de la lengua hebrea y árabe[49], se aplica a sus ángeles elegidos. De ellos se dice: *Que lo maldigan los que maldicen el día*. El espíritu soberbio quiso mostrarse como día incluso ante las potestades angélicas, cuando, ensalzándose sobre los demás como si poseyera la poten-

47. 1 Co 8, 4; 10, 20.

48. Se refiere a la *Vetus latina*, cf. Introducción: «El Libro de Job y los sentidos de las Escrituras».

49. Se refiere a la *Vulgata* de san Jerónimo, cf. Introducción: «El Libro de Job y los sentidos de las Escrituras».

cia de la divinidad, atrajo consigo a la perdición a tantas legiones. Sin embargo, los que perseveraron con corazón humilde junto a su Creador, descubriendo que en su error estaba la noche, desterraron el día de su pretendida claridad teniendo para sí sentimientos de humildad. Son éstos los que ahora nos indican las tinieblas de su engaño y nos muestran cuán despreciable es su fingida claridad. Dígase, por tanto, sobre la noche tenebrosa que cerró los ojos de la debilidad humana: *Que lo maldigan los que maldicen el día*, es decir, que los espíritus elegidos denuncien y condenen las tinieblas de su error, ellos que ya desde el principio saben que es ficticia la grandeza de su claridad.

Rectamente se dice: *Los que se disponen a despertar a Leviatán*. Leviatán significa «añadido a ellos»[50]. ¿Quiénes son ellos sino los hombres? Se dice que está añadido a ellos, porque después de haber provocado con la perversa sugestión la primera culpa, no deja de aumentarla cada día con más graves persuasiones. Fue llamado Leviatán –o sea, «añadido a los hombres»–, por desprecio. Los encontró inmortales en el paraíso, pero prometiendo la divinidad a los que ya eran inmortales, pretendió añadirles algo por encima de lo que eran. Mientras lisonjeramente aseguraba darles lo que no tenían, pérfidamente les robó lo que ya tenían. De ahí que el profeta describa de esta manera al mismo Leviatán, diciendo: *Caerá sobre Leviatán, serpiente huidiza, sobre Leviatán, serpiente tortuosa*[51]. Este Leviatán, al prometer añadirse al hombre, se arrastró hacia él zigzagueando, porque mientras prometía falsamente lo imposible, le arrebató verdaderamente incluso lo posible.

Debemos preguntarnos por qué además de llamar a la serpiente *tortuosa*, se la llama *huidiza*. Quizás sea porque en la tortuosidad vigorosa de la serpiente haya alguna blandura fluctuante y en su condición huidiza una dureza rígida. Por eso, para indicar a la vez que es dura y blanda, la llama serpiente huidiza. Es dura por su maldad, blanda por sus halagos. Se dice, pues, del enemigo que es huidizo porque golpea hasta matar; se dice que es serpiente porque se insinúa en sus insidias por medio de halagos.

50. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 883).
51. Is 27, 1.

16. Los espíritus elegidos de los ángeles mantienen ahora encerrado al Leviatán en el pozo del abismo. Por eso está escrito: *Vi un ángel que bajaba del cielo, llevaba la llave del abismo y una gran cadena en su mano; atrapó al dragón, la antigua serpiente, que es el diablo, Satanás, y lo ató por mil años y lo arrojó al abismo*[52]. Al final del mundo lo volverán a llamar a combates más abiertos y lo soltarán contra nosotros con todas sus fuerzas. Por eso, también allí está escrito: *Cuando se hayan completado los mil años, Satanás será soltado*[53]. El ángel apóstata que había sido creado de tal manera que destacara sobre las demás legiones de ángeles, sucumbió por su soberbia hasta el punto de tener que permanecer ahora sometido a los ángeles que perseveraron. Así, mientras éstos realizan ahora sus servicios para nuestro provecho, él permanece oculto y encadenado. Cuando lo suelten un día para que nos ponga a prueba, desatado, lanzará contra nosotros todas sus fuerzas. Por tanto, como estos espíritus elegidos mantienen encerrado al apóstata soberbio, al que, humildes, no quisieron seguir, y está dispuesto que un día sea llamado a combate abierto contra ellos en el que será totalmente destruido, dígase rectamente: *Los que se disponen a despertar a Leviatán*. Ahora bien, como el pérfido enemigo no ha sido todavía despertado para batallas abiertas, se nos puede indicar ahora cómo esta noche oscurece latentemente en las mentes de algunos. Sigue:

X **17.** *Que las estrellas se entenebrezcan por su gran niebla*. En la Sagrada Escritura el nombre de estrellas designa unas veces la justicia de los santos que brilla entre las tinieblas de esta vida, y otras el fingimiento de los hipócritas que manifiestan a los hombres el bien que hacen para recibir sus alabanzas. Si los que viven rectamente no fuesen estrellas, Pablo no habría dicho a sus discípulos: *En medio de una nación depravada y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo*[54]. Por otro lado, si entre los que parecen actuar correctamente algunos no buscaran con su acción la recompensa del reconocimiento humano, nunca

52. Ap 20, 1-3.
53. Ap 20, 7.
54. Flp 2, 15.

Juan habría visto caer las estrellas del cielo, diciendo: *Arrojó el dragón la cola y arrancó la tercera parte de las estrellas*[55]. La cola del dragón arranca parte de las estrellas porque algunos que parecen brillar serán arrastrados por la persuasión última del anticristo. Arrojar las estrellas a la tierra significa envolver en la iniquidad de un manifiesto error, mediante el amor terreno, a los que parecen buscar con empeño la vida celeste. Hay, en efecto, algunos que brillan ante los ojos humanos como con grandes obras, pero como estas obras no provienen de un corazón puro, atrapados en ocultos pensamientos, son oscurecidos por las tinieblas de la noche, y, así, llegan incluso a perder las obras que habían realizado sin pureza de corazón. Dado, pues, que se permite prevalecer a la noche, cuando entre acciones buenas no se purifica la intención del corazón, rectamente se puede decir: *Que las estrellas se entenebrezcan por su gran niebla*, es decir, que prevalezca la oscura malicia del antiguo enemigo contra los que brillan ante los ojos humanos como con buenas obras, y que pierdan la luz de la alabanza que habían obtenido ante el juicio de los hombres. Se oscurecen con la niebla de la noche cuando su vida se confunde con un claro error, de modo que aparecen por fuera, en su actuar, tal como no temen aparecer por dentro ante el juicio divino. Sigue:

XI **18.** *Que espere la luz y no vea surgir la aurora*. En el evangelio, la Verdad dice: *Yo soy la luz del mundo*[56]. Como nuestro Redentor es una sola persona con la asamblea de los buenos, pues es la Cabeza del cuerpo y nosotros el cuerpo de esta Cabeza, así el antiguo enemigo es una sola persona con toda la colección de los réprobos, porque él es como la cabeza que los conduce a la iniquidad y ellos, atendiendo a sus persuasiones, se adhieren a la cabeza como un cuerpo a él unido[57]. Lo que se dice de esta noche –es decir, del antiguo enemigo–, puede aplicarse a su cuerpo, o sea, a cada uno de los malvados. Dado que el Redentor del género humano es la luz, ¿qué significa lo que se dice sobre la noche:

55. Ap 12, 4.
56. Jn 8, 12.
57. Cf. Mor 3, 29; 9, 44; 13, 38; «Así como Cristo es Cabeza de los buenos, así el diablo es cabeza de los malos»: AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los salmos*, 139, 7 (CCL 40, 2016: *Obras*, XXII, B.A.C., Madrid 1967, 618).

Que espere la luz y no la vea, sino que algunos alardean de mantener con sus palabras una fe que luego destruyen con sus obras? De ellos se dice por Pablo: *Profesan conocer a Dios, pero lo niegan con sus hechos*[58]. En realidad, los que así obran persiguen las depravaciones que hacen o las buenas obras realizadas sin rectitud de corazón; no buscan con sus acciones la recompensa eterna sino el reconocimiento pasajero y, sin embargo, como oyen que los alaban como si ya fueran santos, creen que lo son verdaderamente. Cuanto más irreprensibles se consideran debido al aplauso de muchos, tanto más seguro es el día del severo juicio que les espera. Rectamente se dice de ellos por el profeta: *¡Ay de los que ansían el día del Señor!*[59].

Referido a ellos, el santo Job pronunció la sentencia apropiada, formulando una predicción y no un deseo, al decir: *Que espere la luz y no la vea*. La noche –o sea, el tenebroso enemigo–, espera en sus miembros la luz y no la ve, porque los que profesan una fe sin obras, esperando poder salvarse en el juicio final gracias a esa fe, ven frustrada su esperanza, pues con su vida han demolido lo que mantenían en su confesión. Además, los que se presentan en la buena obra para recibir la alabanza humana, esperan en vano del Juez que vendrá la retribución por las obras realizadas, porque al realizar el bien para ser vistos y alabados, ya recibieron el premio por la boca de los hombres, tal como atestigua la Verdad que dijo: *En verdad os digo que ya han recibido su recompensa*[60]. Rectamente se añade: *Y no vea surgir la aurora*.

19. Se llama aurora a la Iglesia que pasa de las tinieblas del pecado a la luz de la justicia. El Esposo admira a la Iglesia en el Cantar de los cantares, diciendo: *¿Quién es esta que avanza como aurora que surge?*[61]. Surge como aurora la Iglesia de los elegidos que abandona las tinieblas de la maldad primitiva y se convierte en el resplandor de la nueva luz. Por tanto, en aquella luz que se muestra en la venida del severo Juez, el cuerpo del enemigo condenado

58. Tt 1, 16.
59. Am 5, 18.
60. Mt 6, 25.
61. Ct 6, 9.

no ve surgir la aurora porque cuando el riguroso Juez venga a dar la recompensa, cada uno de los malvados, atrapado en la niebla de sus pecados, ignorará con cuánta claridad la Santa Iglesia surgirá en la luz interior del corazón. Entonces, la mente de los elegidos será llevada a las alturas, a fin de ser iluminada con los rayos de la divinidad, y, en la medida en que se entregue a su contemplación, será elevada por encima de sí con la gracia resplandeciente. Entonces, la Santa Iglesia será aurora plena, cuando abandone por completo las tinieblas de su ignorancia y de su condición mortal. En el juicio es todavía aurora, pero en el Reino será día, porque aunque con la resurrección de los cuerpos empieza ya a ver la luz en el juicio, sin embargo, sólo en el reino su visión será completa.

El surgir de la aurora es el inicio del resplandor de la Iglesia, resplandor que los réprobos no pueden ver porque atrapados en el peso de sus maldades son apartados del rostro del severo Juez encaminándose a las tinieblas. Rectamente se dice por el profeta a este propósito: *Sea apartado el impío para que no vea la gloria de Dios*[62]. También se dice por el salmista sobre esta aurora: *Los escondes en el secreto de tu rostro de la intriga de los hombres*[63]. Cada uno de los elegidos es escondido mediante la visión interior junto al rostro de Dios en el juicio, mientras fuera la ceguera de los réprobos, rechazada con el severo reproche de la justicia, viene turbada.

20. No es desacertado entender lo dicho como palabra referida al presente, si indagamos sutilmente los corazones de los simuladores. Los arrogantes e hipócritas observan externamente las obras de los buenos, saben que los hombres reconocen sus acciones, admiran la fama de su nombre y ven cómo reciben alabanzas por lo que realizan, pero no ven con cuánto esfuerzo rehuyen ellos esas alabanzas. Observan sus obras manifiestas, pero ignoran que han sido realizadas únicamente por una esperanza interior.

Los que han sido iluminados con la verdadera luz de la justicia, primero se liberan de las tinieblas presentes en la intención interior, para abandonar plenamente la oscuridad del deseo terreno y dirigir perfectamente sus corazones a los deseos de la luz divina,

62. Is 26, 10 según LXX.
63. Sal 31, 21.

no sea que apareciendo luminosos a los demás se muestren oscuros a sí mismos.

Los arrogantes, como al considerar las obras de los buenos no sopesan la intención de sus corazones, procuran imitarlos por fuera para recibir también ellos alabanzas, pero no por dentro para elevarse a la luz de la justicia. Es como si no supieran ver cómo surge la aurora, porque se han negado a considerar la intención del alma religiosa.

21. El santo varón, lleno de la gracia del espíritu profético, puede también observar la perfidia de Judea ante la venida del Redentor y profetizar los daños de su ceguera por medio de estas palabras pronunciadas casi en forma de deseo, diciendo: *Espere la luz y no vea surgir la aurora*. Judea esperó la luz y no la vió porque conservó las profecías sobre el Redentor del género humano que había de venir y cuando vino no lo reconoció. Los ojos de la mente que abrió a la esperanza, los cerró a la presencia de la luz. Judea no vió surgir la aurora, porque desdeñó venerar los débiles comienzos de la Santa Iglesia y mientras creía que podría debilitarla con la muerte de sus miembros, ignoraba la fuerza que estaba adquiriendo.

Ahora bien, como al hablar de los infieles ha dado a conocer a los miembros de esa perversa cabeza, dirige Job sus palabras a la cabeza misma de los perversos y le dice:

XII **22.** *Porque no cerró las puertas del vientre que me llevó ni apartó de mis ojos los males*. Lo que para cada hombre es el vientre de la madre, eso fue para todo el género humano la estancia suprema del paraíso. De ella el género humano salió como del vientre materno, y, como si fuera a crecer su cuerpo de esa manera, apareció fuera para aumentar su progenie. Nuestra concepción se desarrolló ahí donde habitó el primer hombre, origen de los demás hombres. La serpiente abrió las puertas de este vientre, porque anuló el mandato celeste en el corazón del hombre con una astuta persuasión. La serpiente abrió las puertas de este vientre porque irrumpió en la protegida clausura de la mente, fortificada con los mandatos divinos.

Así pues, el santo Job, en la pena que soporta, vuelva los ojos de la mente a la culpa; duélase de lo que la tenebrosa noche –o sea, la oscura sugestión del antiguo enemigo–, trajo a las mentes hu-

manas; duélase porque la mente humana, en su abatimiento, consintió a la astuta sugestión, y diga: *Porque no cerró las puertas del vientre que me llevó ni apartó de mis ojos los males.*

No debe sorprender que pregunte por qué no se cerró quien detesta que se haya abierto la puerta del paraíso. No dice «abrió», sino *no cerró*, y no dice «ha procurado», sino *no apartó los males.* Como si hubiera alejado el mal sin inquietarse y como si hubiera cerrado el paraíso sin haber hecho irrupción. Job considera sobre quién está hablando y sopesa los beneficios que nos hubieran sido dados si el espíritu malvado no hubiera provocado el daño. Así también hablamos nosotros de los bandidos, porque entendemos que si no quitan la vida a sus prisioneros, están dándosela.

Sentido moral

23. Parece oportuno repetir lo dicho desde el principio y volver a tratar bajo el ángulo moral lo que consideremos de provecho para la vida presente. El santo Job, considerando que el género humano, después que perdió la condición primera, se engríe confiado en medio de la prosperidad y se siente destrozado y turbado en la adversidad, trae a la mente la incorruptibilidad que poseía en el paraíso, y declara con maldiciones cuán despreciable le parece la corrupción derivada de la caída mortal, diciendo:

XIII **24.** *Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: «Se ha concebido un hombre».* Cuando la prosperidad de este mundo sonríe es como si fuera de día. Pero es un día que termina en noche porque, con frecuencia, la prosperidad temporal conduce a las tinieblas de la tribulación. El profeta despreciaba el día de esta prosperidad, cuando decía: *Tú sabes que no he deseado el día del hombre*[64]. También el Señor anunciaba que habría de padecer la noche de la tribulación en el momento postrero de su encarnación, cuando decía por el salmista, como si hablara desde el pasado: *Hasta de noche me increpan mis entrañas*[65]. Por día se puede en-

64. Jr 17, 16.
65. Sal 16, 7.

tender la delectación del pecado, por noche la ceguera de la muerte por la que el hombre comete el pecado. Desea, por tanto, que perezca el día para que todo lo que experimenta el atractivo de la culpa sea destruido por la intervención vigorosa de la justicia. Desea que perezca la noche para que lo perpetrado con el consentimiento de la mente cegada, sea extinguido con una severa penitencia.

25. Debemos preguntarnos por qué se dice que el hombre nace de día y es concebido de noche. La Sagrada Escritura habla del ser humano de tres maneras: unas veces refiriéndose a su naturaleza, otras a su culpa, y otras a su debilidad. Se habla del hombre aludiendo a su naturaleza cuando, por ejemplo, se lee: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*[66]. Se refiere a su culpa cuando, por ejemplo, está escrito: *Yo he dicho: «Seréis dioses e hijos todos del Altísimo»; vosotros, sin embargo, moriréis como hombres*[67]. Como si claramente dijera: «perderéis la vida como delincuentes». También Pablo dijo: *Cuando entre vosotros hay envidias y discordias ¿no sois acaso carnales y os comportáis al modo humano?*[68]. Como si dijera: «los que os conducís con ánimo discorde ¿acaso no pecáis todavía comportándoos de forma reprensible?». Se habla, en fin, del hombre aludiendo a su debilidad cuando, por ejemplo, está escrito: *Maldito quien pone su esperanza en el hombre*[69]. Como si claramente dijera: «en su debilidad».

Así pues, el hombre nace de día y es concebido de noche porque no sería atraído por la delectación del pecado si antes no se hubiera debilitado con las voluntarias tinieblas de la mente. Primero se queda ciego en la mente, luego se somete a la delectación culpable. Dígase por tanto: *Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: «Se ha concebido un hombre»*, es decir, perezca el placer que arrastró al hombre a la culpa, perezca la incauta debilidad de la mente que lo cegó hasta llevarle a las tinieblas del depravado consentimiento. El ser humano, si no vigila cautamente ante los halagos de la delectación, cae en la noche de las acciones más per-

66. Gn 1, 26.
67. Sal 82, 6-7.
68. 1 Co 3, 3.
69. Jr 17, 5.

versas. Se debe, pues, vigilar atentamente para que cuando la culpa empiece a seducir, la mente reconozca a qué abismo le quiere arrastrar. Oportunamente añade:

XIV **26.** *Que aquel día se convierta en tinieblas.* El día se convierte en tinieblas cuando se ve en el inicio mismo de la sugestión la perdición final a la que conduce la culpa. Convertimos el día en tinieblas cuando nos mortificamos severamente, frenamos los halagos de la sugestión perversa con los lamentos de la penitencia y lloramos sinceramente todo pecado que hayamos podido cometer consintiendo calladamente en nuestro corazón. No hay fiel que ignore que en el juicio serán examinados minuciosamente nuestros pensamientos, tal como atestigua Pablo al decir: *Lo demuestran sus pensamientos que unas veces les acusan, otras les defienden*[70]. Así, antes del juicio nos examinamos detenidamente con el discernimiento interior, para que el severo Juez venga más tranquilo, viendo que el reo que iba a juzgar está ya pagando por su culpa. Por eso añade:

XV **27.** *Que no lo busque Dios desde lo alto.* Dios busca lo que examina en su juicio; no busca lo que ya ha perdonado dejando sin castigo en el juicio. Dios no busca el día –o sea, la delectación del pecado–, si se ha reparado antes con un castigo asumido voluntariamente. Pablo da testimonio de ello: *Si nos juzgamos a nosotros mismos, no seremos juzgados por el Señor*[71]. Que Dios busque nuestro día significa que en el juicio indagará minuciosamente en nuestra mente todo lo que haya de culpa y que castigará con mayor rigor a los que se hayan juzgado a sí mismos más blandamente.

Rectamente sigue: *Que no brille en él la luz.* Cuando el Señor aparezca en el juicio, iluminará con su luz todo lo reprochable; entonces, lo que el Juez no mencione quedará cubierto como de cierta oscuridad. Está escrito: *Todo lo que sea denunciado, será hecho manifiesto por la luz*[72]. Una cierta tiniebla esconde los pecados de los que hacen penitencia. De ellos dice el profeta: *Dichosos*

70. Rm 2, 15.
71. 1 Co 11, 31.
72. Ef 5, 13.

aquellos a quienes se les perdonan las iniquidades y se les ocultan los pecados[73]. Todo lo que se cubre es como si quedara envuelto en tinieblas, por eso, el día del juicio final no será alumbrado con la luz lo que vaya a ser castigado. La divina misericordia, que conoce todo, actuará como si escondiera aquellos actos nuestros que, en su justicia, no desee castigar, y sacará a la vista de todos aquello que Él ilumine con su luz. Por tanto, que ese día se convierta en tinieblas, es decir, que castiguemos nosotros mismos con la penitencia todos los pecados que hemos cometido, para que el Señor no busque ese día ni su luz lo alumbre. Así, habiendo castigado nosotros mismos nuestra culpa, no recibiremos de Dios la severa condena en el juicio final.

28. Vendrá el Juez que todo lo penetra y todo lo alcanza, el Juez que está en todas partes sin que nada huya de su presencia. Sólo quien después de cometer la culpa acude a la penitencia, podrá esconderse de su presencia, pues las lágrimas de arrepentimiento le aplacan. Referido al día de la delectación, todavía añade:

XVI **29.** *Que lo oscurezcan tinieblas y sombras de muerte*. Las tinieblas oscurecen el día cuando el llanto de la penitencia traspasa la delectación del alma. Las tinieblas pueden también designar los juicios ocultos. Con luz reconocemos sin problemas lo que tenemos ante la vista; en tinieblas, o no vemos nada o vemos de forma imprecisa. Los juicios ocultos vienen a ser como tinieblas ante nuestros ojos, porque no hay manera de escrutarlos. También de Dios está escrito: *Puso su refugio en las tinieblas*[74]. Sabemos que no merecemos el perdón, pero somos liberados de la culpa mediante la gracia divina que nos previene según el secreto juicio de Dios. Así pues, que las tinieblas oscurezcan el día, es decir, que sus inescrutables juicios oculten misericordiosamente al rayo de su justa severidad la vanidad deplorable de nuestra delectación. Oportunamente continua: *Y sombras de muerte*.

30. En la Sagrada Escritura, la expresión *sombras de muerte* designa unas veces el olvido del alma, otras la imitación del diablo y otras la muerte de la carne.

73. Sal 32, 1.
74. Sal 18, 12.

«Sombras de muerte» significa el olvido del alma porque, como ya hemos dicho, así como la muerte deja sin vida lo que alcanza, así también el olvido deja sin memoria lo que toca. Juan, por ejemplo, iba a predicar al pueblo hebreo al Dios del que se habían olvidado, por eso Zacarías dice de él: *Para iluminar a los que están en tinieblas y se sientan en sombras de muerte*[75]. Sentarse en sombras de muerte significa caer en el olvido del conocimiento del amor de Dios.

«Sombras de muerte» también puede significar la imitación del antiguo enemigo. Por él llegó la muerte, por eso, se le llama *muerte*, como atestigua Juan: *Y su nombre es muerte*[76]. *Sombras de muerte* designa, pues, su imitación, porque así como la sombra se forma según las características del cuerpo, así las acciones de los pecadores adquieren el aspecto de aquel al que imitan. Viendo Isaías que los pueblos gentiles habían dejado de imitar al antiguo enemigo y resurgían en el despertar del verdadero sol, consideró ciertos esos hechos futuros que narraba desde el pasado, diciendo: *A los que se sentaban en tinieblas y sombras de muerte, una luz les brilló*[77].

«Sombras de muerte» significa también la muerte de la carne, porque así como es verdadera la muerte por la cual el alma se separa de Dios, así también es sombra de muerte la muerte por la cual la carne se separa del alma. En nombre de los mártires, dice el profeta: *Nos humillaste en un lugar de aflicción y nos cubriste con sombras de muerte*[78]. Es evidente que no murieron en su espíritu, sino sólo en su carne. No dice que hayan sido cubiertos por la muerte verdadera sino por sombras de muerte[79].

75. Lc 1, 79.
76. Ap 6, 8.
77. Is 9, 2.
78. Sal 44, 20.
79. Es decir, la verdadera muerte es el pecado (el alma se separa de Dios); la muerte corporal (separación de cuerpo y alma) es sólo *sombra* de esa verdadera muerte, de la cual es un efecto. Cf. AGUSTÍN, *La Trinidad*, IV, 12, 15 (CCL 50, 180: *Obras*, V, B.A.C., Madrid [2]1956, 353); *La Ciudad de Dios*, XXI, 31 (PL 41, 710: *Obras*, XVI-XVII, B.A.C., Madrid 1958, 1543); *Sobre la doctrina cristiana*, I, 19, 18 (CCL 32, 16: *Obras*, XV, B.A.C., Madrid 1957, 81); *Sobre los méritos y el perdón de los pecadores*, I, 11, 13 (PL 44, 116: *Obras*, IX, B.A.C., Madrid 1952, 219).

31. Así pues, ¿qué significa que el santo Job pida que la sombra de muerte oscurezca el día de la perversa delectación sino que, para borrar los pecados a los ojos de Dios, busca al Mediador entre Dios y los hombres, que asumió por nosotros la muerte de la carne y borró la verdadera muerte de los pecadores con su sombra de muerte? El Redentor vino a nosotros que estábamos atrapados en la muerte del espíritu y de la carne: nos dejó una muerte –la suya–, y deshizo las dos que encontró –las nuestras–. Si hubiera sufrido las dos muertes, no nos hubiera librado de nada[80]. Asumiendo una por misericordia, condenó las dos con su justicia. Confirió su muerte simple a la nuestra doble y, muriendo, sometió la nuestra doble. Por eso, no sin razón, yació en el sepulcro un día y dos noches, porque añadió la luz de su muerte simple a las tinieblas de nuestra muerte doble. Por tanto, el que aceptó por nosotros sólo la muerte de la carne, soportó la sombra de la muerte y escondió a los ojos de Dios la culpa que habíamos cometido. Diga, pues: *Que lo oscurezcan tinieblas y sombras de muerte*. Como diciendo claramente: «venga Aquel que para arrebatar de la muerte de la carne y del espíritu a los culpables, habrá de asumir la muerte de la carne sin Él tener culpa»[81].

El Señor no deja impune ningún pecado: o lo pagamos nosotros mismos con el llanto o lo condena Él juzgándolo. Por eso, debe el alma vigilar siempre atentamente para procurar su propia restauración. Es necesario que cada uno se purifique confesando aquello en lo que misericordiosamente ha sido socorrido. De ahí que siga:

XVII **32.** *Que una gran niebla lo cubra*. Cuando hay niebla la vista queda confundida, por eso, a la confusión misma de nuestra alma, fruto de la penitencia, se la llama aquí *niebla*. Al igual que una densa niebla oscurece el día, también la confusión provocada por la perturbación de los pensamientos obnubila la mente. Sobre esta confusión está escrito: *Hay una confusión que lleva a la gloria*[82]. Cuando traemos a la mente el mal cometido y nos arrepen-

80. Cf. Mor 3, 27 nota 35.

81. Cf. AGUSTÍN, *Tratados sobre el Ev. de san Juan*, 79, 2 (CCL 36, 527: *Obras*, XIV, B.A.C., Madrid 1957, 433).

82. Si 4, 22.

timos, sufrimos al momento una pesada y amarga confusión: un torbellino de pensamientos agita el ánimo, lo oprime la amargura, la ansiedad lo devasta, el alma cae en la tristeza y algo así como una niebla densa lo oscurece. La niebla de la confusión oprimía salvíficamente el alma de aquellos a los que Pablo decía: *¿Qué fruto obtuvisteis entonces de aquellas cosas que ahora os avergüenzan?*[83]. Así pues, que la niebla cubra el día del pecado, esto es, que la aflicción del arrepentimiento perturbe con una justa amargura el atractivo del mal. Añade:

XVIII **33.** *Y lo envuelva la amargura.* La amargura envuelve el día cuando la mente vuelve con el reconocimiento al propio pecado y se aplica a la delectación del pecado el castigo de la penitencia. Envolvemos el día con la amargura cuando consideramos los suplicios que siguen a la vana alegría de la delectación perversa y la cubrimos de ásperos llantos. Envolver significa cubrir algo por todas sus partes. Por eso, se desea que la amargura envuelva el día para ver los males que avienen por todas partes a los pecadores y purificar la lascivia sensual con lágrimas de tristeza.

34. Hemos escuchado que la delectación del pecado –que hemos llamado *día*–, debe expiarse con una súplica intensa, o sea, que el llanto debe expiar todo lo que el ánimo haya cometido complaciéndose negligentemente. Pues bien, si esta es la actitud respecto al día, ¡cuánto rigor se ha de poner en la penitencia que golpee la noche de este día, es decir, el consentimiento! Así como es culpa menor cuando el alma es atraída carnalmente a la delectación pero resiste a ésta con el espíritu, así también es más grave y completa la maldad que consiste no sólo en sentir el atractivo de la delectación del pecado sino además consentir con ella. Cuanto más manche el consentimiento sórdidamente al alma, más áspera ha de ser la mano de la penitencia que la purifique. Oportunamente continúa:

XIX **35.** *Que un torbellino tenebroso se apodere de aquella noche.* El espíritu inflamado en amargura es como un torbellino tenebroso. Cuando uno, en efecto, se da cuenta del pecado cometido, cuando considera atentamente la maldad de su propia per-

83. Rm 6, 21.

versidad, obnubila la mente con la amargura y, como si se sacudiera el polvo de la vana alegría, arrasa en sí la tranquilidad toda del corazón con el torbellino de la penitencia.

Si este torbellino no hubiera sacudido el ánimo del arrepentido, nunca hubiera dicho el profeta: *Con viento impetuoso golpeas las naves de Tarsis*[84]. Tarsis significa «exploración del gozo»[85]. Cuando el viento impetuoso de la penitencia embiste al alma, perturba en ella toda exploración de alegría reprochable de modo que ya no encuentra complacencia más que en llorar, y nada espera sino lo que le puede aterrar. Pone ante los ojos, por un lado, el rigor de la justicia, y, por otro, el mérito de la culpa; considera el suplicio que merecería si la bondad del que perdona le abandonara, y así, logra apartarse de la pena eterna gracias a los lamentos presentes. Por tanto, un viento impetuoso golpea las naves de Tarsis cuando la fuerza de la compunción confunde con eficaz y salubre terror nuestras almas entregadas a este mundo como al mar.

Dice: *Que un torbellino tenebroso se apodere de aquella noche*, es decir, que las seducciones de una segura tranquilidad no provoquen la caída en la culpa, sino que la cruel amargura irrumpa oportunamente.

36. Debe saberse que si dejamos los pecados impunes, la noche nos invade. Si, por el contrario, los reprendemos con el rigor de la penitencia, somos nosotros los que invadimos la noche que habíamos provocado. Conseguiremos someter el pecado del corazón con nuestro juicio, si somos capaces de reprimirlo nada más iniciarse.

A Caín, que maquinaba su maldad, le dice la voz divina: *Por fuera está tu pecado, pero bajo ti está su instinto y tú lo dominarás*[86]. El pecado está presente por fuera cuando golpea los pensamientos. Su instinto está por debajo y el hombre lo domina si la malicia descubierta en el corazón es rápidamente sofocada y, antes de que se desarrolle y endurezca, el alma la rechaza y somete. Por eso, para que el ánimo perciba pronto su pecado y so-

84. Sal 48, 8.
85. Cf. JERÓNIMO, *Liber de nominibus hebraicis* (PL 23, 829).
86. Gn 4, 7.

meta la tiranía de la culpa al propio dominio con la penitencia, diga rectamente: *Que un torbellino tenebroso se apodere de aquella noche*. Como diciendo claramente: «para que la mente no esté al servicio de las maldades de la culpa, que ésta no quede sin penitencia».

Puesto que tenemos la firme esperanza de que el Juez que vendrá no nos echará en cara lo que ahora limpiamos con nuestro llanto, rectamente se añade:

XX 37. *Que no se cuente entre los días del año ni se numere entre los meses*. Se cumplirá el año de nuestra iluminación cuando aparezca el eterno Juez a la Santa Iglesia y complete la vida de su peregrinación. Recibirá la recompensa a sus trabajos cuando, acabado este tiempo de lucha, regrese a la patria. Dice, en efecto, el profeta: *Coronas el año con tus beneficios*[87]. Se corona el año con bendiciones cuando, finalizado el tiempo del trabajo, recibe el alma el premio a sus virtudes. Los días del año son cada una de las virtudes; los meses son la multitud de acciones virtuosas.

Cuando el alma se erige confiada esperando el premio a las virtudes que el Juez concederá en su venida, vienen también a su memoria los males que cometió y siente gran temor no sea que el severo Juez, viniendo a recompensar virtudes, examine también las fechorías que cometió, las sopese atentamente y, al final del año, enumere también su noche. Diga, por tanto, sobre esa noche, diga: *Que no se cuente entre los días del año ni se numere entre los meses*. Como rogando al severo Juez: «cuando cumplido el tiempo de la Santa Iglesia te manifiestes en el juicio final, hazlo de tal manera que recompenses los dones que otorgaste y no tengas en cuenta los males que cometimos. Si la noche de nuestro mal se cuenta entre los días del año, todo lo que hayamos hecho quedará confundido por la consideración de nuestra maldad. Los días de las virtudes dejarán de brillar si enumeras la tenebrosa confusión de nuestra noche que los oscurece a tu mirada».

38. Si no queremos que caiga sobre nuestra noche acusación alguna, debemos ahora procurar con gran empeño someterla a un vigilante examen para que no quede impune ninguna culpa en no-

87. Sal 65, 12.

sotros ni la mente ose defender las maldades que cometió, no sea que, defendiéndolas, añada maldad a la maldad. De ahí que siga:

XXI **39.** *Que sea solitaria aquella noche y no merezca alabanza.* Hay algunos que no sólo no lloran sus pecados, sino que además no paran de defenderlos y alabarlos. Al defender su culpa, la aumentan. Contra tal comportamiento se dice: *¿Pecaste? no lo vuelvas a hacer*[88]. Añade pecado al pecado quien defiende las maldades que cometió. No deja solitaria la noche quien añade a las tinieblas de su culpa la excusa de su defensa.

El primer hombre, preguntado por la noche de su pecado, no quiso que esa noche fuera solitaria, porque, cuando se le llamó para que se arrepintiera, añadió a su pecado el agravante de la excusa, diciendo: *La mujer que me diste como compañera, me dio del árbol y comí*[89]. Volvió contra su Autor el error de su culpa, como dando a entender: «al darme a la mujer, me diste la ocasión de pecar». La rama de ese pecado se extiende aún ahora al género humano desde esa raíz de modo que todavía hoy se buscan justificaciones para el mal cometido.

Diga, por tanto: *que sea solitaria aquella noche y no merezca alabanza.* Como rogando abiertamente: «permanezca sola la culpa que cometimos, no sea que al defenderla y alabarla nos culpe de mayor pecado ante la mirada del Juez. No teníamos que haber pecado, pero ya que lo hemos hecho, dejemos sola la culpa cometida y no le añadamos otras».

40. Se debe además advertir que reprocha sinceramente su propia culpa quien no se inclina más al amor del mundo presente con deseo alguno de prosperidad y quien considera cuánto engaño encierran los atractivos de este mundo y estima sus halagos como persecuciones. Añade:

XXII **41.** *Que lo maldigan los que maldicen el día.* Como si abiertamente dijera: «castiguen con una verdadera penitencia las tinieblas de esta noche, quienes rechazan con sus desprecios la luz de la prosperidad del mundo». Si por *día* hemos entendido la alegría vana de la delectación, es coherente decir de su noche: *Que la*

88. Si 21, 1.
89. Gn 3, 12.

maldigan los que maldicen el día, porque corrigen verdaderamente los males perpetrados con el rigor de la penitencia quienes no se dejan arrastrar más por delectación alguna hacia bienes ficticios. Los que aún se deleitan con cosas nocivas actúan falsamente fingiendo deplorar las maldades cometidas. Si, como se ha dicho antes, recibimos la sugestión astuta del antiguo enemigo, se debe entender que maldicen la noche los que maldicen el día, porque castigan de verdad los pecados perpetrados quienes descubren las insidias del maligno seductor en la misma sugestión con que pretende atraer. Rectamente sigue:

XXIII **42.** *Los que se disponen a despertar a Leviatán*. Todos los que aplastan con su mente las cosas de este mundo y desean con plena intención las cosas de Dios, se levantan contra Leviatán, porque su forma de comportarse es para él una provocación que excita su maldad. Los que se someten a su voluntad están bajo su dominio como con pacífico derecho, y su soberano rey disfruta de cierta seguridad viendo que domina sus corazones mediante una inquebrantable potestad[90]. Pero cuando un espíritu se vuelve a encender en el deseo del Creador, cuando abandona el entumecimiento de la negligencia y aleja el frío de la insensibilidad primitiva mediante el fuego del santo amor, cuando hace memoria de su libertad congénita y siente vergüenza de ser esclavo del enemigo, entonces, Satanás, viendo que su prisionero pretende emprender los caminos de Dios, se siente despreciado y experimenta el dolor de una rebelión que surge en su contra, enciende su celo, se prepara para el combate, se apresta para lanzar innumerables tentaciones contra el alma rebelde y la instiga con todas las mañas de la crueldad a fin de atravesar con las flechas de sus tentaciones el corazón que tiempo atrás dominaba con sereno derecho. El enemigo está casi dormido descansando amodorrado en el corazón pervertido, pero, al ver que puede perder su derecho a dominar maléficamente, se despierta para provocar el combate. Así pues, maldigan esa noche los que están dispuestos a despertar a Leviatán, es decir, levántense vigorosamente contra el pecado con un juicio de condena los que no temen excitar al antiguo adversario en sus tentaciones.

90. Cf. Mor 3, 31, nota 44.

Está escrito: *Hijo, al acercarte a servir al Señor, permanece en la justicia y el temor, y prepara tu alma para la tentación*[91]. Quien se apresura a prepararse para el servicio divino, ¿qué hace sino preparar el combate contra el antiguo adversario a fin de recibir libre los golpes en la pelea, él, que servía pacífico como esclavo bajo la tiranía? Al disponer el alma contra el enemigo, sometiendo unos vicios y rechazando otros, a veces se permite que permanezca algo de la culpa, cosa que, por lo demás, no provoca gran daño.

43. Sucede, en efecto, con frecuencia, que el alma que había superado abundantes y terribles adversidades se siente incapaz de vencer un vicio mínimo, aun habiendo puesto gran atención en su vigilancia. Esto ocurre por disposición divina, para que brillando en virtudes por todas partes no se engría con arrogancia. Si descubre en sí un motivo de reprensión, aun siendo mínimo, que no logra dominar, no atribuirá a sí misma, sino sólo al Creador, la victoria sobre los vicios que sí ha logrado someter[92]. Sigue, por eso, rectamente:

XXIV **44.** *Que las estrellas se entenebrezcan por su gran niebla*. Las tinieblas de esta noche se entenebrecen por la niebla cuando los que ya resplandecen por sus virtudes conservan aún algo de la oscuridad de la culpa, de modo que, incluso brillando con gran claridad de vida, arrastran aún tras de sí, sin ellos querer, restos de la noche. Lo cual sucede, como se ha dicho, para que el alma que progresa en la virtud de la justicia sea más robustecida en su debilidad, y brille de forma más verdadera en el bien viéndose humildemente oscurecida por pequeños vicios reprensibles que no desea.

Cuando se repartía al pueblo de Israel la tierra prometida que habían recibido, se dice que el pueblo gentil de los cananeos, no eliminado, fue hecho tributario de la tribu de Efraim, como está escrito: *Habitó el cananeo en medio de Efraim como tributario*[93]. ¿Qué representa el pueblo gentil de los cananeos sino el vicio? A menudo entramos en la tierra prometida con grandes virtudes

91. Si 2, 1.
92. Cf. Reg Past IV (BPa 22, 402).
93. Jos 16, 10.

porque somos robustecidos con la íntima esperanza de la eternidad. Pero mientras conservamos entre acciones sublimes pequeños vicios, es como si permitiéramos a los cananeos vivir en nuestra tierra. El pueblo cananeo es hecho tributario porque el vicio que no conseguimos dominar lo ponemos con humildad a nuestro propio servicio. De esa forma, el alma, incluso en las grandes empresas que emprende, tiene de sí un bajo concepto al darse cuenta de que, con sus propias fuerzas, no puede vencer los pequeños vicios que quisiera. Está escrito en otro lugar: *Estos son los pueblos que el Señor dejó subsistir para instruir por ellos a Israel*[94]. Así pues, quedan algunos vicios pequeños para que nuestra intención permanezca siempre en actitud de combate y no se engría por la victoria viendo vivir en sí a los enemigos y temiendo todavía ser vencido por ellos. Israel es instruido por los pueblos que han sido conservados cuando la vanagloria por nuestras virtudes es aplastada por vicios pequeños. En estos vicios que se le resisten, el alma aprende que por sí misma no puede tampoco someter los vicios mayores[95].

45. Las palabras *que las estrellas se entenebrezcan por su gran niebla*, se pueden entender de otra manera. La noche –o sea, el consentimiento en la culpa que se ha propagado hasta nosotros desde nuestros primeros padres–, golpeó el ojo de nuestra alma trayendo tanta oscuridad que, en el exilio de esta vida, atrapados en las tinieblas de la ceguera, no podemos percibir la luz de la eternidad por más que lo pretendamos. Después de la culpa nacemos como pecadores condenados y llegamos a esta vida mereciendo como castigo la muerte. Cuando alzamos la mirada del alma al rayo de la luz divina nos vemos ofuscados por la oscuridad de nuestra propia debilidad[96].

Muchos, sin embargo, viviendo en la debilidad de la carne, fueron robustecidos tan vigorosamente que pudieron resplandecer en

94. Jc 3, 1.

95. Cf. CASIANO, *Colaciones* 4, 6 (SC 42, 171).

96. La imposibilidad de conocer a Dios tal cual es, en el estado actual, es una consecuencia del pecado original; cf. Mor 4, 60; 5, 52; 5, 61; 13, 30; 31, 100-101; cf. también AGUSTÍN, *Confesiones*, IX, 4, 10 (CCL 27, 139: *Obras*, II, B.A.C., Madrid [5]1968, 358).

el mundo como estrellas. Muchos, en efecto, en medio de las tinieblas de la vida presente, ofrecen ejemplos sublimes y nos iluminan desde su altura como con resplandor de estrellas. Pero por más que brillen por el resplandor de sus obras, por más que se enciendan con el fuego de la compunción, es claro que, mientras soporten aún el peso de la carne corruptible, no podrán ver la luz eterna tal cual es. Por eso se dice: *Que las estrellas se entenebrezcan por su gran niebla*, es decir, que también ellos en su contemplación sientan todavía las tinieblas de la noche antigua. Es evidente que ya expanden los rayos de sus virtudes sobre el género humano a través de la niebla de esta vida, y, aunque se elevan con el alma a los bienes supremos, todavía sienten el peso de la primera culpa en las cosas más pequeñas. Sucede así que por fuera ofrecen, como astros, ejemplos luminosos, pero por dentro, atrapados en la oscuridad de la noche, no ascienden hasta la certeza de la visión inmutable.

A menudo, se enciende el alma de tal manera que, aun estando unida a la carne, subyugado todo pensamiento carnal, es raptada en Dios y, no obstante, no contempla a Dios tal como es, porque, como ya hemos dicho, siente todavía en la carne corruptible el peso de la primera condena. A menudo desea el alma ser arrebatada tal como es para alcanzar, si fuera posible, la vida eterna sin que medie la muerte corporal. Pablo, buscando ardientemente la luz interior y temiendo los daños de la muerte corporal sufridos de cualquier manera, dijo: *Los que estamos en esta tienda gemimos abrumados; no es que queramos ser desvestidos sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida*[97].

Los santos desean ver el verdadero amanecer y quieren alcanzar incluso con el cuerpo, si se lo pudieran conceder, el secreto de la luz divina. Pero, por más que se eleven con todo el ardor de su intención, la antigua noche pesa todavía y el Juez justo aparta de la contemplación de su resplandor interior los ojos de esta carne corruptible que el enemigo abrió con sus seducciones a la concupiscencia. Rectamente continúa:

XXV **46.** *Que espere la luz y no vea surgir la aurora*. Por más que el alma, aún peregrina, se empeñe con la intención en ver la

97. 2 Co 5, 4.

Luz tal como es, no lo logrará, porque se lo impide la ceguera de su condena. El surgir de la aurora es el nuevo nacimiento de la resurrección, por el cual la Santa Iglesia surge, también con la carne resucitada, a contemplar la luz de la eternidad.

Si la resurrección de nuestra carne no fuera como un nacimiento, la Verdad no hubiera dicho sobre ella: *En la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en el trono de su majestad*[98]. Vió lo que era este resurgir al que llamó regeneración. Pero, por más que los elegidos resplandezcan ahora con la virtud, no logran imaginar con el pensamiento cuál será la gloria del nuevo nacimiento con la que aquel día ascenderán, junto con la carne, a contemplar la luz de la eternidad. Por eso Pablo dijo: *Lo que el ojo no vió ni el oído oyó ni subió al corazón del hombre, Dios lo ha preparado a los que le aman*[99]. Así pues, diga: *Que espere la luz y no vea surgir la aurora*, porque nuestra debilidad, entenebrecida con el pecado voluntario, si antes no paga con la muerte lo debido a su pena, no penetra en la claridad de la luz interior. Sigue:

XXVI 47. *Porque no cerró las puertas del vientre que me llevó ni apartó de mis ojos los males.* Como se ha dicho más arriba, *no cerró* se dice en lugar de «abrió» y *no apartó* en lugar de «procuró». La noche –o sea, la culpa–, abrió las puertas del vientre porque, concibiendo el pecado en el hombre, le descubrió los deseos de la concupiscencia. Las puertas del vientre son los deseos de la concupiscencia carnal. Sobre ellos se dice por el profeta: *Entra en tus estancias y cierra tus puertas*[100]. Entramos en las estancias cuando penetramos en los secretos de nuestra alma. Cerramos las puertas cuando coartamos los deseos ilícitos. Mientras abrimos con nuestro consentimiento las puertas de esta concupiscencia carnal somos arrastrados a los innumerables males de la corrupción. Por eso también ahora gemimos bajo el peso de nuestra condición mortal aunque hayamos llegado a ello por nuestra propia voluntad, porque la justicia de este Juez exige que soportemos, incluso sin querer, lo que cometimos queriendo. Sigue:

98. Mt 19, 28.
99. 1 Co 2, 9.
100. Is 26, 20.

3 [11]¿Por qué no morí en el seno materno o no expiré al salir del útero? [12]¿Por qué me acogieron unas rodillas? ¿Por qué me amamantaron unos pechos? [13]Ahora dormiría en silencio y descansaría en mi sueño, [14]con los reyes y notables de la tierra que se construyen soledades; [15]o con los príncipes que poseen oro y llenan sus casas de plata. [16]O no habría existido, como aborto escondido; como los concebidos que no vieron la luz. [17]Allí acaba la agitación de los impíos, allí descansan exhaustos de fuerzas. [18]Los que en otro tiempo estuvieron encadenados, están igualmente sin molestias; no escucharán más la voz del capataz. [19]El pequeño y el grande están allí y el siervo se ve libre de su señor.

Sentido moral

XXVII **48.** *¿Por qué no morí en el seno materno o no expiré al salir del útero? ¿Por qué me acogieron unas rodillas? ¿Por qué me amamantaron unos pechos?* Lejos de nosotros creer que el santo Job, dotado de tan alta ciencia espiritual y ensalzado por el Juez interior con tantas alabanzas, deseara perder la vida como un aborto. Tal como atestigua la recompensa que recibe al final, el testimonio de la fortaleza de Job está en su interior, por eso, el significado de sus palabras debe ser también buscado en su interior.

49. De cuatro formas se comete pecado en el corazón y de cuatro se pone en obra. Se perpetra en el corazón con la sugestión, la delectación, el consentimiento y el atrevimiento para autojustificarse. La sugestión procede del adversario, la delectación de la carne, el consentimiento del espíritu y el atrevimiento para autojustificarse del orgullo. La culpa que debería atemorizar la mente es motivo de engreimiento: de la caída se hace elevación, pero elevación que conduce a una precipitación aún mayor.

Con estos cuatro golpes abatió el antiguo enemigo la rectitud del primer hombre. La serpiente, en efecto, persuadió, Eva se deleitó, Adán consintió y, preguntado, no quiso en su atrevimiento confesar la culpa. Nadie ignora que lo ocurrido con el primer padre del género humano sigue sucediendo todos los días en el género humano. La serpiente persuade porque el antiguo enemigo sugiere ocultamente las maldades en los corazones de los hombres. Eva se deleita porque, ante las palabras de la serpiente, el

sentido carnal se inclina enseguida a la delectación. Adán otorga el asentimiento a la propuesta de la mujer porque mientras la carne es atraída por el placer, el espíritu, debilitado, se aparta de su rectitud. Adán, interrogado, se niega a confesar su culpa porque el espíritu, apartándose de la verdad por el pecado, se endurece obstinadamente con un atrevimiento que le lleva a la ruina[101].

También de cuatro maneras se consuma el pecado convirtiéndolo en obra. Primero actúa la culpa ocultándose, luego la falta se muestra sin confusión ante los ojos de los hombres; de ahí pasa al hábito; por último se alimenta con las seducciones de falsas esperanzas o con la obstinación de una mísera desesperación.

50. El santo Job considera estas formas de pecado que se gestan ocultamente en el corazón o se convierten abiertamente en obras, y deplora en cuántos grados de pecado ha caído el género humano, diciendo: *¿Por qué no morí en el seno materno o no expiré al salir del útero? ¿Por qué me acogieron unas rodillas? ¿Por qué me amamantaron unos pechos?* El primer seno de la concepción fue la lengua de la malvada sugestión. El pecador hubiera muerto en el seno si hubiera sabido el hombre que a partir de la sugestión iba a encontrar la muerte. Salió del útero porque, una vez que la lengua lo concibió para el pecado mediante la sugestión, en seguida la delectación lo atrajo por fuera. Después de salir lo acogieron unas rodillas porque al entregarse a la delectación de la carne, el espíritu consumó la culpa con el consentimiento, habiendo sometido todos sus sentidos como ante unas rodillas acogedoras. Acogido por unas rodillas fue también amamantado por unos pechos: consintiendo a la culpa, se ofrecieron a los ya sometidos sentidos del espíritu abundantes argumentos de falsas confianzas que nutrieron con leche envenenada el alma nacida al pecado, y, para que no temiera los ásperos suplicios de la muerte, la engañaron con suaves excusas.

El primer hombre se mostró más audaz tras la culpa, diciendo: *La mujer que me diste como compañera me dio del árbol y comí*[102]. Había huido por miedo para esconderse y, sin embargo,

101. Cf. AGUSTÍN, *Enarraciones sobre los salmos*, 48, I, 6 (CCL 38, 556: *Obras*, XX, B.A.C., Madrid 1965, 168-169).
102. Gn 3, 12.

al ser preguntado demostró, incluso en su temor, cuánto se había engreído. Cuando se teme la pena presente por el pecado y no se ama el rostro de Dios perdido, el temor procede del orgullo y no de la humildad. El que no abandona el pecado, pudiendo haber evitado el castigo, es, ciertamente, un soberbio.

51. Tal como se ha dicho, la culpa se comete de cuatro modos en el corazón y de cuatro en las obras. Job dijo: *¿Por qué no morí en el seno materno?* El seno del que peca es la culpa oculta del hombre que secretamente concibe al pecador y esconde todavía en las tinieblas a su culpable. Añade: *¿O no expiré al salir del útero?* A partir del seno se sale del útero cuando el pecador no se avergüenza de cometer en público lo que ya había perpetrado ocultamente. Es como si procedieran de la ocultación de su seno aquellos sobre los que decía el profeta: *Su pecado como Sodoma lo proclaman y no lo esconden*[103]. *¿Por qué me acogieron unas rodillas?* Porque el pecador, cuando la propia iniquidad ya no le confunde, se robustece en ella con el apoyo de la maldad hecha hábito. El pecador es como acogido por unas rodillas para crecer cuando la culpa se consolida con el vigor de la costumbre. *¿Por qué me amamantaron unos pechos?* Porque cuando la culpa empieza a convertirse en hábito se nutre o bien de una falsa esperanza en la divina misericordia o bien de una manifiesta y mísera desesperación, de modo que ya no regresa a la corrección, pues, o se forma un concepto equivocado de la bondad del Creador o se apodera de él un miedo desordenado por lo que hizo.

Así pues, el santo Job observa la caída del género humano y se da cuenta de cuántos abismos le han atrapado en la fosa de la iniquidad, diciendo: *¿Por qué no morí en el seno materno?* Es decir, «¿por qué no quise mortificarme de la vida de la carne en la misma comisión oculta del pecado?». *¿Por qué no expiré al salir del útero?* Es decir, «¿por qué no me reconocí perdido al menos una vez que salí a públicas iniquidades?». Hubiese perecido en su juicio si se hubiera reconocido perdido. *¿Por qué me acogieron unas rodillas?* Es decir, «¿por qué el hábito me acogió para hacerme más proclive a la iniquidad y me protegió manteniéndome en de-

103. Is 3, 9.

pravadas costumbres después que cometí culpas manifiestas?». *¿Por qué me amamantaron unos pechos?* Es decir, «¿por qué, después que hice de mi culpa un hábito, me alimentó con la confianza de una falsa esperanza o con la leche de una mísera desesperación, inclinándome a cometer maldades aún mayores?».

Cuando la culpa se convierte en hábito, el ánimo le opone menor resistencia aunque no quiera, porque se une al alma con vínculos equivalentes en número a la frecuencia con que los vicios le atrapan. Sucede entonces que el ánimo enervado, no pudiéndose librar, recurre al solaz de falsas consolaciones: se imagina que el Juez que ha de venir tendrá con él tanta misericordia que no terminará con los que merecen ser castigados. A esto se añade algo aún peor: la lengua de muchos que son como él le muestran su conformidad y alaban sus maldades, haciendo que crezca continuamente una culpa que es alimentada con elogios. De esa forma no se pone remedio a una herida que se considera digna del premio de la alabanza. Por eso, se dice rectamente por Salomón: *Hijo mío, si los pecadores te quieren amamantar, no te fíes de ellos*[104]. Los pecadores amamantan cuando inducen a cometer maldades con seducciones o cuando exaltan con elogios las ya cometidas. ¿Acaso no es amamantado ese de quien se dice por el salmista: *Porque el pecador es alabado en los deseos de su alma y quien obra iniquidades es bendecido*[105]?

52. Se debe además saber que estas tres formas de pecado se corrigen más fácilmente en orden descendente; la cuarta forma, sin embargo, es más difícil de enmendar. Nuestro Redentor resucita a la niña en su casa[106], al joven fuera de la puerta[107] y a Lázaro en el sepulcro[108]. Yace muerto en la casa quien comete el pecado a escondidas. Es conducido fuera de la puerta quien manifiesta su maldad desvergonzadamente, cometiéndola en público. Está atrapado en el cúmulo de la sepultura quien agrava la maldad cometida con el peso de la costumbre. El Redentor siente misericordia de

104. Pr 1, 10.
105. Sal 10, 3.
106. Cf. Lc 8, 51-55; Mc 5, 38-42.
107. Cf. Lc 7, 11-15.
108. Cf. Jn 11, 38-44.

ellos y los llama a la vida: con frecuencia la gracia divina ilumina con la luz de su rostro no sólo a los que se encuentran muertos en pecados ocultos sino también en públicos, y a los que están atrapados por la carga de sus depravados hábitos. Nuestro Redentor recibe, por medio de un discípulo, la noticia de un cuarto muerto, pero no lo resucita. Es extremadamente difícil que sea sacado de la muerte de su alma quien, además de vivir arraigado en hábitos perversos, recibe el aplauso de lenguas aduladoras. Sobre uno así, se dice rectamente: *Deja que los muertos entierren a sus muertos*[109]. Los muertos entierran a los muertos cuando los pecadores oprimen al pecador con sus elogios. ¿Qué es pecar sino sucumbir? Quienes halagan a los pecadores con elogios esconden al que está muerto bajo el cúmulo de sus palabras.

Lázaro se encontraba en el mismo estado, aunque él no había sido sepultado por muertos. Lo habían enterrado mujeres fieles que anunciaban su muerte al que tenía poder para dar la vida. Por eso regresa presto a la luz, porque cuando el ánimo muere por el pecado, puede volver rápidamente a la vida si viven sobre él pensamientos vigilantes.

A veces, como ya hemos dicho, la falsa esperanza no mata al alma, pero la traspasa llevándola a una desesperación aún peor: elimina toda esperanza de ser perdonada y la nutre copiosamente con la leche del error.

53. Así pues, considere el santo varón cuántas maldades ha cometido el hombre tras la primera culpa haciéndole peor; cuántos son los precipicios del exilio en los que ha caído una vez que perdió el paraíso, y diga: *¿Por qué no morí en el seno materno?* Esto es: «si cuando la sugestión de la serpiente me concibió como pecador, yo hubiera sabido a qué muerte me conducía, no me habría arrastrado a la complacencia y no me habría atado tan estrechamente a la muerte». *¿Por qué no expiré al salir del útero?* Como si dijera: «Si al salir a la complacencia exterior hubiera sabido de qué luz interior me privaba y hubiera sucumbido en la misma complacencia, la muerte no me habría castigado tan ásperamente con el consentimiento». *¿Por qué me acogieron unas rodillas?* Como si

109. Lc 9, 60.

dijera: «Si al menos, una vez que estaban mis sentidos sometidos a la maldad, no me hubiera acogido el consentimiento, éste no me habría arrastrado a tan perverso atrevimiento». *¿Por qué me amamantaron unos pechos?* Como si dijera: «Si al menos no me hubieran agasajado después de cometer mis maldades, no me habría entregado tan depravadamente a la culpa secundando la acogida lisonjera que me dispensaron». Así, con las voces de su reprensión, Job reprocha haber pecado en el primer padre. Diga ahora de qué quietud hubiera podido disfrutar, si al pecar no hubiera nunca bajado a la amargura de este exilio. Sigue:

XXVIII **54.** *Ahora dormiría en silencio y descansaría en mi sueño.* El hombre había sido colocado en el paraíso a fin de que, sometiéndose con lazos de caridad en obediencia a su Creador, pasara a la patria celeste de los ángeles sin conocer la muerte de la carne. Fue creado inmortal de tal manera que, si pecaba, podía morir. Fue creado mortal de tal manera que, si no pecaba, no podía morir. De esa forma, gracias a su libre albedrío podría alcanzar la bienaventuranza de aquella región en la que ya no se puede pecar ni morir.

Al lugar donde van los elegidos después del tiempo de la redención, mediada la muerte de la carne, allí, sin duda, podrían haber pasado los primeros padres sin la muerte corporal si hubieran perseverado en el estado de su condición. El ser humano, por tanto, dormiría en silencio y descansaría en su sueño si, llevado al descanso de la patria eterna, hubiera encontrado algún rincón apartado del clamor de la debilidad humana.

Tras el pecado, grita como si estuviera vigilando, quien lleva con repugnancia la rebeldía de la propia carne. El hombre creado gozó del silencio de la quietud cuando recibió el libre arbitrio de su voluntad contra el enemigo. Como sucumbió ante él voluntariamente, encontró en seguida en sí mismo un motivo para airarse contra sí, descubriendo, al momento, en el combate la agitación de la debilidad. Aunque había sido creado por su Autor en la paz del silencio, arrastrado voluntariamente ante el enemigo, soportó los clamores de la batalla.

La misma sugestión de la carne es como cierto clamor contra la quietud del alma que el hombre no sentía antes de la caída, porque no tenía debilidad alguna que soportar. Sin embargo, después

de someterse voluntariamente al enemigo, atenazado por los lazos de su propia culpa, aun sin querer, le sirve en ciertas cosas y sufre los clamores en la mente cuando la carne se rebela contra el espíritu. ¿Acaso no escuchaba clamores interiores el que soportaba contra sí las palabras de la ley perversa, diciendo: *Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente y me conduce cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros*[110]?

Así pues, contemple el santo varón con cuánta paz en el corazón podría estar descansando si el hombre se hubiera negado a acoger las palabras de la serpiente, y diga: *Ahora dormiría en silencio y descansaría en mi sueño.* Es decir: «me habría recogido en lo secreto del alma para dedicarme a la contemplación del Creador, si la culpa del primer consentimiento no me hubiera sacado fuera de mí con las agitaciones de las tentaciones». Añada además la enumeración de los compañeros con los que podría estar disfrutando de los gozos de esa quietud, diciendo:

XXIX 55. *Con los reyes y notables de la tierra.* A partir de las cosas insensibles aprendemos qué debemos pensar sobre las sensibles e inteligibles. La tierra es fecundada por el aire, el aire se distribuye según la disposición del cielo. Los hombres están por encima de los jumentos, por encima de los hombres están los ángeles, y por encima de éstos los arcángeles. Que los hombres sean superiores a los jumentos, lo vemos en la práctica y lo aprendemos también a partir de las palabras del salmista, que dijo: *Todo lo sometiste bajo sus pies, todas las ovejas y bueyes, y aun las bestias del campo*[111]. Que los ángeles estén por encima de los hombres, lo testifica un ángel diciendo por medio del profeta: *El príncipe del reino de Persia me ha resistido*[112]. Que los ángeles sean gobernados por las potestades de los ángeles superiores, lo afirma el profeta Zacarías que dijo: *El ángel que hablaba conmigo, salió; salió otro ángel a su encuentro y le dijo: corre, ve a hablar a aquel joven diciéndole: «Jerusalén será habitada sin muro»*[113]. Si en los

110. Rm 7, 23.
111. Sal 8, 8.
112. Dn 10, 13.
113. Za 2, 7-8.

ministerios de los santos espíritus no gobernaran las potestades superiores sobre las inferiores, un ángel no hubiera conocido por medio de otro lo que debía comunicar a un hombre.

Por tanto, como el Creador de todas las cosas mantiene todo por sí mismo y distribuye tareas a unos y a otros para manifestar el orden y belleza del universo, no sin razón podemos entender que los reyes son los espíritus angélicos, pues como sirven con más familiaridad al Autor de todo, es como si gobernaran a los que le son inferiores. Se dice que dormiría con reyes porque el ser humano estaría ya descansando con los ángeles si no hubiera secundado la lengua del persuasor.

Se habla también de los notables porque velan por la república espiritual mientras nos unen a sí como a compañeros del reino. Con razón son llamados *notables*, porque mientras reconocemos por sus noticias la voluntad del Creador, encontramos en ellos la ayuda a la angustia de nuestra tribulación.

56. El santo Job fue colmado del Espíritu Santo de la eternidad. La eternidad no posee ni pasado ni futuro: para ella no pasan los hechos pretéritos ni vienen los futuros. Por eso Job, viendo todo desde el presente, puede contemplar a los futuros predicadores de la Iglesia presentes en espíritu, los cuales, tras abandonar el cuerpo, no son recibidos en la patria celeste con demora, como ocurrió a los antiguos padres. Libres de las ataduras de la carne, salen al momento y reposan en los cielos, tal como testifica Pablo, que dijo: *Sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios, no hecho por mano humana, morada eterna en los cielos*[114].

Antes de que nuestro Redentor perdonara la pena del género humano con su muerte, los infiernos encerraban, tras la salida del cuerpo, también a los que habían seguido los caminos de la patria celeste; no para que la pena los afligiera como a pecadores sino para prohibir, en pago a la primera culpa, el ingreso en el Reino a los que descansaban en las regiones más remotas, pues todavía no había tenido lugar la intercesión del Mediador. Por eso, según el testimonio de nuestro mismo Redentor, el rico que es atormenta-

114. 2 Co 5, 1.

do en el seno de Abrahán junto a los infiernos, contempla a Lázaro descansar. Si Lázaro no hubiera estado en las profundidades no lo habría visto, estando él en medio de los tormentos. Nuestro Redentor, para pagar nuestra culpa[115], muriendo, penetra en los infiernos para conducir a los cielos a los que se le habían adherido[116]. Al lugar al que el hombre redimido asciende ahora, habría llegado sin necesidad de redención si no hubiera pecado.

Así pues, considere el santo varón que, si no hubiera el hombre pecado, habría ascendido sin haber sido redimido al lugar donde los santos predicadores pueden llegar después de la redención y tras un gran esfuerzo. Refiérase también a los que podrían ser ya su compañía en el descanso, diciendo: *Con los reyes y notables de la tierra*. Reyes son, en verdad, los santos predicadores de la Iglesia que saben gobernar rectamente a las personas a ellos encomendadas y regir correctamente sus propios cuerpos. Oportunamente reciben además el nombre de *notables de la tierra* los que moderan en sí las mociones de los deseos y reinan con la ley de la virtud sobre los pensamientos que someten. Por tanto, son reyes porque se gobiernan a sí mismos; son notables de la tierra porque otorgan a los pecadores el consuelo de la vida. Reyes porque saben reinar sobre sí mismos; notables de la tierra porque atraen las almas terrenas, mediante el consuelo de su exhortación, a los bienes celestiales. ¿Acaso no era notable de la tierra el que decía: *En cuanto a las vírgenes, no tengo ningún mandato del Señor, doy, sin embargo, consejo*[117], añadiendo luego: *Según mi consejo es mejor si uno permanece así*[118]? Rectamente añade:

XXX 57. *Que se construyen soledades*. Todos los que desean cosas ilícitas, quieren ser considerados en algo ante este mundo, se

115. Cf. Mor 3, 26 nota 32.

116. Cristo desciende a los infiernos (*ad infera*), o «Seno de Abrahán», para librar a los justos que vivieron antes de la Encarnación y creyeron que había de venir el Salvador viviendo según sus mandamientos; cf. Ep VII, 15 (PL 77, 869-870); AGUSTÍN, *Sobre las herejías*, 79 (CCL 46, 336: *Obras completas*, XXXVIII, B.A.C., Madrid 1990, 96); Ps.-AGUSTÍN, *Sermón*, 44, 6 (PL 39, 1834); LEÓN MAGNO, *Carta a Toribio*, XV, 17 (PL 54, 690); CESAREO DE ARLÉS, *Sermón*, 119, 2 (CCL 103, 498).

117. 1 Co 7, 25.

118. 1 Co 7, 40.

agitan con pensamientos tumultuosos y, mientras turbas de deseos crecen en su interior, pisotean el alma abatida con el pie de miserables y frecuentes vicios.

Así, hay quien se somete al dominio de la lujuria y ante los ojos de la mente se representa escenas de actos libidinosos; como todavía no los comete, cae en ellos más rápidamente con la intención del pensamiento. Procura entonces llevar a la práctica su deseo de placer: el ánimo, golpeado y atribulado, se ve solicitado aquí y allí; cegado, busca la ocasión para realizar su perversísima acción. Un alma en este estado padece como pueblo devastado por una insolente avalancha de pensamientos.

Otro siente el dominio opresor de la ira y en su corazón recibe el acoso de las disputas, aunque éstas no estén presentes. Con frecuencia no percibe los males presentes, se enfrenta a los que no existen, profiere insultos en su interior y también los recibe, respondiendo más duramente a los que recibe; como, en realidad, no hay nadie que se le enfrente, mezcla en su corazón risas y grandes clamores. Y así, oprimido por el peso vehemente de un hinchado pensamiento, mantiene dentro de sí un verdadero torbellino.

Hay también quien se entrega al dominio de la avaricia y, disgustado con lo propio, ansía lo ajeno. Como muchas veces no logra adueñarse de lo que quiere, pierde el día sin hacer nada y pasa la noche cavilando. Es torpe para obras de provecho porque gasta sus energías en pensamientos ilícitos, se multiplica en consejos y ensancha su corazón con fantasías. Se afana sobremanera para lograr lo que desea: para obtenerlo recurre a los caminos secretísimos de las causas. En cuanto cree haber encontrado sutilmente algo en una causa, exulta como si ya hubiera obtenido lo que deseaba. Considera entonces qué añadir a lo ya alcanzado, e indaga cuál es el mejor momento para hacerse con ello. Como si ya lo poseyera y quisiera mostrarlo con el mejor aspecto, imagina las intrigas de los envidiosos y en qué pleitos le implicarán. Estudia las respuestas que les dará y, como en realidad no tiene nada, trabaja como un vano litigador en la defensa de lo que ansía. Por eso, aunque no haya obtenido nada de lo que deseaba, tiene, sin embargo, ya en el corazón, como fruto de su concupiscencia, la pena de la burla. De esa forma, un pueblo gravoso oprime a quien devasta el tumulto de la avaricia que le instiga.

Otro se somete a la tiranía de la soberbia y, mientras alza el corazón miserable contra los hombres, lo subordina al vicio. Ansía las ínfulas de los mayores honores, pretende que lo ensalcen por ciertos acontecimientos y adorna en su pensamiento todo lo que desearía que le ocurriera. Vive como si presidiera en un tribunal y viera comparecer ante él los obsequios de sus súbditos; como si sobresaliera sobre los demás imponiendo castigos a unos y recompensando a los que ya castigó. Se presenta ante los que le rodean como si fuera cortejado y se imagina los presentes con que los demás le honran; pero, en realidad, al pensar estas cosas, no encuentra más que soledad. A unos desprecia, a otros ensalza; se siente satisfecho al ser odiado por aquellos a los que desprecia, y le agradan los favores de los que le ensalzan. Quien graba tantas fantasías en su corazón ¿qué otra cosa hace sino soñar despierto? Por eso, como soporta las razones de tantas cosas que se inventa, lleva dentro de sí las turbas nacidas de los deseos.

Hay además quien rehuye ya lo ilícito pero teme carecer de los bienes de este mundo. Desea poseer los bienes permitidos, pero le avergüenza aparecer ante los hombres como un inferior y procura con gran cuidado no ser pobre en su casa ni despreciado en público. Busca lo que le es suficiente, lo que la necesidad de los súbditos requiere y, para compensar suficientemente los derechos de patronato sobre los súbditos, busca patronos a los que él mismo sirve. Al unirse familiarmente a ellos se ve implicado en sus asuntos, ofreciendo su consentimiento a temas ilícitos, y los males que no quería para sí, los comete debido a los menesteres que no dejó. Y es que, mientras teme disminuir su honor en este mundo, aprueba, junto a gentes distinguidas, lo que ya había condenado en su interior. Pensando lo que debe a sus patrones y lo que debe a sus súbditos, y calculando lo que a él le rinde y lo que aprovecha a sus afectos, se ve afligido con tantas turbaciones como preocupaciones se ha buscado.

58. Los santos, por el contrario, no desean nada de este mundo. Por ello, no reciben en su corazón ninguna turbación que les aflija. Arrojan de lo escondido del corazón todos los movimientos desordenados de deseos con la mano de la santa meditación y, como desprecian todas las cosas transitorias, no padecen las insolencias de los pensamientos que de ellas nacen. Sólo desean

la patria eterna. No aman nada de este mundo. Por eso, disfrutan de una gran tranquilidad en su alma. De ahí que rectamente se diga: *Se construyen soledades.*

Construir soledades significa expulsar de lo secreto del corazón el tumulto de deseos terrenales y anhelar el amor de la quietud interior con la intención puesta sólo en la patria eterna. ¿Acaso no expulsaba de sí todo tumulto de pensamientos quien decía: *Una cosa pido al Señor, eso buscaré, habitar en la casa del Señor*[119]? Había huido desde los frecuentes deseos terrenos a la gran soledad de sí mismo, donde, con toda seguridad, nada le resultaba extraño porque nada amaba desordenadamente. Había solicitado un lugar apartado del tumulto de los asuntos temporales; había pedido, en efecto, la tranquilidad del alma en la que poder descubrir a Dios con más pureza, ya que podía encontrarse con Él solo, a solas.

59. Con razón, a los que se construyen soledades, también se les llama *notables*, porque edifican en sí la soledad de la mente de tal manera que, aun destacando, no dejan de consolar a los demás con su caridad.

Fijémonos un poco más atentamente en aquel que hemos presentado como notable[120]. Veamos cómo distribuye semillas de virtud a las masas humildes de pueblos, ofreciéndoles el ejemplo de una vida más sublime. Para indicar que se ha de devolver bien por mal, declara de sí mismo: *Si me he vengado de los que me han hecho mal, caiga justamente despojado por mis enemigos*[121]. Para mover al amor del Creador, dice: *Para mí lo bueno es estar junto a Dios*[122]. Para dejar grabada la forma de la santa humildad, muestra los secretos de su corazón diciendo: *Señor, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros*[123]. Para que imitemos el recto celo, nos estimula con su ejemplo, diciendo: *¿No odio acaso a los que te odian y no detesto a tus enemigos?*[124]. Para inflamarnos en el deseo

119. Sal 27, 4.
120. Se refiere al salmista.
121. Sal 7, 5.
122. Sal 73, 28.
123. Sal 131, 1.
124. Sal 139, 21.

de la patria eterna, deplora la duración de la vida presente, diciendo: *¡Ay de mí! Mi exilio se ha prolongado*[125]. Resplandece consolado en su generosidad el que esparce para nosotros tantas muestras de virtud con el ejemplo de su propio comportamiento.

60. Cuente este notable si se ha construido también la soledad. Dijo: *Huyendo me alegraría y moraría en la soledad*[126]. Se aleja huyendo porque se eleva desde la turba de deseos temporales hasta la alta contemplación de Dios. Permanece en la soledad porque persevera en la intención de apartarse espiritualmente. Sobre esta soledad, bien dijo Jeremías al Señor: *Solitario, me senté alejado de la cara de tu mano porque me llenaste de amenazas*[127]. La cara de la mano de Dios es el golpe justo que viene del juicio, con el cual el hombre soberbio fue expulsado del paraíso y apartado a la ceguera del exilio presente. Su amenaza es el terror del suplicio que aún debe continuar. Por eso, además de la cara de la mano, nos aterrorizan las amenazas porque la pena del exilio presente nos golpea ya con la experiencia del juicio, y, si no dejamos de pecar, nos envía a los suplicios eternos.

Así pues, considere el santo varón, postrado en tal estado, el lugar donde el hombre había caído y el lugar al que el pecador será llevado tras la caída por la justicia del Juez. Arroje de sí todas las turbas de deseos temporales y refúgiese en la gran soledad del alma, diciendo: *Solitario, me senté alejado de la cara de tu mano porque me llenaste de amenazas*. Como si claramente dijera: «mientras considero lo que ya padezco por la experiencia del juicio, pido temeroso apartarme con la mente del tumulto de deseos temporales, porque temo los suplicios eternos aún más que estas amenazas». De ahí que rectamente se diga de los reyes y notables: *Se construyen soledades*, porque los que se saben regir bien y saben consolar a otros, cuando no experimentan la quietud interior, procuran imitarla en sí mismos buscando la tranquilidad del alma. Sigue:

XXXI **61.** *Con los príncipes que poseen oro y llenan sus casas de plata.* ¿A quiénes llama también *príncipes* sino a los que go-

125 Sal 120, 5.
126. Sal 55, 8.
127. Jr 15, 17.

biernan la santa Iglesia, elegidos sin interrupción por la divina Providencia para ocupar el lugar de los predicadores precedentes? Sobre ellos dijo el salmista a la Iglesia: *A cambio de tus padres te nacerán hijos, que nombrarás príncipes sobre toda la tierra*[128].

¿A qué llama oro sino a la sabiduría? Sobre ella se dice por Salomón: *Tesoro apetecible descansa en la boca del sabio*[129]. Ve la sabiduría como oro, por eso la llamó tesoro. También se designa con el nombre de oro porque, así como con oro se adquieren bienes temporales, así con la sabiduría se obtienen los dones eternos. Si la sabiduría no fuera oro, no se diría a la Iglesia de Laodicea por medio del ángel: *Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego*[130]. Compramos oro cuando, para recibir sabiduría, pagamos primero obediencia. A este intercambio nos invita cierto sabio diciendo: *Si apeteces sabiduría, guarda los mandamientos y el Señor te la dispensará*[131].

¿Qué designan las casas sino las conciencias? A uno que había sido curado se le dijo: *Ve a tu casa*[132]. Como si claramente escuchara: «después del milagro exterior, regresa a tu conciencia y medita cómo debes presentarte ante Dios en tu interior».

¿Qué representa la plata sino la Palabra divina? Sobre ella se dice por el salmista: *Las palabras del Señor son palabras puras como plata acrisolada al fuego*[133]. La palabra del Señor es llamada plata acrisolada al fuego, porque si la Palabra de Dios se asienta en el corazón, es probada con tribulaciones.

62. Así pues, el santo varón, repleto del Espíritu Santo de eternidad, reflexione sobre los hechos futuros, comprenda con el dilatado sentido de su mente a los que serán engendrados en los siglos venideros, piense con gran admiración en los elegidos con los que estaría descansando sin esfuerzo alguno si no hubiera pecado con el apetito de la soberbia, y diga: *Ahora dormiría en silencio y descansaría en mi sueño, con los reyes y notables de la tierra que se*

128. Sal 45, 17.
129. Pr 21, 20.
130. Ap 3, 18.
131. Si 1, 26.
132. Mt 9, 6.
133. Sal 12, 7.

construyen soledades; o con los príncipes que poseen oro y llenan sus casas de plata. Si ninguna podredumbre de pecado hubiera corrompido al primer padre, no hubiera engendrado de sí hijos de la gehenna, sino que le hubieran nacido únicamente los elegidos que ahora son salvados por la redención[134]. Observe a esos elegidos y comprenda que podría estar descansando con ellos.

Contemple a los santos apóstoles regir la Iglesia; Iglesia que no abandonan; Iglesia que aconsejan con la palabra de su predicación hasta el punto de ser llamados reyes y notables. Después de éstos, contemple cómo surgen en su lugar los que la gobiernan: viviendo según la sabiduría, poseen oro; predicando rectamente a los demás, resplandecen con la plata de la santa predicación. Recuerde que son ricos estos príncipes que han llenado las casas de sus conciencias de oro y plata.

A veces no es suficiente el espíritu profético para prever los hechos futuros. Al corazón del profeta se le han de representar además los hechos pasados y antiguos. Por eso, el santo varón abre los ojos arriba y abajo, y no sólo observa lo que está por venir sino que trae también a la memoria lo que ya ha sucedido. Añade, pues, a continuación:

XXXII **63.** *O no habría existido, como aborto escondido; como los concebidos que no vieron la luz.* Como un aborto porque al salir antes de cumplir el tiempo, muere, y, en seguida, es ocultado. ¿A qué otros llama el santo varón abortos, con los que piensa podría estar descansando, sino a los elegidos que han surgido desde el inicio mismo del mundo hasta el tiempo de la redención y han procurado, sin embargo, dar muerte en ellos al mundo? Al no tener las tablas de la ley escrita es como si hubieran vivido como muertos desde el útero, porque, por la ley natural, temieron a su Creador; y como creyeron en el Mediador que había de venir, se empeñaron con gran esfuerzo en observar los preceptos que no habían recibido por escrito, mortificando sus placeres.

De esa forma, aquel tiempo que al inicio del mundo, dio a luz a nuestros padres muertos fue como el útero de un aborto. En él

134. Cf. supra Mor 4, Praef 3, nota 10.

surgió Abel[135], del cual no se lee que opusiera resistencia al hermano que le mató[136]. También Henoch, que se mostró tal que parecía que caminase con el Señor[137]. Y Noé, que agradó al juicio divino, permaneciendo en el mundo como superviviente[138]. Y Abrahán, que siendo peregrino en este siglo fue hecho amigo de Dios[139]. E Isaac, que cegado en los ojos de la carne, debido a la edad, no vió los bienes presentes, pero, gracias al espíritu profético, brilló con grande luz para ver los siglos futuros[140]. Y Jacob, que ahuyentó humildemente la ira de su hermano y lo calmó con clemencia; y siendo fecundo en prole, y más fecundo aún en riqueza de espíritu, amarró a su misma prole con los lazos de su profecía[141].

Rectamente se llama aborto a este tiempo porque, desde los orígenes del mundo, la mayor parte del género humano se nos oculta, exceptuando algunos pocos que conocemos por los escritos de Moisés. No se debe creer que, hasta que se dio la ley, sólo existieron los justos que Moisés recoge en su brevísima descripción. Por eso, como la multitud de los buenos nacidos desde el principio del mundo se sustrae en gran parte a nuestro conocimiento, a este tiempo se le llama *aborto escondido*. Se dice que no habría existido porque, salvo los pocos enumerados, la multitud de los justos no se conserva en la memoria de ningún escrito.

64. Rectamente añade: *Como los concebidos que no vieron la luz*. Los que han nacido en este mundo después de recibida la ley, han sido concebidos por su Autor con la exhortación de la ley. Ahora bien, concebidos no vieron la luz, porque no lograron llegar a la venida del Señor en su encarnación, aunque creyeron en ella fielmente.

El Señor encarnado dice: *Yo soy la luz del mundo*[142]. La misma Luz dijo además: *Muchos profetas y justos desearon ver lo*

135. Cf. Mor, Praef 13.
136. Cf. Gn 4, 8-24.
137. Cf. Gn 5, 22.24.
138. Cf. Gn 7, 23.
139. Cf. Gn 12, 1-2.
140. Cf. Gn 27, 1.
141. Cf. Gn 28, 5; 33, 4.
142. Jn 8, 12.

que estáis viendo y no lo vieron[143]. Por tanto, los concebidos no ven la luz, porque, movidos a la esperanza del Mediador que había de venir por las voces manifiestas de los profetas, no pudieron, sin embargo, contemplar su encarnación. En ellos se engendró la forma interior de la fe, pero no pudieron conducirla hasta la visión manifiesta de la divina presencia porque la muerte intervino sacándolos de este mundo antes de que la Verdad los iluminara.

65. El santo varón, lleno del Espíritu Santo de eternidad, ata a la memoria todas las cosas efímeras con la mano del corazón; y como toda criatura es limitada respecto al Creador, gracias a ese Espíritu que en sí y junto a sí no tiene sino lo que siempre es, ve lo que será y lo que fue. Dirige el ojo de la mente arriba y abajo, y considerando las cosas que han de suceder y las ya pasadas, se inflama en deseos eternos en lo más íntimo de su ser, y dice: *Ahora dormiría en silencio. Ahora*, esto es, en el tiempo presente. ¿Qué significa buscar en el presente la quietud que siempre permanece sino anhelar el gozo de la eternidad para el cual nada sucede ni nada pasa? La Verdad, para sugerirnos que ella siempre es, nos dice por medio de Moisés: *Yo soy el que soy. Di a los hijos de Israel: El que es me envía a vosotros*[144].

Ahora bien, como observa las cosas efímeras, como busca el gozo siempre presente, como alude a la luz que vendrá, como considera el orden de sus elegidos enumerándolos, que nos presente ahora más claramente la quietud de esta luz y que nos muestre con palabras más explícitas cómo se desarrolla junto a esa luz la vida diaria de los malvados. Sigue:

XXXIII **66.** *Allí acaba la agitación de los impíos, allí descansan exhaustos de fuerzas.* Hace poco hemos dicho que los corazones de los pecadores, envueltos en el estrépito de los deseos, sienten la opresión del tumulto de pensamientos insidiosos. En la luz que los concebidos no vieron, los impíos deben hacer cesar la propia agitación, porque los pueblos gentiles encontraron el descanso para su vida con la venida del Mediador; venida que sus padres, viviendo bajo la ley, habían esperado desde antiguo. Pablo da tes-

143. Mt 13, 17.
144. Ex 3, 14; cf. Mor 5, 63.

timonio de ello, diciendo: *Lo que buscaba Israel no lo consiguió; lo consiguieron los elegidos*[145]. La agitación de los impíos acaba en esta luz cuando las mentes de los malvados, conocida la verdad, huyen de los deseos fatigosos del mundo y descansan en la tranquilidad del amor interior. ¿No invita acaso la misma Verdad a este descanso diciendo: *Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré; cargad con mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso; porque mi yugo es suave y mi carga ligera*[146]? ¿Qué pone de gravoso sobre nuestras espaldas el que prescribe evitar todo deseo que perturbe? ¿Qué ofrece de gravoso a sus fieles el que exhorta a abandonar los senderos laboriosos de este mundo? Así lo verifica Pablo: *Cristo murió por los impíos*[147]. Justamente por eso, la Luz misma se ha dignado abajarse en favor de los impíos para que no permanecieran en la agitación de sus tinieblas.

Contemple, por tanto, el santo varón, cómo la Luz, por el misterio de su encarnación saca a los impíos de su gravosa fatiga limpiando en sus corazones los deseos perversos. Contemple cómo los convertidos pregustan, ya aquí, la quietud que desean percibir en la eternidad gracias a la tranquilidad de su alma, y diga: *Allí acaba la agitación de los impíos, allí descansan exhaustos de fuerzas.*

67. Todos los que en este mundo son fuertes físicamente son, sin más vigorosos, no carecen de fuerzas. Los que se robustecen en el amor a su Creador, cuanto más se afianzan en la deseada fortaleza de Dios, menos se fían de sus propias fuerzas, y cuanto más robustamente desean los bienes eternos, más experimentan la saludable carencia de bienes temporales. De ahí que el salmista, privado de la fuerza de su amor, dijera: *Languidece mi alma en pos de tu salvación*[148]. Progresando en la salvación de Dios, languidecía porque, deseando la luz de la eternidad, la anhelaba, habiéndose ya quebrado en él la confianza de la carne. Por eso dice en otro

145. Rm 11, 7.
146. Mt 11, 28-30.
147. Rm 5, 6.
148. Sal 119, 81.

lugar: *Ansía mi alma y languidece en los atrios del Señor*[149]. Al decir *ansía*, añadió rectamente *y languidece*, porque mucho menor es el ansia de la divinidad cuando no se experimenta la propia fragilidad. Quien se enciende ansiando los atrios de la eternidad, es justo que languidezca en el amor de lo temporal, pues cuanto más se enfría en el empeño por este siglo, más ardientemente se eleva al amor de Dios. Si se abraza plenamente a este amor, deja también plenamente el mundo y muere tanto más completamente a las cosas temporales cuanto más altamente es animado por el soplo de la eternidad hacia la vida divina.

¿Acaso no se encontraba exhausto de fuerzas quien decía: *Mi alma se derritió cuando habló*[150]? Cuando el alma recibe el toque de la Palabra interior, siente que sus fuerzas se debilitan y se derrite en un deseo que la absorbe; se ve a sí misma exhausta, observando cómo la fortaleza que la eleva está por encima de sí. Por eso, el profeta, al afirmar que ha contemplado la visión de Dios, añade: *Languidecí y enfermé durante muchos días*[151], porque cuando el alma se aferra a la virtud siente debilitarse la fortaleza de la propia carne. Por eso, Jacob, que retuvo al ángel, cojeó al momento de un pie; porque quien contempla con verdadero amor los misterios sublimes no sabe ya andar con los dos pies del deseo en este mundo. Con un solo pie se apoya el que está afianzado en el solo amor de Dios. Necesariamente el otro pie no tiene ya vigor, porque creciendo la virtud en el alma, sucede que la fortaleza de la carne mengua.

Contemple, por tanto, el santo Job los corazones elevados de los fieles y sopese qué puerto de íntima quietud encuentran cuando al progresar hacia Dios languidecen en sus propias fuerzas, y diga: *Allí descansan exhaustos de fuerzas.* Como si claramente insinuara: «allí el descanso de la luz recompensa a los que el provecho recrea fatigándolos interiormente».

No debe extrañar que al nombrar la luz no añada «en esta» sino *allí*, pues observa que contiene a los elegidos y la considera

149. Sal 84, 3.
150. Ct 5, 6.
151. Dn 8, 27.

nuestro propio lugar. Por eso, el salmista, al percibir la inmutabilidad de la eternidad, dice: *Tú eres el mismo y tus años no terminan*[152], y anuncia que éste es el lugar de los elegidos añadiendo: *Los hijos de tus siervos habitarán allí*[153]. Dios, que abarca todo sin necesidad de espacio, permanece para nosotros que acudimos a Él en un lugar no localizable. Al alcanzar este lugar, descubrimos que incluso la misma tranquilidad de nuestra alma en esta vida, no fue más que turbación, porque aunque los justos, en comparación con los malvados, viven en quietud, sin embargo, respecto a la quietud íntima, no están ni mucho menos en quietud. Por eso, rectamente se añade:

XXXIV **68.** *Los que en otro tiempo estuvieron encadenados, están igualmente sin molestias.* Aunque ningún tumulto de deseos carnales domine a los justos, sin embargo, la molestia de la corrupción los ata con fuertes lazos mientras aún se encuentran en esta vida. Está, en efecto, escrito: *Un cuerpo que se corrompe agrava el alma y la morada terrena oprime el sentido con muchos pensamientos*[154]. Por ser todavía mortales, sienten el gravoso peso de la corrupción; atrapados por las molestias, se encuentran encadenados, porque aún no se han elevado a la libertad de la vida incorruptible. Soportan algo que procede del alma y algo que viene del cuerpo, y, contra sí mismos, se enfrentan a diario en combate interior.

¿Acaso no está atada con el duro lazo de la molestia el alma de los que se entregan sin fatiga a la ignorancia y no son instruidos sino con el empeño de la fatiga? Constreñida el alma, se eleva; abandonada a sí, yace por tierra en cuanto logra levantarse desde lo más bajo; y una vez levantada, se tambalea. Venciéndose a sí misma con esfuerzo, contempla los bienes supremos, pero, deslumbrada, rehuye la luz que le iluminaba.

¿Acaso no están amarrados con el duro lazo de la molestia aquellos a los que la carne perturba en ferviente combate, cuando el espíritu encendido los empuja con pleno deseo al puerto de la

152. Sal 102, 28.
153. Sal 102, 29.
154. Sb 9, 15.

paz interior? Aunque la carne no marche de frente, eregida como enemigo en batalla, se escurre por la espalda del alma como una prisionera, y aunque la tema, mancha con sucio estrépito la imagen pura de la quietud que había en el corazón.

Así pues, los elegidos, aunque superan todo con valentía, cuando desean la seguridad de la paz interior, sienten la grave molestia de tener aún algo que vencer. Además de estos lazos, aguantan también los que les aprietan desde la grave necesidad exterior. Padecer hambre, sentir sed, cansarse, son los lazos de la condición corruptible que no pueden deshacerse sino cuando nuestra condición mortal sea transformada en la gloria de la inmortalidad. Llenamos el cuerpo con alimentos para no desfallecer extenuados; lo moderamos con la abstinencia no sea que repletos nos opriman. Lo mantenemos en forma con el ejercicio físico para que la inmovilidad no lo haga perecer; pero en seguida lo hacemos reposar para que no sucumba con tanto ejercicio. Lo cubrimos con vestidos para que no sufra las inclemencias del frío; lo despojamos para que el calor no lo ahogue.

Atendiendo a tantas necesidades ¿qué hacemos sino servir a la condición corruptible para que los múltiples cuidados dispensados sostengan un cuerpo que sufre el gravoso peso de la ansiedad provocada por su debilidad y mutabilidad? Rectamente se dice por Pablo: *La creación fue sometida a la vanidad, no queriendo, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios*[155]. La creación se somete, sin ella querer, a la vanidad, porque el hombre, que abandonó queriendo su estado de inmutabilidad congénita, atrapado por el peso de la justa mortalidad, sirve ahora, sin querer, a su condición corruptible. La criatura escapará de la servidumbre de esta corrupción cuando resucite y se eleve incorrupta a la gloria de los hijos de Dios. Los elegidos sufren aquí las molestias porque todavía los oprime la pena de su condición corruptible. Pero cuando seamos despojados de esta carne corruptible seremos liberados de los lazos molestos que ahora nos atan. Deseamos estar ya presentes ante Dios, pero

155. Rm 8, 20-21.

aún nos lo impide la atadura de la muerte corporal. Con razón, pues, se nos llama prisioneros, porque el anhelo de nuestro deseo por llegar a Dios aún no ha sido liberado.

Pablo, deseando los bienes eternos y llevando, prisionero, el fardo de su corrupción, clama rectamente: *Deseo ser liberado y estar con Cristo*[156]. No pediría ser liberado si no se considerara un prisionero. Por su parte, el profeta, teniendo la certeza de que estos lazos se romperán en la resurrección, se alegra como si ya estuvieran rotos, diciendo: *Rompiste mis cadenas, te ofreceré un sacrificio de alabanza*[157].

Así pues, contemple el santo varón cómo la Luz interior acoge a los pecadores conversos y diga: *Allí acaba la agitación de los impíos*. Contemple cómo los santos, fatigados por el ejercicio del deseo, descansan en un lugar más elevado de aquel íntimo puerto, y diga: *Allí descansan exhaustos de fuerzas*. Contemple cómo todos juntos son absueltos de los lazos de la corrupción y alcanzan los gozos incorruptibles de la libertad, y diga: *Los que en otro tiempo estuvieron encadenados, están igualmente sin molestias*. Rectamente se dice: *Los que en otro tiempo estuvieron encadenados*, porque mientras se contempla la alegría siempre presente, todo lo que será y pasa, se ve ya como algo pretérito. Y es que cuando se atiende al fin de las cosas, todo lo que pasó se considera como si ya no existiera.

Cuente ahora lo que debe suceder aquí a todos aquellos a los que la quietud interior recibirá allí. Sigue:

XXXV **69.** *No escucharán más la voz del capataz*. ¿Quién es el capataz sino el tentador cruel que una vez entregó al género humano la moneda del engaño y no deja de exigir a diario el cambio debido de la muerte? En el paraíso puso a disposición del hombre el dinero del pecado; con maldad creciente se lo exige a diario con usura. Sobre este capataz dice la Verdad en el evangelio: *Y el juez te entregará al capataz*[158]. La voz de este capataz es la miserable sugestión de la tentación. Oímos la voz del capataz cuando somos

156. Flp 1, 23.
157. Sal 116, 16-17.
158. Mt 5, 25.

tocados por su tentación; no las escuchamos si resistimos al que nos toca. Quien siente la tentación, oye. Quien consiente a ella, escucha. Por tanto, dígase de los justos: *No escucharán la voz del capataz*, pues aunque oyen la sugestión que les tienta, no la escuchan, porque se niegan a consentir.

Ahora bien, como aquello que el alma más ama se repite también con más frecuencia en lo que uno habla, el santo Job contempla la abundancia de paz interior que quiere y se entrega de nuevo a su descripción, diciendo:

XXXVI 70. *El pequeño y el grande están allí y el siervo se ve libre de su señor.* Como en esta vida hay para nosotros distinción de obras, en aquélla, no hay duda, habrá distinción de dignidades; si aquí uno supera a otro en mérito, allí lo superará en retribución. Por eso la Verdad dice en el evangelio: *En casa de mi Padre hay muchas estancias*[159]. En esas estancias, aun expresando diversidad de retribuciones, habrá unidad de recompensa, porque es tanta la fuerza que nos une en aquella paz, que lo que uno no recibe para sí, es motivo de alegría al verlo en otro. También, por eso, a los que han trabajado de forma desigual en la viña, se les reparte igual dinero que a los demás. Muchas son las estancias en casa del Padre y, sin embargo, trabajadores dispares reciben el mismo dinero, porque una sola para todos será la dicha de la bienaventuranza, aunque no haya en todos una sola sublimidad de vida. En esta Luz había visto al pequeño y al grande, quien decía con la voz de la Cabeza: *Tus ojos vieron mi imperfección y en tu libro todos estarán escritos*[160]. Veía al pequeño y al grande cuando decía: *El Señor bendice a todos los que le temen, a los muy pequeños y a los mayores*[161].

71. No obstante, añade rectamente: *Y el siervo se ve libre de su señor.* En verdad, está escrito: *Todo el que peca es siervo del pecado*[162], porque todo el que se subordina a un deseo depravado, inmediatamente somete la cerviz libre del alma al dominio de la iniquidad. Rechazamos este dominio cuando nos enfrentamos a la maldad que nos apresaba; cuando resistimos a la violencia del há-

159. Jn 14, 2.
160. Sal 139, 16.
161. Sal 115, 13.
162. Jn 8, 34.

bito malo y, aplastando los deseos perversos, reivindicamos contra ella el derecho para nosotros de la libertad congénita; cuando golpeamos la culpa con la penitencia y lavamos con llantos las manchas del pecado.

Muchas veces, es cierto, el alma ya deplora lo que recuerda haber obrado perversamente, ya no sólo abandona sus fechorías sino que además las abate con amargísimos lamentos; y, sin embargo, al recordar el mal que cometió, se aterroriza pensando en la gravedad del juicio. Se ha convertido ya plenamente, pero todavía no la sostiene una perfecta certeza; al pensar en la severidad del juicio final, tiembla inquieta moviéndose entre la esperanza y el miedo, porque, de los males perpetrados, no sabe cuáles le perdonará el Juez justo cuando venga y cuáles le imputará. Recuerda los pecados cometidos pero no sabe si los lloró suficientemente y teme que la enormidad de la culpa supere la medida de la penitencia.

Ocurre muchas veces que la Verdad ya ha perdonado la culpa, pero el alma afligida tiembla ante el perdón, demasiado preocupada de sí misma. Por eso, aquí, el siervo huye del señor pero no es libre, porque el hombre que ha abandonado ya su pecado por la conversión y la penitencia teme todavía que el Juez severo le castigue. Allí el siervo se verá libre de su señor, donde ya no habrá duda sobre el perdón del pecado, donde ya el recuerdo de la culpa no afecta a la seguridad del alma, donde el alma ya no tiembla por su pecado sino que exulta libremente por su indulgencia.

72. Si allí el hombre no será tocado por el recuerdo de su pecado ¿dónde se felicitará por haber sido levantado? ¿cómo dará las gracias por el perdón recibido a su dispensador, si, olvidada la maldad cometida, no sabe que era merecedor de castigo? No se debe descuidar a este propósito lo que dijo el salmista: *Cantaré por siempre tus misericordias, Señor*[163]. ¿Cómo va a cantar por siempre la misericordia de Dios si ignora haber sido un pecador? Si no recuerda las miserias cometidas, ¿cómo alabará la abundancia de misericordia?

Debemos, además, preguntarnos cómo puede ser perfecta en la bienaventuranza el alma de los elegidos si en medio de su ale-

163. Sal 89, 2.

gría se ve afectada por el recuerdo de su pecado; o cómo va a resplandecer la gloria de la luz perfecta si en el ánimo la oscurece la culpa.

Se ha de tener en cuenta que, así como ahora recordamos alegres hechos tristes, así también entonces recordaremos las maldades cometidas sin que lesionen nuestra dicha. Con frecuencia, en tiempo de calma, traemos a la memoria, sin dolor, dolores pasados, y, al recordar haber estado enfermos, amamos más la salud que disfrutamos. Por tanto, habrá también en aquella bienaventuranza recuerdo de la culpa, no un recuerdo que manche el alma, sino un recuerdo que nos empujará a la más alta alegría. Cuando el ánimo recuerde sin dolor su propio dolor, comprenderá con más verdad que es deudor del médico y amará más la salud recibida recordando la molestia de la que escapó.

En aquella alegría veremos nuestros males sin tristeza, al igual que ahora, bajo la luz, vemos con el ánimo las tinieblas sin niebla alguna en el corazón; porque aunque sea oscuro lo que contemplamos con la mente, lo vemos así por un juicio luminoso y no por la pasión ciega.

Así pues, alabamos la misericordia de nuestro dispensador y no sentimos sobre la conciencia el peso de las miserias, porque, mientras miramos nuestras maldades sin malicia alguna por parte de nuestra alma, no habrá nada que manche los corazones de los que alaban a Dios por haber pasado sus maldades y habrá siempre motivo que los encienda en alabanzas a su liberador.

Por tanto, como el descanso de la Luz interior eleva hasta Sí a los grandes sin descuidar a los pequeños, diga rectamente: *El pequeño y el grande están allí.* Como allí el ánimo del pecador convertido es tocado por el recuerdo de su culpa de tal manera que no siente confusión alguna, muy a propósito se añade: *Y el siervo se ve libre de su señor.*

LIBRO QUINTO

3 [20]*¿Por qué se da la luz a un miserable y la vida a los que tienen*
amargada el alma; [21]*a los que esperan la muerte y no viene, como si*
excavasen un tesoro; [22]*y se alegran intensamente cuando encuentran*
el sepulcro; [23]*al hombre que se le esconde el camino y al que Dios ha*
cercado con tinieblas? [24]*Antes de comer, suspiro; y como aguas que*
inundan, así son mis gemidos. [25]*Porque lo que temía, me sucede, y lo*
que me asusta, me ocurre. [26]*¿Acaso no he disimulado? ¿Acaso no he*
callado? ¿Acaso no he permanecido tranquilo? Y viene sobre mí la in-
dignación. **4** [1]*Respondió Elifaz de Temán y dijo:* [2]*Si empezamos a ha-*
blarte, a lo mejor te resulta molesto. Pero ¿quién puede contener sus
palabras? [3]*Mira, tú enseñaste a muchos y robusteciste las manos caí-*
das; [4]*con tus palabras sostenías a los vacilantes y confortabas las rodi-*
llas endebles. [5]*Y ahora viene sobre ti la plaga y te abates; te alcanza a*
ti y te turbas. [6]*Tu temor, tu fortaleza, tu paciencia y la perfección de*
tu conducta. [7]*Recuerda, te ruego, ¿qué inocente jamás ha perecido o*
cuándo han sido los rectos exterminados? [8]*Lo que yo he visto es más*
bien esto: los que obran la iniquidad y siembran dolores, cosechan lo
mismo; [9]*a un soplo de Dios mueren y al aliento de su ira son consu-*
midos. [10]*El rugido del león, el bramido de la leona y los dientes de los*
leoncillos se destruyen. [11]*Perece el tigre que no tiene presa y los cacho-*
rros de la leona se dispersan. [12]*Además, se me ha dicho una palabra*
escondida; y casi furtivamente mi oído ha recibido las venas de su su-
surro. [13]*En el horror de una visión nocturna, cuando el sopor suele in-*
vadir a los hombres, [14]*el pavor se apoderó de mí y todos mis huesos se*
estremecieron. [15]*Cuando un soplo pasó ante mí, se me erizaron los*
pelos de mi carne. [16]*Surgió alguien cuyo rostro no pude reconocer; una*
imagen ante mis ojos; escuché una voz como de brisa suave: [17]*«¿Acaso*
el hombre puede justificarse al confrontarse con Dios o ser más puro
que su Creador? [18]*Los que le sirven no son estables y en sus ángeles*
ha encontrado maldad. [19]*¡Cuánto más los que habitan en casas de*
barro, que tienen su fundamento en la tierra, se consumen como por
una polilla! [20]*De la mañana a la tarde se desploman; y sin que ningu-*
no lo entienda, perecerán para siempre. [21]*Los que queden serán apar-*
tados de ellos. Mueren y no de sabiduría». **5** [1]*¡Llama a ver si hay*
quien te responda! Dirígete a algunos de los santos. [2]*El enojo mata al*
hombre insensato y la envidia mata al pequeño.

Sentido moral[1]

I 1. Si los juicios divinos parecen muy ocultos cuando en esta vida les va bien a los que hacen el mal y mal a los que hacen el bien, todavía más ocultos se muestran cuando les va bien a los que hacen el bien y mal a los que hacen el mal. Si a los buenos les va mal y a los malos bien, quizás se deba a que los buenos, si pecaron en algo, reciben aquí el castigo para ser plenamente librados de la condena eterna, mientras que los malos encuentran aquí la recompensa por el bien hecho en esta vida a fin de que en la futura sólo sufran tormentos. Por eso al rico que se quema en el infierno se le dice: *Recuerda, hijo, que recibiste bienes en tu vida y Lázaro a su vez males*[2]. Cuando aquí a los buenos les va bien y a los malos mal, resulta muy difícil saber si los buenos están recibiendo bienes para estimularlos a crecer en algo mejor o si, por un justo y secreto juicio, están recibiendo aquí la recompensa a sus obras para verse luego privados de los premios de la vida futura; o si las adversidades afligen a los malos para alejarlos de los suplicios eternos mediante correcciones, o si empiezan aquí su pena a fin de que un día se complete llevándolos a los tormentos últimos de la gehenna.

La mente humana se siente oprimida ante los juicios divinos por la gravosa niebla de su incertidumbre. Por eso, los santos, cuando ven que la prosperidad de este mundo les favorece, se turban y se llenan de temerosa sospecha. Temen recibir aquí el fruto de sus fatigas; temen que la justicia divina descubra en ellos una llaga escondida y colmándolos de dones exteriores los aparte de los interiores. Cuando piensan en silencio que el bien que hacen no lo realizan sino para agradar a Dios y que no les alegra la abundancia de su prosperidad, temen menos que por su bienestar el juicio oculto se vuelva contra ellos, pero sobrellevan malamente esa prosperidad, pues la consideran un obstáculo para su intención interior. Soportan con molestia los halagos de la vida presente porque no ignoran que, sea como sea, frenan el deseo interior.

1. Rota la estructura diferenciada de los tres primeros libros, Gregorio abunda ahora en el sentido moral, sin dejar por ello de hacer referencias al alegórico (cf. infra Mor 5, 40), pero siempre entremezclado con el anterior.

2. Lc 16, 25.

En este mundo se prefiere el honor al desprecio y más se valora vivir en abundante prosperidad que tenérselas que haber con la adversidad de la indigencia. Sin embargo, cuando el hombre se ve acosado exteriormente por la necesidad, queda más libre para desear los bienes interiores; mientras que si el bienestar ocupa el pensamiento haciendo que se entregue a muchos asuntos, el deseo se ve retenido en su carrera.

Sucede así que los santos temen más en este mundo la prosperidad que la adversidad. Saben que la mente atrapada en halagos se entrega de buena gana a tareas exteriores. Saben que, a menudo, un pensamiento clandestino les puede engañar hasta el punto de ignorar que les está cambiando. Los santos ponen su pensamiento en los bienes eternos que desean y saben que no valen nada todos los halagos juntos con que les sonríe la vida temporal. Su alma soporta a duras penas todas las prosperidades de este mundo, pues está herida del amor de la felicidad suprema, y tanto más se eleva despreciando la dulzura presente cuanto más observa que esta dulzura la induce al desprecio de la gloria eterna.

El santo Job, habiendo contemplado el descanso supremo, dijo: *El pequeño y el grande están allí y el siervo se ve libre de su señor*; para añadir en seguida:

II **2.** *¿Por qué se da la luz a un miserable?* En la Sagrada Escritura a veces se designa la prosperidad con el nombre de luz y la adversidad de este mundo con el de noche. De ahí que diga el salmista: *Como son sus tinieblas, así es su luz*[3]. Los santos aplastan con su desprecio la prosperidad de este mundo de tal manera que soportan con desenfado la contrariedad, someten con grandeza de ánimo las adversidades y las prosperidades, y dicen: *Como son sus tinieblas, así es su luz*. Como si dijeran más claramente: «así como las tristezas no afectan a la entereza de nuestra intención, así tampoco los halagos la corrompen».

Ahora bien, dado que, como ya hemos dicho, estas cosas perturban el alma de los buenos aun cuando no la debiliten, los santos, que se reconocen miserables en la tristeza de este exilio, rehuyen resplandecer en medio de la prosperidad. Por eso rectamente

3. Sal 139, 12.

se dice ahora: *¿Por qué se da la luz a un miserable?* Se da la luz a un miserable cuando los que contemplan los misterios sublimes se reconocen miserables en esta peregrinación y aceptan la claridad de la prosperidad transitoria. Lamentando mucho retardar su regreso a la patria, se ven obligados a soportar más aún los pesos de los honores. El amor de los bienes eternos los consume y la gloria de los bienes temporales les sonríe. Mientras reflexionan sobre el valor de lo que poseen aquí abajo y de los bienes superiores que no ven, mientras consideran las cosas que les sostienen en la tierra y las que perdieron en el cielo, sienten el mordisco amargo de su prosperidad, pues aunque ven que ésta no les oprime por completo, perciben que la solicitud de su pensamiento se encuentra dividida entre el amor al Señor y a sus dones temporales. Por eso al decir *¿Por qué se da la luz a un miserable?*, en seguida añade:

III **3.** *¿Y la vida a los que tienen amargada el alma?* Todos los elegidos, en efecto, tienen amargada el alma, porque o bien no dejan de castigar con su llanto el pecado que cometieron, o bien se ven arrojados aquí, lejos del rostro del Creador, y no se encuentran todavía en los gozos de la patria eterna, afligidos en consecuencia con una gran amargura. Sobre el corazón de éstos, rectamente se dice por Salomón: *El corazón conoce la amargura de su alma y en su alegría no se mezcla el extraño*[4].

En la amargura viven también los corazones de los réprobos, porque sienten la aflicción que nace de sus depravados deseos. No experimentan, sin embargo, la misma amargura que los elegidos porque, cegados por propia voluntad, no pueden reflexionar sobre lo que padecen. El corazón de los buenos conoce su amargura: comprende la tristeza del exilio que le aflige en su postración y siente la tranquilidad perdida, la confusión en que cayó. Este corazón, ahora amargado, regresará un día a su gozo y en él no se mezclará el extraño, porque el que abandone con el deseo esta amargura del corazón en la condición actual, será entonces excluido de la íntima celebración divina.

4. Los que tienen amargada el alma ansían morir por completo al mundo para que, así como ya no desean nada en este siglo,

4. Pr 14, 10.

así tampoco los retenga ninguna obligación secular. Con frecuencia hay quien ya no retiene el mundo en su alma, pero el mundo con sus ocupaciones lo atrapa; ya ha muerto al mundo, pero el mundo aún no ha muerto a él. Es como si el mundo aún lo considerara vivo, procurando raptar con sus acciones a quien ya tiene puesta su intención en Otro.

Pablo, despreciando el siglo por completo y viéndose en tal estado que ya no podía sentir atractivo alguno por este mundo, rotos los lazos de esta vida, libre, dice: *El mundo para mí está crucificado y yo para el mundo*[5]. El mundo estaba crucificado para él porque, muerto para su corazón, ya no lo amaba. Y él estaba crucificado para el mundo porque procuró mostrarse a él de modo que, como un muerto, el mundo no pudiera desearlo. Si en un mismo lugar hay un muerto y un vivo, el vivo ve al muerto, pero éste no ve a aquél; si los dos están muertos ninguno ve al otro. Así, el que no ama ya el mundo pero, sin querer, es amado por él, aunque no ve el mundo por estar muerto a él, es visto por el mundo que aún no está muerto. Si ninguno de los dos se ama, ambos están muertos para ambos, pues cuando uno desea al otro deja de prestarle atención, como si estuviera muerto. Por tanto, como Pablo no buscaba la gloria del mundo ni era buscado por ella, se gloría de estar crucificado para el mundo y el mundo para él.

Resulta, sin embargo, que muchos desean llegar a ese estado pero no logran alcanzar la cima de la total extinción, de ahí que digan gimiendo: *¿Por qué se da la luz a un miserable y la vida a los que tienen amargada el alma?* Se da la vida a los amargados cuando se concede la gloria de este mundo a los que están tristes y gimen. En esta vida los aflige la pena de un fortísimo temor; aunque ellos no están apegados al mundo, temen ser todavía tales que el mundo se apegue a ellos, porque si no vivieran, hasta cierto punto, para él, no hay duda de que el mundo no los amaría para su provecho. También el mar conserva en sí los cuerpos vivos, pero arroja de inmediato fuera de sí los que están muertos. Sigue:

IV 5. *¿A los que esperan la muerte y no viene?* Desean mortificarse por completo y morir a toda vida de gloria temporal, pero

5. Ga 6, 14.

a menudo, por ocultos juicios de Dios, se ven empujados a asumir una tarea de gobierno o a aceptar los honores a ella anejos, y, metidos en eso, esperan sin cesar una completísima mortificación. Pero la muerte esperada no viene, porque, aun sin querer, su servicio a la gloria temporal está todavía vivo; gloria que soportan por temor de Dios. Dentro conservan el deseo de la piedad, fuera desempeñan el ministerio del orden, de modo que no se apartan con su intención de la perfección ni contradicen con su soberbia lo que el Creador ha dispuesto. Por la admirable bondad de Dios, ocurre que quien tiende con perfecto corazón a la contemplación se ve envuelto en ministerios humanos, para que su mente recta sirva de provecho a muchos débiles y, en donde él mismo se ve imperfecto, se eleve con mayor perfección a la cumbre de la humildad. A veces, en efecto, donde los santos soportan perjuicios para sus deseos, obtienen mayores beneficios para la conversión de otros, porque aunque no les está permitido dedicarse a Dios como ellos quisieran, se les permite arrastrar consigo a otros con los que se encuentra. Así, por admirable designio de bondad, donde se consideran más dañados, resurgen más fecundos para la construcción de la patria celeste.

6. Otras veces no se les permite lograr sus deseos prontamente, para que gracias a la tardanza, el reposado puerto del alma dilate sus deseos y aquellos que podrían debilitarse una vez cumplidos, por gran disposición, crezcan al verse retardados. Desean mortificarse hasta el punto –si fuera posible–, de poder ya contemplar el rostro de su Creador. Pero su deseo se ve diferido para que aproveche a otros y el seno de la tardanza se nutre para hacer crecer el deseo. Por eso la Esposa, llena de anhelo y deseo del Esposo, clama: *Busqué por las noches en mi lecho al que ama mi alma; lo busqué y no lo encontré*[6]. El esposo se esconde cuando es buscado para que, al no ser encontrado, sea buscado con mayor ardor. La esposa que busca y no encuentra se ve aplazada para que, aumentada su capacidad por la tardanza, pueda encontrar en múltiples formas al que buscaba. Así, el santo Job, cuando dijo: *Esperan la muerte y no viene*, para explicar con más detalle el deseo de los que buscan, añadió a continuación:

6. Ct 3, 1.

V 7. *Como si excavasen un tesoro*. Todos los que excavan buscando un tesoro, cuando empiezan a excavar en profundidad ponen mayor ardor en su trabajo; cuando creen estar cada vez más cerca del tesoro escondido, trabajan en la excavación con mayor empeño. Los que desean su plena mortificación buscan como si excavasen un tesoro, porque cuanto más cerca se encuentran del fin tanto más ardientes se muestran en la obra. En su trabajo no desfallecen, sino que crecen en su empeño; y como creen estar más cerca de los premios, se entregan con mayor entusiasmo a la acción.

A los que buscan el tesoro escondido de la patria eterna, Pablo les dice rectamente: *No abandonéis nuestras reuniones como acostumbran algunos sino consolaos tanto más cuanto más cerca veáis el día*[7]. Consolar al que trabaja significa permanecer junto a él en su fatiga, pues alivia el cansancio ver que otro colabora, como cuando en el camino se añade un compañero: el camino no desaparece, pero el cansancio del mismo se suaviza yendo acompañado. Pablo, buscando quien lo consolase en la fatiga, dijo: *Tanto más cuanto más cerca veáis el día*. Como diciendo: «crezca el trabajo a medida que se acercan los premios a la fatiga». O dicho más claramente: «¿buscáis el tesoro? Debéis excavar con mayor ardor pues ya habéis llegado con vuestra excavación junto al oro buscado».

8. Esto que se dice: *Esperan la muerte y no viene, como si excavasen un tesoro*, se puede interpretar de otra manera. Como no podemos morir completamente al mundo si no nos escondemos de las cosas visibles adentrándonos en las cosas invisibles de nuestra alma, rectamente los que desean su mortificación se comparan a los que excavan un tesoro. Morimos al mundo por medio de la sabiduría invisible, de la cual se dice por Salomón: *Si la buscas como el dinero y la excavas como por un tesoro*[8]. La sabiduría, en efecto, no yace en la superficie de las cosas, sino que permanece oculta en lo que es invisible. Logramos nuestra mortificación adquiriendo la sabiduría, si abandonando las cosas visibles nos escondemos en las invisibles: si excavando en el corazón la busca-

7. Hb 10, 25.
8. Pr 2, 4.

mos de tal manera que todo pensamiento terreno de la mente es expulsado fuera con la mano de la santa discreción descubriendo el tesoro de la virtud que se ocultaba. El alma encuentra fácilmente el tesoro dentro de sí si aleja de su presencia la mole de pensamientos terrenos que le oprimen perjudicialmente.

Tras decir que busca la muerte como un tesoro, añade rectamente:

VI 9. *Y se alegran intensamente cuando encuentran el sepulcro.* Así como el sepulcro es lugar donde se esconde el cuerpo, así también la contemplación divina es como un sepulcro de la mente donde se esconde el alma. Es como si todavía viviéramos al mundo cuando con la mente vagabundeamos en cosas exteriores. Muertos nos escondemos en un sepulcro cuando mortificados en lo exterior nos ocultamos en el secreto de la contemplación interior.

Los santos no dejan de mortificarse con la espada de la Palabra sagrada apartándose de la importunidad de deseos temporales, del tumulto de preocupaciones inútiles, del clamor de agitadoras perturbaciones, y se esconden interiormente en lo secreto del alma ante el rostro de Dios. De ahí que rectamente diga el salmista: *Los escondes en el secreto de tu rostro, lejos de la intriga de los hombres*[9]. Aunque esto ocurra después, también ahora sucede en gran medida cuando son atraídos desde los tumultos de deseos temporales por el gusto de los bienes interiores, de modo que su mente tiende toda entera al amor de Dios y no se ve agitada por ninguna perturbación inútil. Pablo veía a sus discípulos muertos por la contemplación y como escondidos en sepulcros, y les decía: *Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*[10].

Así pues, el que busca la muerte se alegra cuando encuentra el sepulcro, porque quien desea mortificarse se llena de gozo enorme al encontrar el descanso de la contemplación. Muerto al mundo, permanece oculto escondiéndose de todas las perturbaciones de cosas exteriores en el corazón mismo del íntimo amor.

10. A lo que se dice de excavar un tesoro se añade el hallazgo del sepulcro. Debemos tener presente que los antiguos enterraban

9. Sal 31, 21.
10. Col 3, 3.

a los muertos con sus posesiones. Por eso se alegra cuando encuentra un sepulcro quien busca un tesoro. Cuando buscamos con ardor la sabiduría, recorriendo las páginas de la Sagrada Escritura y los ejemplos de los que nos precedieron, es como si halláramos la alegría en el sepulcro, porque encontramos junto a los muertos las riquezas del alma, ya que los que han muerto completamente al mundo descansan en lo oculto con sus riquezas. Se hace rico con el sepulcro quien, gracias al ejemplo de los justos, se eleva con vigor a la contemplación.

Ahora bien, como al buscar dice: *¿Por qué se da la luz a un miserable?*, indica también por qué se atreve a buscar esto, diciendo:

VII **11.** *¿Al hombre que se le esconde el camino y al que Dios ha cercado con tinieblas?* Se le esconde al hombre el camino porque, aunque ya medite sobre el tipo de vida en el que aún se encuentra, sin embargo, ignora el fin al que se dirige. Aunque ya ansía los bienes supremos, aunque los busca con todos sus deseos, todavía no sabe si perseverará en ellos. Abandonando los pecados nos inclinamos a la justicia: sabemos de dónde venimos, ignoramos a dónde llegaremos. Sabemos lo que fuimos en el pasado, ignoramos lo que seremos en el futuro. Así pues, al hombre se le esconde el camino, porque empieza a caminar en su obrar de tal manera que no puede prever el éxito final.

12. Nuestro camino se esconde también en otro sentido, pues, a veces, no sabemos si lo que creemos estar haciendo rectamente será tal a los ojos del Juez severo. A menudo, como ya hemos dicho antes ampliamente, nuestra acción es motivo de condena mientras nosotros la consideramos un avance en la virtud. A menudo, donde creemos estar aplacando al Juez, es justamente donde estamos provocando su ira, tal como atestigua Salomón, al decir: *Hay caminos que parecen rectos a los hombres; pero al final llevan a la muerte*[11].

Los santos, cuando vencen los males, temen también los bienes realizados para no dejarse engañar por la apariencia en el bien que desean realizar ni una maloliente putrefacción se oculte bajo un aspecto agradable. Saben que al estar todavía bajo el gravoso

11. Pr 14, 12.

peso de su condición corruptible pueden equivocarse al discernir el bien. Y como ponen ante sus ojos la regla del juicio final, temen también por las acciones que a veces aprueban dentro de sí. Con toda su mente desean los bienes interiores y, sin embargo, temblorosos por la incertidumbre ante sus obras, ignoran hacia dónde se dirigen. Por eso, después de haber dicho: *¿Por qué se da la luz a un miserable?* añade: *¿Al hombre que se le esconde el camino?* Como si dijera: «¿por qué tiene éxito en esta vida el que ignora en qué estimación tiene el Juez el camino de sus obras?».

Rectamente continúa: *¿Al que Dios ha cercado con tinieblas?* El hombre es cercado con tinieblas porque, aunque arda en deseo del cielo, ignora qué hay realmente dispuesto sobre él y teme mucho que en el juicio aparezca en su contra algo que ahora, en el fervor de sus buenos deseos, se le oculta. El hombre es cercado con tinieblas porque le abruma la niebla de su ignorancia. ¿No está acaso cercado por tinieblas quien no recuerda con frecuencia sus obras pasadas, no prevé las futuras y apenas conoce las presentes?

Cercado con tinieblas se veía cierto sabio cuando decía: *Encontramos con fatiga lo que tenemos al alcance, ¿quién rastreó lo que está en los cielos?*[12]. El profeta se vió cercado por estas tinieblas cuando no pudo penetrar los secretos interiores del íntimo designio divino, diciendo: *puso como tienda un cerco de tinieblas*[13]. Nuestro Creador nos quitó la luz de su visión al arrojarnos en este exilio y se escondió a nuestros ojos como en una tienda de tinieblas.

13. Cuando observamos atentamente las tinieblas de nuestra ceguera, provocamos que nuestra alma se lamente. El alma llora la ceguera que padece por fuera si recuerda humildemente que en su interior está privado de luz. Cuando ve las tinieblas que le circundan, se aflige con ardiente deseo del esplendor divino; con todo el empuje de su intención se sacude a sí misma y busca, rechazada, la luz suprema que abandonó al ser creada. Sucede por eso, muchas veces, que en los mismos llantos piadosos irrumpe la claridad del

12. Sb 9, 16.
13. Sal 18, 12.

gozo interior y el alma, que yacía antes ciega en su indolencia, se restablece vivificada suspirando contemplar ese divino resplandor. De ahí que siga:

VIII **14.** *Antes de comer, suspiro.* Comer es alimentar el alma con las contemplaciones de la luz divina. Suspira antes de comer, porque primero se aflige con los gemidos de la tribulación y luego se sacia con el alimento de la contemplación. Si no suspirara, tampoco comería, porque quien no se humilla con lamentos, nacidos de deseos celestiales, en este exilio, no degusta los gozos de la patria interior. Quedan en ayunas del sustento de la verdad quienes se alegran de su indigencia en esta peregrinación. Suspira quien come, pues aquellos a los que afecta el amor de la verdad, los nutre el alimento de la contemplación. Suspiraba el profeta y comía, cuando decía: *Mis lágrimas fueron mi pan*[14]. El alma se alimenta con su llanto cuando se eleva llorando a los gozos supremos y soporta en su interior el gemido de su dolor. Recibe la comida que le restaura en la medida que la fuerza del amor le hace derramar lágrimas. El santo Job sigue hablando de la fuerza de las lágrimas y dice:

IX **15.** *Y como aguas que inundan, así son mis gemidos.* Cuando las aguas inundan vienen con ímpetu y aumentan su volumen multiplicándose de forma creciente. Los elegidos, cuando ponen ante los ojos de la mente los juicios divinos, cuando tiemblan por la oculta sentencia que puede caer sobre ellos, cuando confían poder alcanzar a Dios y temen, no obstante, no poder lograrlo, cuando les atemoriza el futuro que les tocará, pues lo ignoran, es como si acumularan en su interior un volumen enorme de agua que dejan correr en gemidos de aflicción como sobre riberas inundadas. El santo varón ve el inmenso caudal de pensamientos que hay contenido en sus lamentos de penitencia y llama *aguas que inundan* a las mismas olas de la aflicción, diciendo: *Y como aguas que inundan, así son mis gemidos.*

A veces los justos, como hemos dicho hace poco, tiemblan aun viviendo entre buenas acciones y se entregan a continuos lamentos para que ningún oculto fallo los desapruebe. Cuando los

14. Sal 42, 4.

azotes divinos les alcanzan de forma repentina, sospechan haber ofendido la gracia de su Autor, temiendo que, obstaculizados por sus debilidades o atrapados por sus amarguras, no se hayan dedicado a socorrer al prójimo con obras de misericordia. Entonces, su corazón se deshace en lamentos porque el cuerpo les impide realizar el servicio que hubieran deseado. Piensan que su premio no aumenta y temen que también las obras pasadas desagraden a Dios. Por eso, el santo Job, al decir que su lamento era como aguas que inundan, añadió a continuación:

X **16.** *Porque lo que temía, me sucede, y lo que me asusta, me ocurre.* Los justos, en efecto, lloran, sienten pavor y se atormentan con grandes lamentos, porque temen ser abandonados por Dios. Aunque se alegran de que los corrija, sin embargo, la misma corrección perturba su temblorosa alma, bajo la sospecha de que el mal que sufren no provenga del azote de una justa disciplina sino del justo rechazo de la condena. Meditando sobre ello, dijo el salmista: *¿Quién conoce la potencia de tu ira?*[15]. Nuestra mente no puede comprender la potencia de la ira divina, porque sus disposiciones sobre nosotros son oscuras hasta el punto de que donde creemos haber sido abandonados estamos siendo acogidos, y donde creemos que nos recibe nos está abandonando; lo que llamamos gracia se convierte en ira y lo que juzgamos ira es gracia.

Los azotes que corrigen a unos llevan a otros a una impaciencia sin sentido. La prosperidad que sonríe a unos mitigando su furor, aleja a otros completamente de toda esperanza de conversión porque les hace engreírse. Los vicios arrastran a todos a lo más bajo, pero algunos salen de ellos más fácilmente porque les avergüenza haber caído tan bajo. Las virtudes siempre elevan a las alturas, pero, a veces, algunos se engríen de tenerlas convirtiéndose en ocasión de caída lo mismo que les había elevado. Por tanto, como la potencia de la ira divina no se conoce, es necesario temerla sin interrupción en todos los acontecimientos. Sigue:

XI **17.** *¿Acaso no he disimulado? ¿Acaso no he callado? ¿Acaso no he permanecido tranquilo? Y viene sobre mí la indignación.* Aunque es posible pecar en cualquier situación con el pensamien-

15. Sal 90, 11.

to, de palabra y de obra, sin embargo, el ánimo se desenfrena mayormente en esas tres maneras cuando le favorece la prosperidad de este mundo. Cuando uno se ve destacar en autoridad sobre los demás, acaba por tener una alta estima de sí. Como nadie se opone a la autoridad de su voz, su lengua se desenfrena fácilmente diciendo barbaridades. Como se le permite hacer lo que le plazca, considera en consecuencia que todo cuanto le place es lícito.

Los santos, cuando asumen un cargo de poder en este mundo, se someten a una disciplina espiritual muy rigurosa, pues saben que la impaciencia en el ejercicio del poder puede inducirlos más fácilmente a cometer acciones ilícitas. Impiden al corazón que considere su gloria, apartan su lengua del hablar sin medida, protegen su obrar de la intranquila inconstancia.

Con frecuencia, los que están en el poder dejan escapar las buenas acciones que hacen porque las conciben desde la soberbia y, mientras se consideran útiles para todos los asuntos, dañan para sí el mérito de su fatigosa utilidad. Para que las obras sean más dignas, deben siempre considerarse indignas, no sea que la buena acción engría el corazón de su autor y, engreyéndolo, le haga caer en lugar de ayudar a los que estaba destinada.

El rey de Babilonia daba vueltas en su interior con mente soberbia, diciendo: *¿No es ésta la Babilonia que yo he construido?*[16], por eso, al momento se convirtió en un animal irracional. Perdió lo que había hecho porque no quiso disimular con humildad su obra. Y como se alzó por encima de los hombres con pensamientos soberbios, perdió el mismo conocimiento humano que tenía en común con los hombres.

A menudo, los que están en el poder irrumpen en insultos contra sus súbditos y por la procacidad de su lengua pierden lo que sin vigilancia administraban con su gobierno, considerando dignas de menos temor las palabras del Juez, según las cuales, el que llamare imbécil a su hermano sin ningún motivo será arrojado al fuego de la gehenna[17]. A menudo, los que están en el poder, no sabiendo dominarse en las cosas lícitas, se entregan a obras ilícitas

16. Dn 4, 27.
17. Cf. Mt 5, 22.

y perturbadoras. Sólo quien se domina con cautela ante lo lícito, no cae en lo ilícito. Pablo indica con qué lazo se encuentra rectamente dominado, diciendo: *Todo me es lícito, mas no todo me conviene*[18], y para mostrar cuánta libertad espiritual le concedía ese mismo lazo, añadió a renglón seguido: *Todo me es lícito, pero no me dejaré dominar por nada*[19]. Cuando el alma secunda los deseos que ha concebido, demuestra estar al servicio de lo que tiene bajo dominio al amor. Pero Pablo, al que todo es lícito, no se deja dominar por nada, porque poniendo freno en sí mismo incluso a las cosas lícitas, supera, despreciadas, las que le seducían.

18. El santo Job, para instruirnos, nos indica cuál fue su poder, diciendo: *¿Acaso no he disimulado?* Cuando se tiene poder hay que reflexionar sobre él para provecho de otros y hay que disimularlo para evitar la soberbia. El que lo ejerce debe saber si puede aprovechar a otros y no debe olvidar que le puede ensoberbecer a él. Añade, además, cómo fue su comportamiento de palabra, y dice: *¿Acaso no he callado?* Continúa refiriéndose a sus obras ilícitas, añadiendo: *¿Acaso no he permanecido tranquilo?*

Se puede indagar aún más sutilmente el sentido que tiene el callar y el permanecer tranquilo. Callar significa apartar la mente de la voz de los deseos terrenos, pues el tumulto del corazón es un clamor muy vigoroso.

19. Permanecen tranquilos los que desempeñan rectamente un cargo de poder cuando alejan el estrépito de las acciones terrenas para poner primero el amor de Dios, no sea que ocupados sin interrupción en los asuntos de aquí abajo, el corazón se precipite por completo desde los bienes más excelsos. Saben que la mente no puede elevarse a los misterios supremos si continuamente está ocupada en multitud de asuntos terrenos. La mente así ocupada ¿cómo va a alcanzar a Dios si cuando está libre le cuesta tanto lograr algo de Él? Rectamente se dice por el salmista: *¡Parad y ved que yo soy Dios!*[20], porque quien deja de prestar atención a Dios, se aparta por su juicio de la luz de su visión.

18. 1 Co 6, 12.
19. Ibid.
20. Sal 46, 11.

Por la misma razón dice Moisés que no se coman los peces sin aletas[21]. Los peces que tienen aletas suelen saltar sobre las aguas. Así, sólo los que abandonan lo bajo y con los saltos de la mente saben elevarse de vez en cuando a los bienes supremos, pueden pasar como alimento al cuerpo de los elegidos, a fin de que no permanezcan siempre en las profundidades de las preocupaciones temporales y nada los aparte del amor supremo como del soplo de aire libre.

Por tanto, los que están ocupados en afanes temporales administran bien los asuntos exteriores cuando se refugian con solicitud en los interiores, cuando no se atan al estrépito de las perturbaciones externas sino que descansan dentro de sí en el corazón de la tranquilidad.

20. Las almas perversas no dejan de entregarse dentro de sí al tumulto de asuntos temporales incluso cuando están libres. Conservan grabadas en el pensamiento las cosas que aman y, aunque no hagan nada externamente, dentro de sí trabajan con ahínco bajo la presión de una inquieta quietud. Si se les ofrece la administración de algún asunto, se olvidan completamente de sí y secundan esos afanes temporales transitorios recorriendo con su intención pensamientos continuos que se suceden.

Las almas devotas no buscan esas preocupaciones cuando no las tienen, y, cuando las tienen, las soportan con vigor porque temen que los cuidados exteriores les hagan abandonar lo interior. Rectamente describe esta situación la vida de aquellos dos hermanos sobre los que está escrito: *Esaú fue hábil para cazar y hombre agricultor; Jacob fue, sin embargo, un hombre sencillo que habitaba en tiendas*[22], o como se dice en otra traducción: *Habitaba en casa*[23]. ¿Qué representa la habilidad de Esaú para la caza sino la vida de los que están inmersos en placeres exteriores y siguen los deseos de la carne? Se dice también que era agricultor, porque los que aman este mundo cultivan los asuntos exteriores tanto más cuanto más dejan sin cultivar su vida interior. De Jacob se dice

21. Cf. Dt 14, 10.
22. Gn 25, 27.
23. Se trata de la Septuaginta.

que era hombre sencillo y habitaba en tiendas o en casa, porque todos los que rehuyen la dispersión de los cuidados exteriores se mantienen sencillos en el pensamiento y en la morada de su conciencia. Habitar en tiendas o en casa significa recogerse en lo secreto del alma y no disiparse exteriormente con ningún deseo, no sea que al desear por fuera muchas cosas se vuelvan ajenos a sí mismos mediante pensamientos alienantes.

Así pues, diga el hombre probado y ejercitado en la prosperidad, diga: *¿Acaso no he disimulado? ¿Acaso no he callado? ¿Acaso no he permanecido tranquilo?* Los santos, como ya hemos dicho, cuando ven que la prosperidad transitoria les sonríe, disimulan como si no conocieran el favor del mundo y con paso firme pisotean interiormente lo que exteriormente les eleva. Permanecen en silencio, porque no alborotan con los clamores de las acciones perversas. Toda iniquidad tiene, ante los secretos juicios de Dios, sus propias voces. Por eso está escrito: *El clamor de los habitantes de Sodoma y Gomorra se ha multiplicado*[24]. Permanecen tranquilos cuando no sólo no los arrebata ningún turbulento deseo de ansias temporales sino que además rehuyen ocuparse sin medida de los cuidados necesarios para la vida presente.

21. Obrando así, sienten todavía los azotes paternos para que alcancen la herencia tanto más perfectos cuanto más van siendo purificados a diario de cosas mínimas con la disciplina misericordiosa que les golpea. Realizan sin desfallecer obras justas, pero padecen con frecuencia duros golpes, porque a menudo nuestra misma justicia, sometida al juicio de la justicia divina, resulta ser injusticia, y está manchado a los ojos del Juez severo lo que a juicio del autor resplandecía. Por eso, Pablo, cuando dijo: *No soy consciente de ninguna culpa*, añadió en seguida: *Mas no por eso quedo justificado*[25]. Insinúa, además, el motivo por el que no está justificado, diciendo: *El que me juzga es el Señor*[26]. Como si dijera: «no me considero justificado a pesar de no ser consciente de ninguna culpa, porque sé que seré examinado más sutilmente por

24. Gn 18, 20.
25. 1 Co 4, 4.
26. Ibid.

el que me juzga». Se deben, por tanto, disimular las cosas que exteriormente nos favorecen, se deben reprimir las que nos alborotan interiormente, se debe dejar todo lo que nos enrede como si fuera algo necesario. Y, sin embargo, en todo eso aún se han de temer los azotes del severo juicio, porque nuestra misma perfección no está exenta de culpa si el Juez severo no la pesa misericordiosamente en la fina balanza de su juicio.

22. Rectamente añade: *Y viene sobre mí la indignación*. Con gran habilidad doctrinal, para hablar de las heridas antepuso las acciones rectas, de modo que a partir de ahí cada uno considere qué suplicios tocarán después a los pecadores si incluso a los justos se les castiga ahora con tales azotes. De ahí lo que dijo Pedro: *Es el momento de que empiece el juicio sobre la casa de Dios. Y si apenas el justo se salvará, ¿dónde acabarán el impío y el pecador?*[27]. Por eso Pablo, después de una amplia alabanza a los tesalonicenses, añadió en seguida: *Hasta tal punto que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que estáis soportando, como ejemplo del justo juicio de Dios*[28]. Como si dijera: «cuando soportáis tantos golpes duros, vosotros que obráis rectamente, ¿qué otra cosa ofrecéis sino ejemplo del justo juicio de Dios? A partir de vuestra pena se puede deducir cómo herirá a los que le irritan si os aflige así a vosotros en quienes se alegra, o cómo los golpeará mostrando su justo juicio si a vosotros, que os protege con bondadosos reproches, os atormenta de esa forma».

23. Concluida la primera intervención del santo Job, los amigos que habían acudido juntos a consolarlo se ponen a increparlo con bondad y, mientras se extienden en palabras de reproche, olvidan el motivo piadoso para el que habían acudido. Ciertamente, no lo hacen con mala intención, pero aunque muestran su afecto al que está abatido, creen que se encuentra en ese estado debido a su maldad. Como a la buena intención no acompaña un discurso prudente, su propósito bondadoso se convierte en pecado de in-

27. 1 P 4, 17-18.
28. 2 Ts 1, 4-5.

tromisión. Debían haber considerado a quién estaban hablando y en qué momento lo hacían. Habían acudido ante un hombre justo ceñido con llagas divinas.

A partir de su vida pasada debían haber comprendido esas palabras suyas que no lograron comprender; a partir de los azotes presentes no debían haberlo recriminado sino temer por sus propias vidas; con sus razonamientos, no debían haberse erigido en jueces ante ese justo, sino que debían haberse unido a él con el llanto; con sus palabras, no debían haber alardeado de su ciencia, sino que tenían que haber hablado con rectitud el lenguaje de los que consuelan y han tenido como maestro el dolor. Si acaso pensaban de forma diferente, convenía que lo hubieran dicho con humildad para no acumular sobre el ya herido las llagas de inoportunas palabras.

24. A menudo los hechos o palabras de los mejores desagradan a los peores, porque no logran entenderlos. No hay que temer, por tanto, ser reprendidos por ellos que no pueden captar lo dicho o hecho en su verdad. A menudo los superiores realizan una obra de asistencia que los inferiores consideran errónea. A menudo los fuertes afirman muchas cosas que los débiles critican porque las ignoran.

El Arca de la Alianza, inclinada por bueyes recalcitrantes, representa bien lo que estamos diciendo: creyendo un levita que iba a caer, quiso levantarla y al instante recibió la sentencia de muerte[29]. ¿Qué es el alma del justo sino el Arca de la Alianza? Se inclina llevada por bueyes recalcitrantes, porque, a veces, incluso el que preside rectamente, influido por la confusión que causa la multitud de súbditos, sólo se mueve por el amor para ser condescendiente en su asistencia. La condescendencia por ese motivo es considerada por los ineptos una debilidad de la propia fortaleza. Por eso, algunos súbditos extienden contra ella la mano de su reprensión y pierden, al momento, la vida por su temeridad. El levita extendió la mano para ayudar y, sin embargo, perdió la vida, porque cuando los débiles critican los hechos de los fuertes se apartan ellos mismos de la suerte de los vivos.

29. Cf. 2 S 6, 6-7.

A veces, también los santos se muestran condescendientes con los más pequeños diciéndoles ciertas cosas; a veces hablan como verdaderos contemplativos, pero como los necios ignoran su condescendencia o su elevación, los reprenden con atrevimiento. ¿Qué significa querer corregir al justo por su condescendencia sino pretender levantar con la mano soberbia de la reprensión el Arca que se inclina? ¿Qué significa reprender al justo por su manera desconocida de hablar sino considerar el movimiento, expresión de su fortaleza, una caída en la culpa?

Pierde la vida quien pretende elevar con orgullo el Arca de Dios, porque no presumiría de corregir las acciones rectas de los santos si no se considerara mejor que ellos. Aquel levita se llamaba Uzá, que significa «robusto del Señor», porque los presuntuosos no se creerían con mente atrevida robustos en el Señor si no consideraran débiles las acciones y dichos de los que son mejores que ellos. Los amigos de Job, cuando se lanzan en reproches contra él como queriendo defender a Dios, en su soberbia, van más allá de la regla del precepto divino.

25. Cuando ciertas acciones de los buenos desagradan a los malvados, no se debe callar lo que pasa por la mente sino que se debe decir con gran humildad. La intención del que piensa rectamente conservará las formas de la rectitud, precisamente por recorrer el camino de la humildad. Con libertad, pues, se ha de decir lo que pensamos, y con mucha humildad debemos expresar lo que decimos, no sea que lo que entendemos rectamente, al comunicarlo con soberbia, lo torzamos.

Pablo había dicho humildemente muchas cosas a sus oyentes, pero aún con mayor humildad procuraba aplacarlos respecto a su humilde exhortación, diciendo: *Os ruego, hermanos, que aceptéis esta palabra de consuelo, pues os he escrito con brevedad*[30]. Despidiéndose en Mileto de los efesios, afligidos y gimientes, trae a la memoria su humildad, diciendo: *Vigilad y acordaos que durante tres años no he cesado de amonestaros día y noche con lágrimas a cada uno de vosotros*[31]. Y a estos mismos les dice por carta: *Os ex-*

30. Hb 13, 22.
31. Hch 20, 31.

horto, hermanos, yo, prisionero en el Señor, a que andéis de manera digna respecto a la vocación a la que habéis sido convocados[32]. De ahí, por tanto, deduzca con cuánta humildad debe el discípulo hablar al maestro, cuando piense algo recto, si el mismo maestro de los gentiles ruega con tanta sumisión a los discípulos a los que predica con autoridad. Que cada uno deduzca de ello con cuánta humildad hay que decir lo que uno entiende rectamente a aquellos de quienes se reciben ejemplos de vida honesta, si Pablo se sometió con voz humilde a los que él mismo había despertado a la vida.

26. Elifaz, el primero de los amigos en hablar, aunque había acudido por piedad a consolar, abandonando la humildad en el hablar, ignora la regla de la consolación; descuida su lenguaje hasta el punto de irrumpir en insultos contra el afligido, diciendo: *Perece el tigre que no tiene presa. El rugido del león, el bramido de la leona y los dientes de los leoncillos se destruyen*[33]. Con el nombre de tigre designa al santo Job, como señalando en él el vicio de la inconstancia; con el rugido del león señala el terror que inspira al hombre; con el bramido de la leona representa la locuacidad de su mujer; con los dientes destruidos de los leoncillos señala la avidez destruida de los hijos. La palabra divina reprende la actitud de los amigos que se alzan con una orgullosa corrección, diciendo: *No habéis hablado ante mí con rectitud, como mi siervo Job*[34].

27. Observo que debemos preguntarnos por qué Pablo emplea las palabras de los amigos de Job con tanta autoridad si reciben el reproche del Señor. Son, en efecto, palabras de Elifaz las que dirigió a los corintios, diciendo como está escrito: *Atrapa a los sabios en su astucia*[35]. ¿Cómo podemos rechazar estas palabras como perversas, si Pablo las emplea con autoridad? ¿cómo podemos considerar recto el testimonio de Pablo si el mismo Señor lo tachó de incorrecto? Descubrimos, en seguida, que no son contradictorias si reflexionamos más atentamente en las palabras del Señor, pues, cuando dijo: *No habéis hablado ante mí con rectitud*, al momento añadió: *Como mi siervo Job*. Por tanto, es claro que

32. Ef 4, 1.
33. Jb 4, 11.10.
34. Jb 42, 7.
35. Jb 5, 13; 1 Co 3, 19.

ciertas cosas son rectas en su formulación, pero pueden ser superadas cuando se las compara con algo mejor. Así, entre otras que dicen irracionalmente, pronuncian contra Job muchas expresiones fuertes que, comparadas con expresiones más fuertes, pierden su valor. Incluso muchas de las cosas que dicen serían admirables si no las dijeran contra el santo varón. En sí mismas son grandes, pero como pretenden fustigar a un hombre justo, pierden el peso de su grandeza. En vano se lanza una flecha contra un roca dura: va a perderse inútilmente tanto más lejos cuanto más fuertemente se lanza.

Así pues, admitiendo que las palabras de los amigos son fuertes bajo muchos aspectos, sin embargo, como pretenden dañar la vida vigorosa del santo varón, se ven rechazadas en la agudeza de todos sus golpes. Como eran buenas en sí mismas, pero no debieron ser empleadas contra el santo Job, Pablo las medita y las pronuncia con autoridad, y, al mismo tiempo, el Juez las reprende en atención a la persona que las dijo incautamente.

28. Ya hemos dicho que los amigos del santo Job representan a los herejes. Debemos ahora investigar cómo sus palabras corresponden a ellos. Su parecer es recto respecto a algunas cuestiones, en otras, sin embargo, tropiezan con malicia. Es propio de los herejes mezclar las opiniones buenas con las malas, para engañar fácilmente la comprensión del oyente. Si siempre dijeran cosas depravadas, serían reconocidos al instante en su error y no podrían convencer respecto a lo que quieren. Por el contrario, si siempre opinaran rectamente, no serían herejes.

Ahora bien, recurriendo al arte de engañar en un sentido y otro, y tapando el mal con el bien, esconden las ideas malas en las buenas para que sean aceptadas. Actúan como quien ofrece una copa con veneno: recubre éste con el sabor dulce de la miel, de modo que al saborear primero lo que es dulce, se traguen también sin ninguna sospecha el veneno mortal. Los herejes mezclan doctrinas rectas con opiniones torcidas para atraer a sus oyentes con lo bueno que muestran y corromperlos enseñándoles el mal con la peste que ocultan.

A veces, gracias a la predicación y a la exhortación de la santa Iglesia, se corrigen y se apartan de esa opinión contraria. Por eso, los amigos de Job ofrecen por manos del santo varón su sacrificio

de reconciliación y, aunque habían sido condenados, son de nuevo convocados a la gracia del juicio supremo.

La curación de los diez leprosos en el evangelio ilustra bien lo que estamos diciendo. La lepra produce llagas en unas partes de la piel mientras que en otras conserva el aspecto sano. Los leprosos representan a los herejes, porque al mezclar rectas doctrinas con opiniones torcidas, llenan de manchas el aspecto sano. Para curarse gritan: *¡Jesús, Maestro!*[36]. Manifiestan haberse equivocado en sus palabras, por eso llaman humildemente al que les puede salvar *maestro*, y volviendo al conocimiento del Maestro recurren, al momento, a la regla de la salvación.

En el prefacio de este comentario ya nos hemos ocupado ampliamente de las intervenciones de los amigos. Analicemos ahora en detalle cada una de sus palabras. Sigue:

XII **29.** *Respondió Elifaz de Temán y dijo: Si empezamos a hablarte, a lo mejor te resulta molesto.* Ya se ha dicho más arriba cuál es el significado de estas palabras. Como nos dirigimos con prisa a los temas aún no tratados, vamos a evitar repetir lo ya dicho.

Se debe considerar con atención que los que representan a los herejes empiezan a hablar con suavidad, diciendo: *Si empezamos a hablarte, a lo mejor te resulta molesto.* Los herejes temen exasperar a sus oyentes al inicio de su discurso, no sea que no les escuchen con atención, resulten pesados y provoquen su indiferencia. Casi siempre, lo que proponen es suave al principio, pero a medida que avanzan van añadiendo asperezas. Los amigos de Job comienzan su discurso con delicadas deferencias para arrojar después las asperísimas flechas de su ataque. También las raíces de las espinas son blandas, pero de esa blandura brotan las espinas que luego pinchan. Sigue:

XIII **30.** *Pero ¿quién puede contener sus palabras?* Tres son los tipos de personas que gradualmente se distinguen entre sí según unas características. Hay unos que conciben maldades para decirlas y no ponen el freno de un respetuoso silencio a su hablar. Hay otros que al concebir maldades en su pensamiento, se contienen

36. Lc 17, 13.

imponiéndose un vigoroso silencio. Hay algunos, finalmente, que, fortalecidos en la práctica de la virtud, llegan a tal excelencia de vida que ni siquiera conciben en su corazón pensamientos a los que deban imponer silencio.

Elifaz manifiesta a qué tipo pertenece cuando afirma no poder contener sus palabras. En realidad, se revela como uno que al hablar va a ofender, pues no desearía contener las palabras que no puede, si no supiera de antemano que con ellas ya puede herir.

Los hombres buenos contienen la precipitación en el hablar con el freno del consejo y ponen gran precaución para no soltar su lengua y traspasar con un discurso imprudente la conciencia de sus oyentes. Rectamente dice Salomón: *Iniciar una discusión es como dejar correr las aguas*[37]. Se dejan correr las aguas cuando se deja vía libre a la lengua. El que deja que las aguas corran se convierte en iniciador de una discusión, porque por la incontinencia de la lengua se originan las discordias. Los malvados, por tanto, lo mismo que son superficiales al pensar, también son precipitados al hablar y no se preocupan de poner silencio, con la reflexión, a lo que dicen. Lo que la conciencia concibe con ligereza, con mayor ligereza lo expresa la lengua. Por eso Elifaz deduce de su experiencia lo que desesperadamente piensa sobre todos, diciendo: *Pero ¿quién puede contener sus palabras?* Sigue:

XIV **31.** *Mira, tú enseñaste a muchos y robusteciste las manos caídas; con tus palabras sostenías a los vacilantes y confortabas las rodillas endebles.* Si nos atenemos al sentido literal, es de gran utilidad para el lector el hecho de que los amigos, reprendiendo duramente al santo Job para condenar sus vicios, elogien sus virtudes. En verdad, no se ofrece un testimonio de vida tan vigoroso como cuando uno desea recriminar a alguien y pronuncia de él alabanzas.

Consideremos la grandeza de este varón: instruye a los demás, enseña a los ignorantes, robustece a los débiles, confirma a los vacilantes, y todo esto, sin abandonar los cuidados de la casa, la custodia de tantos asuntos, el afecto de los hijos, tantos esfuerzos y fatigas. Se entregaba a sus ocupaciones y, al mismo tiempo, ejercía

37. Pr 17, 14.

con libertad la enseñanza de la doctrina. Gobernando, administró los bienes temporales; predicando, anunció los eternos; actuando, mostró a los que le veían la rectitud de su vida; y hablando, la propuso a los que le escuchaban.

Por el contrario, los herejes, o cualquier malvado, cuando refieren las buenas acciones de los justos, acaban por torcerlas presentándolas como obras recriminables. Por eso, Elifaz, a partir de la narración de las acciones laudables de Job, saca ocasión para reprenderlo con dureza. Sigue:

XV **32.** *Y ahora viene sobre ti la plaga y te abates; te alcanza a ti y te turbas.* Los malvados arremeten contra la vida de los buenos de dos modos: afirmando que ellos dicen cosas depravadas y asegurando que no cumplen las cosas rectas que dicen. El santo Job recibirá más adelante la reprensión de sus amigos por su manera de hablar; ahora le acusan de haber hablado con rectitud pero no haber cumplido lo dicho. Los pecadores reprueban tanto el hablar como el actuar de los buenos para hacer callar la lengua que ha recibido el reproche o para acabar con la vida que ha sido recriminada por el testimonio de su propia lengua. Adviértase, además, que primero tributan alabanzas a la lengua y luego deploran la debilidad de la vida.

Los malvados, para no aparecer en público como depravados, de vez en cuando comentan las buenas acciones de los justos que ya son conocidas y de las que ellos tuvieron noticia por otros. Sin embargo, como hemos dicho, no tardan en considerarlas un cúmulo de culpas y pretenden ser creídos al referir los hechos en su sentido contrario, pues también comentaron sus cosas positivas, e introducen el mal con más verosimilitud por haber alabado sus buenas obras fingiendo devoción. Sus voces de reconocimiento se transforman en recriminaciones hiriendo de mayor gravedad la vida de los justos que poco antes simulaban defender.

En otras ocasiones, las buenas obras que primero le servían para el desprecio, luego las admiran cuando creen que ya están perdidas. Por eso, Elifaz enumeró las virtudes del santo varón que dio por perdidas, diciendo:

XVI **33.** *Tu temor, tu fortaleza, tu paciencia y la perfección de tu conducta.* Virtudes todas que descarta con la frase que antepuso: *Y ahora viene sobre ti la plaga y te abates; te alcanza a ti y te*

turbas. Afirma que ha perdido todas las virtudes al reprender a Job que se encuentra turbado por el azote. Adviértase, sin embargo, que aunque lo increpa inoportunamente, refiere de forma coherente el orden de sus virtudes. Al enumerar las virtudes del santo Job, Elifaz distinguió en la vida cuatro niveles: unió la fortaleza al temor, la paciencia a la fortaleza, y la perfección a la paciencia. En el camino de Dios se empieza desde el temor para llegar a la fortaleza; pues así como en el camino del mundo la audacia produce fortaleza, así en el camino de Dios, la audacia engendra debilidad; y así como en el camino del mundo el temor crea debilidad, así en el camino de Dios, el temor produce fortaleza.

Salomón da testimonio de ello al decir: *La confianza de la fortaleza está en el temor del Señor*[38]. Se dice que la confianza de la fortaleza reside en el temor del Señor, porque nuestra alma rechaza con más valentía los terrores de los asuntos temporales si más verazmente se somete por el temor al Autor de esas realidades temporales. Afianzada en el temor del Señor, el alma no encuentra nada exterior que le asuste, porque al unirse con recto temor al Creador de todo, se ve elevada por su poder por encima de todo.

La fortaleza no aparece sino en la adversidad, de ahí que tras la fortaleza venga la paciencia. Tanto más verdaderamente demuestra uno haber progresado en fortaleza, cuanta mayor entereza manifiesta al soportar los males ajenos. Al que la maldad ajena abate, poco crecimiento le espera. El que no puede soportar con firmeza la contrariedad, yace traspasado por la espada de la pusilanimidad.

Ahora, como de la paciencia nace la perfección, justo después de la paciencia se añade la perfección en la conducta. Es verdaderamente perfecto quien no se muestra impaciente ante la imperfección del prójimo. Quien, por el contrario, es incapaz de aguantar con temple la imperfección ajena, se demuestra a sí mismo no haber progresado aún hasta la perfección. De ahí que la Verdad diga en el evangelio: *Con vuestra paciencia, salvaréis vuestras almas*[39]. ¿Qué significa salvar el alma sino vivir perfectamente en

38. Pr 14, 26.
39. Lc 21, 19.

todo y dominar todas las mociones del alma con la solidez de la virtud? Quien conserva la paciencia, salva el alma, porque se hace fuerte contra toda adversidad venciéndose y dominándose a sí mismo. En la medida que uno se destruye laudablemente a sí mismo, se muestra con una fuerza indestructible ante los demás, pues cuando vence en sí los deseos voluptuosos se prepara a afrontar invencible las contrariedades.

Pues bien, como le acusa atacándole, ahora añade otras palabras de exhortación, diciendo:

XVII **34.** *Recuerda, te ruego, ¿qué inocente jamás ha perecido o cuándo han sido los rectos exterminados?* En el caso de los herejes –de los cuales ya hemos dicho que son figura los amigos del santo Job–, o de cualquier malvado, tan inadecuados son sus reproches como reprensibles sus exhortaciones, pues dijo: *¿Qué inocente jamás ha perecido o cuándo han sido los rectos exterminados?* Sucede, en verdad, con frecuencia, que también mueren los inocentes y desaparecen por completo los rectos; se salvan, no obstante, para la vida eterna.

Si ningún inocente muriera, el profeta nunca hubiera dicho: *El justo muere y no hay quien haga caso*[40]. Si Dios en su providencia no arrebatara a los justos, nunca la Sabiduría habría dicho sobre el justo: *Fue arrebatado para que la maldad no pervirtiera su inteligencia*[41]. Si a los justos no golpeara contrariedad alguna, Pedro no habría advertido: *Es el momento de que empiece el juicio sobre la casa de Dios*[42].

Así pues, son verdaderamente rectos quienes se preparan con el amor de la patria suprema a afrontar las adversidades de la vida presente. Los que no temen padecer aquí males para alcanzar los bienes eternos, no son, ciertamente, rectos. Elifaz sostiene que los rectos no desaparecen y que los inocentes no perecen, porque a menudo los que sirven a Dios, no por la esperanza de la gloria celeste, sino por la recompensa terrena, se imaginan lo que ellos buscan. Y pretendiendo dar lecciones cuando predican la seguridad

40. Is 57, 1.
41. Sb 4, 11.
42. 1 P 4, 17.

terrena, no hacen más que mostrar con todos sus esfuerzos aquello que aman. Sigue:

XVIII **35.** *Lo que yo he visto es más bien esto: los que obran la iniquidad y siembran dolores, cosechan lo mismo; a un soplo de Dios mueren y al aliento de su ira son consumidos.* Sembrar dolores es decir mentiras; cosechar dolores es mostrarse superior diciéndolas. Siembran dolores los que realizan maldades; cosechan dolores cuando reciben el castigo debido a su perversidad. Fruto del dolor es el daño recibido en pago. Al afirmar que los que siembran y cosechan dolores mueren al soplo de Dios y son consumidos al aliento de su ira, se da a entender que ahí la cosecha del dolor no es el castigo sino la iniquidad cumplida, porque al castigo de la cosecha se antepone el aliento de la ira divina. Por tanto, siembran y cosechan aquí dolores, porque las obras que realizan son malvadas y prosperan en su maldad.

Del inicuo se dice por el salmista: *En todo tiempo sus caminos están manchados; apartan de su cara tus juicios, domina a todos sus enemigos*[43]. Y un poco más adelante: *Bajo su lengua, fatiga y dolor*[44]. Siembran dolores cuando realizan acciones perversas; cosechan dolores cuando crecen temporalmente en sus perversidades. ¿Cómo pueden, entonces, morir al soplo de Dios aquellos a los que se les permite aquí subsistir largo tiempo y ser más felices que los justos? Sobre ellos también se dice por el salmista: *No padecen las fatigas de los hombres, y con los demás humanos no son atribulados*[45]. Por eso dijo Jeremías: *¿Por qué progresa el camino de los impíos?*[46] Está escrito: *El Señor que paga es paciente*[47], de ahí que tolere largo tiempo a los que condena para siempre.

Unas veces golpea con rapidez, para socorrer con su consuelo la pusilanimidad de los inocentes. Otras veces, Dios en su omnipotencia, deja que los inicuos prevalezcan por mucho tiempo para limpiar con mayor pureza la vida de los justos. Otras, fulmina al

43. Sal 10, 5.
44. Sal 10, 7.
45. Sal 73, 5.
46. Jr 12, 1.
47. Si 5, 4.

momento a los injustos y conforta con su intervención los corazones de los inocentes. Si golpeara ahora a todos los que hacen el mal ¿qué quedaría entonces para el juicio final? Y si no los golpeara nunca ¿quién creería que el Señor se ocupa de los asuntos humanos? Así pues, hiere unas veces a los inicuos para mostrar que no deja impune la maldad; tolera, otras veces, a los malvados largo tiempo para dar a entender, a los que meditan sobre ello, qué juicio les está reservado.

36. La afirmación sobre el exterminio de los inicuos, si no se dice referida a todos en general para el final del mundo presente, no hay duda de que queda despojada en gran parte de la fuerza de su verdad. Será plenamente verdadera cuando no haya más dilación para la iniquidad.

Quizás se pueda interpretar también en un sentido más exacto, porque también es cierto que ni el inocente perece ni el recto es exterminado. Quien aquí es triturado en su carne, queda restaurado ante la mirada del eterno Juez con la verdadera salvación. Quienes siembran y cosechan dolores, perecen al soplo de Dios, porque, cuanto más progresen aquí en su maldad, tanto más duramente serán heridos con el castigo que les espera. A la frase antecede un *recuerda*, lo cual indica claramente que se evoca con la mente un hecho pasado y no que se le anuncie acontecimientos futuros. Por eso, Elifaz habría hablado con mayor verdad si hubiera creído que lo dicho se refería en general a todos los inicuos para el castigo final.

37. Se habla también del *soplo de Dios*, expresión ésta que exige una explicación más detallada. Cuando soplamos, aspiramos aire desde el exterior al interior y luego, tras haberlo aspirado, lo expulsamos desde el interior al exterior. Se dice que Dios sopla en castigo, porque concibe desde causas externas un juicio en su interior, y emite una sentencia exterior desde ese juicio interior. Como si de un soplo se tratara, Dios aspira de fuera hacia dentro cuando ve nuestras malas acciones exteriores y prepara en su interior un juicio. De igual forma, expira exteriormente el aire interior cuando desde el juicio concebido internamente, pronuncia externamente su juicio de condena. Así, rectamente se dice que los que siembran dolores perecen al soplo de Dios, porque cometiendo sus maldades por fuera, reciben su paga desde dentro.

También se puede interpretar el soplo de Dios como su condena, pues se menciona a continuación el aliento de su ira. Cuando nosotros nos enfadamos, nos inflamamos con el soplo de la ira. Por eso, para indicar que el Señor medita vengarse, se dice que se enfada soplando; no que sufra en su naturaleza alguna mutación, sino que tras su larga paciencia, cuando llega la hora de vengarse del pecador, el que es tranquilo en sí mismo, aparece tempestuoso frente a los que van a perecer. El alma culpable, viendo que el Juez se opone a sus obras, se presenta ante Él alterada, porque ante su mirada, su misma culpa le perturba.

Después de haberlo amonestado casi con clemencia, añade claras palabras de reproche, diciendo:

XIX **38.** *El rugido del león, el bramido de la leona y los dientes de los leoncillos se destruyen.* ¿A qué se llama rugido de león sino, tal como hemos adelantado hace poco, a la severidad del varón? ¿a qué bramido de leona, sino a la locuacidad de la mujer? ¿a qué dientes de leoncillos sino a la avidez de los hijos? Los hijos que celebraban banquetes perecieron todos, por eso reciben ahora el nombre de dientes. Elifaz, erguido, se alegra de que todas estas cosas hayan sido destruidas, como indicando con su actitud que recibieron un justo castigo. Redobla aún más la dureza de su increpación, cuando añade:

XX **39.** *Perece el tigre que no tiene presa y los cachorros de la leona se dispersan.* Advertida la mudanza en el santo Job, ¿a quién designa el nombre de tigre sino a él, que se muestra salpicado con las manchas de la simulación? Todo el que simula deseando parecer recto, no se muestra limpio bajo ningún aspecto, porque al ejercitar las virtudes sólo por hipocresía y conservar en sí mismo ocultamente los vicios, algunos de estos vicios que estaban ocultos salen a la luz repentinamente y, al juntarse con las virtudes que simulaba, le hacen mostrarse como con una piel de color variado. Resulta entonces sorprendente que un hombre dotado aparentemente con tantas virtudes esté también manchado con tantas acciones reprobables. Todo hipócrita es un tigre, porque el color puro que simula se ve alterado con la negrura de sus vicios emergentes.

Así, mientras uno se enorgullece por la pureza de su castidad, se contamina con la suciedad de la avaricia. Mientras ofrece una hermosa apariencia por la virtud de la generosidad, se contamina

con las manchas de la lujuria. Mientras se viste con el decoro de la generosidad y de la castidad, fingiendo celo por la justicia, se ve ofuscado por una atroz crueldad. Mientras se reviste de la bella apariencia de generosidad, castidad y piedad, se mezcla con esas virtudes la oscuridad de la soberbia. Ocurre, en consecuencia, que el hipócrita no muestra un aspecto puro, pues se mezcla con los vicios, al igual que el tigre que no puede tener un solo color.

El tigre atrapa la presa, porque usurpa la gloria del reconocimiento humano. Quien se engríe con una alabanza arrebatada es como si saciara su hambre con una presa. Rectamente, pues, a la alabanza que reciben los hipócritas se le llama presa. Una presa se obtiene cuando se arranca violentamente lo ajeno. Todo hipócrita, simulando una vida de justicia, arrebata para sí la alabanza de los justos, pues ajeno es lo que quita.

Así, Elifaz, que sabía que el santo Job había realizado en su tiempo acciones dignas de alabanza, creyó que había recibido la aflicción por su hipocresía y le dijo: *perece el tigre que no tiene presa.* Como si claramente dijera: «la mudanza de color producida por tu simulación ha sido extinguida, porque la adulación de la alabanza ha desaparecido; y tu hipocresía ya no tiene presa, porque, golpeada por Dios, carece del reconocimiento de los hombres».

40. La traducción de la Septuaginta no dice *tigre* sino *el myrmeleón perece porque no tiene presa.* El myrmeleón es un animal muy pequeño, enemigo de la hormiga, que se esconde bajo el polvo y mata a las hormigas que llevan grano, para luego comérselas[48]. Myrmeleón significa en latín «león de hormigas» o más exactamente «hormiga-león». Se le llama al mismo tiempo hormiga y león, porque, respecto a los animales voladores o respecto a cualquier otro animal pequeño, es una hormiga, pero respecto a las hormigas es un león. Devora a las hormigas como si fuera un león, pero es devorado por otros animales como si fuera una hormiga.

Así pues, cuando Elifaz dice *el myrmeleón perece* ¿qué reprende en el santo Job bajo ese nombre sino el pavor y la audacia?

48. El myrmeleón es un insecto depredador, del género de los neurópteros, de antenas cortas terminadas en maza y abdomen en anillos. Gregorio se refiere, en concreto, al *myrmeleon formicarius*, vulgarmente llamado *hormiga-león*.

Como si claramente le dijera: «no has sido golpeado injustamente porque te has mostrado tímido frente a los engreídos y audaz frente a los humildes». Como diciendo abiertamente: «el miedo te pudo frente a los astutos, la temeridad te hinchó frente a los sencillos. Pero el myrmeleón ya no tiene presa porque tu engreída timidez, mientras te aflige con desgracias, te impide causar más daños en los demás».

Ya hemos dicho que los amigos del santo Job representan a los herejes. Es necesario, pues, analizar cómo las palabras de Elifaz pueden ser interpretadas en sentido alegórico.

XXI **41.** *El rugido del león, el bramido de la leona y los dientes de los leoncillos se destruyen.* Puesto que la naturaleza de cada cosa está compuesta de diferentes aspectos, en la Sagrada Escritura se pueden representar lícitamente cosas diversas con una sola realidad.

El león posee fuerza y crueldad. Por su fuerza designa al Señor; por su crueldad al demonio. Se dice sobre el Señor: *Ha vencido el león de la tribu de Judá, el renuevo de David*[49]. Sobre el diablo está escrito: *Vuestro enemigo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar*[50].

Con el nombre de leona se designa unas veces a la Santa Iglesia y otras a Babilonia. Notando su audacia frente a la adversidad, simboliza a la Iglesia, como confirman las palabras del mismo Job que, hablando de Judea, abandonada por la Iglesia, dijo: *No la pisaron los hijos de los mercaderes, ni anduvo por ella la leona*[51]. En otras ocasiones, con el nombre de leona se alude a la ciudad de este mundo, Babilonia, que se enfurece con desmesurada crueldad contra la vida de los inocentes. Asociada al antiguo enemigo como a fiero león, concibe las semillas de su perversa persuasión y engendra de sí hijos culpables, semejantes a él como cachorros crueles. Los engendrados réprobos a una vida de maldad, por la culpa de los espíritus malignos, son cachorros de león. Todos juntos forman la ciudad de este mundo que hemos llamado Babilonia y,

49. Ap 5, 5.
50. 1 P 5, 8.
51. Jb 28, 8.

sin embargo, cada uno de estos hijos de Babilonia no son llamados «leonas», sino *cachorros de leona*. De igual forma que a la Iglesia en su conjunto se la llama Sión y, no obstante, hijos de Sión son cada uno de los santos, así también hijos de Babilonia son cada uno de los réprobos, y a todos los réprobos juntos se les llama Babilonia.

42. Los santos, mientras aún están en esta vida, se custodian a sí mismos con solícita circunspección para que el león que ronda con sus insidias no los sorprenda, esto es, para que el antiguo enemigo, disfrazado de cualquier virtud, no los mate; para que el bramido de la leona no importune sus oídos, esto es, para que la gloria de Babilonia no aparte su sentimiento del amor de la patria celeste; para que los dientes de los cachorros no les muerdan, esto es, para que la persuasión de los réprobos no crezca en su corazón.

Los herejes, por el contrario, se sienten ya muy seguros de su propia santidad porque creen haber superado toda prueba con los méritos de su vida. Por eso se dice ahora: *El rugido del león, el bramido de la leona y los dientes de los leoncillos se destruyen.* Como si claramente dijera: «nosotros no nos afligimos con desgracia alguna, porque superando a todos con los méritos de nuestra vida, acabamos con la fuerza del antiguo enemigo, la atracción de la gloria terrena y la persuasión de los réprobos». De ahí que todavía siga:

XXII **43.** *Perece el tigre que no tiene presa y los cachorros de la leona se dispersan.* Con el término *tigre* repite lo que había dicho con el nombre de león. Satanás es llamado *león* por su crueldad, y, no sin razón, *tigre* por la multiforme manifestación de su astucia. Ora se muestra a los sentidos humanos tal cual es, como un perdido, ora como un ángel de luz. Ora persuade con lisonjas las mentes de los necios, ora los arrastra a la culpa aterrorizándolos. Ora procura inducir al vicio abiertamente, ora se oculta bajo capa de virtud en sus sugerencias. Así, esta bestia que se reviste de tantas figuras y es llamada justamente *tigre*, los traductores de la Septuaginta –como ya hemos visto–, la denominan myrmeleón, animal que se esconde en el polvo y mata a las hormigas que cargan grano –como hemos dicho–, porque el ángel apóstata, arrojado desde los cielos a la tierra, asedia en el curso mismo de su acción a las almas de los justos que preparan para sí el alimento de

sus buenas obras y cuando las vencen con sus insidias, las matan de improviso como a las hormigas cargadas con su grano. Rectamente se le llama myrmeleón, es decir, león y hormiga. Como ya hemos dicho, para las hormigas es león, para los animales voladores es hormiga, porque el antiguo enemigo, así como es fuerte frente a los que consienten a la tentación, así también es débil frente a los que le resisten. Si se presta asentimiento a sus sugestiones, no puede ser soportado sino como se soporta a un león. Si, por el contrario, se le opone resistencia, se le aplasta como a una hormiga. Para unos es como un león, para otros como una hormiga: las mentes carnales apenas aguantan su crueldad, mientras que las espirituales destrozan con el pie de la virtud su debilidad.

Los herejes, ensoberbecidos por la presunción de su santidad, casi exultantes, dicen: *Perece el myrmeleón* –o lo que es lo mismo, *el tigre– que no tiene presa.* Como diciendo abiertamente: «el viejo adversario no tiene presa en nosotros, porque yace vencido gracias a nuestros esfuerzos». Con el nombre de myrmeleón o de tigre se repite lo que ya se había indicado con la expresión *rugido del león*, pues todo discurso nacido de la hilaridad tiende a repetirse. El ánimo, en efecto, cuando se divierte redobla sus voces. Por eso, el salmista, con verdadera alegría, repite frecuentemente aquello que sabe a ciencia cierta que ha sido escuchado: *El Señor ha escuchado la voz de mi lamento; el Señor ha escuchado mi súplica; el Señor ha acogido mi oración*[52].

44. Los santos, cuando celebran haber sido sacados de ciertos vicios, añaden a su júbilo un grande temor, pues, aunque hayan sido sacados de las agitaciones múltiples de la tormenta, son conscientes de permanecer aún entre las fluctuaciones vacilantes de un mar inseguro: exultan esperanzados de tal manera que tiemblan de miedo, y tiemblan de miedo de tal forma que exultan con la confianza de la esperanza. Por eso se dice por medio del mismo salmista: *Servid al Señor con temor y exultad en Él con temblor*[53].

Los que, por el contrario, viven engreídos bajo apariencia de santidad, cuando superan un vicio cualquiera, en seguida hinchan

52. Sal 6, 9-10.
53. Sal 2, 11-12.

su mente de soberbia y casi se glorían por la perfección de su vida. Por una vez que, a lo mejor, han sido sacados del peligro de la tormenta, olvidan ya que aún navegan en el mar. Se consideran grandes en todo y piensan haber vencido por completo al antiguo adversario. Miran a todos por encima del hombro porque creen superar a todos en sabiduría. Sigue:

XXIII **45.** *Además, se me ha dicho una palabra escondida.* Los herejes simulan escuchar una palabra escondida para conseguir cierto reconocimiento por su predicación en las mentes de sus oyentes. Por eso también predican a escondidas, para que su predicación parezca tanto más santa cuanto más ocultamente se pronuncia. Rehuyen poseer un conocimiento común para no ser considerados iguales a los demás. Examinan siempre alguna novedad que, al ser ignorada por los otros, les sirva para gloriarse de la singularidad de su ciencia ante las mentes de los no entendidos. Como hemos dicho, insinúan que su ciencia es oculta; afirman haberla recibido en secreto a fin de manifestar cosas admirables. Por eso, en Salomón, la mujer, que representa a los herejes, dice: *Son más dulces las aguas robadas y más suave el pan a escondidas*[54]. De ahí también que nuestro texto añada: *Y casi furtivamente mi oído ha recibido las venas de su susurro.* Percibe furtivamente las venas de su susurro, porque abandonando la gracia de la ciencia común no entran en ella por la puerta, como atestigua el Señor al decir: *El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas sino que trepa por otro lado es un ladrón y un salteador*[55]. Recibe furtivamente las venas del susurro divino quien, para tener noticias del poder divino, busca las rendijas de una comprensión torcida, abandonando la puerta de la predicación pública. Por tanto, puesto que es ladrón y salteador quien entra por otra puerta y ama las tinieblas aborreciendo la claridad de la luz, rectamente se añade:

XXIV **46.** *En el horror de una visión nocturna, cuando el sopor suele invadir a los hombres.* A menudo los herejes, cuando se esfuerzan en decir cosas elevadas, ellos mismos se dan cuenta de

54. Pr 9, 17.
55. Jn 10, 1.

que lo que están diciendo no es verdad. En una visión nocturna no se ve con claridad. Aseguran haber percibido las rendijas de un susurro en el pavor de la visión nocturna, porque para demostrar a los demás las cosas elevadas que enseñan, declaran poder comprenderlas a duras penas. De lo cual se debe deducir hasta qué punto pueden ser ciertas para los oyentes las cosas que ellos mismos ven sin claridad.

Por un admirable designio, cuando se dedican a hablar de cuestiones elevadas, caen atrapados en sus mismas palabras poniendo de manifiesto su insensatez. Hasta dónde se elevan por la singularidad de su sabiduría, lo indica con lo que añade a continuación: *Cuando el sopor suele invadir a los hombres*. Como si claramente dijeran los herejes: «cuando los hombres duermen en lo inferior, nosotros vigilamos para percibir lo superior, porque nosotros conocemos aquellas cosas que los corazones de los demás hombres no logran alcanzar por su sopor». O dicho de forma más clara: «nuestra inteligencia se eleva hacia esas verdades mientras el sentido de los demás hombres duerme».

A veces, no obstante, cuando observan que los oyentes desprecian lo que dicen, simulan temer lo que están diciendo. Por eso continúa:

XXV **47.** *El pavor se apoderó de mí y todos mis huesos se estremecieron*. Los herejes desean que se les admire por la altura de su doctrina, por eso les aterroriza lo que inventan, y como escuchar es menos costoso que hablar, se muestran audaces para proferir sus invenciones, ya que ni siquiera ellos mismos se sienten capaces de escucharlas. De ahí que añada:

XXVI **48.** *Cuando un soplo pasó ante mí, se me erizaron los pelos de mi carne. Surgió alguien cuyo rostro no pude reconocer*. Para indicar que las cosas que dicen conocer son incomprensibles, se habla de un soplo que pasó ante él y no se paró; simulan no conocer el rostro que vieron para demostrar haber reconocido otros que la mente humana no puede reconocer. Sigue:

XXVII **49.** *Una imagen ante mis ojos; escuché una voz como de brisa suave*. A menudo los herejes se construyen con la imaginación un Dios al que no pueden contemplar espiritualmente y sostienen escuchar su voz, parecida a la brisa suave, como si gozasen respecto a los demás de una mayor familiaridad para conocer sus

secretos. En realidad, no enseñan lo que Dios dice abiertamente sino lo que les ha sido soplado a sus oídos como a escondidas.

Nos hemos detenido en esta cuestiones para poder descubrir en las palabras de Elifaz, que representa a los herejes, lo que hemos de temer. Ahora bien, los amigos del santo Job no serían amigos de un hombre tal si no hubieran aprendido sin confusión algo de la verdad. Por eso, aunque se equivocaran en las palabras de corrección que pronunciaron, no erraron completamente en su conocimiento de la verdad. Un poco más adelante retomaremos estas palabras para analizar con mayor precisión cómo los que tienen un conocimiento recto pueden pronunciar verazmente las enseñanzas que se expresan a partir de la percepción de la verdad.

A veces los herejes predican ciertas doctrinas verdaderas y sublimes que no han recibido directamente de Dios sino que las han aprendido de sus disputas con la Santa Iglesia y recurren a ellas, no para perfeccionar sus conciencias, sino para hacer ostentación de ciencia. Sucede entonces con frecuencia que hablan de misterios elevados que conocen, pero ignoran con su forma de vida lo que están diciendo. Por tanto, ya sea referidas a los herejes que poseen la ciencia en sus palabras y no en sus vidas, ya sea referidas a los amigos del santo Job que pudieron haber hecho experiencia el conocimiento de la verdad que habían recibido y se esforzaron por enseñar, analicemos los términos que ya hemos citado a fin de demostrar, al hilo del discurso de Elifaz, cuánta ciencia contenían sus palabras, aun cuando no mostró acompañarlas de humildad arrogándose para él solo una ciencia que era un bien común. Dijo:

XXVIII 50. *Además, se me ha dicho una palabra escondida.* El Hijo invisible es la Palabra escondida de la que dijo Juan: *En el principio existía la Palabra*[56]. Que sea escondida lo indica al añadir: *Y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios.* La Palabra escondida es pronunciada a las mentes de los elegidos cuando se manifiesta a los creyentes la potestad del Hijo Unigénito.

Por *palabra escondida* se puede también entender la voz de la inspiración interior, sobre la cual dice Juan: *Su unción os instruirá*

56. Jn 1, 1.

sobre todas las cosas[57]. Esta inspiración, tocando la mente humana, la eleva y, debilitando los pensamientos temporales, la inflama en deseos eternos, de modo que ya no guste nada que no sean realidades supremas y desprecie todo lo que aquí abajo procede de la corrupción humana. Así pues, escuchar una palabra escondida significa acoger en el corazón la voz del Espíritu Santo. Es ésta una palabra que no puede ser conocida si antes no es acogida. Por eso, también la Verdad habla de esta voz escondida diciendo: *Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad a quien el mundo no puede recibir*[58]. Así como tras la ascensión del Mediador, el Paráclito, Consolador del género humano, es invisible en sí mismo, así también todo aquel al que colma se enciende en deseos invisibles. Los corazones mundanos sólo aman lo que ven, por eso este mundo no lo puede recibir, porque no puede elevarse al amor de los bienes invisibles. Las almas del siglo, cuanto más se vierten en deseos exteriores, más se estrechan para recibir al Paráclito en el centro de sus corazones. Hay muy pocos en el género humano que, purificados de la suciedad de los deseos temporales, ensanchen su corazón, gracias a esa purificación, para recibir al Espíritu Santo. Por eso se dice que esta palabra es una palabra escondida, porque lo que ocurre en el corazón de algunos pasa desapercibido a la mayor parte de los hombres.

La inspiración del Espíritu Santo es, en verdad, una palabra escondida: puede ser percibida pero no puede ser expresada con el sonido de la voz. Por eso, cuando la inspiración divina eleva la mente sin ningún sonido, se escucha una palabra escondida, la voz del Espíritu resuena silenciosa en el oído del corazón. Por eso añade:

XXIX **51.** *Y casi furtivamente mi oído ha recibido las venas de su susurro.* Recibe furtivamente las venas del susurro divino porque el alma inspirada conoce las sutilezas del hablar íntimo con un conocimiento pronto y oculto. Si no se esconde de los deseos exteriores, no comprenderá los interiores. Se oculta para escuchar y

57. 1 Jn 2, 27.
58. Jn 14, 16-17.

escucha para ocultarse, pues, sustraída a las realidades visibles, contempla las invisibles y, repleta de las invisibles, desprecia por completo las visibles.

Adviértase que no dijo: *Y casi furtivamente mi oído ha recibido* «su susurro», sino *las venas de su susurro*. El susurro de las palabras ocultas es la voz misma de la inspiración interior. Venas de susurro se llama a los caminos por los que la inspiración llega al alma. Es como si Dios abriera las venas de su susurro cuando nos indica secretamente de qué maneras llega al oído de nuestra inteligencia. Unas veces nos punza con el amor, otras con el temor. Unas veces nos muestra la vanidad de los bienes presentes y levanta nuestro deseo al amor de los eternos; otras nos muestra primero los bienes eternos para que sintamos repugnancia de los temporales. Unas veces pone ante nosotros abiertamente nuestras maldades y nos hace tomar tal conciencia de ellas que sentimos incluso dolor por las ajenas; otras ofrece a nuestra mirada los pecados ajenos para corregir admirablemente los propios llenándonos de compunción. Por tanto, escuchar furtivamente las venas del susurro divino significa reconocer suave y secretamente los modos ocultos de la divina inspiración.

52. Podemos todavía entender este susurro, o las venas del susurro, en otro sentido. Quien susurra habla en secreto y no deja oír su voz, sino una imitación de la misma. Nosotros, mientras aún estamos atrapados en la corrupción de la carne, no podemos ver la claridad de la Potencia divina en su permanente inmutabilidad, pues nuestra debilidad no aguanta el Rayo de eternidad que resplandece sobre nosotros por encima de lo que podemos soportar. Por eso, cuando Dios omnipotente nos revela algo de sí por medio de los destellos de la contemplación no nos habla, sino que susurra, ya que, aunque no se nos da a conocer plenamente, sin embargo, sí que manifiesta algo de Sí a la mente humana. Cuando nos revela claramente su figura, entonces ya no susurrará sino que hablará.

La Verdad dice en el evangelio: *Con toda claridad os hablaré del Padre*[59]. Juan dijo: *Le veremos tal cual es*[60], y Pablo afirma:

59. Jn 16, 25.
60. 1 Jn 3, 2.

Entonces conoceré como soy conocido[61]. Ahora el susurro divino se nos muestra en tantas venas como criaturas hay sobre las que gobierna la misma divinidad. Contemplando las criaturas nos elevamos a admirar al Creador. Pues así como se busca el agua que mana delicada entre rendijas para hacerla crecer y tanto más dilatada corre cuanto más anchas son las brechas en que se encuentra, así también nosotros, recogiendo con esfuerzo noticias de la divinidad a partir de la contemplación de las criaturas, abrimos para nuestro bien las venas de su susurro. Contemplando la obra admiramos la potencia de su Autor y, por medio de lo manifiesto, fluye hasta nosotros lo que está oculto. Ofreciendo sus obras a nuestra consideración es como si irrumpiera un sonido que llega hasta nosotros en el que Él mismo, en cierto sentido, se nos revela; sonido en el que nos comunica al mismo tiempo cuán incomprensible es para nosotros. Por tanto, como no podemos tener un conocimiento adecuado de Dios, no escuchamos su voz, sino apenas un susurro.

Ni siquiera somos capaces de comprender plenamente las realidades creadas, de ahí que se diga: *Casi furtivamente mi oído ha recibido las venas de su susurro*. Expulsados de los gozos del paraíso y castigados con la pena de la ceguera, apenas percibimos las venas del susurro porque pasamos por sus obras admirables rápida y superficialmente.

Debe tenerse en cuenta que si el alma elevada contempla su potencia, se siente oprimida y teme su fortaleza. Por eso, rectamente, añade:

XXX **53.** *En el horror de una visión nocturna*. El horror de una visión nocturna es el pavor de la contemplación oculta. El alma humana, cuanto más elevada a las alturas contempla las realidades eternas, tanto más aterrorizada teme las obras temporales. Se ve tanto más culpable cuanto más comprueba que discrepa de la Luz que resplandece sobre ella. Al ser iluminada siente mayor temor porque ve en cuántas cosas no concuerda con la regla de la verdad. Su mismo progreso le hace experimentar un temor que antes no sufría cuando nada veía y se creía segura.

61. 1 Co 13, 12.

Aunque haya progresado mucho en la virtud, no alcanza a comprender con claridad los destellos de la eternidad, sino que aún los percibe bajo la niebla de su imaginación. Por eso se habla de una visión nocturna.

Por la noche –como ya hemos dicho–, se ven las cosas entre dudas; por el día se ven con firmeza. Pues bien, como al contemplar los rayos del Sol interior se interponen las nubes de nuestra condición corruptible y la Luz inmutable no puede alcanzar los débiles ojos de nuestra mente tal cual es, vemos todavía a Dios como en una visión nocturna; lo percibimos con una contemplación insegura y sombría.

Lo que el alma percibe de Dios es en extremo pequeño. A pesar de ello, se aterroriza al considerar su grandeza, aumenta su temor viéndose inferior a medida que avanza en la contemplación, y, abandonándose a Él, ama con más ardor a Aquel cuya admirable dulzura no logra soportar aun habiéndola gustado con una visión incierta.

A la cima de esta elevación no se puede llegar si antes no se han apagado las molestias de los deseos carnales que atosigan inoportunamente; de ahí que rectamente añada:

XXXI **54.** *Cuando el sopor suele invadir a los hombres*. Todo el que anhela entregarse a las cosas del mundo es como el que está en vela. Todo el que, por el contrario, buscando la quietud interior, huye del estrépito de este mundo, es como el que duerme. Se debe tener en cuenta que en la Sagrada Escritura se habla del sueño figuradamente en tres sentidos. Unas veces el sueño expresa la muerte de la carne, otras la indolencia de la negligencia, otras, en fin, la quietud de la vida lograda tras terminar con los deseos terrenos.

Con el término sueño o dormición se indica la muerte de la carne, como cuando dijo Pablo: *Hermanos, no queremos que estéis en la ignorancia respecto de los que duermen*[62]. Y poco después: *De la misma manera Dios llevará consigo a los que durmieron en Jesús*[63].

62. 1 Ts 4, 13.
63. 1 Ts 4, 14.

El sueño también designa la indolencia de la negligencia, como cuando el mismo Pablo dice: *Ya es hora de despertaros del sueño*[64]. Y en otro lugar: *Velad, justos, y no pequéis*[65].

El sueño representa, por último, la quietud de la vida, lograda al terminar con los deseos de la carne, como cuando se dice por la voz de la Esposa en el Cantar de los cantares: *Yo duermo y mi corazón está en vela*[66]. El alma santa, cuando apaga el estrépito de la concupiscencia temporal, conoce con mayor verdad las realidades interiores, y está en vela respecto a las realidades íntimas con tanto más entusiasmo cuanto más se oculta de la inquietud exterior. Jacob, que duerme en el camino, es buen símbolo de lo que estamos diciendo: puso una piedra para la cabeza, se durmió y vió una escalera que llegaba desde la tierra al cielo, al Señor apoyado en ella y ángeles que subían y bajaban[67]. Dormir en el camino significa descansar del amor de las cosas temporales mientras aún estamos en el camino de la vida presente. Dormir en el camino significa cerrar los ojos de la mente al deseo de cosas invisibles mientras corren los días y pasan. Esos ojos que el seductor abrió a los primeros hombres, cuando dijo: *Sabe Dios que el día en que comáis de él se abrirán vuestros ojos*[68]. La culpa abrió los ojos de la concupiscencia que la inocencia mantenía cerrados. Ver a los ángeles subir y bajar es contemplar a los ciudadanos de la patria suprema notando o el gran amor que los mantiene unidos por encima de sí a su Creador, o la gran compasión de la caridad que les lleva a condescender con nuestras debilidades.

55. Nótese, además, que ve a los ángeles mientras duerme quien pone la cabeza sobre una piedra. Y es que, cesando de actuar externamente, penetra las realidades interiores quien, con la intención de la mente –parte principal del hombre[69]–, busca imitar a su Redentor. Poner la cabeza sobre una piedra significa, en efecto, adherirse con la mente a Cristo. Los que se han alejado de la

64. Rm 13, 11.
65. 1 Co 15, 34.
66. Ct 5, 2.
67. Cf. Gn 28, 11-13.
68. Gn 3, 5.
69. Cf. JERÓNIMO, *Comentario al Ev. de Mateo*, 15, 19 (PL 26, 109 A).

actividad de la vida presente pero no se han dejado arrebatar por el amor de los bienes supremos, pueden ciertamente dormir, pero no consiguen ver a los ángeles porque han despreciado mantener su cabeza sobre una piedra.

Hay algunos que rehuyen, sí, las obras del mundo, pero no ejercitan ninguna virtud. Estos duermen por pereza, no por cansancio, y no logran contemplar las realidades interiores porque no han puesto la cabeza sobre una piedra, sino sobre el suelo. Les sucede a éstos con frecuencia que cuanto más seguros se creen absteniéndose de acciones exteriores, tanto más ampliamente reúnen en sí, por su pereza, el estrépito de pensamientos inmundos.

Tomando a Judea como símbolo, el profeta llora la indolencia del alma, diciendo: *Los enemigos la miraban y se reían de sus sábados*[70]. La ley manda abstenerse del trabajo exterior en sábado. Los enemigos que ven los sábados se ríen cuando los espíritus malignos, a partir del descanso mismo, arrastran a pensamientos ilícitos, de modo que, un alma cualquiera, por creer que, apartada de obras exteriores, sirve ya a Dios, se hace más esclava del tirano pensando cosas ilícitas.

Los santos que se duermen respecto a las obras del mundo no por pereza sino por virtud, realizan mayor trabajo durmiendo que estando despiertos, porque, al haber abandonado las acciones del siglo, luchan a diario contra ellos mismos en recio combate. Buscan así que la mente no caiga en la indolencia de la negligencia; que no se entregue, dominada por el ocio, a deseos inmundos; que no se enfervorice más de lo conveniente con los buenos deseos; y que, bajo pretexto de discreción, no se debilite poniendo freno a su perfección. Actuando de esta forma, el alma se sustrae por completo a la inquieta concupiscencia de este mundo, abandona el estrépito de las acciones terrenas y, atenta para lograr con el ejercicio de sus virtudes la quietud, duerme vigilante. No podría entregarse a la contemplación de las realidades interiores si no se substrajera con decisión de las actividades exteriores que le enredan. La misma Verdad dice: *Nadie puede servir a dos señores*[71]; y

70. Lm 1, 7.
71. Mt 6, 24.

Pablo: *Nadie que milita en el servicio de Dios se enreda en los asuntos de la vida si quiere complacer al que le ha alistado*[72]. El Señor amonesta por medio del profeta diciendo: *Paraos y ved que yo soy Dios*[73].

No es posible alcanzar el conocimiento interior si no nos apartamos de cualquier preocupación exterior, por eso, rectamente se refiere al momento actual del divino susurro y de la palabra escondida, diciendo: *En el horror de una visión nocturna, cuando el sopor suele invadir a los hombres*, porque nuestra mente no puede de ninguna manera ser arrebatada a la íntima contemplación si antes no se ha alejado con decisión del tumulto de deseos terrenos. El ánimo humano, elevado por esa máquina que es la contemplación, al verse más alto, por encima de sí, se llena en su interior de un terrible estremecimiento. De ahí que añada:

XXXII **56.** *El pavor se apoderó de mí y todos mis huesos se estremecieron.* ¿Qué representan los huesos sino las acciones fuertes? Sobre ellas se dice por el profeta: *El Señor custodia todos sus huesos*[74]. Con frecuencia los hombres valoran sus obras porque desconocen cuán severo es el juicio del examen interior. Sin embargo, cuando contemplan los misterios supremos arrebatados en contemplación, entonces se desvanece, en cierto modo, su presuntuosa seguridad y tiemblan ante la mirada de Dios tanto más cuanto más indignas le parecen, ante su examen, las que juzgaban buenas obras.

Por eso, el que había progresado realizando obras fuertes, elevado por el espíritu, clamaba: *Todos mis huesos dicen: «Señor, ¿quién es semejante a ti?»*[75]. Como si dijera: «mis carnes han perdido la palabra, porque mis debilidades callan por completo junto a ti; mis huesos, sin embargo, proclaman la alabanza de tu grandeza, porque las obras que a mí me parecieron fuertes se estremecen bajo tu mirada». Manóaj, cuando vió un ángel, temió y dijo: *Seguro que vamos a morir, porque hemos visto al Señor*[76]. Su mujer,

72. 2 Tm 2, 4.
73. Sal 46, 11.
74. Sal 34, 21.
75. Sal 35, 10.
76. Jc 13, 22.

para consolarlo, le contestó: *Si el Señor hubiera querido matarnos no habría aceptado de nuestras manos el holocausto ni la oblación*[77]. ¿Qué significa que el hombre se muestre tímido ante la visión del ángel y que la mujer se muestre audaz, sino que, siempre que se nos muestran los bienes celestiales, el espíritu se ve afligido por el pavor y la esperanza lo reconforta? La esperanza se alza con audacia hacia los bienes mejores ahí donde el espíritu se ve turbado, porque ve con antelación los bienes supremos.

Cuando la mente elevada contempla las grandezas de los secretos celestes, la solidez toda de las fuerzas humanas se estremece, de ahí que rectamente diga: *El pavor se apoderó de mí y todos mis huesos se estremecieron*. Como si claramente dijera: «percibiendo los secretos arcanos del juicio interior, ahí donde me creí fuerte, he temblado ante la mirada del Juez». Contemplando, pues, el rigor de la justicia divina nos estremecemos también –y con razón–, ante las acciones que considerábamos haber realizado con vigor.

Nuestra rectitud, dócil a la regla interior, si tiene que habérselas con el juicio riguroso, se encuentra rechazada por los múltiples altibajos de sus desviaciones. Pablo, sabiendo que tenía los huesos vigorosos de las virtudes y que, ante el examen riguroso, esos mismos huesos suyos también temblaban, dijo: *Poco me importa ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano. Ni siquiera me juzgo a mí mismo; mi conciencia nada me reprocha*[78]. Pero como escuchó las venas del divino susurro provocando el temblor de sus huesos, añadió en seguida: *Mas no por eso quedo justificado; quien me juzga es el Señor*[79]. Como diciendo: «recuerdo las acciones que obré con rectitud y, sin embargo, no presumo de méritos, porque nuestra vida está expuesta a un examen ante el cual los huesos de nuestra fortaleza también se turban».

57. Ahora bien, cuando la mente huelga en la contemplación, cuando superando las angustias de la carne se abre con la fuerza de la meditación un rincón íntimo de libertad y seguridad, no

77. Jc 13, 23.
78. 1 Co 4, 3-4.
79. 1 Co 4, 4.

puede permanecer largo tiempo por encima de sí misma; aunque el espíritu la levante a las realidades divinas, la carne la empuja todavía hacia abajo con el peso de su condición corruptible. De ahí que siga:

XXXIII **58.** *Cuando un soplo pasó ante mí, se me erizaron los pelos de mi carne*. Pasa ante nosotros un soplo cuando conocemos las cosas invisibles y las vemos, no con detenimiento sino de soslayo. El alma no permanece anclada durante largo tiempo en la suavidad íntima de la contemplación, porque el mismo resplandor inmenso de Luz le hace retroceder deslumbrándole. Cuando saborea la dulzura interior, arde en amor y se esfuerza por ir más allá de sí, pero abatida vuelve a caer en las tinieblas de su debilidad. Progresando con gran virtud ve, por un lado, que, ni siquiera así, puede ver aquello que ama tan ardientemente, y, por otro, que no lo podría amar con ese ardor si no lo viera ya al menos mínimamente[80]. Por eso el soplo pasa y no se queda, porque nuestra contemplación nos abre anhelantes a la Luz suprema, y luego la esconde por nuestra debilidad. En esta vida, cualquiera que progrese en la virtud siente todavía el aguijón de su condición corruptible, ya que *un cuerpo que se corrompe agrava el alma y la morada terrena oprime el sentido con muchos pensamientos*[81], por eso continúa: *se me erizaron los pelos de mi carne*.

59. Los pelos de la carne son las cosas superfluas que pertenecen a la corrupción humana. Pelos de la carne son los pensamientos de la vida vieja que apartamos de la mente sin que su apartamiento nos produzca dolor alguno. Rectamente se dice por Moisés: *Los levitas se rasurarán todos los pelos de su carne*[82]. Se llama levita al que ha sido separado. Es necesario que los levitas se rasuren todos los pelos de la carne, porque el que ha sido separado para el servicio divino debe aparecer ante los ojos de Dios limpio de todos sus pensamientos carnales, de manera que la mente no genere pensamientos ilícitos y no vuelva deforme la belleza del

80. Cf. Mor 16, 33. «No lo amaríamos si no lo conociéramos»: AGUSTÍN, *Confesiones*, X, 20, 29 (CCL 27, 171: *Obras*, II, B.A.C., Madrid ^{6}1968, 417).

81. Sb 9, 15; cf. AGUSTÍN, *Confesiones*, VII, 17, 23 (CCL 27, 107: *Obras*, II, B.A.C., Madrid ^{6}1968, 292).

82. Nm 8, 7.

alma, como si le salieran pelos. Como ya hemos dicho, aunque uno se conduzca con una vida muy virtuosa, todavía debe soportar lo que nace de su vida vieja. Por eso se manda que los pelos de los levitas se rasuren y no se arranquen. Los pelos rasurados conservan todavía sus raíces en la carne y crecen de nuevo para ser cortados; así también los pensamientos superfluos se deben rechazar con firme empeño, pero no pueden ser arrancados por completo. La carne genera siempre pensamientos superfluos que el espíritu debe cortar continuamente con la navaja de la solicitud. Comprendemos estas verdades tanto más agudamente cuanto más profundizamos en la contemplación. De ahí que ahora se diga con rectitud: *Cuando un soplo pasó ante mí, se me erizaron los pelos de mi carne*.

60. La mente humana, elevada a la altura protegida de la contemplación, se atormenta con pensamientos superfluos tanto más duramente cuanto más descubre sutilmente la magnitud de lo que ama. Cuando alcanza la belleza que ansía y le transciende, juzga severamente las propias debilidades que antes toleraba tranquilamente. Pasando un soplo se erizan los pelos, porque, ante la fuerza de la compunción, los pensamientos superfluos huyen. Ya no le agrada nada pasajero o sin importancia, pues la severidad de la presencia interior inflama la mente inspirada incluso contra sí misma. Cuando lo ilícito que nace en el corazón es cortado con una revisión continua, sucede con frecuencia que la mente vivificada se adhiere un poco más al rayo de su meditación y consigue casi retener el soplo que pasaba. Sin embargo, ni siquiera la permanencia prolongada en la contemplación revela plenamente la fuerza de la divinidad, porque su inmensidad transciende las fuerzas humanas aunque éstas hayan sido acrecentadas y elevadas. Por eso añade rectamente:

XXXIV **61.** *Surgió alguien cuyo rostro no pude reconocer*. No hablamos de *alguien* a no ser que no queramos o no podamos revelar algo de él. Cómo se deba entender este *alguien* se indica a continuación, cuando añade: *Cuyo rostro no pude reconocer*. El alma humana, expulsada de los gozos del paraíso por el pecado de los primeros hombres, perdió la luz de las cosas invisibles y se dispersó entera en el amor de las visibles. Quedó para la contemplación interior tanto más cegada cuanto más se entregó deshonesta-

mente a las cosas exteriores[83]. En consecuencia, ya no conoce sino lo que el ojo de la mente –por decirlo así–, puede palpar. El hombre, que de haber observado el mandato de Dios hubiera sido espiritual también en su carne, logró con su pecado hacer carnal el alma, de modo que ya sólo conoce lo que capta en su ánimo por medio de imágenes corporales[84]. Corporales son, en efecto, el cielo, la tierra, las aguas, los animales y todas las cosas visibles que continuamente observamos. Cuando el alma se entrega complacida a estas realidades visibles se embrutece para la inteligencia interior y, no pudiendo ya elevarse a los misterios supremos, yace contenta en las cosas de aquí abajo. No obstante, cuando procura con admirables esfuerzos resurgir desde esas cosas, gran logro es si consigue llevar su alma al propio conocimiento abstrayéndose de las figuras corporales. De esa forma puede pensarse a sí misma sin imágenes materiales y, conociéndose así, se le puede mostrar el camino para meditar en la realidad eterna.

62. Actuando así, hace de sí misma como una escala por la que sube desde las cosas exteriores a la propia vida interior, y desde su interior tiende a su Autor. Cuando abandona las imágenes corporales y el alma entra en sí, no es poca cosa lo que ha hecho. Ahora bien, aunque el alma sea incorpórea, al estar unida al cuerpo, reconoce a partir de su misma condición que el cuerpo le retiene. Cuando olvida lo que sabía, conoce lo que no sabía, trae a la memoria mandatos olvidados, se alegra tras la tristeza y cae de nuevo en ella después de la alegría. Los mismos cambios de ánimo indican cuán lejos se encuentra de la inmutabilidad de la realidad eterna. Realidad que permanece siempre idéntica, que está presente en todas partes y en todas es invisible y está entera; realidad incomprensible a la mente anhelante que la contempla sin figura, la escucha sin dudas, la percibe sin movimiento, la toca sin cuerpo, la retiene sin espacio. Cuando el ánimo, acostumbrado a las cosas corporales, medita en esta realidad, debe servirse de las represen-

83. Cf. Ex Cant 2 (CCL 144, 3-4).

84. Tal es también la teoría agustiniana de la sensación, de claras resonancias estoicas; cf. AGUSTÍN, *De la cuantidad del alma*, 23, 42-43 (PL 32, 1059-1060: *Obras*, III, B.A.C., Madrid [3]1963, 472-475).

taciones diversas de la imaginación. Si logra alejar estas representaciones de los ojos de su intención con la mano del discernimiento[85], posponiendo todo a la realidad divina, entonces alcanza a ver algo de ella. Y aunque no logra comprender lo que esta realidad es, sabe con certeza lo que no es. Por eso, como la mente es arrebatada a realidades nuevas, cuando penetra en la esencia divina, rectamente exclama: *Surgió alguien cuyo rostro no pude reconocer*.

63. Justamente se dice *surgió*. Toda criatura creada de la nada e inclinada por sí misma a la nada, no posee el atributo de la permanencia, sino el de la contingencia. La criatura racional, por haber sido creada a imagen del Creador, permanece estable para no caer en la nada. La criatura irracional no permanece estable, sino que, por su condición pasajera, se le prolonga el tiempo de su permanencia hasta que complete la belleza del universo con el servicio de su visión. Aunque luego cielo y tierra permanezcan para siempre, ahora tienden por sí mismos a la nada, pero, hasta que sean perfeccionados, se conservan para provecho de aquellos a quienes sirven.

La permanencia, pues, pertenece sólo al Creador, por quien pasan todas las cosas sin que Él pase y en quien algunas cosas se conservan para que no pasen. La mente humana no puede captar la estabilidad de la divinidad, por eso Nuestro Redentor vino a nosotros en carne, creado, nacido, muerto, sepultado, resucitado, vuelto al cielo, mostrando la divinidad como pasando[86]. Bien lo expresa el evangelio al referir el caso del ciego al que se le dio la luz: el oído le fue curado mientras el Redentor pasaba y los ojos mientras permanecía parado[87]. Para beneficio de la humanidad, debía pasar; para mostrar la potencia de su divinidad, presente en todas partes, debía permanecer. Se dice que el Señor pasando es-

85. La misma expresión (*abigere manu discretionis*) se encuentra en Hm Ez II, 5, 9 (CCL 142, 282). Discernimiento (*discretio*) equivale al griego *diakrítikon*, que Gregorio de Nisa define como «facultad de contemplación que pertenece a la parte divina del alma, porque por ella comprendemos las cosas de Dios»: *Diálogo sobre el alma y la resurrección* (PG 46, 89 B).

86. Cf. AGUSTÍN, *Sobre el libre arbitrio*, 3, 10, 30 (CCL 29, 293: *Obras*, III, B.A.C., Madrid [3]1963, 357).

87. Cf. Mt 9, 27; 20, 30; Mc 8, 22; 10, 46; Lc 18, 35; Jn 9, 1.

cuchó las voces de nuestra ceguera, pues hecho hombre tuvo misericordia de la miseria humana. Parado le devuelve la luz, porque ilumina las tinieblas de nuestra debilidad con la fuerza de su divinidad. Por eso, una vez que ha dicho: *Cuando un soplo pasó ante mí*, en seguida añade: *Surgió alguien cuyo rostro no pude reconocer*. Como si claramente dijera: «al que sentí pasar, no lo alcancé a su paso». El mismo es, por tanto, el que pasa y el que permanece. Pasa porque una vez conocido no puede ser retenido; permanece porque, en cuanto se conoce, aparece inmutable. Por tanto, como el que permanece siempre idéntico es visto fugazmente, Dios se muestra al mismo tiempo pasando y permaneciendo. Su permanecer consiste en no sufrir cambio alguno, tal como se dice a Moisés: *Yo soy el que soy*[88], y como insinúa Santiago: *En quien no hay transformación ni sombra alguna de cambio*[89].

Quien ya ha alcanzado algo de la contemplación de la eternidad, lo ha logrado por medio de su belleza coeterna, de ahí que continúe:

XXXV **64.** *Una imagen ante mis ojos*. Imagen del Padre es el Hijo, tal como indica Moisés sobre el hombre creado, diciendo: *Creó Dios al hombre, a imagen de Dios lo creó*[90], y tal como cierto sabio dijo sobre el mismo Hijo, según la expresión de la Sabiduría: *Es un reflejo de la luz eterna*[91]. También Pablo afirmó: *El cual es resplandor de su gloria e impronta de su sustancia*[92]. Cuando se alcanza a ver la eternidad –en la medida que esto es posible a nuestra debilidad–, se presenta ante los ojos de nuestra mente su Imagen, porque cuando tendemos verdaderamente al Padre lo vemos en cuanto lo recibimos por medio de su Imagen, o sea, de su Hijo. Por medio de su figura, nacida de Él sin inicio, nos esforzamos por ver, hasta cierto punto, a Quien no tiene principio ni fin. La misma Verdad dice en el evangelio: *Nadie va al Padre sino por mí*[93]. Prosigue oportunamente:

88. Ex 3, 14.
89. St 1, 17.
90. Gn 1, 27.
91. Sb 7, 26.
92. Hb 1, 3.
93. Jn 14, 6.

XXXVI **65.** *Escuché una voz como de brisa suave.* ¿Qué designa la voz de suave brisa sino el conocimiento del Espíritu Santo que, procediendo del Padre y recibiendo de Él lo que es del Hijo[94], se da suavemente a conocer a nuestra debilidad? Al venir sobre los apóstoles se mostró con gran ruido exterior, como de un viento impetuoso, tal como se afirma: *De repente vino del cielo un sonido como el de un viento impetuoso*[95]. El Espíritu Santo, cuando se da a conocer a la debilidad humana, se manifiesta como sonido de viento impetuoso y como voz de brisa suave, porque cuando viene es a la vez impetuoso y suave: suave porque adecua su conocimiento a nuestros sentidos para que pueda ser conocido, impetuoso porque, por más que se adecue, su venida luminosa perturba la ceguera de nuestra debilidad. Su luz nos toca con suavidad, pero golpea fuertemente nuestra indigencia.

66. La voz de Dios se escucha suavemente porque la divinidad no se manifiesta tal cual es a los que la contemplan mientras aún están en esta vida, sino que muestra tenuemente su claridad a los inflamados ojos de nuestra mente.

La entrega de la ley representa bien lo que estamos diciendo, especialmente cuando se dice que Moisés subió y el Señor bajó al monte[96]. El monte es nuestra contemplación: a ella subimos para elevarnos a la visión de las realidades que transcienden nuestra debilidad; a ella desciende el Señor, porque, cuando hemos progresado mucho, revela a nuestros sentidos algo –poco–, de su misterio.

Se dice que los fieles participan de su conocimiento «en algo» o «un poco», aun cuando Él siempre permanece uno y el mismo, y no se le puede conocer por partes, ni se puede aceptar el hablar de una partición de su sustancia. Pero como no podemos expresarnos adecuadamente, obstaculizados por la limitación de nuestra humanidad como débiles niños, hablamos de Él balbuciendo algo de su misterio.

No obstante, elevados en alta contemplación, llegamos a captar en parte el conocimiento de la eternidad, de lo cual dan testi-

94. Cf. supra nota 64 en Libro Primero.
95. Hch 2, 2.
96. Cf. Ex 24, 1.

monio las palabras de la historia sagrada cuando relatan que el noble profeta Elías fue introducido en el conocimiento de Dios. Se le prometió que pasaría ante él el Señor: *Mira que el Señor pasa: vino un viento grande y fuerte, que hendía los montes y quebraba las piedras ante el Señor*[97], y luego añadió: *No estaba el Señor en el viento. Después del viento vino un terremoto, pero el Señor no estaba en el terremoto; después del terremoto vino un fuego, pero el Señor no estaba en el fuego. Tras el fuego vino el silbido de una brisa suave*[98].

Antes de que pase el Señor, el viento abate los montes y quiebra las piedras, porque el pavor producido ante su venida derriba la altanería de nuestro corazón y ablanda su dureza. Se dice que el Señor no estaba en la tormenta ni en el fuego, y se afirma, sin embargo, que estaba en el silbido de una brisa suave, porque la mente, cuando se suspende en la sublimidad de la contemplación, si consigue una visión perfecta, aquello que ve no es Dios. Cuando, por el contrario, observa algo sutil, escucha entonces el eco de la incomprensible sustancia eterna. Percibimos algo así como el silbido de una brisa suave cuando degustamos sutilmente en rápida contemplación el sabor de la Verdad ilimitada. Sólo entonces es verdadero lo que conocemos de Dios: cuando sentimos que es imposible conocer plenamente algo de Él. Por eso añadió a renglón seguido: *Cuando lo escuchó Elías, se cubrió el rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva*[99].

Después de escuchar el silbido de una brisa suave el profeta se cubrió el rostro con el manto, porque en la misma contemplación sutilísima de la Verdad el hombre descubre cuánta ignorancia le envuelve. Cubrirse el rostro con el manto significa que la mente no debe atreverse a buscar los bienes superiores, sino que debe velar considerando su propia debilidad para no abrir precipitadamente los ojos de la inteligencia a lo que está por encima de sí, sino cerrarlos con reverencia ante lo que no puede aprehender. Se cuenta que así lo hizo el que se puso a la entrada de la cueva.

97. 1 R 19, 11.
98. 1 R 19, 13.
99. Ibid.

¿Cuál es nuestra cueva sino la morada de nuestra condición corruptible en la que todavía conservamos nuestro viejo estado? Cuando empezamos a percibir el conocimiento de la divinidad es como si ya nos pusiéramos a la entrada de nuestra cueva. Aunque no podemos progresar perfectamente en el conocimiento de la verdad, al anhelarla captamos, sin embargo, algo del aire de la libertad. Estar, por tanto, en la entrada de la cueva significa empezar a salir al conocimiento de la verdad una vez que hemos superado el obstáculo de nuestra corrupción.

También los israelitas veían desde lejos que la nube bajaba sobre la Tienda del encuentro estando ellos a la entrada de sus tiendas, porque los que ven, en cierto modo, la venida de la divinidad es como si ya salieran de la tienda de la carne. El alma humana, dilatada con cualquier virtud, apenas conoce de los misterios íntimos más que realidades limitadas, por eso ahora se dice: *Escuché una voz como de brisa suave*. Ahora bien, como Dios nos ofrece de Sí un conocimiento en extremo limitado, nos enseña así la ignorancia de nuestra debilidad. El que escuchó una voz como de suave brisa diga qué ha aprendido de su audición. Sigue:

XXXVII **67.** *«¿Acaso el hombre puede justificarse al confrontarse con Dios o ser más puro que su Creador?»*. La justicia humana comparada con la justicia divina es injusticia; también una lámpara brilla en las tinieblas, pero ante los rayos del sol se entenebrece. ¿Qué conoció Elifaz arrebatado en contemplación sino que el hombre al compararse con Dios no puede justificarse? Consideramos rectas las obras que realizamos externamente, pero cuando conocemos mínimamente las realidades interiores, cuando percibimos cualquier cosa de ellas, ya no juzgamos esas obras exteriores de cualquier manera; y es que, las tinieblas se pueden juzgar tanto más sutilmente cuanto más verdadera es la claridad de la luz que se recibe. Quien ve la luz sabe cómo estimar las tinieblas. Quien ignora el resplandor de la luz, aprobará la oscuridad como si fuera luminosa.

Rectamente añade: *¿O ser más puro que su Creador?* Quien se queja de su aflicción ¿qué otra cosa hace sino acusar la justicia del que le aflige? El hombre se considera más puro que su Creador si se querella contra su azote y, sin duda, lo considera inferior a sí al reprochar el juicio por el que recibe la aflicción. Para que el hom-

bre no se atreva a reprender al Juez que ve la culpa, reflexione humildemente en el Autor de la naturaleza, porque quien hizo admirablemente al hombre de la nada, no aflige despiadadamente al que creó. Esto es lo que aprendió Elifaz cuando escuchó una voz como de suave brisa.

Considerando, pues, la grandeza divina se aprende cuán humildemente debe temerse su castigo. Quien saborea los bienes supremos, soporta ecuánimemente las desgracias de aquí abajo porque dentro ve plenamente en qué medida debe estimar lo que hace por fuera. Erróneamente se considera recto, quien ignora la regla de la suma rectitud. Con frecuencia se considera recta una vara que no se ha confrontado con una regla, pero cuando se acercan se descubre lo torcida que estaba; la rectitud de la regla revela, por contraste, lo que el ojo aprobaba engañado. Así, Elifaz, que contempló los misterios supremos, se convirtió en juez severo de las cosas inferiores. Y, aunque no reprendió rectamente al santo Job, al compararlo con el Creador de todo, describe, sin embargo, de forma correcta la condición de la criatura, diciendo:

XXXVIII **68.** *Los que le sirven no son estables y en sus ángeles ha encontrado maldad. ¡Cuánto más los que habitan en casas de barro, que tienen su fundamento en la tierra, se consumen como por una polilla!* La naturaleza angélica, aunque permanece inmutablemente estable en su estado adhiriéndose en contemplación al Creador, como es criatura, lleva en sí misma el atributo de la mutabilidad. Mutar significa pasar de un estado a otro y no permanecer estable en sí mismo. Una cosa tiende a otra gradualmente, según los movimientos que conlleva su condición cambiante. Sólo la naturaleza incomprensible ignora lo que significa cambiar de estado; permanece idéntica a Sí misma sin sufrir cambio alguno. Si la sustancia de los ángeles hubiera sido ajena a los movimientos de la condición cambiante, creada perfecta por el Creador, nunca hubiera caído de la altura protegida de la bienaventuranza para convertirse en espíritus réprobos.

De forma admirable, Dios omnipotente creó buena la naturaleza de los espíritus supremos, pero la hizo mutable para que los que no querían permanecer estables se precipitaran y los que perseveraran en su condición permanecieran en ella más justamente aún por hacerlo libremente. De esa manera, sus méritos ante Dios

serían mayores al establecerse en su estado de forma voluntaria a pesar de su condición cambiante. Por eso, como la naturaleza angélica es en sí misma mutable y venció su condición cambiante ligándose con vínculos de amor al que permanece siempre idéntico, rectamente dice ahora: *Los que le sirven no son estables.* A continuación añade la demostración de su inestabilidad refiriéndose a los espíritus apóstatas: *Y en sus ángeles ha encontrado maldad.*

A partir de la caída de esos ángeles saca una reflexión sobre la debilidad humana y dice: *¡Cuánto más los que habitan en casas de barro, que tienen su fundamento en la tierra, se consumen como por una polilla!* Habitamos en casas de barro porque subsistimos en cuerpos terrenos. Pablo medita acertadamente sobre ello al decir: *Llevamos este tesoro en vasijas de barro*[100]. Y en otro lugar: *Sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios, no hecho por mano humana*[101]. El fundamento terreno es la sustancia de la carne. El salmista lo había comprobado en sí mismo cuando decía: *Mi hueso no te está oculto, pues lo hiciste en lo secreto y mi sustancia en las profundidades de la tierra*[102]. La polilla nace entre las telas y destruye las mismas telas de las que procede. La carne es como el vestido del alma, y este vestido tiene su propia polilla, porque de él nace la tentación de la carne que le atormenta. Nuestro vestido se consume como por una polilla cuando la carne corruptible produce la tentación y, por medio de ella, halla la destrucción. El hombre se consume como por una polilla que nace de él para destrozarlo. Es como si claramente dijera: «si los espíritus a los que no oprime la debilidad de la carne son incapaces de permanecer estables por sí mismos, ¡con cuánta temeridad se creen los hombres que pueden perseverar en el bien, ellos que, cuando se elevan con el intelecto a las realidades supremas, encuentran el gravoso obstáculo de su carne débil y llevan en sí mismos la corrupción, fruto del pecado, que los hace envejecer alejados de la novedad divina!».

100. 2 Co 4, 7.
101. 2 Co 5, 1.
102. Sal 139, 15.

69. Por ángeles se puede entender también a los santos doctores, tal como dice el profeta: *Los labios del sacerdote custodien el saber y en sus labios búsquese la ley, porque él es el ángel del Señor de los ejércitos*[103]. Los santos doctores, que resplandecen con tanta virtud, no están exentos de culpa mientras aún avanzan por el camino de la vida presente; sus pasos están expuestos al barro de las obras ilícitas y al polvo de los malos pensamientos.

Los que se regocijan en las seducciones de esta vida carnal habitan en casas de barro. Pablo desdeñaba habitar en casa de barro cuando decía: *Nuestra ciudadanía está en el cielo*[104]. Así pues, diga: *Los que le sirven no son estables y en sus ángeles ha encontrado maldad. ¡Cuánto más los que habitan en casas de barro, que tienen su fundamento en la tierra, se consumen como por una polilla!* Como diciendo abiertamente: «si los que anuncian los bienes eternos no pueden recorrer el camino de la vida presente sin contagiarse, ciñéndose incluso contra los asuntos temporales, ¡cuánto daño sufrirán los que se gozan en las voluptuosidades de esta habitación carnal!».

Los que le sirven no son estables porque, cuando la mente se esfuerza por alcanzar las alturas, se distrae con pensamientos que proceden de su carne. Sucede entonces con frecuencia que, mientras el ánimo desea ardientemente los bienes íntimos, mientras sólo espera la realidad celeste, golpeado por un repentino placer carnal, cae postrado, dividido en su interior, y quien se alegraba de haber superado las molestias de su debilidad gime abatido por una herida inesperada. Por eso, también en los ángeles encuentra maldad, pues también a los que anuncian la verdad les atormenta a veces la insinuación de una vida engañosa. Si los que caminan con santa intención sufren las heridas de la maldad de este mundo ¡cuántas serán las embestidas que abatirán a los que para hacer frente a sus flechas oponen la complacencia en la propia debilidad!

Con razón se dice que serán consumidos como por una polilla. La polilla provoca el daño sin hacer ruido. También las mentes de los inicuos, al no reflexionar sobre sus propios daños, pier-

103. Ml 2, 7.
104. Flp 3, 20.

den su integridad casi sin saberlo. Alejan la inocencia del corazón, la verdad de su boca, la continencia de su carne, y, con el pasar del tiempo, la vida de su duración. Entregados con todo su deseo a cuidados temporales no se dan cuentan de estar alejándose cada vez más de esos bienes. Se consumen, sí, como por una polilla, porque soportan el mordisco de la culpa sin percibir su sonido, ignorando los daños que sufre su inocencia y su vida. Continúa rectamente:

XXXIX 70. *De la mañana a la tarde se desploman.* El pecador se desploma de la mañana a la tarde cuando sufre las heridas de la maldad perpetrada desde el comienzo de su vida hasta su término. Los pecadores, aumentando su maldad con el tiempo, multiplican contra ellos mismos los golpes que les hacen caer desplomados en el abismo. Sobre ellos dice el salmista: *Los hombres sanguinarios y pérfidos no llegarán a la mitad de sus días*[105]. Llegar a la mitad de los días significa dividir el tiempo de la vida, perdido malamente en placeres, con los llantos de la penitencia y repararlo, una vez dividido, empleándolo en obras de provecho. Los pecadores no llegan a la mitad de sus días porque no cambian su perversa mente ni siquiera al final del tiempo. Pablo amonesta contra esta actitud, diciendo: *Rescatad el tiempo porque los días son malos*[106]. Rescatamos el tiempo cuando reparamos con llanto la vida pasada que perdimos en la lascivia. Sigue:

XL 71. *Y sin que ninguno lo entienda, perecerán para siempre.* Ninguno de los que se desploman de la mañana a la tarde lo entiende, ninguno de los que perecen o de los que imitan las costumbres perdidas de los que perecen. Está además escrito: *El justo muere y no hay quien haga caso en su corazón; los hombres misericordiosos son arrebatados y no hay quien lo entienda*[107]. Los malvados, ansiando sólo cosas temporales, desdeñan conocer los bienes que conservan para siempre los elegidos. Observando la aflicción de los justos pero no descubriendo el premio a su aflicción, meten el pie de su acción en el abismo, porque cierran vo-

105. Sal 55, 24.
106. Ef 5, 16.
107. Is 57, 1.

luntariamente los ojos a la luz de su comprensión. Engañados por falsos placeres, amando los bienes que ven en el tiempo, enajenados, dejan de ver el lugar al que se está precipitando para siempre.

La mañana puede también designar la prosperidad; la tarde, la adversidad de este mundo. Los culpables se desploman de la mañana hasta la tarde porque perecen engañados por las prosperidades y caen en la locura al perder la paciencia frente a las adversidades. La culpa no los haría desplomarse desde la mañana a la tarde si considerasen la prosperidad un engaño y juzgasen las adversidades como un remedio para sus heridas.

72. No obstante, la multitud del género humano no ha sido abandonada por Dios hasta el punto de permitir que toda ella tienda a la destrucción, por eso, hay algunos que desprecian los goces de la vida presente, los consideran pasajeros incluso cuando están presentes y los aplastan por amor a la eternidad. Cuando ponen el pie del juicio en este primer peldaño, avanzan revitalizados hacia los bienes superiores, de modo que no sólo desprecian todos los bienes temporales por ser pasajeros sino que además no desean adherirse a ellos aunque fueran eternos. Se sustraen con belleza al amor de la criaturas porque tienden con los pasos del corazón al Autor mismo de la belleza.

Hay también algunos que aman los bienes de la vida presente pero no logran nunca alcanzarlos; ansían con todos sus deseos las cosa temporales, buscan la gloria del mundo pero no pueden conseguirla. El corazón –por así decirlo–, los empuja al mundo, pero el mundo los repele al corazón. Sucede entonces con frecuencia que, abatidos por sus mismas adversidades, vuelven a su mente y, vueltos a sí, consideran cuán necios son los bienes que buscaban, caen en la cuenta de la insensatez de sus deseos y se entregan a continuación al llanto. Aspiran así a los bienes eternos con tanta mayor decisión cuanto mayor es el dolor que sienten por sus necios esfuerzos en busca de bienes temporales.

Una vez descritos los culpables, añade:

XLI **73.** *Los que queden serán apartados de ellos.* ¿Quiénes son los que quedan sino los que han sido despreciados por este mundo? Los que el mundo presente no considera merecedores de gloria alguna, los abandona como a despreciables e insignificantes. Se dice que el Señor aparta a los que el mundo desprecia, porque

Él se precia de escoger lo que el mundo rechaza, tal como afirma Pablo: *No hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Dios ha escogido más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios; Dios ha escogido lo débil del mundo para confundir lo fuerte*[108].

Encontramos un buen símbolo de esto en el libro de los Reyes, cuando David encontró al esclavo egipcio, al que los amalecitas habían abandonado enfermo, postrado en el camino; le dio alimento y lo hizo guía de su expedición; persiguió a los amalecitas, los sorprendió banqueteando y acabó por completo con ellos[109]. ¿Qué simboliza el egipcio esclavo de los amalecitas abandonado en el camino, sino el amante del mundo presente cubierto por la negrura de su pecado, al que con frecuencia el mundo abandona despreciado y enfermo por no poder correr más a su ritmo, debilitado como está por su propia desgracia? David lo encuentra, porque Nuestro Redentor, con mano verdaderamente fuerte, recoge con frecuencia a los despreciados por la gloria del mundo, conduciéndolos a su amor. Los nutre con alimento, porque los restaura con la ciencia de su Palabra. Los constituye guías de su expedición porque los hace predicadores suyos. El que no podía seguir a los amalecitas se convierte ahora en guía de David, porque el que ha sido abandonado por el mundo considerado indigno, una vez convertido, es acogido en su alma por el Señor y hecho portador de Él para llevarlo al corazón de otros por la predicación. Bajo su guía David encuentra a los amalecitas banqueteando y acaba con ellos, porque Cristo destruye la alegría del mundo por medio de los predicadores a los que el mundo despreció tener como comensales. Así pues, como el Señor escoge muchas veces a los que el mundo desprecia, rectamente se dice ahora: *Los que queden serán apartados de ellos*. Sigue:

XLII 74. *Mueren y no de sabiduría*. ¿Qué significa lo que antes se ha dicho sobre el final de los culpables: *Sin que ninguno lo entienda, perecerán para siempre*, y lo que luego afirma de los elegidos de Dios: *Los que queden serán apartados de ellos*, para

108. 1 Co 1, 26-27.
109. Cf. 1 S 30, 13.

que a continuación refiera lo que no conviene a esos elegidos diciendo: *Mueren y no de sabiduría*? Si Dios los separará de los culpables ¿cómo dice ahora que morirán y no de sabiduría?

Es costumbre en la Sagrada Escritura, cuando se narra algo, intercalar un discurso diverso para volver en seguida a lo que se estaba tratando. Y así, después de haber dicho: *Sin que ninguno lo entienda, perecerán para siempre*, indica la suerte de los elegidos diciendo: *Los que queden serán apartados de ellos*, para orientar su mirada de nuevo sobre lo que ya había dicho, refiriéndose a la muerte de los culpables: *Mueren y no de sabiduría*. Como si dijera: «Los que, como ya se había dicho, mueren sin entender, es indudable que mueren sin sabiduría».

Mostraremos mejor que éste es el modo usual de expresarse la Palabra sagrada si proponemos algún ejemplo semejante a nuestro texto. El apóstol Pablo cuando amonesta a su discípulo querido sobre el modo de instituir ministerios en la Iglesia, para evitar con vigor que algunos lleguen a las sagradas órdenes en contra de lo reglamentado, dijo: *No te precipites en imponer a nadie las manos y así no te harás partícipe de los pecados ajenos; consérvate puro*[110]. Luego, dirigiendo sus palabras a la debilidad de su cuerpo, añade: *No sigas bebiendo agua; toma un poco de vino para tu estómago y tus frecuentes indisposiciones*[111]. Continúa diciendo: *Los pecados de algunos son manifiestos aún antes del juicio; los de otros, lo son sólo después*[112]. ¿Cómo se explica la prohibición de beber agua que se le hace al enfermo y la añadidura sobre los pecados escondidos y manifiestos de algunos hombres, si no es porque ha intercalado la frase sobre la enfermedad para luego volver a lo que había dicho al principio cuando afirmó: *No te precipites en imponer a nadie las manos y así no te harás partícipe de los pecados ajenos*? Para indicar con cuánta solicitud se deben escrutar esos pecados, después de intercalar la amonestación relativa a la discreción necesaria para hacer frente a las molestias de la enfermedad, añadió la afirmación sobre lo que está oculto en unos y manifiesto en otros, diciendo:

110. 1 Tm 5, 22.
111. 1 Tm 5, 23.
112. 1 Tm 5, 24.

Los pecados de algunos son manifiestos aún antes del juicio; los de otros, lo son sólo después. Por tanto, de la misma forma que esa frase no es coherente con las palabras relativas a la enfermedad de Timoteo sino que se emplean para retomar el hilo del discurso precedente, así también Elifaz cuando dijo sobre los elegidos: *Los que queden serán apartados de ellos*, añadió luego: *Mueren y no de sabiduría*, para retomar así el discurso sobre los culpables de los que ya había dicho: *Sin que ninguno lo entienda, perecerán para siempre.*

75. Los culpables desprecian a los elegidos porque tienden a la vida invisible mediante la muerte visible. De ellos se dice: *Mueren y no de sabiduría.* Como afirmando abiertamente: «huyen a la vez de la sabiduría y de la muerte; pierden del todo la sabiduría sin escapar de los lazos de la muerte». Destinados a morir, podían haber logrado la vida con su muerte; pero temiendo que llegara la muerte inevitable, han perdido al mismo tiempo la sabiduría y la vida.

Los justos mueren en la sabiduría porque, no pudiendo evitar de ninguna manera la muerte, no se empeñan en retrasarla cuando es inminente su llegada; la soportan ecuánimemente, convirtiendo la pena heredada en instrumento de virtud, de modo que reciben vida ahí donde debían perderla a causa de la primera culpa.

Elifaz pronuncia verdades contra los inicuos, pero considera reprensible al santo Job; por eso, se llena del orgullo de la sabiduría. De ahí que, después de haber articulado afirmaciones tan rectas, añada ahora palabras irrisorias y diga:

XLIII **76.** *¡Llama a ver si hay quien te responda!* Con frecuencia Dios desoye la petición hecha en la tribulación de quien le olvidó en la prosperidad. Está escrito: *El que aparta su oído para no escuchar la ley, hace execrable su oración*[113]. Nosotros llamamos presentando nuestra petición a Dios con humildad; la respuesta de Dios consiste en conceder fruto a nuestras preces. Elifaz dijo: *¡Llama a ver si hay quien te responda!*; como diciendo: «por mucho que llames en tu aflicción, no tienes a Dios que te responda, porque en la tribulación la voz no llega a quien la mente despreció en la tranquilidad». De manera todavía risible añade:

113. Pr 28, 9.

XLIV 77. *Dirígete a algunos de los santos.* Como si despreciativamente dijera: «ni siquiera podrás encontrar en los santos ayuda para tu aflicción, porque no quisiste tenerlos como compañeros en tus alegrías». Después de la burla, añade su sentencia y dice:

XLV 78. *El enojo mata al hombre insensato y la envidia mata al pequeño.* La sentencia hubiera sido verdadera si no hubiera sido pronunciada contra un hombre de tanta paciencia. No obstante, reflexionemos sobre lo que dice, aunque venga refutada por la virtud del que la escucha. De esa forma mostraremos cuán recto hubiera sido lo dicho si no lo hubiera dirigido injustamente contra el santo Job, pues está escrito: *Tú, Señor, juzgas con tranquilidad*[114].

Debemos firmemente saber que con la virtud de la mansedumbre podemos refrenar cualquier movimiento turbulento del alma y podemos volver a la semejanza con el Creador. Cuando la ira cercena la tranquilidad del alma, la perturba, la desgarra, y la despedaza hasta el punto de hacerle perder la armonía consigo misma y la fuerza de la semejanza íntima con Dios. Pensemos qué grave es el enojo por el que, perdiendo la mansedumbre, llegamos incluso a desvirtuar la semejanza de la imagen suprema.

Por la ira se pierde la sabiduría, provocando en consecuencia que se ignore cómo hay que ordenarse en la vida. Está escrito: *La ira descansa en el seno del necio*[115], porque sustrae la luz de la inteligencia al confundirla con sus agitaciones.

Por la ira se echa a perder la vida, aunque parezca que se posee sabiduría, como está escrito: *La ira pierde incluso a los prudentes*[116], porque el ánimo confundido no culmina las acciones aun cuando se alcancen a entender con prudencia.

Por la ira se abandona la justicia, como está escrito: *La ira del hombre no realiza la justicia de Dios*[117], porque cuando la mente turbada exaspera el juicio de su razón, considera recto todo lo que el furor le sugiere.

Por la ira se pierde la gracia de la vida sociable, como está escrito: *No tomes por compañero al hombre enojado para no apren-*

114. Sb 12, 18.
115. Qo 7, 9.
116. Pr 15, 1 según LXX.
117. St 1, 20.

der sus senderos y procures un tropiezo a tu alma[118], porque quien no se templa haciendo uso de la razón humana debe vivir solo como un animal.

Por la ira se rompe la concordia, como está escrito: *El hombre apasionado provoca risas, el hombre iracundo excava pecados*[119]. El iracundo excava pecados porque consigue empeorar a las malvados induciéndoles incautamente a la discordia.

Por la ira se pierde la luz de la verdad, como está escrito: *No caiga el sol en vuestro enojo*[120], porque cuando el enojo golpea la mente con las tinieblas de la confusión, Dios aparta de ella el rayo de su conocimiento[121].

Por la ira uno se excluye del resplandor del Espíritu Santo, porque –contrariamente a la traducción antigua–, está escrito: *¿Sobre quién descansará mi Espíritu sino sobre el humilde y tranquilo que se estremece ante mis palabras?*[122]. Al decir *humilde* añade *tranquilo*. Si la ira arranca la tranquilidad del alma, cierra su morada al Espíritu Santo y el ánimo, vacío por esta ausencia, se deja llevar rápidamente por una clara insensatez y se aleja del fundamento íntimo de sus pensamientos para disiparse en superficialidades.

79. Encendido por los estímulos de la ira, el corazón se agita, el cuerpo tiembla, la lengua se traba, el rostro se enfurece, los ojos se exasperan, y ya no hay quien le reconozca. Se empieza a gritar por la boca, pero se ignora el sentido de lo que está diciendo. ¿En qué se diferencia uno en tal estado del que no es consciente de sus acciones? Sucede con frecuencia que la ira hace que se llegue a las manos, que se deje la razón a un lado y que aumente el atrevimiento. El ánimo ya no es capaz de dominarse a sí mismo porque está bajo poder ajeno; el furor empuja por fuera los miembros a dar golpes, porque por dentro mantiene cautiva la mente, señora de los miembros.

118. Pr 22, 24-25.
119. Pr 15, 18.
120. Ef 4, 26.
121. Cf. CASIANO, *Instituciones*, 8, 1 (PL 49, 322-324).
122. Is 66, 22.

A veces, sin embargo, no se llega a las manos, pero la lengua se dedica a lanzar maldiciones como flechas. Reclama con insistentes peticiones la muerte del hermano y desea que Dios mismo realice lo que un hombre malvado temería y se avergonzaría de hacer. Ocurre entonces que con el deseo y de palabra comete un homicidio, aun cuando no haya extendido su mano para herir al prójimo.

En otras ocasiones, la ira impone silencio en el ánimo perturbado como si se tratara de un juicio y, aunque por fuera no pronuncia palabra, por dentro arde en furor mucho mayor, pues lleno de ira niega la conversación al prójimo mostrándole con su silencio hasta qué punto llega su irritación. Es posible también que la severidad de este silencio se emplee como una medida disciplinar, siempre y cuando se mantenga con solicitud interior en la medida que exige la discreción.

Otras veces, encendido el ánimo, se abandona a la conversación habitual y, debido a un enfado transitorio, se termina rompiendo del todo la relación de amistad con el prójimo; llegan entonces a la mente estímulos peores y se da lugar a que surjan motivos más graves de exasperación. En el ojo del que está airado la paja se convierte en viga y la ira se transforma en odio. Con frecuencia, la ira, encerrada dentro de la mente con la llave del silencio, se hace más intensa y, callada, genera voces clamorosas; pronuncia para sí palabras que le exasperan y, como si estuviera siendo examinada en un juicio, responde irritada con mayor dureza. A ello se refiere Salomón de pasada, cuando dice: *La espera de los impíos es furor*[123]. Ocurre así que el ánimo perturbado percibe aún más el estrépito de su silencio y la llama de la ira que en él hay encerrada, lo consume más gravemente. Por eso, ya antes de nosotros, dijo cierto sabio: «los pensamientos del iracundo son razas de víboras, se comen la mente que es su madre»[124].

80. Hay que tener también en cuenta que la ira enciende a algunos rápidamente pero los abandona con facilidad. En otros, por el contrario, tarda en prender, pero los domina largo tiempo.

123. Pr 11, 23.
124. Cf. Pr 14, 30; 29, 22.

Unos, encendidos como cañas, al ponerse a dar voces, se frenan escuchando el ruido que arma su propio furor; son como paja que arde fácilmente pero en seguida se apaga. Otros no son muy distintos de los troncos pesados y duros: tardan en encenderse, pero una vez encendidos difícil es apagarlos; como necesitan más tiempo para inflamarse, conservan más firmemente el fuego de su furor. Hay otros –los peores–, en los que prende rápidamente la llama de la ira y cuesta mucho apagarla. Otros, finalmente, tardan en recibirla y la abandonan con rapidez. En estos cuatro tipos el lector reconoce con facilidad que el último se aproxima al bien de la tranquilidad más que el primero y que el tercero supera en maldad al segundo. Pero ¿de qué aprovecha decir cómo la ira domina la mente si no se indica cómo debe reprimirse?

81. De dos formas se puede aplacar la ira y evitar que domine el ánimo. La primera consiste en que la mente, antes de comenzar cualquier acción, prevea con atención todas las injurias que puede recibir; meditando en las pruebas que soportó su Redentor, se podrá preparar para hacer frente a cualquier adversidad. Cuando la adversidad se presente la podrá rechazar con tanta mayor fortaleza cuanta mayor haya sido la cautela con la que se ha armado preveyéndola. El que es sorprendido por la adversidad sin estar prevenido se parece al que duerme cuando llega el enemigo: es asesinado rápidamente por él, porque no le ofrece ninguna resistencia. Quien, por el contrario, ha previsto solícitamente los males inminentes es como el que en medio de la batalla espera vigilante las incursiones del enemigo: se ciñe valerosamente para la victoria ahí donde pensaban atraparlo desprevenido. Por eso, el ánimo, antes de iniciar sus acciones, debe meditar con gran atención en todas las posibles adversidades; reflexionando siempre sobre ellas les opondrá el escudo de la paciencia, superará previsor todo lo que le sobrevenga y considerará ganancia todo lo que no le suceda.

La segunda forma de conservar la mansedumbre consiste en reflexionar sobre los delitos que cometimos contra los demás cuando vemos que otros los cometen. Si consideramos nuestra propia debilidad, podremos excusar los males ajenos. El que trae a su memoria el mal que quizás aún no comete, por el que los demás le deben soportar, aguanta con paciencia la injuria recibida. De la misma forma que con el agua se apaga el fuego, así también,

cuando surge el furor en el ánimo, la propia culpa le recuerda que debe avergonzarse de no haber perdonado los pecados de los otros, él, que tan a menudo debe acogerse al perdón de Dios o del prójimo por sus pecados.

82. Se debe además saber que una es la ira fruto de la impaciencia y otra la ira que nace del celo. La primera es consecuencia del pecado, la segunda de la virtud. Si de la virtud no brotara ira alguna, Pinjás no hubiera aplacado con la espada el ímpetu de la reprensión divina[125]. Elí, que careció de esta ira, provocó contra sí el movimiento implacable del castigo divino; se mostró tibio frente a los vicios de sus súbditos encendiendo en su contra el juicio del Guía eterno[126]. Sobre esta ira se dice por el salmista: *Enojaos y no pequéis*[127]. No entienden rectamente estas palabras quienes piensan que sólo podemos enojarnos contra nosotros mismos y no contra los que pecan. Si debemos amar al prójimo como a nosotros mismos, es necesario que nos enojemos contra los que pecan, de la misma forma que lo hacemos contra nuestros propios vicios. Sobre esta ira dice Salomón: *Mejor es la ira que la risa, porque el ánimo del delincuente se corrige por la tristeza del rostro*[128]. Y el salmista: *Turbado está mi ojo a causa de la ira*[129]. La ira pecaminosa ciega el ojo de la mente, la ira que nace del celo produce turbación, porque provoca agitación frente a los misterios que sólo se pueden percibir con un corazón tranquilo, disipando la contemplación. El mismo celo por la rectitud, agitando la mente e inquietándola, oscurece al momento la visión, pues debido a la conmoción no logra ver los bienes superiores que antes, cuando estaba tranquila, contemplaba sin problemas. A pesar de ello, precisamente por perder temporalmente la visión, consigue mayor agudeza para contemplar los misterios divinos, porque el mismo ardiente deseo de rectitud, pasado un poco de tiempo, en la tranquilidad, abre con mayor amplitud a aquellos bienes a los que transitoriamente se cerró por la turbación, y, ahí donde la mente

125. Cf. Nm 25, 7; Sal 106, 30; Si 45, 23-24.
126. Cf. 1 S 3, 13-14.
127. Sal 4, 5.
128. Qo 7, 4.
129. Sal 6, 8.

turbada no podía ver, progresa alcanzando una percepción más clara. También el ojo enfermo parece perder por completo la luz cuando recibe el colirio, pero después de un poco recupera la visión que había perdido transitoriamente en orden a su salud. Conmoción y contemplación no pueden ir de la mano, ni la mente turbada puede contemplar lo que a duras penas logra entender cuando está tranquila. Tampoco los rayos del sol se ven cuando las nubes cubren el cielo, ni la fuente removida devuelve la imagen reflejada que ofrece cuando está tranquila, pues agitada por ondulaciones deforma en sí la imagen que refleja.

83. Cuando el ánimo se mueve por celo debe tener gran cuidado para que la ira, empleada como instrumento al servicio de la virtud, no domine la mente erigiéndose en su señora, sino que, como sierva, pronta siempre a obedecer, esté siempre atenta a la razón. Si se sujeta a la razón, podrá alzarse con mayor vigor contra los vicios, pues suele ocurrir que, por mucho que surja la ira del celo por la rectitud, como domine sin moderación a la mente, acaba por no querer estar al servicio de la razón y tanto más impunemente se crece cuanto más considera ser virtud lo que no es más que pecado de impaciencia.

Es necesario, por tanto, que quien se mueva por celo de rectitud, antes de nada, ponga gran atención para que la ira no traspase el dominio de la mente, sino que, considerando el modo y la oportunidad para reprender un pecado, sepa contener con sutil discernimiento la perturbación que brote en el ánimo, pueda reprimir cualquier animosidad y someta los movimientos de furia al equilibrio. De esa forma, venciendo en sí mismo los propios pecados, podrá corregir con mayor justicia los ajenos; podrá además reprender las culpas de los pecadores de tal manera que, corrigiéndose él mismo, crecerá en paciencia y, superando su furor, podrá juzgar sin que, excitado inmoderadamente por el celo de rectitud, se aleje de la rectitud que desea defender.

Pues bien, dado que el celo laudable por el bien también turba el ojo de la mente –tal como ya hemos dicho–, rectamente se dice ahora: *El enojo mata al hombre insensato*. Como diciendo claramente: «la ira que nace del celo turba a los sabios, la ira fruto del pecado destruye a los necios; porque aquélla se somete a la razón, mientras que ésta domina irracionalmente la mente ya vencida». Sigue:

XLVI **84.** *Y la envidia mata al pequeño.* Sólo se tiene envidia de aquellos que consideramos mejores que nosotros en algo. Pequeño es quien muere de envidia, porque él mismo se juzga menor que aquel de quien tiene envidia. El astuto enemigo sintió envidia del primer hombre porque, perdida la bienaventuranza, se reconoció inferior a la inmortalidad de la que gozaba el hombre[130]. Caín cometió un fratricidio porque, despreciado su sacrificio, se enfureció contra el que Dios había preferido al aceptar su ofrenda; temiendo que en el futuro fuera mejor que él, lo mató[131]. Esaú se puso a perseguir a su hermano porque, perdida la bendición de los primogénitos que él mismo había vendido por un plato de lentejas, le dolió verse inferior a quien adelantaba por nacimiento[132]. Los hermanos de José le vendieron a unos ismaelitas transeuntes porque conocido el secreto que él reveló, para que no llegase a ser mejor que ellos, procuraron impedir sus progresos[133]. Saúl persiguió a su súbdito David y le arrojó una lanza, porque escuchó que cada día eran mayores los éxitos que cosechaba con sus virtudes y temió que llegara a ser más grande que él[134]. Así pues, el pequeño muere de envidia, porque si no se considerara él mismo inferior no sufriría con el bien de los demás.

85. Téngase en cuenta que, si bien es verdad que con cualquier pecado que se comete el antiguo enemigo inocula veneno en el corazón humano, en el pecado de envidia, la serpiente activa todas sus entrañas para vomitar y contagiar la peste de su malicia. Sobre él está escrito: *La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo*[135]. Cuando la ponzoña de la envidia corrompe el corazón ya vencido, el mismo aspecto exterior expresa la gravedad de la enfermedad que ataca al ánimo. Se adquiere un color pálido, los ojos se aprietan, la mente se enciende, los miembros se enfrían, los

130. Cf. Reg Past III, 10 (BPa 22, 267); AMBROSIO, *Comentario al Ev. de san Lucas*, 7, 149 (PL 15, 1739); JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre la epístola a los Colosenses*, II, 5 (PG 62, 315).

131. Cf. Gn 4, 5-7.

132. Cf. Gn 25, 34; 27, 41.

133. Cf. Gn 37, 27-28.

134. Cf. 1 S 19, 9.

135. Sb 2, 24.

pensamientos se llenan de rabia, rechinan los dientes, en lo profundo del corazón se esconde un odio creciente, y una herida interior taladra la conciencia produciendo un dolor ciego. Nada de lo que se posee produce alegría, porque la pena consume la mente y la felicidad ajena produce tormento. Cuanto más crece el edificio de las acciones de los demás, tanto más profundamente se hunden los cimientos de la mente envidiosa; al ver cómo los otros progresan cada vez más hacia el bien, más se sumerge en el mal. En su ruina, destruye incluso las obras que consideraba haber obrado con perfección. Cuando la envidia consume la mente, acaba con todas las obras buenas que encuentra a su paso.

Se dice por Salomón: *La salud del corazón es la vida de la carne; la envidia, podredumbre de los huesos*[136]. ¿Qué es la carne sino lo débil y tierno? ¿qué los huesos sino las acciones vigorosas?[137]. Sucede muchas veces que algunos con verdadera inocencia de corazón parecen débiles en algunas de sus acciones; otros, por el contrario, aparentan ante los ojos humanos realizar obras vigorosas, pero en su interior se consumen envidiando las buenas acciones de los demás. Con razón se dice: *La salud del corazón es la vida de la carne*, porque si se conserva la inocencia de la mente, se robustecen también las acciones que son externamente débiles. Añade: *La envidia, podredumbre de los huesos*, porque por culpa de la envidia, a los ojos de Dios, también perecen las obras fuertes de las virtudes. Que los huesos se llenen de podredumbre significa que también las obras vigorosas desaparecen.

86. ¿Por qué hablar de la envidia sin decir cómo erradicarla? Es difícil no envidiar en el otro lo que vivamente se desea obtener de él, porque todo lo temporal, cuanto más corresponde a muchos, menos puede ser disfrutado por uno solo. La envidia atormenta la mente del que algo desea porque lo que ansía o bien lo roba por completo al prójimo o bien tiene que recortar su cantidad.

Quien desea estar completamente libre de la peste de la envidia, ama la herencia que no mengua con el aumento de herederos; herencia que es una para todos y toda entera para cada uno; he-

136. Pr 14, 30.
137. Cf. Reg Past III, 10 (BPa 22, 267-268).

rencia que se revela tanto mayor cuanto más crece la multitud de los que en ella participan. Por eso, el amor que surge de la dulzura interior disminuye la envidia y el amor perfecto de la eternidad acaba por completo con ella. Cuando la mente aleja de sí el deseo de cosas que se han de repartir entre los demás, ama más al prójimo, pues no considera dañino su provecho. Si se deja arrastrar completamente al amor de la patria celeste, se afianzará plenamente también en el amor al prójimo, porque cuando no se desea nada terreno nada hay que se interponga en su amor por él.

¿Qué es la caridad sino el ojo de la mente, que si se mancha con el polvo del amor terreno se lesiona y se deslumbra por la visión de la luz interior? Quien ama las cosas terrenas es pequeño; quien contempla las eternas, grande. También se pueden, por tanto, interpretar así las palabras: *La envidia mata al pequeño*, porque no muere de esta enfermedad pestilente sino quien aún está enfermo en sus deseos.

ÍNDICES*

* **Advertencia**

1) Las referencias al texto de los *Libros morales* se dan, no indicando la página, sino la numeración de los Libros (capítulos): el primer número indica el libro (capítulo); el segundo, el párrafo numerado correspondiente; CD equivale a la *Carta dedicatoria*; y Pr a *Prefacio*. Las indicaciones referidas a la Introducción se señalan con la letra i seguida del número de párrafo; las referencias relativas a las notas se indican con la numeración del párrafo al que pertenecen.

2) Como se indicó en la Introducción, aunque las citas bíblicas se han traducido directamente del texto latino que ofrece Gregorio, para la numeración, denominación de los libros bíblicos y sus siglas correspondientes, se han adoptado los criterios de la Biblia de Jerusalén. En el caso del Libro de Job, sólo se indican en el índice bíblico las citas que no pertenecen a la perícopa comentada en el capítulo. Para ver los versículos que comprende cada capítulo, cf. Indice General.

ÍNDICE BÍBLICO

Proverbios

ÍNDICE TEMÁTICO

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

Gregorio Magno
LIBROS MORALES

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

1 - **Orígenes,** COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES,
2.ª Ed., 326 págs.

2 - **Gregorio Nacianceno,** HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD,
2.ª Ed., 154 págs.

3 - **Juan Crisóstomo,** LAS CATEQUESIS BAUTISMALES,
2.ª Ed., 256 págs.

4 - **Gregorio Nacianceno,** LA PASIÓN DE CRISTO,
2.ª Ed., 208 págs.

5 - **San Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS,
2.ª Ed., 136 págs.

6 - **Atanasio,** LA ENCARNACIÓN DEL VERBO,
2.ª Ed., 160 págs.

7 - **Máximo el Confesor,** MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA DE JESÚS,
2.ª Ed., 136 págs.

8 - **Epifanio el Monje,** VIDA DE MARÍA,
2.ª Ed., 200 págs.

9 - **Gregorio de Nisa,** LA GRAN CATEQUESIS,
2.ª Ed., 172 págs.

10 - **Gregorio Taumaturgo,** ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO,
2.ª Ed., 176 págs.

11 - **Cirilo de Jerusalén,** EL ESPÍRITU SANTO,
3.ª Ed., 112 págs.

12 - **Cipriano,** LA UNIDAD DE LA IGLESIA,
2.ª Ed., en preparación.

13 - **Germán de Constantinopla,** HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,
2.ª Ed., en preparación.

14 - **Cirilo de Alejandría,** ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,
2.ª Ed., 176 págs.

15 - **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN,
356 págs.

16 - **Nicetas de Remesiana,** CATECUMENADO DE ADULTOS,
152 págs.

17 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,
228 págs.

18 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,
136 págs.

19 - **Atanasio,** CONTRA LOS PAGANOS,
128 págs.

20 - **Hilario de Poitiers,** TRATADO DE LOS MISTERIOS,
124 págs.

21 - **Ambrosio,** LA PENITENCIA,
144 págs.

22 - **Gregorio Magno,** LA REGLA PASTORAL,
420 págs.

23 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VIDA DE MOISÉS,
256 págs.

24 - **Nilo de Ancira,** TRATADO ASCÉTICO,
252 págs.

25 - **San Jerónimo,** LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA,
104 págs.

26 - **Cesáreo de Arlés,** COMENTARIO AL APOCALIPSIS,
192 págs.

27 - **Atanasio,** VIDA DE ANTONIO,
150 págs.

28 - **Evagrio Póntico,** OBRAS ESPIRITUALES,
296 págs.

29 - **Andrés de Creta,** HOMILÍAS MARIANAS
192 págs.

30 - **Gregorio Nacianceno,** LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS,
288 págs.

31 - **Gregorio de Nisa,** VIDA DE MACRINA - ELOGIO DE BASILIO,
176 págs.

32 - **Basilio de Cesarea,** EL ESPÍRITU SANTO,
280 págs.

33 - **Juan Damasceno,** HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS,
232 págs.

34 - **Juan Crisóstomo,** COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS,
200 págs.

35 - **Gregorio Nacianceno,** FUGA Y AUTOBIOGRAFÍA,
272 págs.

36 - **Dídimo el Ciego,** TRATADO SOBRE EL ESPÍRITU SANTO,
208 págs.

37 - **Máximo el Confesor,** TRATADOS ESPIRITUALES, 256 págs.

38 - **Tertuliano,** EL APOLOGÉTICO, 256 págs.

39 - **Juan Crisóstomo,** SOBRE LA VANAGLORIA
LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS Y EL MATRIMONIO
268 págs.

40 - **Juan Crisóstomo,** LA VERDADERA CONVERSIÓN, 232 págs.

41 - **Ambrosio de Milán,** EL ESPÍRITU SANTO, 280 págs.

42 - **Gregorio Magno,** LIBROS MORALES /1, 408 págs.

Próximos volúmenes:

— **Casiodoro,** INICIACIÓN A LAS SAGRADAS ESCRITURAS

— **Pedro Crisólogo,** HOMILÍAS SELECTAS

— **S. Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE MATEO

— **Diadoco de Fotice,** OBRAS ESPIRITUALES

— **León Magno,** CARTAS CRISTOLÓGICAS

— **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL GÉNESIS

— **Gregorio de Nisa,** LA VIRGINIDAD

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.